Revista de ciencia ficción

Primavera 2011 - VOL 1 - NÚM 1

FUTUROSCOPIAS

www.futuroscopias.com



LO QUE PENSÉIS DE NOSOTROS

por Antonio Morera

y otros relatos por J. J. Morillas, Jacobo Peña Conversa, Josué Insua y Ricardo García Hernanz



Ilustración por Ricardo García Hernanz

FUTUROSCOPIAS

Revista de ciencia ficción



Contenidos para Vol. I, Núm. 1, Primavera 2011

EDITORIAL 4

LO QUE PENSÉIS DE NOSOTROS.............................. por Antonio Morera ... 7

Comunicar es lo que hace surgir toda cultura. Y la imposibilidad de comunicarse es la más insalvable de las dificultades; la que conduce al aislamiento de los semejantes y a la violencia entre culturas. En este relato, el autor trata el tema de la incomunicación usando la metáfora de la inmigración como hilo conductor. ¿O quizás es al revés?

BALANCE DE PODER .... por J. J. Morillas ... 37

Viven en el agua, salen de noche y se llevan a los niños que no son buenos. Los talismanes no sirven contra ellos, a todo son inmunes salvo a imágenes y a verbos. Los Hombres Lagarto perturban sus sueños. ¿Es la necedad la que les hace sus dueños?

VISIONES 57

Conocer la verdad .... por Antonio Morera.
Tanatotaxia .... por Jacobo Peña Conversa.
Primera venida .... por J. J. Morillas.
El cochero... por Josué Insua.

MEMORIAS DEL VACÍO .... por Jacobo Peña Conversa ... 75

Dobn Hoevel es un hombre imprescindible del que han prescindido. En su huida hacia delante, cruzará el sistema solar para vivir o soñar traiciones y pasiones, robos y acechos, mujeres con alma de dragón y misterios bajo un horizonte de asteroides o sobre la hierba iánida de Marte.

CLAUSURA DEL CONTINENTE SILENCIOSO.................. por Josué Insua ... 97

Quizá un día las máquinas alcancen la inteligencia. Es posible que ese día descubramos que no tenemos nada que decirles. La raza humana estará abrazada a las creencias que la sacaron de la cuna. Y quizá el único que pueda conseguir la Palabra Divina sea un tipo llamado Johnny.

RETAZOS DE UN FUTURO INCIERTO......... por Ricardo García Hernanz ... 114

Edición y maquetación: Ricardo García Hernanz.
Corrección y ayudante del editor: María Requena Castañol.
Ilustraciones por Marcos Hidalgo González, Aitor Moreno Melcón y Ricardo García Hernanz.
Portada y contraportada por Ricardo García Hernanz.
Diseño de la página web por rojo2 info@rojo2.com
Contacto: correo@futuroscopias.com http://www.futuroscopias.com



EDITORIAL

Todo empezó con Isaac Asimov.

No podía ser de otro modo.

Asimov, Pohl, Kornbluth... los futurianos y la tremenda envidia que me producía leer como se había formado uno de los grupos más fértiles de lo que se dio en llamar la edad de oro de la ciencia ficción.

La capacidad de maravillarse de un chaval adolescente con hambre de historias sobre la conquista del espacio también tuvo mucho que ver. La ciencia ficción siempre ha sido mi género predilecto y las razones pueden ser tan banales como la necesidad de evasión y tan importantes como la creencia en la capacidad del ser humano para ir mas allá, de saltarse las barreras que nos ha impuesto nuestro planeta natal y conquistar las estrellas.

Y empezó hace más de veinte años cuando llegó a mis manos una cuidada edición de *La Fundación* y me vi atrapado desde el primer momento.

A Asimov le siguió la fantasía y una literatura que no pensaba existiese. Fue mi edad de oro.

Asimov cuenta en sus memorias, leídas recientemente, cómo a través de la revista *Astounding* fue invitado a asistir a una reunión del Club de Ciencia Ficción de Queens. El destino quiso que acabase congeniando con un grupo de aficionados que se reunían en un sótano una vez al mes y discutían sobre las historias que leían. Entre reunión y reunión este grupo de aficionados leía todo lo que estaba a su alcance en las publicaciones mensuales de ciencia ficción y sobre todo escribían ciencia ficción, solos o en colaboración, bajo distintos seudónimos. Con el tiempo estas colaboraciones y el ambiente *amateur* dieron fruto y de esas reuniones en un sótano de Queens surgió un grupo de autores que se convertirían en maestros por mérito propio. Este grupo de aficionados se hacían llamar los futurianos y, entre sus miembros, aparte del propio Isaac Asimov, se encontraban Frederik Pohl y Cyril M. Kornbluth entre otros.

Esta historia de camaradería me hizo envidiar el haber tenido la posibilidad de encontrar un grupo semejante de aficionados con los que hubiera podido compartir mi afición cuando empecé a leer ciencia ficción. Más adelante logré un grupo similar de amigos con gustos literarios afines.

Con el paso del tiempo uno descubre nuevos géneros que le llenan igualmente. Autores clásicos y modernos que le abren todo un espectro de experiencias y hacen crecer su mente. De Dumas aprendí cómo funciona el folletín y el oficio de escritor, aprendí de Perez Reverte y de Vázquez Montalbán, supe de Kafka, Meyrinck, Eco, Mann e infinidad de otros. Estudié la filosofía de Platón, Aristóteles, Hegel y Marx. Deconstruí con Derridá y me empapé de las teorías del lenguaje. Mi periplo académico me abrió a la literatura norteamericana y la filosofía oriental en un proceso continuo de crecimiento.

Pero siempre tuve un hueco para la ciencia ficción y lo que me ofrecía.

A Asimov, Tolkien, King les siguieron otros. Heinlein y sus forasteros en tierras extrañas, Dick y sus hombres en castillos, Lovecraft y sus horrores cósmicos, Clarke y sus citas con Rama. Venganzas estelares ideadas por Bester y los delirantes mundos de Jerry Cornelius en los que conocí la idea de un multiverso que compartir con Moorcock. Herbert, Pohl, Scott Card y muchos otros que se me olvidan. Muchos otros que han sido y son la espina dorsal de un género que se retroalimenta y se reinventa continuamente.

Todos ellos nombrados de forma coloquial, como si los conociera de toda la vida, pues me permitieron volver una y otra vez a un terreno agradable y conocido. Un terreno en el que siempre

encontraba refugio, un género que no se molestaba en utilizar un formato en el que los otros no eran tan prolíficos: el relato.

Un género en sí mismo que partiendo de una duración limitada te permite jugar con la estructura, los personajes, las ideas o las palabras sin el peso ni la seriedad de sus hermanos mayores. Sin esa necesidad, muchas veces autoimpuesta por otros géneros,

de ofrecer literatura por encima de entretenimiento.

El relato como forma de condensar y no alargar. El relato como forma de plasmar ideas que quizá no bastan para construir universos propios a su alrededor, pero lo suficientemente interesantes como para construir un pequeño mundo alrededor de una idea, un personaje o un final. El relato como género en sí mismo y como germen de obras más grandes, ambiciosas y complejas.

El relato como hermano pequeño en esa gran familia que es la literatura.

Y el lugar donde el relato encontró su hogar mas cálido fueron las revistas. De ciencia ficción, de terror, de misterio, el *pulp*. Herederas directas de los folletines de capa y espada.

Y detrás de estas revistas siempre se encontraba la anónima figura del editor. Y como figura arquetípica de estos editores, John W. Campbell Jr., la verdadera alma detrás de la revista que fue el germen de la edad de oro de la ciencia ficción, *Astounding Science Fiction*. Fue editor y director de la revista en sus mejores años y este fue un trabajo que eclipsó su anterior labor como escritor. Fue editor en una época increíble.

Una época dorada en la que los autores y editores trabajaban para crear un género, para darle la categoría que hoy día tiene, pero diferenciado por un grupo de aficionados fieles como ningún otro género ha conocido.

Campbell no era un editor al uso.

Su relación con los autores, su trato cercano dando consejo desde su posición de editor bregado en mil batallas era un relato tan interesante de leer como esos otros que tanto me habían fascinado.

No voy a idealizar la labor de Campbell ya que sería caer en un ejercicio de idolatría que no haría verdadera justicia a su trabajo. Era un editor con luces y sombras. Ese tipo de editor que cambiaba el título de un relato para hacerlo más comercial o que insistía en pedir a un autor que cambiase un final porque consideraba que no era adecuado a sus lectores. Era un profesional que tenía claro que tenía un producto que vender y que debía guiar a sus autores en su manera de escribir cuando así lo consideraba necesario. Pero siempre he creído que la verdadera labor de un editor era esa. Conseguir un producto comercial, que llegase a su público intentando ofrecer las más altas cotas de calidad.

Y creo que Campbell lo consiguió.

Gran parte de la fama, el reconocimiento y la legión de seguidores que tiene la ciencia ficción moderna se debe al buen hacer de Campbell y de gente que, como él y trabajando en las muchas revistas que siguieron, supieron ver el talento y lograron guiarlo para que alcanzase al gran público.

Sacaron al género de la ciencia ficción del gueto autoimpuesto en el que se estaba encerrando y consiguió que los autores tuvieran la suficiente confianza para convertirlo en lo que es hoy en día. Un género que mira de igual a igual al resto de géneros y que comparte popularidad, crítica y academicismo.

Campbell ha sido mi verdadera inspiración para encontrar un modo diferente de trabajar con mis autores, más cercana a lo profesional que a lo *amateur* aunque sin abandonar este ámbito.

Y así llegamos hasta hoy. Con un adulto haciendo labor de editor que vuelve a sentirse como un adolescente. Siempre con la imagen de Campbell como ejemplo.

Isaac, John, esto es para vosotros dos.

El editor.


"Solo tres minutos y se ahogará. Si fuera más parecido a los humanos, tendría pulmones suficientes para gritar. Pulmones como gaitas, para llenarse de aire, de gritos, de lloros, de canciones, de oxígeno y tabaco, de todo a un tiempo.
Nosotros podemos gritar mientras respiramos. Ellos tienen que aprenderlo.
Llevan demasiados milenios sin hablar."

LO QUE PENSÉIS DE NOSOTROS

Por Antonio Morera
Ilustración de Marcos Hidalgo González

I. ASTROPUERTO

Mierda. No sangres. Manchas de sangre no.

—Atención por favor. Se recuerda a todos los pasajeros humanos con rumbo a Derridá que solo pueden ingerir alimentos en los lugares habilitados en el nivel 2.

La cédula de viaje. Con que no haya manchas de sangre en la cédula es suficiente. El resto lo puedo tapar de cualquier manera. Meándome encima si es necesario. Por eso me he vestido de oscuro. Para que no se notara el pringue cobrizo que soltáis por las venas llegado este caso.

Pero la cédula de viaje me la van a inspeccionar con detalle. Eso seguro. Y tiene que estar limpia.

¡Y este mamón sigue respirando! Aprieto aún más los brazos sobre su cuello. Me veo de repente reflejado en el espejo. Mis labios, mis facciones, reducidas a la nada por el esuerzo, ocultas bajo la espesa barba que me ha llevado meses dejar crecer para ocultar mis emociones. Meses para esconder la ira de toda una vida.

Está medio inconsciente. Tiro de él hacia el centro del suelo del lavabo. Necesito más espacio. Le coloco las rodillas sobre los brazos, a la altura de su tercera articulación. El dolor del peso hace que se despierte un poco. Y boquea, ligeramente, como si estuviera abocetando un grito antes de emitirlo, como si no recordara la manera en que se grita y tuviera que practicar. Mala suerte, amigo, aquí no hay segundas oportunidades.

Le tapo las agallas del cuello con las manos y los antebrazos, y entrelazo los dedos detrás de su nuca. Distribuyo mi peso uniformemente. Todo mi cuerpo se apoya en mis dedos, entrelazados tras su cabeza, justo sobre el suelo. Es difícil esta postura, hay que estar en forma para mantenerla. Meses de flexiones con los puños sobre el hormigón. Los mismos que llevo sin afeitarme.

Tranquilo. Tú tranquilo. Aunque te duelan los dedos él no puede moverse. Noto el primer codo de sus brazos combarse hacia arriba, clavarse en mi costado. Intenta sacar los brazos de debajo de mis rodillas. Intenta liberar sus manos y sacar su arma, o quitarse las mías del cuello, respirar y acordarse de cómo se gritaba pidiendo auxilio. La boca se le abre, pero sin aire no puede gritar. Ahogar-

les es la forma más silenciosa. Su cuello es tan flexible que, para partírselo, tienes que arrancarles la cabeza. Y es difícil. Trabajoso. Y te pone perdido de sangre. Empapado en ese pringue cobrizo que tienen como engrudo dentro de las venas.

Ya me duelen los dedos. Pero tengo que seguir tranquilo. Solo tres minutos y se ahogará. Si fuera más parecido a los humanos, tendría pulmones suficientes para gritar. Pulmones como gaitas, para llenarse de aire, de gritos, de lloros, de canciones, de oxígeno y tabaco, de todo a un tiempo.

Nosotros podemos gritar mientras respiramos. Ellos tienen que aprenderlo.

Llevan demasiados milenios sin hablar.

El condestable abrió la puerta del centro de mando del astropuerto. Sus pasos sobre el suelo y los movimientos de los aduaneros eran lo único que podía escucharse en aquella habitación.

Si uno era humano, claro.

El centro de mando era un cambio muy agradable respecto de la batahola con la que los seres humanos inundaban el astropuerto. Era tan silencioso como cualquier lugar de Derridá. Solo se podían oír los pensamientos.

Si uno no era humano, claro.

El sonido no era molesto en sí para alguien que perteneciera a la unimente. Pero los humanos podían transformar esa reverberación atmosférica con la que se comunicaban en algo insoportable. Por eso los aduaneros se reunían en el centro de mando en cualquier momento en que el servicio no hiciera necesaria las patrullas. Para poder pensarse los unos a los otros en silencio.

El condestable depositó su pesado abrigo sobre una silla, teniendo buen cuidado de no hacer ningún ruido.

—Buenas noches a todos— pensó. Todos los demás le saludaron sin moverse y sin abrir los labios, sin pronunciar un sonido. Solo el aduanero al cargo, un chico muy joven, le miró y se acercó a él. El condestable escuchó de su mente que tenía bien preparado el informe del turno. —Sería agradable una noche tranquila— pensó.

—Sí. Lo está siendo. Solo un enfrentamiento físico en uno de los locales del nivel 2. No hizo falta disolverlo con armas.

—¿Entre humanos?

—No. Entre humanos y...

—¿Y...?

—No. Sí. Entre humanos y humanos. Se confundieron en el informe. Por el color de la pigmentación cutánea pensaron que...

—Ya, claro, a mí al principio también me confundía. ¿Y qué pasó?

—No lo sabemos. Trataron de excusarse, claro, pero con la agitación emocional que sufrían fue imposible entender qué decían.

—Sí. Lo sé. A veces están tan alterados que no aciertan casi ni a mover los labios. Y no hay manera de distinguir su pronunciación.

—En efecto. Así que los deportamos a la Luna y dimos parte a sus autoridades. ¿Es importante?

—No. Es curiosidad. Se agreden por cualquier nimiedad. Por eso pregunto. Porque me sigue fascinando. ¿No ha habido nada más?

—No. Está siendo una noche tranquila.

El condestable pensó que eso estaba bien, para variar. Se paró a pensar cuándo fue la última vez en que se había incorporado a un turno y no se había encontrado al menos una cédula de viaje falsa.

—No hace tanto, doce días.

—Es verdad.

El condestable pensó que le gustaría ver qué pasaba en el astropuerto a través de los ojos de sus hombres. Todos los presentes en la sala escucharon aquella orden tan educada y salieron por la puerta, en silencio, para comenzar sus rondas.

Al cabo del rato, el joven aduanero que se quedó con el condestable encendió las pantallas de los amplificadores de unimente y este pudo ver lo que veían sus hombres. Todo el astropuerto estaba tranquilo. Todo parecía normal. Casi no había humanos, de hecho. ¿Qué era eso que veía el aduanero 51? Ahora no veía nada. Se le nublaba la vista. ¿Sería la pantalla?

—No es la pantalla. El 51 no transmite.

El condestable se preocupó profunda-

mente. Pensó que era una pena. Parecía una noche tan tranquila.

—Sí, señor. Una pena —pensó su ayudante.

Largo de aquí. Ni te detengas a esconderlo. Si no ha entrado nadie en estos lavabos mientras lo estabas matando, no va a entrar nadie ahora.

No, mierda, eso no es una buena idea. Es confiar en la suerte y la suerte es de todo menos fiable. OK larguirucho, a ver cómo puedo contigo. Vas a entrar de culo en ese váter, ¿sabes? Y si no es de culo, será de cabeza.

Átalo. Así está mejor. Mete su culo puntiagudo dentro del váter, pliega sus piernas contra su pecho. Y ahora, átalas con su cinturón. ¡No, joder! No te caigas.

Vuelta a empezar. Tranquilo. Tranquilo. Vamos otra vez. Culo clavado en el váter, piernas plegadas contra el pecho, ahora los brazos junto al cuerpo, su cinturón alrededor del conjunto, esto es más difícil que pescar un buen pez en alta mar. Así, bien atadito. Empuja su culo más dentro de la taza del váter. Y ahora deja que se bambolee. Pero con cuidado. Apoya su cabeza en la pared de la izquierda. No, mejor en la de la derecha. Sí. Así está más estable. Así está perfecto. No se va a caer de aquí.

La puerta está cerrada. No se ha caído al suelo. Sigue estable. Ahora la sangre. No hay mucha. Bien. Un poco de papel higiénico y será suficiente. ¿Ellos se limpian con esto o lo ponen solo para nosotros? No creo. Lo ponen para nosotros, porque piensan que estamos sucios hagamos lo que hagamos. Ellos seguramente lo guarden y lo decoren y lo quemen en rituales de adoración que duren tres días para dar gracias por seguir cagando regularmente. Loor al Gran Peristaltismo del Universo.

Ya no hay sangre. Al váter de al lado. Ahora al lavabo. Mírate. Qué pinta tienes. Estás sudando.

Mejor. Así les darás asco y no se te acercarán. Lávate la cara y las manos. ¿Dónde tengo el peine? Tiene que parecer lógico que vaya con el pelo húmedo, así que mejor me lo empapo con agua y me lo peino. Ahora la corbata. Mierda, ¿cómo coño se hace esto del nudo?

Muy bien. Ya estás guapo. Ahora respira. Tranquilo. Y muévete de aquí. Tienes que coger una cápsula de eyección dentro de diez minutos.

En marcha. Abre la puerta y sal del lavabo. Cara de póker y respira hondo, como si acabaras de aliviarte; bueno, y en realidad estoy aliviado.

Cuando el tipo al que he matado me oyó pensar creí que todo se iría a la mierda.

El condestable pensaba que todo funcionaría mucho mejor si los aduaneros patrullaran como ahora, de dos en dos.

—Sin duda, condestable. Pero ya lo hemos intentado y nos quedamos rápidamente sin personal para cubrir todos los niveles.

—Sí, ya sé. Pero me sentiría más tranquilo si fueran por parejas.

—Y yo me sentiría más tranquilo si pudiéramos pensar a los humanos.

—Ja, ja. Claro. Bueno, a veces se puede.

—¿Cómo dice? Explíqueme eso que está pensando. Lo del interrogatorio.

—Usted es muy joven. Yo estoy a punto de jubilarme, como sabe. Y estuve muchos años en la Tierra. A veces, solo a veces, los humanos piensan en voz alta.

—¿Quiere decir que pueden... ?

—¿La unimente? No, en absoluto. Es solo que empiezan a emitir sonidos por su boca, como cuando se comunican entre sí, pero para comunicarse solo consigo mismos.

—¿Tratan de imitarnos?

—No, para nada. Ya lo hacían mucho antes de que nuestras especies se encontraran y tuviéramos que venir a su planeta para intentar hacer avanzar su cultura. De hecho, tengo entendido que ellos mismos lo han recogido en la ínfima literatura que llaman científica. Yo lo he visto alguna vez, como usted ya me ha pensado, en la sala de interrogatorios, cuando los dejas a solas. De repente, empiezan a hablar consigo mismos. A mover los labios y a emitir sonidos, a exhalar sus pensamientos a través de su laringe. Como si hablaran con ellos mismos. O como si alguno de su especie estuviera con ellos y le hablaran. Solo se dicen palabras sueltas. Frases in-

conexas que repiten una y otra vez, como si se quedaran fijados en una imagen mental y no pudieran salir de ella, y su repetición verbal fuera parte de esa obsesión. Es fascinante.

—Estamos llegando al final del cuadrante de 51. Creo que lo mejor...

—No. Ni lo piense siquiera. Prefiero que siga la gente en alerta. Usted y yo hemos de seguir juntos. Quiero a todo el mundo por parejas y pensándose continuamente a través de los amplificadores de unimente, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes, señor.

El condestable empezó a temerse lo peor.

El aduanero lo pensó con él y se asustó.

Uno, dos, tres, mira la puta cédula, cuatro, cinco, seis, está limpita y perfecta, siete, ocho, nueve, sí, claro, pásame el escáner si quieres, diez, once, doce, llevo poco equipaje, pero todo es legal, catorce, quince, dieciséis, tranquilo, joder, tranquilo, diecisiete, dieciocho, diecinueve, no dejes que te escuchen pensar como hizo el fiambre del lavabo, veinte, veintiuno, veintidós, concéntrate en los números, veintitrés, veinticuatro, veinticinco, y todo irá bien, veintiséis, veintisiete, veintiocho, esto siempre funciona, veintinueve, treinta, treinta y uno, tienes que concentrarte, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, es la única forma de controlar tus pensamientos como hacen ellos, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, muy bien ya has pasado, treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta, ahora camina alejándote de ellos, cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres, ya casi estás, cuarenta y cuatro, así, tranquilo, cuarenta y cinco, unos metros más, cuarenta y seis, cuarenta y siete.

Ya.

Ya está. Ya pasé el control de seguridad.

Joder, menos mal. Qué suerte tengo. Demasiada. La suerte es impredecible y he tenido toda la que me merezco concentrada. Y eso que solo ha sido un puto minuto.

Solo con que hubieran vislumbrado por un segundo lo que acabo de hacer. Si hubieran leído mi mente un solo instante, como hizo el capullo del lavabo, se habría ido todo a la mierda. No habría podido matarlos a todos. Habría tenido que ingeniármelas para suicidarme antes de que me interrogaran y averiguaran el plan.

Pero ahora está bien. Ya he pasado y todo va bien.

La pelea me ha venido estupendamente. Me siento genial. Aún noto el efecto de la adrenalina. Siento latir el corazón más fuerte, la respiración más profunda, como si todo el aire fuera más mío. Y en realidad es mío, yo me lo merezco. Nosotros tenemos más derecho a este aire que ellos y no tendría que apestar así a ozono, como si acabara de caer una tormenta por todo el astropuerto. El aire es más nuestro que suyo, porque nosotros lo usamos para cantar, para hacer música y para decirnos cosas hermosas. Y ellos solo lo usan para sacar su podrido anhídrido carbónico de sus escuchimizados pulmones y verterlo a la atmósfera.

Este aire tendría que oler a flores. A hierba. Tendría que oler como el mar por la mañana, o a la mezcla de sudor y sal en la piel cuando consigues subir a un pez a bordo.

Ahí está mi cápsula. Coge el pequeño colchón plegable y súbete en ella. Es transparente como el cristal. La verdad es que es hermoso. Y el espacio también. Aunque da miedo. Me recuerda al mar por la noche. Cuando paseaba por la orilla con mi abuelo.

Joder, qué pequeño es esto. Qué claustrofobia. El espacio es oscuro e inmenso. El mar parece una cosa viva a veces, moviéndose, susurrando, hablando, oliendo a su propio olor. Pero el espacio no. Es silencioso y vacío.

Bueno, ya estoy bien repantingado. Ahora puedo empezar a relajarme. Dicen que solo se nota el movimiento cuando te lanzan desde la gravedad del astropuerto, pero que luego da igual. Que atraviesas la galaxia como si no te movieras.

Va a ser un rollo este viaje. Tendría que haberme traído un libro. Pero no, paso, prefiero pensar. En el plan, en mujeres desnudas, en cualquier cosa. Cuando llegue a Derridá tendré que concentrarme casi todo el rato para no hacerlo, no vaya a ser que pase como con el fiambre del lavabo.

Aquí. Ahora. En esta cápsula de eyección, durante todo el tiempo que dure el puto viaje, puedo pensar con tranquilidad.

II. CÁPSULAS NO RELATIVISTAS

Arrodillado, el condestable observaba el cadáver con detenimiento. La fortaleza de las ataduras con las que lo habían amarrado a sí mismo de forma que no cayera al suelo lo tenían más fascinado que horrorizado. Y era una suerte, pues su fascinación compensaba el horror del aduanero que lo acompañaba, y su quietud física, examinando el cadáver, retenía el ímpetu de salir corriendo de su joven ayudante. Él sí estaba aterrorizado. Ni siquiera hacía falta que pensara que nunca había visto un asesinato. Era evidente.

—Por favor, trate de serenarse, no me deja observar —el condestable trató de acompañar su petición con toda la amabilidad y el cariño que pudo compartir ante el horror del aduanero, pero no pudo evitar que un punto de irritación acompañara el mensaje. El aduanero percibió esa irritación y copió la calma observadora del condestable para apartar de su mente los recuerdos de los episodios violentos que había contemplado entre humanos y que repentinamente habían vuelto a su memoria, acentuando el horror, pues aquellos no se parecían en nada a lo que ahora estaban viendo. La culpa lo inundó al percibir la irritación de su jefe, y con ella la angustia por no poder controlar su miedo.

—Lo siento, no quería ser grosero, sé que lo está usted pasando muy mal. Pero es que, de verdad, necesito concentrarme. ¿Por qué no se aparta de forma que no vea el cadáver?— el condestable pensó esto mientras trataba de apartar de sí el recuerdo de la primera vez que el aduanero había visto a un humano sangrar. Siguiendo la sugerencia de su jefe, se apartó. En cuanto dejó de ver el cadáver, este se esfumó de su mente, si bien no los recuerdos impactantes de la violencia vivida.

El condestable trató de aislarse y no responder emocionalmente a la maraña de recuerdos que se superponían a lo que él trataba de observar, pero no tuvo mucho éxito. Aún así, no se animó a pedirle a su ayudante que se fuera, pues temía que, sin poder valerse de la mayor experiencia y calma del condestable, acabara cayendo en algún tipo de estallido emocional que pudiera contagiarse al resto del personal. Que los humanos se encontraran de repente con sus teóricos guardianes abrazándose los unos a los otros, tomándose de las manos y sin poder realizar su trabajo era lo peor que podía pasar. No, era mejor que el aduanero se quedara con él y que confinaran su desasosiego a aquel cuarto de baño que, afortunadamente, no era muy visitado.

El muchacho se lo agradeció y se alejó hacia la puerta sin desear salir por ella, para impedir que nadie quisiera utilizar aquel lugar justo en el peor momento posible. No era suficiente, pero por lo menos era un gesto de profesionalidad, pensó el condestable. El cumplido contribuyó a aplacar un tanto el nerviosismo del aduanero.

Con el flujo de imágenes mentales algo apaciguado, el condestable pudo al fin fijarse en los detalles del muerto: lo habían amarrado fuertemente con su propio cinturón y lo habían encajado en la taza del váter con fuerza, para evitar que se cayera y que alguien se diera cuenta de que estaba ahí. Y además tenía familia. Eso no tenía nada que ver con un examen preliminar, pero aun así el aduanero no pudo evitar pensar en ello.

Todavía tenía puesto el uniforme y las fornituras que le cruzaban el pecho. No le habían quitado ni siquiera el arma. Eso extrañó al condestable pero no al aduanero, pues este consideraba que los humanos a veces actuaban de forma precipitada e ilógica. El muchacho recordó la segunda vez que vio una pelea entre humanos. Recordó la ristra de golpes que uno propinó al otro y a este tendido. Y el atacante alejándose, sin importarle si lo había matado o no. Lo único que importaba al agresor era el cansancio y la espera, después de varios días varados en el astropuerto. Un cansancio que horadaba la presa de autocontrol tras la cual se acumulaba toda la tensión emocional que un humano parecía llevar siempre consigo, fuera de violencia o de tristeza, pues siempre era negativa.

El condestable pensó con el joven que los humanos nunca acumulaban emociones posi-

tivas. En cuanto se sentían felices, lo expresaban riéndose o abrazándose. Pero las emociones negativas eran retenidas, controladas, condenadas por la cultura a canalizarse por cualquier medio que no fuera compartirlas con otros.

El aduanero concluyó que, sin duda, por eso eran tan violentos. Si pensaran dentro de la unimente, podrían compartir sus emociones como hacemos ahora usted y yo, señor.

—Puede ser, pero no es este el caso —pensó el condestable—. Si tal cosa fuera como usted piensa, lo habría golpeado. Lo habría atacado de forma más brutal. Lo habría dejado inconsciente, o quizá, lo habría matado, sí, pero por accidente, sin querer. Eso encajaría con que lo escondiera y saliera de allí corriendo sin preocuparse de más, sin que su estallido de brutalidad le permitiera retomar un curso de acción más pausado. Pero no, no creo que sucediera de ese modo. No tiene heridas ni traumatismos —el aduanero no pudo evitar mirar hacia atrás e inmediatamente el condestable sintió una rápida sucesión de imágenes de todo el tiempo que ambos habían pasado juntos después del trabajo. Incluso habían ido juntos a celebrar la unimente una vez. El condestable, al notar esta nueva agitación emocional, se movió arrodillado cambiando ligeramente su posición con respecto al cadáver, de forma que el aduanero pudiera verle a él para pensarle sin que tuviera que atisbar la presencia del muerto.

El aduanero se lo agradeció, no obstante señaló que su aislamiento sería total si entornaba un poco la puerta del baño. El condestable así lo hizo y la entornó. Un lento chirrido de las bisagras recorrió el baño, que permanecía en el silencio perpetuo que los derridanos llevan consigo cuando se piensan los unos a los otros.

—Esto le habría sonado atronador a cualquier humano que estuviera viéndonos aquí, parados en silencio.

El aduanero asintió ante la ocurrencia del condestable y se acordó de aquella ocasión en que una familia de humanos les preguntaban a gritos si no pensaban hacer nada mientras ellos, precisamente, se devanaban los sesos los unos a los otros tratando de imaginar qué hacer con el cargamento que los humanos querían transportar.

—Eran animales. Vivos. ¿Se lo puede creer, señor?

El condestable le pidió otra vez que tratara de recordar menos mientras él continuaba examinando el cadáver. Estaba totalmente convencido de que el asesinato había sido premeditado. Lo habían asfixiado a la fuerza, y eso requería tiempo, paciencia, habilidad, potencia física y un cierto conocimiento de anatomía. Por alguna razón, lo habían querido matar. Y el baño no había sido casual. El cadáver había sido ocultado cuidadosamente para que solo una búsqueda detallada pudiera localizarlo. Aquí estaba aislado de la visión de sus compañeros y por tanto no le podían pensar a menos que él los pensara a través del amplificador. Alguien que quisiera esconderlo guiado por la emoción brusca del momento lo habría depositado de cualquier manera en el baño, pero a él lo habían atado y encajado en el váter para que nadie lo encontrara, para que ningún humano que pasara por allí se percatara que detrás de esa puerta cerrada había algo y diera la voz de alarma.

De súbito, el aduanero se alarmó. Si le habían escondido para que no le encontraran, quizá fuera porque estuvieran pergeñando a continuación algún tipo de ataque.

—No hay motivo para alarmarse. Lleva aquí un buen rato. Si planeaban algo, o lo han abortado por culpa de esta muerte inesperada o ya habrían ejecutado el plan.

No, el aduanero y el condestable llegaron rápidamente a una conclusión. Lo habían matado de forma rápida y expeditiva. Lo habían escondido con cuidado para que aquella muerte, inesperada pero necesaria, no entorpeciera las intenciones del humano que lo hubiera hecho.

—Su intención era viajar. Solo quería viajar.

Mira arriba. Al cielo lleno de estrellas. Se supone que es lo menos malo.

Mierda.

Vale, si miro abajo se me sube el estóma-

go a la garganta. Y si miro arriba también. Voy a soltar toda la puta bilis que me ha segregado el hígado desde que nací, o desde que tuve mi primera resaca, que para el caso es lo mismo.

Joder, ¿por qué harán estas jodidas cosas tan pequeñas? Y, sobre todo, ¿por qué coño las harán transparentes? ¿Es que les gusta vernos o es que creen que a nosotros nos gusta mirar al exterior y morirnos de vértigo?

Mira a esa familia. Hay gente que es más lista que yo. O, más bien, que pueden permitirse ciertas cosas que yo no. Los dos niños acurrucados junto a la madre. Puestos de difenhidramina y benzodiazepina hasta las cejas. Dormidos tan profundamente que no se enterarían de nada aunque su esfera se resquebrajara en medio del vacío y sus cuerpos estallaran toda la sangre por los ojos.

No. No se enterarían de nada. Probablemente no se hayan enterado nunca de gran cosa. Si la madre es mínimamente lista —y se le nota que lo es, pues la dejan viajar junto a sus dos niños— se habrá encargado cuidadosamente de que sus hijos no se mezclen en política. Si acaso, les habrá metido el miedo en el cuerpo con lo de Brasil. “Si hicieron eso porque se les fue de las manos, como ellos dicen, imaginaos lo que podrían hacer si fueran a por nosotros a propósito". Y si los críos les salen respondones, y no tienen pinta, les espetará lo que de decía mi vieja. “Pues razón de más”. Aunque no viniera a cuento. Aunque fuera algo completamente ilógico y no tuviera el más mínimo sentido con lo que estaba sucediendo en ese momento. Esa es la manera materna definitiva de terminar una conversación.

Pues razón de más. Cualquier argumento es bueno para que tu hijo no se meta en política. Además, ¿qué tienes que ver tú con los brasileños? ¿Acaso eres negro, o mulato, o te pasas el día bailando como ellos? Tú eres bien blanquito y bien rubio muchacho, así que limítate a palear la nieve que es lo que tu gente siempre ha sabido hacer mejor.

No. No creo que esa mujer les hable en esos términos de ninguno de los miembros de su especie. Ella es morena. Es del sur. Naturalmente no es brasileña, no tiene la mandíbula como ellas. Ya no quedan muchos y tampoco les dejan ni llegar al ascensor orbital.

De todas formas, mi vieja estaba equivocada. Yo conocí a un tipo de allá. O bueno, más bien, que me dijeron los camaradas que era de allá. Nunca hablé con él. En Grenoble se llevaba a rajatabla el tema de la compartimentación de los grupos. Y era una buena decisión, claro. Pero me habría gustado pegar la hebra con él alguna vez. Porque era alto, rubio oscuro y de ojos azules. Como el abuelo cuando era joven. Se parecía mucho a mi abuelo, de hecho. Excepto en que él estaba en forma. Delgado y bizarro. No panzón como el viejo, que solo retenía de su juventud los brazos como troncos, llenos de venas. A veces me acuerdo de mi abuelo cuando me miro los brazos. Ahora tengo venas, pero nunca como él. Y eso que en Grenoble todos nos machacábamos, pero bien. No hacíamos más que jodernos los tobillos corriendo por el bosque y pelarnos los nudillos haciendo flexiones sobre el suelo de hormigón.

Pero aquel tipo tenía la piel cobriza. Y mi abuelo era tan pálido como yo. Aun así, se parecían. O quizá es que cualquier cosa me recuerda a mi abuelo.

Luego leí, o lo leí antes, no lo sé, que en Brasil, la gente del norte era así. Descendían de emigrantes holandeses y alemanes y no de esclavos negros. Era un país tan grande que tenían espacio de sobra para tener genes diferentes.

No sé. Quizá aquel tipo era descendiente de alguien que hubiera nacido no lejos de mi casa. A lo mejor podía haberle invitado a un trago y él también habría dicho “Sköl”, como mi abuelo. Si eres brasileño, o eras pariente de alguno, cualquier otro ser humano te invita a beber. Es como una forma de disculparse, de pedir perdón por no haber hecho nada después de que a esos jodidos cabrones “se les fuera la mano”.

Sí, claro, las atmósferas se queman por accidente. Sin querer. Como cuando yo echaba paladas de nieve sobre el porche de la vieja. Sin querer. Se dice “Förlåt” y ya está.

Por accidente.

Cabrones.

El condestable entró en el centro de mando con la tranquilidad habitual, forzándose para apartar de inmediato los pensamientos que asaltaban su mente. Si seguía así, sin controlar sus pensamientos, arriesgándose a alarmar a sus subordinados, acabaría volviéndose más humano que los humanos.

—Sí, condestable, ya he avisado a todo el mundo. 21 está en la puerta del baño mientras 18 toma fotos y recoge el cuerpo para el forense. No, no se preocupe, 18 tiene mucha experiencia y licencia legal, pero es que no podemos encontrar a un equipo forense hasta por lo menos dentro de 12 horas.

—Está bien. ¿Tiene una opinión preliminar sobre la hora de la muerte?

—Dice que no puede haber sucedido hace más de una hora.

—Ese es tiempo más que suficiente para que se haya largado. Pero es tiempo al fin y al cabo.

—Ya estoy posponiendo el lanzamiento de todas las cápsulas. La computadora aleatorizará los mensajes de excusa habituales. Las áreas de descanso ya empiezan a llenarse de humanos. Afortunadamente hoy no hay mucho tránsito.

El aduanero oprimió los interruptores y las pantallas cambiaron al majestuoso espectáculo de las áreas de descanso, excavadas en la roca viva de un asteroide que abre su seno a los que viajan, para acogerlos con hierro y piedra antes de que emprendieran los caminos deseados. Terrazas y terrazas, escalonadas unas encima de otras, conectadas por escaleras y ascensores transparentes; recubiertas por todo tipo de estructuras vegetales cuyas formas y colores parecían fascinar más a los humanos que cualquier otra cosa. Incluso desde lejos se podía ver cómo, de tanto en tanto, algún humano se detenía al borde de las terrazas, cogía con delicadeza una de las flores cultivadas y la acercaba a la nariz. Los efluvios que surgieran de ella lo abstraían de alguna manera y hacían que dejara de prestar atención a la omnipresente presencia del espacio no relativista, como si los fabulosos efectos prismáticos que se producían en la luz, atraída y repelida a la vez por el omnipresente y gigantesco sumidero de taquiones que se abría sobre sus cabezas no pudiera competir con el color más simple surgido de una flor.

De a ratos, las cápsulas de eyección se hundían en un hueco taladrado en la piel del universo dejando tras de sí una corriente de taquiones que brillaba como un arcoiris atmosférico, tan hermoso como fugaz. El condestable pensó que, desde luego, eran mucho más espectaculares los lanzamientos de transportes que llevaban a sus compatriotas. La aureola energética entonces era más grande, más brillante, más duradera, y caía sobre el horizonte como la ola de un mar que acariciara el mundo.

Y sin embargo nadie le prestaba más atención que la del ansia por viajar cuanto antes, como si tan portentosa obra de ingeniería careciera de mérito alguno. Preferían detenerse a percibir lo que fuera que pudieran oler en aquellas estructuras vegetales, como si el resto del universo no fuera con ellos. Quizá si el astropuerto lo hubieran construido ellos, no lo mirarían con tanto desprecio.

—Que la computadora contabilice los humanos presentes y los reparta de forma regular en las áreas de descanso. Van a estar ahí un largo rato, así que no quiero aglomeraciones.

Ya había bastante con un asesinato como para que encima empezara a haber peleas producto tanto del cansancio acumulado como de la competencia por los servicios disponibles. Aún había puestos suficientes y el condestable no deseaba todavía cerrar las entradas al astropuerto.

Durante un instante, aquel derridano alto y fornido, de escamas casi negras por su edad, se detuvo a reflexionar olvidándose de que el aduanero estaba con él en la misma habitación y que los amplificadores de unimente estaban encendidos para mantener las comunicaciones con la tropa. Pensó que los humanos no estaban exentos de una cierta capacidad de asombro y disfrute ante la percepción del mundo. Y seguro que eso dependía de la intensidad emocional con la que se relacionaban con el mundo y entre ellos.

Los humanos tenían una cierta sensibilidad, podían experimentar reacciones emocionales ante los espectáculos hermosos que cautivaran su percepción. De hecho, la primera vez que hacían un viaje interestelar así sucedía. Lo había visto en infinidad de ocasiones. Seres humanos que se quedaban de pie, en medio del paso, sin prestar atención a sus equipajes ni al trasiego de gentes a su alrededor, ni siquiera a los otros congéneres que los acompañaban. Solo en el caso de que estos pertenecieran a su progenie les continuaban prestando atención, con gestos en los que parecían querer incitarles a incrementar la emoción que experimentar.

La especie humana hace esas cosas a menudo. Es difícil distinguirlo si uno no está entrenado, si no está avisado y se fija exactamente en cómo se mueven, activando y desactivando los músculos de su cuerpo, girando las manos, moviendo los brazos, haciendo aspavientos, contrayendo y relajando los músculos bajo su rostro en mil combinaciones.

Y es increíble, cuando uno lo piensa, cómo se sirven de esas contracciones musculares para compensar la ausencia de la unimente, pues realmente parece que así son capaces de transmitirse cosas, o al menos eso es lo que ellos mismos proclaman, si bien ninguno de ellos ha sido nunca capaz de detallar un mínimo y elemental diccionario, alegando que es un conocimiento racial, instintivo, pero a la vez, local, regional, cultural, signifique lo que signifique ese concepto de “cultura” que es utilizado como una especie de comodín de las ciencias sociales, de recurso intelectual un tanto zafio donde introducir cualquier variable comportamental que no sea digna de ser sistematizada.

El condestable pensaba que comprendía bastante bien esos gestos. Llevaba mucho tiempo observándolos y estaba familiarizado con ellos, los había visto repetirse una y mil veces y, aunque no siempre comprendía todo lo que se quieren comunicar los unos a los otros, creía ser capaz de discernir el sentido general de lo que decían.

—¿Quiere decir, señor, que moviendo los brazos así y asá y forzando estrambóticas contracciones de los músculos de sus cráneos son capaces de decirse cosas?

El condestable se sintió sorprendido y avergonzado por haberse perdido de aquella manera en sus pensamientos delante de todos sus subordinados. Pero todos sus hombres, muy amablemente, conjuraron su rubor con interés y él se vio obligado a continuar pensando en el tema.

—No, “decirse” no es el concepto adecuado. Ellos lo llaman comunicación, claro está, pero en realidad es una forma aún menos eficiente que la reverberación vocálica de la que se sirven habitualmente. Pero, en algún sentido, es más cercana a nuestra unimente.

—¿Cómo así?

—La usan para emocionar. No para compartir emociones, como nosotros —y creo que eso es la diferencia más profunda que hay entre ambas razas—. Nosotros nos pensamos para sentirnos y así compensarnos y complementarnos los unos a los otros como ustedes han hecho con su amabilidad hace un instante. Pero los humanos, justamente, hacen lo contrario. Muestran sus emociones para provocar una emoción en el otro, sin importarles si esa emoción va a conducir a una conducta complementaria o a otra que incluso puede ser perjudicial para sus intereses. Pero es así. Ellos muestran, con sus contracciones musculares, la emoción que están experimentando, aguardando que sus congéneres reaccionen, pero no como lo haríamos nosotros. Y no siempre. De hecho, la mayoría de las veces reaccionan con la misma emoción que se acaba de expresar y no con una complementaria o moderadora. Es un poco ilógico.

—No nos habían explicado todo esto sobre sus gestos. Todos pensábamos que obedecía a algún tipo de aleatoriedad nerviosa.

—No se les explica porque es conveniente para que puedan hacer mejor su trabajo. Pueden sentirse tentados de identificar las emociones humanas e intentar aplacarlas ustedes mismos. Y eso es peor, además de peligroso. Ustedes han de tratarlos con absoluta frialdad hacia sus emociones. Es la manera más igualitaria y la mejor forma de no cometer errores.

El condestable hizo una pausa en su digresión cuando estaba a punto de volver a la imagen de un humano señalando y curvando la boca a un miembro de su progenie. El otro abrió la boca de par en par y exhaló aquel sonido repetitivo que llamaban risa. Aquello sí que se le escapaba. Para entender el humor había que comunicarse como un humano, entender todos los sinsentidos que adoptaban los errores y las incongruencias de su comunicación. Incluso a veces lo hacían a propósito, usando su habla de una forma deliberadamente errónea. Y eso era incomprensible para un derridano. Iba contra la esencia misma de la unimente, contra su claridad perfecta que imposibilitaba por completo los malentendidos, los dobles sentidos; que prescindía de esas herramientas tan torpes para expresar el pensamiento que eran las palabras de un lenguaje hablado.

El condestable pensó que no quería comunicar más información sobre estas cuestiones, pues ya había visto antes lo que acabaría sucediendo. Al final acababan usándolo como un entretenimiento y se dedicarían a hacer todo tipo de juegos y apuestas sobre los rostros y las posturas y los gestos de aquellos que se suponía que tenían que vigilar. Y así no había manera. A la larga, ni aprendían sobre lo que tenían que aprender, ni se fijaban en lo que se tenían que fijar, así que recondujo la situación, pensando con claridad a través de los amplificadores.

—Y eso es en lo que nos vamos a basar ahora, caballeros, buscamos a un asesino. O a varios. Uno o más seres humanos, que pueden ir juntos o no, aunque me inclino a pensar que será uno solo. Buscamos a un asesino frío, despiadado y calculador. Capaz de ejercer una gran violencia y luego ocultar con cuidado los resultados de su crimen. Recuerden esto, porque es importante: es alguien brutal, si, pero no es irracional. Bien al contrario a lo que ustedes están acostumbrados. Buscamos a alguien desapasionado, nada emocional, muy frío.

—Alguien parecido a nosotros.

El condestable nunca hubiera querido pensar eso, pero admitía que era una muy buena observación.

Mierda, no aguanto más. Voy a potar. ¿Dónde está la bolsa para el mareo? Y encima tiene que pasarme ahora. Justo ahora que acabo de salir del túnel de la risa este que cavaron a través del espacio. Bueno, ¿y cuándo coño iba a pasarme si no? Pues cuando me quedara sin gravedad. Ahí se le revuelven las tripas a cualquiera, salvo que vayas drogado y dormido como esa familia.

Muy bien, aquí está. Bolsa para el mareo, permítame que le presente a mi desayuno. Desayuno, ésta es la bolsa para el mareo. Ya puedes salir. Les dejo para que se conozcan. Espero que no le moleste si la sujeto demasiado fuerte por el pescuezo, querida, pero no imagino nada más asqueroso que vomitar en gravedad cero, ¿sabe? Otros líquidos menos líquidos, y perdonen la redundancia, quedan flotando en formas amorfas. De a ratos adoptan formas muy raras y puedes jugar a ver qué aspecto tiene ese grumo de café, como cuando uno se tumba en la hierba y le pone siluetas a las nubes. Esa tiene forma de patito, esa otra tiene la forma de Suecia, aquella tiene forma de hongo atómico saliendo de alguna central sobrecargada; y mira esa, esa tiene aspecto de gota de café en gravedad cero que se ha unido a otra gota de café y ahora tienen forma de nubes del cielo.

Pero con la pota no sucede lo mismo ni de lejos. El vómito no es un líquido homogéneo. Su densidad varía de grumo a grumo, de resto de pizza a sorbo de cerveza, todo adherido a una capa de jugos gástricos que ni siquiera pueden dotarla de un color uniforme.

¿De qué color son los jugos gástricos? ¿son amarillos como cuando los expulsas en la taza de un váter, o en una bolsa para el mareo dentro de una cápsula de eyección? O por el contrario son incoloros, quizá inodoros e insípidos. Quizá tienen el color del agua clara y no el de las entrañas revueltas.

Supongo que no. Supongo que serán amarillos. Es lógico, si cuando uno no puede más y empieza a vomitar bilis esta es verdosa. El amarillo va antes en la escala cromática, ¿verdad?

Valiente gilipollez de razonamiento.

Me siento mejor. Menos mal. Ahora toca estrangular a la bolsa. ¿Dónde está la goma? Mierda, no hay goma. Joder, qué gente. Ahora me voy a tener que pasar el resto del viaje sujetando mi propia pota con las manos. Me habría ido mucho mejor si hubiera pasado dormido todo el rato, como aquella familia.

Ahora, sin embargo, no puedo permitirme el lujo de quedarme dormido. Tengo que mantener bien agarrado por el gaznate a la bolsa para el mareo. De todos modos, no podría dormir. Me da vueltas la cabeza en cuanto cierro los ojos.

Además, ni en sueños puedo olvidarme del hecho de que nos han sometido, el hecho de que toda nuestra especie es considerada como una raza inferior solo porque no nos comunicamos telepáticamente, como hacen ellos. Nos usan como mano de obra esclava. O cuasiesclava. Nos pagan, claro. Nos dejan pasar con todo el cuidado del mundo por sus astropuertos, o no nos dejan pasar en absoluto si no estamos en posesión de las cédulas que ellos nos dan. Y aun así, aún contando con esa garantía que ellos mismos nos obligan a llevar, no se fían de nosotros.

Si claro, luego nos tratan con condescendencia, con amabilidad con la cortesía lastimosa y excesiva que se viene con la lástima, como se mira a un perro callejero al que no se quiere acoger, ni se quiere alimentar ni se tiene la decencia de asesinar y librar de sus promesas.

Casi me dan ganas de abrir la bolsa de pota y dejarla que vuele libremente por la atmósfera sin gravedad de mi cápsula. Si yo no he de tener la mínima dignidad de ser tratado con deferencia, con respeto, o al menos de ser rematado como un perro fiel, o infiel, pero merecedor de una muerte rápida y digna, de una inyección de veneno después de unas caricias tan venenosas y cáusticas como todo el amor falso es, entonces qué más da todo.

Me lo pienso seriamente y me parto de risa flotando en aquella atmósfera ya de por sí maloliente, hedionda; me río de mi hedor y del sabor amargo en mi boca; me río de esa manera prolongada y deliciosa con la que se saborea la risa futura de algo gracioso que ha de suceder. Como cuando uno está planeando una broma o recordando una anécdota hilarante. En esas ocasiones, uno reproduce en su cabeza una y otra vez lo que ha sucedido o ha de suceder, como en un teatrillo mental en el que se proyecta una y otra vez la misma película. Porque eso es lo que causa más risa. La anticipación. El saber en tu mente que algo gracioso va a ocurrir antes de que se produzca.

Es como en aquel libro antiguo en que el escudero gordo y zampón compra unos quesos y los guarda en el yelmo del caballero chalado al que sirve por no tener otro sitio donde hacerlo, y entonces el caballero se envalentona y decide enfrentarse o pelearse con alguien, no recuerdo con quién. Y el lector sabe, desde mucho antes que suceda, que el caballero va a encasquetarse el yelmo —o la bacía, o como la llamaran, tampoco me acuerdo—, sin percatarse antes de que están los quesos dentro, y se los va a despachurrar por la cabeza, y va a lanzarse entonces a entablar combate de tal guisa: con los regueros de leche cruda resbalándole por las sienes hasta las barbas. Y uno se lo imagina antes de que llegue a leer las letras en las que tal cosa se describe.

Y después, cuando ya lo ha leído, se lo vuelve a traer imaginándoselo de nuevo con los detalles que al escritor no se le ocurrieron, como que por ejemplo le quedaran grumos de queso enganchados en la barba, sin desprenderse ni caer al suelo o al pecho. Y un personaje tan tarado como para encasquetarse un yelmo con quesos dentro sin darse cuenta, por fuerza no habría de prestar atención a los restos que le quedaran adheridos a las barbas. Y así andaría por los caminos, con los pegotes de lecha agria endureciéndole el bigote hasta que fuera imposible que abriera la boca, apestándole la faz hasta que pudiera llegarse a un río y lavarse la dignidad.

Así me lo imagino, una y otra vez, y me parto de risa en la cápsula. Bueno, en realidad no es que me esté carcajeando, o quizá sí que me carcajee pero durante un rato bien corto, mientras me deleito con la idea, que sé que no haré, de abrir la bolsa y dejar que venga a mí su contenido, a flotar con sus diferentes

densidades por aquella atmósfera, sin fusionarse nunca, sin adquirir forma alguna, nube alguna, hasta acabar adhiriéndose a mis ropas, ora aquí una mancha, ora aquí otra, y salir así de la cápsula, embreado por mi propio olor repulsivo que, por supuesto, a mí me daría igual, pues no he conocido nunca a nadie que le diera náuseas sus propios desechos, sino más bien lo contrario, gentes que estaban encantadas de haberse apestado a sí mismos y de comunicar sus pestíferas atenciones a los demás.

Sería divertido, sí, pero no lo haré. Tengo una misión difícil y peligrosa que solo yo, o muy pocos como yo, podemos realizar. Tengo mi propio molino al que enfrentarme y no es cuestión de ponerlo todo en peligro alertándolos con mi suciedad.

En realidad, ahora mismo lo único que quisiera es quedarme dormido el resto del viaje. A juzgar por la velocidad a la que desplazan las estrellas, hace ya rato que estoy en el espacio relativista. Sí. Estoy seguro. Lo sé por las luces que se apagan, en medio de la negrura del espacio vacío. Veo luces y no son de estrellas. Son las demás cápsulas, iluminando rostros tan cansados como el mío. Y se van apagando una a una, esperando que las recojan y las lleven rumbo a Derridá. Al hogar de esos cabrones de piel coriácea cuya civilización pienso joder.

Ellos no viajan así, por supuesto. Esos cabrones no se retuercen y se hacen un siete en medio de un espacio cerrado. Ellos viajan en transportes colectivos, todos juntos, todos tumbados, todos en el silencio exasperante de sus conversaciones inaudibles e impensables por casi todos nosotros.

Nosotros, en cambio, tenemos nuestras cápsulas. Todo para nuestra seguridad, piensan ellos, y para la suya, claro. Pues nuestra seguridad es la suya y venderles nuestra fuerza de trabajo es la forma en la que su imperio prospera y sus migajas nos alimentan.

Dicen que viajar así es más seguro, aunque sea más incómodo. Que es mejor que sean ellos los que controlen todo el proceso del viaje. Porque eso es lo que quieren. Tener el control. Y por eso nos meten en estas cosas redondas, más pequeñas que la barca de madera de mi abuelo. Y en las que nos jugamos la vida para llegar a su planeta, digan lo que digan. Si las naves recolectoras pierden alguna cápsula de vez en cuando —no pasa casi nunca, o eso dicen—, solo es un muerto. Solo es un único ser humano que se queda solo, vagando en el vacío del espacio, hasta que el monóxido de carbono de su propia respiración lo sume en un sueño del que nunca se despertará.

Es más aseguro así. Solo muere uno de cada muchos miles. Traicionado por las corrientes de taquiones. Perdido para siempre en el espacio. Estrellado quizá contra un asteroide. Hallados casi nunca. Muertos siempre. El espacio es así, mortal como el mar. Pero así es más seguro que si viajáramos todos juntos. Si se estrellara todo un transporte, moriríamos cientos.

Si les pasara a ellos solo morirían docenas, claro está, no sé porqué me da en la nariz que nuestros transportes estarían mucho más sobrepoblados que los suyos. Ellos viajan juntos, tienen que viajar todos juntos para así poder montar una de sus misas improvisadas, una de esas comuniones telepáticas que les gustan tanto, que los hace tan únicos.

De momento.

Me los imagino perfectamente: todos reclinados en sus asientos, hablando todos con todos, pero sumidos en el más profundo silencio durante todo el viaje. Sin poder leer, o ver una película, o sencillamente sumirse en sus pensamientos. Y cuando les fallara la hidráulica o cualquier otra mierda y su astronave se fuera a estrellar contra cualquier asteroide en mitad del espacio, me los imagino a todos callados y sonrientes y cogidos de las manos, con la angustia de todos rebajándose con la calma que uno solo de ellos pudiera transmitirles. Y todos morirían en silencio. Porque esa mierda de la telepatía es algo más que la forma en que se comunican. Es su religión, es su orden social, es su vida y es su muerte.

En cambio, en una astronave de humanos la cosa sería completamente distinta. No habría forma de leer un libro o de ver una película, pues todos estarían demasiado ocu-

pados charlando los unos con los otros en un guirigay inagotable; aunque a nadie le interesara en absoluto lo que cualquiera de los demás quisiera decirse. Contándose sus vidas los unos a los otros, escuchando las anécdotas con la paciencia que otorga el saber que, gracias a escuchar, te van a prestar atención a ti a continuación porque lo que quieres es que te escuchen y en realidad te importa un pito la vida de los demás.

Todo el rato hablando. Solo por el gusto de hablar. Porque hablar es lo que nos hace humanos. Y es lo que nos distingue de ellos. Nuestra forma de comunicación también determina por completo nuestra realidad, como les pasa a ellos con la suya. Pero en nuestro caso, de una forma más noble. Que dos seres humanos se entiendan requiere de un gigantesco esfuerzo por parte de ambos, y no solo porque hablen idiomas distintos, dialectos distintos, o porque surgan malentendidos y dobles sentidos, sino porque al final perseguimos una meta imposible, que es saber, realmente, lo que el otro está pensando. Para ellos está tirado. Pero para nosotros, es un triunfo de la voluntad humana que se sobrepone a la molicie plácida y silenciosa con la que estos capullos se piensan los unos a los otros.

¿Y si nos muriéramos? ¿Si el transporte se cayera y se estrellara en cualquier lugar? Pues gritaríamos, claro, de forma histérica, absoluta y universal. Como gritamos todo el planeta cuando nos enteramos de que habían incinerado la atmósfera sobre Brasil y la radiación solar había hecho el resto. De rabia, de furia y sobre todo, de miedo, porque eran capaces de hacerle algo así a los únicos de entre nosotros que se habían atrevido a saltarse la prohibición impuesta a la especie humana de viajar a través del espacio interestelar.

No nos querían aquí. No como seres libres al menos. Les da miedo nuestra violencia, dicen, pero en realidad les da asco que gritemos cuando tenemos miedo y que nos riamos cuando algo nos hace gracia.

Ojalá pudiera hablar con alguien aquí dentro. Y echarme unas risas.

—Muy bien, procedan entonces como hemos comentado. Ustedes busquen entre los humanos que aún no han tomado su cápsula.

El condestable se dirigió a la consola y apagó todas las pantallas, dejando al aduanero y a él aislados del resto de la tropa.

—No se apure. Aún cuentan con los amplificadores y se desplazan en parejas. Nada debería sucederles.

—Sí, yo tampoco creo que el humano responsable de esto siga en el astropuerto.

—¿Ha utilizado alguna vez las cámaras...?

—¿...de las cápsulas? No. Nunca. De hecho, se supone que no sabemos que existen por respeto a sus derechos y a su intimidad, aunque en realidad...

—...es un secreto a voces. Sí, lo sé. Contradice por completo los códigos éticos y morales de los humanos, pero ellos parece que solo se preocupan por la ética a la hora de cargársela, ¿verdad?

—Verdad. Además, si ellos quieren venir a Derridá...

—...deben cumplir las normas de Derridá. Y en Derridá no hay secretos para nadie.

—¿Cómo funciona? ¿Tiene usted...?

—Con un código. Sí, tengo autorización. Es secreto. Nadie quiere que se filtre que los aduaneros se entretienen viendo a los humanos copular en sus cápsulas cuando creen que están solos, en la intimidad absoluta del espacio.

—Muy bien. Esperaré abajo

El aduanero salió del centro de mando. Inmediatamente, el condestable apagó las pantallas de una manera un poco irracional —¿quizá un poco humana?— de forma mucho más veloz de lo que hubiera sido esperable en cualesquiera otras circunstancias. Pero la verdad es que le había trastornado su divagación, pues le recordaba a su padre y a su abuelo, que terminaron sus días sumidos en la melancolía, extrañados de todos, encerrados en sus cuartos porque les resultaba demasiado desagradable la reacción que todos los demás tenían hacia sus estados de ánimo y hacia sus divagaciones, tan extrañas como poéticas, tan empapadas de recuerdos de juventud como emponzoñadas por los sentimientos de la vejez. Les importunaba y

les irritaba que los demás reaccionaran ante su tristeza intentando alegrarlos, como si disfrutaran verdaderamente de estar a solas con sus pensamientos y con la tristeza que estos le producía, y reaccionaban airadamente —en el caso de su abuelo, a veces de forma un poco similar a como se comportaban los propios seres humanos—, rechazando el consuelo, rechazando la atención y la alegría de los demás, enfrascados en su propia búsqueda de la melancolía interior que solo existía dentro de ellos mismos y que buscaban con un ahínco digno de mejor causa.

No era la primera vez que el condestable había caído en uno de esos vericuetos, dejando que sus pensamientos vagaran libremente por cualesquiera sendas sin pensar en absoluto en quien estuviera a su lado, pero de momento solo había sido delante de su familia y había sido capaz de controlarlo. Que le sucediera en público le resultaba vergonzoso. Más que eso: irritante. Y se descubrió a sí mismo apagando los monitores de los amplificadores de unimente, dejando a sus subordinados aislados de su silencio; pero en el último segundo, cuando la última de las pantallas que permanecía encendida procedía a fundirse en negro, se dio cuenta de que dicho fundido se producía al mismo tiempo que golpeaba el panel.

El condestable se quedó un segundo quieto, asustado, repentinamente consciente de su edad. Había golpeado realmente el panel. La vergüenza de haber quedado expuesto le había conducido a la irritación por su falta de autocontrol, y esta había crecido en silencio, sin que él se diera cuenta, hasta una verdadera rabia. Y durante ese segundo de miedo, se preguntó si sus subordinados no habrían percibido en él esa rabia y habrían sido ellos los que hubieran desconectado el amplificador, por pudor de no pensar a su líder enfurecido, avergonzado y temeroso por haber sido, no cogido en falta, sino de haber detectado el primer síntoma de aquella odiosa enfermedad.

Respiró profundamente y pensó, durante un instante, que quizá eso es lo que había sucedido con el aduanero asesinado. Que hubiera apagado el amplificador de unimente y por ello no habían podido pensarle mientras era atacado. Tenía sentido. Aunque estaba desaconsejado por mor de una elemental cautela, no es que estuviera prohibido desconectar los amplificadores. Durante un instante, se quedó pensando si no habría pasado algo tan sencillo como que el aduanero muerto hubiera querido poder pensar a solas durante un rato.

Pero no. ¿Por qué iban a hacer tal cosa? Y mucho menos dentro de un baño reservado a humanos. No era raro que fueran a los retretes humanos e incluso que los usaran. Eran incomodísimos, pero a la tropa le encantaba pensar bromas sobre las necesidades fisiológicas de los compañeros mientras se aliviaban. Se consideraba algo viril. Él lo recordaba también de los tiempos de la milicia como algo jocoso.

Súbitamente se sobresaltó. Sus pensamientos habían vuelto a vagar sin que pudiera controlarlos. Esta vez hacia el pasado, hacia los tiempos que había estado destinado en la Tierra. Y eso era peligroso. No era conveniente que recordara cuando se extralimitaban con los humanos por puro placer. Por puro poder. No es que le fueran a juzgar por ello, ni se lo fueran a reprochar públicamente, pero era mejor no pensar en ello y mucho menos recordarlo como un período de tiempo de su vida en el que fue feliz.

El condestable no pudo evitar pasarse las manos por el cuello. Lo tenía húmedo de respirar. Se secó las manos y se concentró en lo que tenía que hacer. Abrió la cartera y extrajo el paquete de códigos que debía consultar. Rompió el sello y sacó uno al azar. Lo depositó en la consola y se guardó la cartera en el abrigo. Mientras lo hacía se dio cuenta de que lo había depositado torcido y la computadora no lo leía correctamente. Lo cogió y lo leyó. Se suponía que no debía hacerlo, si no conocía los códigos no corría el riesgo de que alguien los pensara con él y los usara después. Pero aquello le parecía absurdo. Solo tenía que teclear la opción de inutilización una vez lo hubiera introducido. Además, le parecía una precaución excesiva. Si alguien pensaba su código y lo usaba, aunque fuera en secreto, todos los compañeros sabrían de su violación y nadie lo encubriría. Recibiría el

castigo que se merecía. La gente era libre de pensar lo que quisiera y luego responsabilizarse por ello, pero el Gobierno estaba empeñado en poner todas las precauciones para que la gente no tuviera la tentación de cometer delitos que luego confesara en público sin darse cuenta. Era una epidemia y una degeneración lo que estaba ocurriendo hoy en día. Con todos esos adolescentes cometiendo los crímenes más abyectos y luego suicidándose al tener que enfrentar que los demás pensaran con ellos lo que habían hecho. Lo que tenía que hacer la sociedad era recuperar una moral más estricta y dejar a la gente que pensara lo que quisiera.

Cuando terminó de introducir el código se quedó parado. De nuevo se sentía irritado por lo que había estado pensando. Era inevitable, claro, con todas esas cosas que se veían hoy día. Pero nuevamente había empezado a divagar en soledad dejando que sus pensamientos le provocaran irritación. Como su padre. Como su abuelo. Como si fuera un viejo.

Pensó que lo mejor era no estar solo. Con más gente seguramente conservaría mejor la compostura. Encendió los amplificadores y llamó al aduanero para que subiera. Lo hizo a toda velocidad y la puerta se abrió cuando todavía la computadora estaba desentrelazando las interferencias de la transmisión interestelar.

—¿Nunca había visto esto?— preguntó el condestable, sabedor de la respuesta.

—No, la verdad es que no. Nunca había tenido que utilizarlas. Naturalmente, nunca me había tenido que enfrentar a un suceso tan terrible como el que hemos vivido.

—Sí. Claro. Bueno, en realidad se usa muy poco. Ya sabe que se supone que los humanos no tienen que conocerlo, claro. Pero la triste realidad es que resulta mucho menos útil de lo que todo el mundo pensó que sería inicialmente. No le sorprenda si esta es la primera vez que realmente sirve para algo.

—Entonces, ¿por qué se mantiene? No tiene ningún sentido, condestable. Debería utilizarse habitualmente. No podemos poner nuestra seguridad por debajo de los deseos de los humanos. ¿Qué más da si no les gusta?

El condestable pensó que probablemente él y sus compañeros lo utilizarían para divertirse y descuidarían la vigilancia, pero el aduanero decidió ignorar esa muestra de desconfianza y concentrarse en la labor. Las pantallas, al fin, se iluminaron. Las imágenes trasmitidas desde tan lejos tenían un gran retardo por la necesidad de la computadora de recompilar el flujo de información, pero eran muy claras. Aunque extrañas. Muy extrañas. La lente instalada bajo la luz de las cápsulas de eyección proyectaba una imagen deformada, forzadamente esférica, como si se estuviera contemplando una imagen a través de un cristal muy grueso, muy cóncavo, una imagen que se perdía en sus límites, de manera difuminada, en la negritud infinita del espacio circundante, como si se tratara de un cuadro, o de una fotografía, sobre la que un pintor se hubiera dedicado a difuminar con un pincel mojado en tinta, o incluso a rallar el papel con una cuchilla, o frotando con el dedo. Cuando se veía una estrella, a través del metal transparente de la cápsula, esta se veía agrandada por la óptica, desplazándose lentamente mientras la propia cápsula avanzaba a través del espacio a la espera de ser capturada por la nave de recolección, y entonces, cuando la estrella se acercaba al borde difuminado, su tamaño y su brillo cambiaban de nuevo, deformados por la óptica, y durante un fugaz instante daba la impresión de que se había vuelto más pequeña, más lejana, más brillante, y que se alejaba a toda velocidad, como si hubiera acelerado de forma salvaje al terminar de acompañar a los viajeros.

—Bien. Primero intentemos descartar a algunos de manera obvia.

—¿Cómo?

Al condestable le encantaba poder actuar de cicerone de sus hombres. Era uno de los pocos placeres que le estaban permitidos, casi en exclusiva, a los hombres de su edad.

—Estamos buscando a una persona muy fría. ¿No es cierto? Alguien capaz de asesinar, esconder el cadáver y fugarse sin mostrar ningún rastro de emoción que pudiera alertarnos. Alguien que ha cometido un asesinato así, lo último que va a hacer es comentarlo en voz alta o presumir de ello— el condestable se

acercó al amplificador de programación mientras le pedía al aduanero que levantara el seguro.

—Lo siento señor. Pero hemos de tenerlo asegurado. Si no, no es raro que empiece a cumplir instrucciones pensadas sin querer. Los turnos se hacen largos y uno...

—...no es capaz de dominar sus pensamientos todo el rato. Está bien. Es una sabia precaución. Ábralo ahora por favor —el aduanero así lo hizo, y el amplificador se desplegó. El condestable pensó que se parecía a algunas flores que había en las terrazas de las áreas de descanso.

—¿De veras?

—Sí. Vea ahora —el condestable se concentró para que el amplificador pudiera pensar sus instrucciones con claridad. —Computadora, haz una búsqueda semántica en los registros de expresión vocálica de los humanos presentes en las cápsulas de eyección. Lo que vas a buscar, en concreto, es cualquier expresión despectiva o insultante referida a nosotros.

La orden era fácil, pero la computadora comenzó a hacerlo proyectando las voces humanas a través de sus dispositivos de sonido, por si el que la había programado quería comprobar sus avances. Tanto el condestable como el aduanero se sintieron sumamente molestos cuando el guirigay de conversaciones, de voces roncas y voces dulces, de gritos y susurros, de gemidos, de mezcolanza salvaje de canciones y de risas, invadió la habitación.

—¡Hazlo en silencio, maldita!

La computadora obedeció, y poco a poco fueron apareciendo, en las pantallas, los señalizadores de las cápsulas donde alguien había criticado, insultado o maldito a los derridanos.

Casi todas.

El aduanero se sintió desalentado por lo que pensaba había sido un fracaso. Pero inmediatamente su desaliento se tornó en sorpresa.

—Elimina todos esos de las cámaras. Vamos a observar solo los que no nos han insultado.

El condestable se volvió para mirar al joven aduanero.

—Vea. Eso es lo habitual, ¿comprende? Ninguno de las dos especies lo dice en voz alta, pero ellos tienen tan mala opinión de nosotros como nosotros de ellos —el condestable intuía que aquello no era exactamente cierto; cuando estaba en la milicia le había sorprendido descubrir cómo los humanos tenían la costumbre de hablar mal por mero gusto, como si sus palabras no significaran nada; hasta se insultaban y se decían horribles obscenidades entre parientes y otros humanos que les eran próximos afectivamente. La triste realidad era que los humanos se referían a ellos con los más terribles insultos sin prestarles más atención que un leve desprecio nacido del miedo y el resentimiento. La actitud de los derridanos hacia los humanos era bien distinta, claro.

—Bueno, yo no es que tenga una mala opinión de los humanos. No los odio, ni los desprecio. Los compadezco por no tener acceso a la unimente, eso es todo. Y no me parece mal que viajen a Derridá para trabajar. Lo que pasa es que son todos muy violentos. Reprimen sus emociones al no poder comunicarlas y eso les hace así. Violentos y peligrosos. Pero no los odio. No tienen la culpa.

—No, claro que no —el condestable había sido nuevamente pillado en falta, divagando en sus propios pensamientos, pero esta vez no le importó—. Pero como usted y yo pensamos, es muy habitual que echen pestes de nosotros. Por eso estamos buscando justo lo contrario. Alguien tan frío como el asesino que andamos buscando no se va a poner a comentarlo en voz alta. Lo guardará para sí. Tratará de adoptar una actitud lo más sumisa posible para no llamar la atención, lo que incluirá una falsa ausencia de desprecio verbal hacia nosotros.

El condestable se volvió a mirar a las pantallas para concentrarse en los tres únicos lanzamientos seleccionados por el ordenador.

El primero era una familia de humanos: una mujer y sus dos niños pequeños, que dormían profundamente, recostados en el interior de un gran saco de dormir acolchado que habían traído con ellos, lleno de remiendos.

El segundo era un hombre viejo, calvo, que manipulaba un objeto hecho de madera y

metal, que sujetaba con las dos manos, y con el que emitía una sucesión de sonidos no vocálicos dotada de un cierto orden matemático. Al condestable no le resultaba desagradable la música, se había acostumbrado a ella, pero al aduanero sí, por lo que la computadora silenció el micrófono de aquella cápsula.

El tercero era un hombre robusto, fuerte, de pelo largo y barba poblada, vestido con un abrigo cruzado. Con una mano sujetaba una bolsa para el mareo. Mantenía la otra cerca de su boca, como si algo le resultara desagradable. Tenía el pelo mojado, que se concentraba en mechones empapados que caían sobre su frente.

—Bueno, acá tenemos a nuestro asesino —pensó el condestable—, sin duda es uno de estos tres.

El aduanero no estaba tan seguro de esa deducción, pero tuvo la educación de no insistir sobre ello y aceptar el criterio de su superior. Él pensaba que el asesino era el hombre grande, de la barba.

—Fíjese en su constitución, señor. Él solo podría matar a uno de nosotros con las manos desnudas. Quizá a varios.

El condestable aceptó lo inteligente de lo que pensaba el muchacho. Realmente aquel era un humano enorme. Si quería esconder su potencia física con el abrigo, se había equivocado, pues solo contribuía a hacerlo todavía más amenazador. Además, viajaba con muy poco equipaje, lo que era extremadamente inhabitual.

Ambos se concentraron de repente sobre el viejo. Y lo descartaron casi inmediatamente.

—Su cédula de identificación dice que es jardinero. Pero fíjese en sus manos, señor. En lo retorcidas que están, como si fueran raíces de un árbol.

—Sí. Ellos lo llaman artrosis. Es similar a nuestra sicarodia.

El condestable se frotó las articulaciones de los brazos sin darse cuenta. Su padre y su abuelo habían sufrido de sicarodia en sus últimos años. Sus brazos habían quedado como palos, duros, y eran incapaces de doblarlos.

—Lo lamento mucho, condestable, no sabía que estaba usted enfermo —el aduanero hizo lo que pudo por sentirse comprensivo y consolarlo, pero esto no hizo más que molestar al condestable.

—No se preocupe muchacho. Al menos me queda poco para la jubilación. Creo que tiene usted razón. Además, los humanos consideran que eso que llaman música es una forma de arte. Ellos también piensan que sus artistas son especialmente sensibles, como nosotros.

—Y alguien sensible no puede ser malvado.

—No. Descartemos este y centrémonos en los otros dos. Primero el grande.

—La cédula de identificación dice que es ingeniero robótico doméstico. Trabaja para un servicio de reparaciones. Reside en el complejo del servicio para el que trabaja y no sale de allí.

—Por eso lleva tan poco equipaje. Esos lugares son estupendos para los humanos. Tienen todo lo que necesitan en el mismo edificio y no salen nunca salvo para trabajar.

—El podría haberlo hecho.

El condestable meditó durante un instante. Ciertamente era un hombre muy fuerte. No habría tenido problemas.

—¿Y los otros?

—La mujer es técnico quirúrgico. Y sus dos hijos. Atiende los accidentes de trabajo de sus congéneres humanos.

El condestable pensó que, si viajaba con sus hijos, es porque estos dependían de ella, tanto económica como socialmente. Los humanos no dejaban a sus descendientes con cualquiera. Otra desventaja de no poder pensarse los unos a los otros. Entre los derridanos, cualquiera podía confiar en cualquiera, pues podían pensarse si habían hecho algo malo o no. Pero los humanos tenían que recurrir a alguien a quien conocieran desde hacía tiempo para dejarles al cuidado de su progenie.

—Si el aduanero asesinado hubiera observado algo raro en su cédula y se la hubiera quitado, habría perdido los medios para mantener a su familia. Eso es un buen motivo para matar.

—Sí, señor. Pero es una hembra. Y son más débiles que los machos de la especie humana.

El aduanero tenía razón. Pero él sabía que, cuando se trataba de humanos, lo peor que uno podía hacer era fiarse de las apariencias.

—Fíjese bien en ambos grupos. Él tiene sujeta la bolsa para el vómito. Se ha mareado con el viaje y se siente enfermo. Hemos deducido que nuestro asesino es alguien frío, metódico, calculador. No alguien tan débil como para marearse en un viaje y ponerse a vomitar. No, fíjese en los otros. Están durmiendo tranquilamente. Como si no hubieran hecho nada.

—Demasiado inocentes.

—Exacto. Computadora: cursa orden de detención contra los ocupantes de esa cápsula y notifica nuestras deducciones a las milicia de Derridá para que los detengan.

El condestable desconectó el amplificador de programación y dejó que su ayudante lo asegurara. Acto seguido apagó las pantallas de las cápsulas. Los dos estaban mutua y completamente convencidos de que sus deducciones eran correctas y que habían dado con los asesinos. Al volver a conectar los amplificadores del resto de los aduaneros del astropuerto, intercambiaron rápidamente impresiones.

—A pesar de todo, mantengan la alerta y a todos los humanos retenidos hasta que esa mujer confiese en el interrogatorio. Si es necesario, que el condestable del próximo turno detenga los convoyes que vengan de la Tierra. Yo voy a desplazarme en el próximo transporte hasta Derridá para asistir a los interrogatorios.

El aduanero le aseguró que se encargaría de todo, y el condestable notó claramente el orgullo y la ilusión que le hacía poder estar al mando temporalmente.

Al abandonar el centro de mando, el condestable se sintió también ilusionado. Pero no por haber tenido éxito en la captura, sino porque el viaje en la cápsula de eyección le daría tiempo para poder estar solo.

Tiempo para poder pensar.

III. DERRIDÁ

—Mamá, ¿estás bien?

Siento el océano en los pies, pero a la vez no lo siento en absoluto. Y bien querría. Es verde. De un verde del cielo, robado al sueño de mi infancia, traído al suelo de mis pies, y quiero pisarlo, como entonces, como cuando era una niña y andaba descalza y a mi alrededor todo eran niños, descalzos, felices, que incluso a veces reíamos al viento, al abrigo de los mayores, que querían que pensáramos y no jugáramos a ser niños hablando con el aire, corriendo descalzos por el viento azul del césped inagotable de la felicidad.

Pero no siento el océano en absoluto.

Tampoco lo sentí entonces.

—Voy a salir al jardín. No estaré lejos para que puedas pensarme si me necesitas.

No lo sentí entonces, porque el traje me lo impedía. Plomo y aluminio sobre la piel, sin carcasa ni escamas en el corazón, empapadas en sangre las dos cosas. Pensé en pisar el océano como cuando era una niña, y mis hombres me ignoraron, porque ellos también estaban recluidos en sus recuerdos más lindos, más felices, más de cualquier otro momento, a una distancia ignota del presente.

Aquel presente abrasado.

Recuerdo el océano, verde, risueño, caído del cielo, con las vidas agotadas flotando en charcos rojos, podridos de hierro al aire. Recuerdo la espuma sonrosada empapada de la sangre de los humanos. Su sangre es roja. Es tan extraña. Es tan hermosa. Y es tan horrible.

Y daba gracias por no poder quitarme el casco, pues sabía que el olor sería insoportable, como lo es ahora el que exuda mi cuerpo, verdoso, pero no como el océano, sino con el verdor que roba el tiempo a la juventud para tornar la piel lozana en yerto pergamino. Y noto algo en los pies. La sábana inmanente, la sábana que nunca se mueve de su lugar, pues nadie salvo yo o quien me atienda podría hacerlo y ni yo puedo moverme ni quiero que me muevan.

Solo quiero dejar de pensar en nada y en todo. Una vez un humano me contó que la vida, para ellos, era hermosa cuando era larga. Que cuando eran viejos y ya no podían correr, o amar, o flotar en el agua límpida y pura de su infancia, se sentaban en el porche, y bebían y recordaban los tiempos en que fue-

ron felices. Y una vida larga da para mucha felicidad.

Pero no es así en nosotros. Yo no quiero mi vida, ni larga ni corta. No la quiero ahora y llevo sin quererla mucho tiempo. Cuarenta años pensando en aquella playa, de arenas levantadas por el viento, de silencio venido desde el cielo, dejando un azul de él mismo en el océano teñido en rojo por la sangre de inocentes. Sangre que empapaba mis pies, que siguen húmedos bajo esta sábana inmóvil, bajo este sudario repleto de espuma nacarada y ponzoñosa, que me baña los pies cubiertos de tela y acero protector.

¿Es esto la vida? ¿Tumbarse y recordar lo que uno ha sido? ¿Sin nadie que lo piense contigo? Me pregunto si los hombres que bajaron conmigo a aquella playa piensan su vida como la pienso yo ahora, ansiando que alguien me fuerce a dejar de escucharme a mí misma.

Recuerdo aquella estatua, en la cima de la montaña junto al mar. De lejos, parecía un gigante y por un instante pensé si no habría algún tipo de hombre del que no tuviéramos noticia, algún titán invulnerable que hubiera sobrevivido a la radiación que habíamos lanzado sobre aquel planeta solo por demostrar quién mandaba, solo porque se atrevieron a abrir el espacio sin permiso, solo porque no queríamos su silencio, su pensar mudo, su voz arañando el aire e hiriendo nuestros oídos, acostumbrados al silencio. Nos daba miedo su violencia, su pasión, su emoción incontenible, incontrolable, ingobernable; tan personal e independiente como toda su sociedad. Nos daban miedo y les prohibimos rasgar el espacio como hacían con el aire. Y cuando obedecieron a su pasión, les castigamos. Solo por demostrar quién mandaba. Y salió mal. Salió tan mal. Eso pensamos todos. Ellos nunca. Y tuvimos que ver el horror que habíamos desencadenado bajo las faldas de aquella estatua gigantesca, con los brazos extendidos, con la faz barbada y el pelo largo. Un gigante de piedra, un coloso de cultura inmortal, que nos decía venid a mí, yo os perdono por lo que habéis hecho.

De eso me enteré más tarde. De que aquella estatua representaba su mitología. La mitología del perdón. Pero quizá perdieron su mitología junto con aquel lugar gigantesco y aquellos millones de personas a las que dejamos flotando, quemadas en su propia sangre, sobre un mar que seguía siendo verde bajo un cielo del color de los neutrones.

Y yo lo pienso. Una y otra vez. Y esta vida de galones y prebendas, de obligaciones hacia los que me siguen, se repite a sí misma bajo una sábana de culpa.

¿Dónde está mi hija? ¿dónde está? Se ha ido para no pensarme más. Llevadme a celebrar la unimente. No soporto pensarme más la vida, recordar lo que hice, de lo que tuve la culpa. Llevadme a la unimente y que mis congéneres carguen con el peso de esta sábana de culpa empapada en sangre derramada por orgullo.

Llevadme a la unimente. ¡La unimente!

Dejo el equipaje en la casa de acogida para humanos. Eso quiere decir que dejo la magra mochila con las cosas que se supone que debo llevar al viajar pero que no tengo ninguna intención de usar. Se las regalo. Les dejo toda mi vida, que cabe en una maleta. Les dejo todas mis posesiones porque mi vida la llevo a cuestas en mis pesadillas. Que hagan un buen uso de ella.

Tengo tiempo para ducharme, comer algo, cambiarme de ropa e ir al trabajo. Se supone que uno de los encargados de los turnos en esta casa de acogida pertenece a nuestro grupo. O está de acuerdo con nuestro grupo. O alguien de Grenoble se folla a su madre, qué más da. Siguiendo la vieja regla de cualquier organización subversiva que se precie, no puedo ni debo hacer el más mínimo intento de contactar con él, de decirle nada, y eso que tengo ganas de decirle a alguien que dejo la cerradura de mi cubículo sin echar, que pueden entrar, abrir mi mochila y servirse de lo que llevo en ella; que pueden quedarse mi vida entera, y de nada, hombre, no te molestes en devolverme las pesadillas.

No quiero cambiarme, ni asearme, ni comer, ni nada. No quiero hablar con nadie, ni cruzarme con nadie. Querría dormir un rato. Levantarme, largarme tal cual, llegar a la ca-

sa y encargarme de la misión. Y punto.

Pero eso no es serio. No, si uno se precia de pertenecer a una organización subversiva como Dios manda tiene que disimular hasta el último momento, hasta que todo acabe. Y solo serán unas horas más. Además, dudo que pudiera dormir aunque lo intentara.

¿Dónde está el tabaco?

No. No es prudente. Tengo que asearme y cambiarme de aspecto. A estas horas ya habrán encontrado al fiambre del lavabo. Si no me han detenido ni me han molido a golpes en la bodega del transporte es que no sospechan de mí. No me extraña, con el aspecto de pordiosero que tengo, nadie sospecharía de mí. Hasta para los estándares humanos doy asco. Y de eso se trataba, ¿no? De aparentar ser lo más lamentable posible y cambiar de aspecto nada más llegar. Ese es el plan. Un plan un tanto simplón, pero del que ninguna organización subversiva que se precie ha podido disponer con tanta sencillez como yo ahora mismo, más que nada porque como no tengo intención ni esperanza de volver…

¿O sí las tengo?

En realidad no sé lo que va a pasar. Voy predispuesto a que me suceda lo peor. A que me maten o me encarcelen de por vida. A que me revienten la cara a palos o me apliquen la picana en las pelotas. Eso es lo que hace siempre la milicia, así que ya me lo conozco. Desde que soy capaz de pensarlos, como a ellos les gusta llamarlo, me ha dejado de importar, la verdad. Antes sentía rabia cuando me insultaban o me pegaban por la calle solo para demostrar quién mandaba, pero ahora me da igual, ahora ya los veo venir, desde hace mucho tiempo preveo los insultos y los golpes y estoy preparado para recibirlos, así que todo es más fácil y mi ira se aplaca.

No del todo, claro, si no, no estaría aquí. Pero sí un poco. Lo suficiente.

¿Dónde coño he puesto el tabaco? Ah. Aquí.

De hecho, es justo al revés, desde que dejé mi tierra, desde que dejaron de pegarme y ya no vi pegar a nadie más, desde que me fui a Francia al entrenamiento, siento mucha más rabia. En casa la rabia era inmediata, instantánea, natural, pura: te pegan y quieres pegarles y no lo haces para que no te caigan más palos a ti y a los que viven contigo. Pero desde que llegué a Grenoble la rabia y el odio crecieron. O más bien, el odio sustituyó a la rabia. Sí. Eso es. Antes sentía rabia, personal e intransferible, tan rápida en arder como en apagarse y ser sustituida por cualquier otra cosa, tan concentrada en un momento concreto como adherida a todos los recuerdos de mi vida. Pero lejos es distinto. Allí ves y lees lo que les han hecho a otros. Y es mucho peor. En mi tierra nunca bombardearon, por ejemplo. Eso no solo causa rabia. Eso lleva al odio. Porque ves que a alguien le han hecho algo muchísimo peor de lo que a ti jamás te van a hacer, pase lo que pase, y ni él se lo merece ni tú te mereces no recibir lo que él ha pasado, y en el fondo no quieres cambiarte por él por nada del mundo porque es fácil recibir los golpes cuando te han dado unos cuantos, pero no quieres que sea tu casa la que reciba las bombas. Sí, claro, lo que dices es distinto, eso es una de las cosas que les jode tanto, ¿no? que digamos cosas distintas de las que pensamos y sentimos. Pero así somos los humanos. Compadecemos a los nuestros, nos solidarizamos con los nuestros porque podríamos haber sido nosotros en vez de ellos.

Pero en el fondo nos alivia que hayan sido ellos en vez de nosotros.

Y a lo mejor es eso. Odiar al enemigo porque le ha hecho daño a tu compatriota es debido a que te odias a ti mismo porque te alegras de que se lo haya hecho a tu compatriota. Odiar es más fácil. Cuando te toca a ti… bueno, tú puedes perdonar. Tú puedes perder tu vida. En el fondo, a todos los que estamos metidos en esto nos importa un bledo perder nuestra vida. O eso decimos. Pero nos horroriza que se la quiten a los demás y ardemos en deseos de venganza cuando eso pasa. ¿Es también porque nos alegramos de no haber perdido la nuestra o porque en el fondo queremos perderla?

Joder. Me estoy rayando. Tengo sueño y no puede ser. No tiene sentido que me tumbe aquí a darle a la cabeza sin más. Tengo que centrarme. Controlar mi mente para que no divague. Pero estoy cansado y no puedo tener

control sobre mi mente si estoy cansado.

Otro pitillito. No, ahora no. Primero pincharme. La mochila. Ahí está lo único que me interesa. No es ilegal, ¿verdad? Esto no lo miran, ¿verdad? Ampolla, jeringa, máquina de cortar el pelo, espuma, maquinilla y whisky. Todo lo necesario para el resto de mi vida.

¿Y qué me pasará cuando me pillen? ¿Me matarán o me pasaré la vida en la cárcel? ¿Me importa? ¿Qué es lo que prefiero? Morir es mejor que vivir jodido, pero si muero nunca sabré si hemos triunfado.

Aquí. Pinchacito y ya. Venga, bien de whisky por el brazo. Total, la botella la voy a dejar aquí medio vacía.

Perfecto. La vitamina B12 hará efecto en breve. Un poquito de whisky y otro cigarro mientras la máquina de cortar el pelo va haciendo de las suyas. Qué barbaridad. Qué pintas tengo. Y el caso es que parecía mayor así. Más maduro.

Prefiero morir. Primero saber si hemos tenido éxito o no. Y luego morir. Era lo que decía aquel tipo que tenía las mismas barbas que llevo yo ahora. En una revolución, se triunfa o se muere, si es verdadera. Hablando de barbas, mira que me jode, con lo que me ha costado que me crezca. Y me queda bien. Parezco mayor. Hace siglos que no me afeito. Mañana voy a tener la cara llena de granos. Y en cuanto me salga la barba se me va a irritar. Y más con los golpes que me van a dar cuando me cojan.

Pero ese es el plan, ¿no? Lo más elemental de cualquier grupo subversivo que se precie es cambiar de ropa y de aspecto. Y esto es lo más fácil. Ay, Dios, qué asco. Bah, es igual, que lo limpie alguien. Total, yo no voy a necesitarlo más ni voy a volver por aquí. Así que puedo dejarlo todo de cualquier manera.

No. Eso es un error. Recoge toda esta cabellera que ahora se te ha caído al suelo y tírala al baño. Por mechones. Que si no se atasca. No puedo dejar rastro. Mira que me jode tener que ponerme a limpiar. Pero tengo que limpiar. No puedo fiarme de que de mi habitación se ocupe el tipo que está con nuestro grupo. Todo ha de quedar impecable.

Y la verdad no es que me quiera morir. La verdad es que me hubiera gustado morirme hace muchos años. Cuando me di cuenta de que no podía hacer nada para joder a estos hijos de puta. Luego, cuando me descubrieron, me hizo una ilusión tremenda. Le dio sentido a mi vida descubrir que podía perder la vida para dar sentido a mi vida. Qué carajal. Perder la vida para que mi vida tuviera sentido. Alegrarme porque iba a poder perder la vida, porque así iba a cobrar sentido.

Me hubiera gustado morirme entonces. Por eso me da igual morirme ahora. No es que desee sacrificar mi vida. Es que en el fondo, lo que no quiero es vivir. Si no me matan y me dejan pudrirme en una celda para siempre, me da exactamente igual. Me moriré allí. O allí languideceré sin hacer nada, como durante el resto de mi existencia hasta ahora, pero ya podré languidecer a gusto, o morirme a gusto, porque habré hecho algo útil con mi vida.

Cagarme en estos hijos de puta. Así. Como ahora mismo. Sí señor. Joder, llevaba dos días sin soltar nada. Ya era hora de aliviarme el peso.

Voy a terminar de cortarme el pelo y a afeitarme en la ducha mientras bebo whisky y el estimulante hace efecto. O a beber agua caliente mientras me ducho con whisky.

Total, lo que no gaste de mi vida se va a quedar aquí, para que quien quiera lo utilice.

—Buenos días, señora.

Uno, dos, tres.

—Gracias, señora, con su permiso. ¿Dónde está el aparato?

—S-Í-G-A-M-E-E-S-T-Á-E-N-L-A-H-A-B-I-T-A-C-I-Ó-N.

Cuatro, cinco, seis, siempre hablan igual de mal, siete, ocho, nueve, podían aprender mejor nuestro idioma, diez, once, doce, perfecto, trece, catorce, quince, esto es perfecto, dieciséis, diecisiete, dieciocho, esta casa está lejísimos de cualquier lugar, diecinueve, veinte, veintiuno, y esta tipa no ve el momento de largarse, veintidós, veintitrés, veinticuatro, perfecto, veinticinco, veintiséis, veintisiete, ¿donde coño está? veintiocho, veintinueve, treinta, ah, aquí está.

—Ah, aquí está.

—S-Í-É-S-T-A-E-S.

—¿Y su señora madre?

—D-É-J-E-L-A-D-E-S-C-A-N-S-A-R-S-E-N-C-I-L-L-A-M-E-N-T-E-P-R-O-C-U-R-E-N-O-H-A-C-E-R-R-U-I-D-O.

Treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, cojonudo, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, lárgate ya, treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, que te largues joder.

—E-S-T-A-R-É-E-N-E-L-J-A-R-D-Í-N.

Cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres.

Estarás en el bar poniéndote ciega, pija de mierda, zorra hija de puta. Ya era hora de que te piraras.

Bueno. Lo primero la silla. Tengo que arreglarla. Que parezca que soy quien digo ser. A ver qué coño le pasa. No anda del lado derecho y la bomba de fluido pulmonar va a golpes. Vale. Eso es el motor. Es fácil. Solo tengo que cambiarle el motor y ya volverá a inyectarle heroína a la vieja bruja cuando me salga de los cojones. Pero voy a hacer las cosas bien. Voy a hacer las cosas como las haría la empresa para la que no trabajo. Cambio la válvula, el cable, el dispensador y el motor y les cobro más. Ja, ja, ja. Que se jodan.

Lo de las ruedas va a ser más curro, voy a tener que desarmar los rodamientos.

¿Dónde estás? ¿Estás ahí?

¡Eh! ¡Qué coño haces! ¡Cuidado con lo que piensas!

No. No está aquí. Ni está en el jardín. No la pienso dentro de la casa. De hecho, la he pensado antes, un poco, mientras se ponía el abrigo y salía a la calle. Debería haber oído la puerta de la calle si estas putas casas tuvieran puerta. Las personas decentes tienen puertas en sus casas, ¿sabe señora? Las tienen para que nadie pueda mirarlos mientras follan, o beben, o discuten, o se gritan, o se lo pasan bomba y son felices, no como vosotros, panda de degenerados metomentodos, que tuvisteis que venir a la Tierra para que os enseñáramos qué es una cerradura.

Estoy solo.

Solo con mis pensamientos, con este cacharro que tengo que arreglar para que parezca que solo soy un técnico de reparaciones y con una vieja que está en alguna parte, tan muerta de alzhéimer como podría estar cualquier otra persona en su misma situación.

Bueno, la cosa no podría ir mejor, la verdad. La tipa se ha largado del todo de la casa. No solo no la pienso, sino que tampoco la veo por la ventana. ¿Para qué se molesta en mentirme si sabe que puedo comprobar lo que me ha dicho y averiguar que estoy solo? Es solo para guardar las apariencias ante mí. Supongo que le habrán dicho que los humanos somos despreciablemente hipócritas, que siempre nos comportamos de una manera en público cuando en realidad pensamos otra cosa completamente distinta. Pero, ¿y eso qué tiene que ver con que se largue y deje a su vieja aquí? ¿Es que espera que me ocupe de ella o algo así? ¿Que le eche un vistazo? ¿Que me la cargue y acabe con su sufrimiento y con la carga de ella?

No. Creo que es mucho más fácil.

Creo que la tipa está hasta las narices de ocuparse de su vieja. Pero no quiere que ella se lo lea en la mente.

Ja, ja, ja. En algunas cosas no son tan distintos a nosotros.

Bueno, lo de los rodamientos no va a ser tanto trabajo como pensaba. Me pregunto cómo será la vieja. Nunca he visto a uno de estos tipos enfermo. Lo he visto palmar, claro, pero no languidecer en una cama consumiéndose hasta la nada. De hecho, nunca he visto a nadie agonizar durante meses. El abuelo palmó de repente. O no tan de repente. En cierta forma, nos avisó de que iba a morirse. Nos decía, los últimos años, que estaba harto de palear nieve y que un día de estos lo iba a dejar de hacer para siempre. ¿Y cómo se cansa uno de palear nieve cuando es lo que ha hecho toda su puñetera vida? Uno nunca se cansa de palear nieve. Es como cansarse de respirar.

Pero había sido eso, ¿verdad? Él se había cansado de respirar. Seguramente se cansó mucho antes de decírnoslo en voz alta. No nos dio la tabarra como hacen algunas veces los viejos con frases del tipo "Deja hijo, si yo ya he vivido" o "Si total, para lo que me queda". Él un buen día debió darse cuenta de que ya estaba harto de seguir en este mundo. Se

lo pensó bien. Nos lo dijo de forma indirecta. Se fue a palear la nieve y se acabó.

O a lo mejor, sencillamente, se cansó de palear la nieve.

Pero es lo mismo, ¿no? Cuando uno se cansa de algo que tiene que hacer obligatoriamente para poder vivir, de algo que es tan inseparable de vivir como respirar, es el fin, ¿no? ¿Hasta cuándo puedes seguir respirando si el hedor te resulta insoportable desde hace mucho?

Esto casi está.

Realmente siento curiosidad por ver cómo es la vieja enferma. ¿Y si echo un vistazo? No debería. Es un riesgo innecesario. Supone apartarse de lo que tengo que hacer y no es prudente. Si pudiera pensarme el plan, aunque solo fuera por un instante, y ahora mismo, por mucho que trate de distrarme concentrándome por completo en estos jodidos rodamientos, no puedo evitar tenerlo ahí, en el fondo de mi mente, como algo que tengo que hacer, que se acerca lenta e inexorablemente, como una tormenta, a la que ignoras porque no quieres pensar que se va a joder el día tan bonito que ha hecho hasta ahora, pero que poco a poco va oscureciendo el cielo sin que te des cuenta, y a veces piensas qué tarde es ya, mira, si casi ha oscurecido, pero entonces miras al cielo y te das cuenta de que el sol sigue ahí, donde debiera, pero cubierto por una manta de nubes tan gris como las canas del abuelo, como cuando se cansó de palear nieve mirando un cielo lleno de extraterrestres que podían acercarse en cualquier momento sobre él, como una tormenta de nieve que amenazara con cubrir de nuevo todo lo que ya había paleado.

Uno, dos, tres, voy al dormitorio, cuatro, cinco, seis, no puedo remediarlo, siete, ocho, nueve, pero no debo pensarla, diez, once, doce, no debo buscar pensándola, trece, catorce, quince, eso sí que sería una cagada, dieciséis, diecisiete, dieciocho, ¿para qué me ha dado Dios orejas?, diecinueve, veinte, veintiuno, es mejor que siga su respiración, veintidós, veintitrés, veinticuatro, sus jadeos, veinticinco, veintiséis, veintisiete, ahí está, veintiocho, veintinueve, treinta, inmóvil en la cama, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, apenas respira, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis. Oh mierda.

Lo veo en su mente. Solo piensa en ello.

Esta vieja fue la que arrasó Brasil.

—Ven. Tú que me odias. Oigo en tu mente todo tu odio por lo que hice. Ven y báñate conmigo en esta sábana de memorias. Siente conmigo la pesadez del pasado que cae como una manta de piedra desde los recuerdos más olvidados, los que con más esfuerzo traté de esconder enterrándolos bajo el jardín del tiempo, plantando sobre ellos flores de vidas nuevas y caminos de lascas blancas sobre el césped que condujeran al olvido. Y ahora me emboscan. Cuando ya no tengo fuerzas para defenderme de ellos y volverlos a enterrar, surgen desde lo más profundo, removiendo la tierra putrefacta en la que han perdurado todas estas décadas, trocando el jardín de mi vida en un paisaje destrozado, de tierras oscuras y legamosas desparramadas sobre las lascas blancas, sobre las flores rojas. Tierras oscuras de sangre. De vuestra sangre, que es roja como una flor de primavera.

—Puta de mierda. Vieja asquerosa. ¡No quiero escuchar tu mente! ¡Tú mataste a millones de seres humanos!

—Sí. Lo sé. Lo recuerdo todo el tiempo. Sí, por favor, pon tus manos en mi cuello. Cierra con odio las garras de tu venganza. Me lo merezco y lo deseo. El fin de mis recuerdos.

—Así que eso quieres, ¿eh, vieja puta? Quieres que te asesine y te libre de la culpa que te atenaza ahora que eres vieja y ya no tienes al resto de tus putos compatriotas para pensarte lo guay que eres por meter en cintura a esos apestosos humanos a base de bombas de hidrógeno. ¿Verdad?

—Sí. Por favor. Hazme olvidar del todo. Tráeme el olvido a esta cama de recuerdos, estas sábanas que pesan como barro emponzoñado.

—No. No voy a hacerlo. Eso sería cojonudo para ti. Pero no para mí. Mierda, mierda, mierda. Esto no estaba en al plan. Joder, esto no estaba en el puto plan. ¿Quién iba a pensarlo joder? ¿quién iba a poder imaginárselo?

Ahora esta vieja alcahueta sabe el plan. Tiene que haberlo visto en mi mente como un espejo. Sí. Como un espejo en el que has visto reflejado lo que le hiciste a mi pueblo. Y eso que nosotros no queremos ni la mitad de la venganza que os merecéis. ¿Y ahora qué hago? ¡Mierda! Tengo que pensar algo. Tengo que pensar algo. Da igual que lo haga en voz alta, al fin y al cabo esta puta vieja ya me tiene pensado y bien pensado. Sin ti no puedo ni acercarme a la puta ceremonia de unimente. Eras mi puta coartada para poder colarme en vuestra jodida ceremonia, donde os pensáis todos juntitos, y unirme a ella. Nunca habéis pensado con alguien como yo. Con un humano.

—Entonces, mátame si no te sirvo. Si no puedes cumplir tu plan, que es tan horrible como lo que yo hice en ese lugar que llamas Brasil y que para mí no es más que una playa cubierta de espuma sanguinolenta, con el cielo que quemamos sobre ella. Si no eres capaz de creerme cuando te digo que no pensábamos que sucediera aquello, que fue un error de cálculo, que obramos asustados y furiosos, decididos a dar un escarmiento pero sin pensar en el dolor de los escarmentados; si no me crees cuando te digo que tratamos incluso de ocultarlo, nosotros que no podemos ocultar nada los unos a los otros, ni el más mínimo pensamiento, entonces mátame.

Así pasé sola años y años. Sola con mis compañeros. Sola con los que sabíamos lo que habíamos hecho. Consolándonos los unos a los otros, pero sin consuelo alguno. Sin ver a nuestras familias por miedo a horrorizarlas y a extrañarlas de nosotros para siempre.

—Pues no, no me lo creo. Yo sé muy bien que sabéis lo que ocurrió. Y sí, sé que tratasteis de ocultarlo, cabrones, pero no funcionó. Me sorprende que las noticias corrieran antes por mi mundo que por el vuestro. Y no me das ninguna pena, ¿sabes? Si te sientes culpable, te lo mereces. Y espero que te duela en el alma y que ardas en el puto infierno durante toda la eternidad. Ojalá vivieras mil años y te sintieras culpable todo el tiempo, porque eso es que lo que te mereces. ¡Porque no hay castigo suficiente para la gente que hizo lo que tú hiciste! ¿Entiendes, puta vieja asquerosa?

—Sí. Lo entiendo. Y es así. Y así fue. Sola con mi culpa durante meses. Casi durante un año. Y luego, cuando todo se supo, nadie quería pensarme, nadie quería tratarme, nadie quería estar conmigo. Mira a mi hija, que me huye en cuanto puede porque no soporta estar conmigo, pensando siempre en aquellos recuerdos que ahora son los únicos que me asaltan a todas horas. Sí. Ponme las manos en el cuello y quítame esta vida, pues nada puedo hacer para cambiar lo que sucedió en el pasado y no quiero seguir siendo cazada por él durante más tiempo.

—No. Ya lo creo que puedes hacer algo. No sé si te limpiará la puta conciencia ni me importa. Esto es lo que vas a hacer.

El condestable plegó de un golpe la portezuela del vehículo. Estaba irritadísimo y no tenía las menores ganas de ocultar su enfado a nadie. Le daba igual que los vecinos de aquella urbanización oyeran antes los golpes que propinaba a los objetos que la furia que le rondaba desde un principio.

Estaba cansado, por el viaje y por las discusiones inútiles con la milicia. Él sabía, por experiencia, que las milicias se rigen por protocolos rigurosísimos diseñados para evitar que alguien piense por su cuenta. Casi le daban ganas de reírse como hacían los humanos, a carcajadas ante las ironías estúpidas de la vida. Una raza de gentes que siempre pueden saber dónde está la verdad obliga a sus cuerpos de defensa más poderosos a no pensar en absoluto, a actuar siguiendo un código tan estricto como el de los humanos, a no dejarse desviar de sus protocolos por el pensamiento de alguien que no pertenezca a las milicias. Era tan absurdo. ¿Por qué seguía pensando en su juventud en la Tierra como un período de tiempo feliz si en las milicias todos eran tan cuadriculados entonces como ahora?

—Quizá precisamente por eso —se respondió. Porque en aquel momento daba igual lo que pensara. Nadie le escuchaba. Así que podía permitirse el gusto de dejar que su mente vagara libremente, sin rumbo, por

cualquier senda. No como ahora, que tenía que controlar constantemente sus pensamientos para no animar a sus hombres a hacer cosas incorrectas. Entonces solo era responsable de sí mismo y de nada más, pues pensara lo que pensara las cosas se harían igual. Cuando el mundo interior es lo único relevante, da igual que el mundo exterior sea una dictadura asfixiante. Uno sigue siendo libre. Cuando no se puede pensar de forma espontánea, cuando existe una línea de pensamiento marcada para todos por igual, cuando desviarse de esa línea de pensamiento, en público o en privado, es considerado peligroso, entonces es cuando las democracias se vuelven tan aplastantes como cualquier otro régimen.

Si alguien le cazaba pensando así de la sociedad en la que vivía, corría el riesgo de que lo destituyeran, pero le daba exactamente igual. Si no le habían arrestado después de pensar delante del comandante de la milicia con total libertad todo lo que opinaba de él, no creía que le fuera a pasar nada en ese momento.

Pero es que aquel cretino había pegado hasta a los niños.

Y en el fondo, sabía que la culpa era suya. Él había señalado a aquella familia como los posibles sospechosos y él sabía muy bien los métodos que gastaba la milicia. No eran ningún secreto para nadie, aunque a los milicianos se les animara solo a ir a la ceremonia de unimente con otros milicianos, no fuera a suceder que causaran estragos entre los sentimientos de los civiles. Aquello era otro ejemplo de la degradación en la que vivía su sociedad. Cuando él era un niño no existían esas diferencias de castas. Todo el mundo pensaba a todo el mundo. Siempre había habido gentes que procuraban juntarse solo con los que no pudieran reprocharles sus pensamientos, pero estaba mal visto. Ahora, sin embargo, las gentes no se comprendían los unos a los otros porque nadie quería ponerse en el lugar de nadie.

Pero, ¿por qué habían pegado a los niños?

Si no habían confesado desde el primer momento es porque no tenían culpa de nada. La brutalidad que él mismo practicó en su día le había revuelto el alma y se había encarado con el comandante sin pensárselo. Aunque el viaje le había agotado y si hubiera estado menos cansado quizá habría sido de otra manera.

Y el comandante se había enfadado, claro está. Y lo había despedido con cajas destempladas de su oficina. Y había hecho valer su rango sobre el del condestable. Ahora la milicia se dedicaba a detener todas las cápsulas e interrogar a todo el mundo indiscriminadamente. Y dejaba a los aduaneros mirando.

Pues al infierno con todo. El condestable sabía que se había equivocado con su elección, pero estaba seguro de que su razonamiento era el correcto y estaba firmemente decidido a llevar adelante la investigación, aunque le costara el rango.

Cuando llegó a la puerta del enorme chalet al que se encaminaba se dio cuenta de que llevaba un rato pensando en silencio, muy enfadado, frente a la puerta abierta, sin avisar de su presencia. Otra vez más le había pasado. Necesitaba descansar o se acabaría volviendo loco. Pero ahora no podía aflojar. Tenía que terminar aquel asunto y hacerlo con éxito.

Abrió la puerta y entró en la casa. Pensó a su alrededor en busca de alguien, pero no percibió nada coherente. Solo creyó pensar una ristra de números y unas imágenes horribles que le causaron un profundo desagrado. Estas eran tan intensas que le guiaron los pasos hasta un salón parcamente amueblado, presidido por una silla de ruedas donde se sentaba una mujer muy anciana, avejentada más allá de lo que el condestable había visto a nadie envejecer.

Era la almirante Marédiva. El condestable supo esto enseguida, pero la verdad es que si no hubiera sido porque al pensarla supo quién era, no la habría podido reconocer. Y eso que él la había visto dos veces, hacía muchos años, en la milicia, y ya estaba mucho más avejentada que lo que su edad dictaba.

—Sí. Recuerdo cómo murmuraban de mí los milicianos. Es una costumbre con la que se es tolerante, ¿sabe condestable? Todos los milicianos se pasan el día haciendo chanzas

irrespetuosas sobre sus comandantes. Luego tratan de ocultarlas desesperadamente en la formación y los comandantes olvidamos que les hemos pensado.

—Le ruego me disculpe, almirante. No pretendía ofenderla.

—A mi edad nada ofende, condestable. Usted, que aún es joven, debería aprender que solo ofende e irrita aquello que permitimos que entre en nuestra mente sin querer.

El condestable se dio cuenta del gotero que bombeaba medicamentos en su brazo, pero ni siquiera los psicotrópicos conseguían detener el flujo de memorias que se lanzaban sobre él, las olas empapadas en espuma sanguinolenta, los cuerpos de miles de humanos flotando en el mar, muertos por la radiación cuando trataban de huir rumbo al océano.

—Por aquí no ha venido el asesino que usted busca.

—No se deje llevar por las imágenes de él que vea en mi mente, almirante. Ahora no sé qué aspecto tiene.

—Ah. Sí. Es verdad. Recuerdo esa costumbre de los humanos.

El condestable dejó que el flujo de sus propios recuerdos contrarrestara las imágenes de aquellas selvas arrasadas y calcinadas, de aquel río gigantesco enlodado y atascado por los millones de toneladas de materia orgánica putrefacta que se deshacía en sus aguas empantanándolas para siempre. Se concentró en lo que había encontrado en la casa de acogida: la mochila, la botella de licor, los restos de cabellos en el baño. Recordó la impresión que le había causado el darse cuenta de la verdad. El hombre que buscaban, sin duda, era el rubio gigantesco y barbudo que vomitaba en la cápsula de eyección. Y ahora se había segado todo el cabello del rostro. Lo llamaban afeitarse. Nunca entendió qué sentido tenía aquella costumbre humana en su cultura. Pero para ellos era una forma perfecta de ocultarse. No podía siquiera imaginarse cómo sería ahora aquel humano sin cabello en el rostro. Quizá hasta se hubiera segado el cabello del cráneo.

—¿No sabe entonces a quién busca, condestable?

—No, almirante. Ni qué aspecto tiene. He venido acá porque este es el primer domicilio de su ruta de reparaciones para el día de hoy.

—¿Por qué no ha usado la computadora para valorar posibles cambios en su rostro? Ah, sí. El comandante se enfadó con usted y lo echó.

El condestable pensaba en aquella estatua erguida sobre la cima de la colina. De un hombre barbudo y con el pelo largo, con los brazos en cruz dando la bienvenida, inmune en su pétrea sustancia al baño de radiación cósmica que había asesinado a los hombres a los que daba la bienvenida con su abrazo. Era una figura mitológica muy importante para los humanos, pero no recordaba el nombre.

—Cristo de Corcovado.

—Gracias. No. Como usted piensa, el comandante se ha enojado conmigo. Aunque yo me ratifico en mi opinión de que su comportamiento ha sido excesivo. Me ha impedido continuar la investigación, pero yo sé que tengo razón. No sé por qué ese humano asesinó al aduanero, pero sin duda lo hizo por alguna razón. Ansiaba llegar a Derridá, aunque desconozco el motivo. Podría ser algo tan simple como un empeño reproductivo, o algo tan vicioso como un atentado terrorista, no lo sé.

—En realidad viene por la unimente.

—¿Cómo dice?

—Sí. Viene por la unimente. Usted se siente abrumado por las imágenes del horror que desencadené sobre la Tierra hace tantos años. A mi familia le sucede lo mismo. Tanto que ya no me soportan. Se habrá dado cuenta de que ni mi hija, ni mi yerno, ni mis nietos están aquí, conmigo. Me dejan sola cada vez más tiempo y no es la primera vez que un humano tiene que acompañarme a la ceremonia de unimente. Aunque intuyo que será la última.

—Pero, ¿por qué piensa usted eso? No tiene sentido. No lo entiendo. Los humanos no pueden pensarse entre ellos, y menos con nosotros. Además, si piensa usted así, ¿por qué no avisó a nadie? ¿Acaso piensa usted...

—...dejar que haga lo que debe? Sí. Pienso ayudarle a unirse a la unimente. Me ha prometido que me matará.

El condestable se sintió repentinamente

abrumado. La almirante no se valía de los psicotrópicos para controlar sus pensamientos y, al contrario, dejaba que corrieran libres hacia él. Pensaba en un jardín de flores, con el horror de la culpa enterrado en tierra embarrada bajo las lindas flores de la primavera. Pensaba en un camino de lascas blancas, relucientes, rumbo a cualquier parte de una vida ya sin finalidad en la que lo único que se ansiaba era escapar al pasado. Pensaba en una playa llena de muertos. En algo que nunca se pensó que acabaría de aquella manera tan horrorosa. Pensaba en esa estatua, en la sábana de una cama que ahogaba con el peso de los recuerdos un cuerpo que no se rendía, como si quisiera condenar a la culpa eterna a la conciencia que dormía dentro de él. Pensaba en uno, dos, tres, no te vuelvas, cuatro, cinco, seis, capullo, siete, ocho, nueve.

El condestable no pudo girarse a tiempo, pero supo quién era el que rodeaba su cuello impidiéndole respirar.

IV. CELDA

En silencio, el condestable respiró hondo antes de abrir la puerta. El cuello todavía le dolía, pero no tanto como el día anterior, cuando se despertó en mitad de aquella unimente inesperada y violenta que lo encontró debatiéndose de dolor en el salón de la almirante.

Finalmente, le hizo una seña al miliciano, que apenas le miraba, pues todavía estaba afectado por aquel dramático suceso que había sacudido su civilización entera.

Respiró otra vez y abrió la puerta del calabozo. Frente a él, estaba el humano al que había perseguido infructuosamente, esposado a la mesa. Con la cara llena de moratones y el brazo izquierdo en cabestrillo. En silencio.

El condestable cerró la puerta. También en silencio.

—Ah, eres tú, condestable. ¿Te duele…?

—¿…el cuello? No. No me duele. No se preocupe. ¿Y a usted?

—No te preocupes por mi puta cara. Ni por el brazo. Sanarán. No ha sido la mitad de lo que esperaba.

—Lamento que las milicias lo hayan maltratado.

—Te he dicho que no te preocupes. Lo hacen constantemente. Tú lo sabes bien, condestable, ¿verdad?

—Sí. Lo sé bien.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Qué?

—Sí. ¿Qué coño quieres? ¿Por qué coño has venido a verme? ¿Quieres despedirte antes de que me den el pasaporte para la Tierra sin cápsula de eyección?

—No. No es eso. No creo que lo ejecuten. No tiene por qué preocuparse.

—No estoy preocupado.

—Solo quería…

—¿…felicitarme?

—¡No! Eso no. ¿Cómo se le ocurre?

—A mí no se me ha ocurrido. Se te ha ocurrido a ti. Lo veo muy claro ahora. En el fondo no te parece tan mal.

—¡¿Que no me parece tan mal?! ¡¿Pero te das cuenta de lo que has hecho?! Maldito humano arrogante y estúpido. Con el tiempo tu raza se habría integrado con la nuestra. Os habríais ganado nuestro respeto y nuestra consideración. ¡Con el tiempo! Los cambios sociales tienen su momento.

—Que no siempre es el que a nosotros nos gustaría, ¿no?

—Sí. Exacto. Las cosas no son siempre como nos gustaría. Pero hay que ser paciente y respetar el orden. Si no… si no todo es…

—…la revolución. ¡La puta revolución!

—¿De verdad no te das cuenta de lo que has hecho? Tú y los otros miembros de los otros…

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—¡Cómo! ¿No lo sabías?

—No, joder. Qué bueno.

—¿No sabías que había otros como tú?

—No, joder, me quedé KO enseguida. En cuanto me uní a vosotros. Y todavía me duele el tarro. Solo me acuerdo del susto que os di. Bueno, sí sabía que había más humanos con capacidad telepática. Pero no sabía que fuéramos tantos. Yo pensaba que lo mío era importante. Que yo era especial. No sabía que

fuera solo un eslabón de una cadena. Que hubiera más como yo en otras partes de la galaxia. ¡Joder, qué bueno! ¡No sabía que fuera tan grande! Ahora todos vosotros...

—Sí. Todos nosotros os pensamos a la vez. Cuando vuestros telépatas, como tú los llamas, os unisteis a la unimente de nuestra raza en ceremonias dispersas por la galaxia. Y conectasteis con vuestra raza en puntos distintos de vuestro planeta.

—Las dos razas pensándose juntas todo el rato. Fue glorioso, ¿verdad?

—No. No lo fue en absoluto.

—No, claro que no. No lo fue en absoluto. Estáis tan orgullosos de vuestra igualitaria civilización. Estáis tan orgullosos de no ser capaces de mentiros los unos a los otros porque todos pensáis lo que piensan todos. Debió ser un palo descubrir así, de golpe, que en realidad no hacéis más que esconderos de los demás. Que buscar compartir las emociones con los demás es también buscar reforzar los autoengaños con los que os mentís delante del espejo.

—Nosotros no usamos espejos.

—Pues deberíais. Deberías verte la puta cara que tienes, maldito extraterrestre. Deberías enfrentar de vez en cuando toda la mierda hipócrita que escondéis. De nada sirve que no podáis engañaros los unos a los otros si todos dais por bueno que cada uno se engañe a sí mismo.

—No es verdad lo que dice. Me da igual lo que pensáramos en la unimente su raza y la mía durante aquel instante en que consiguieron llevar adelante su insidioso plan. Nosotros no les despreciamos. Ni les conquistamos ni fuimos responsables de ningún genocidio. Nosotros no sabíamos que su especie no podía resistir la radiación cósmica como la nuestra. Solo quisimos darles un escarmiento.

—Oh, claro, claro. Mírate. Como excusa es cojonuda, ¿verdad? No es que matarais a millones de personas en el Brasil, la culpa es suya por no tener un cuerpo lo suficientemente fuerte como los vuestros. Me dais asco.

—Esto no tendría que haber sucedido así. Si en vez de ocultarnos su telepatía, como usted la llama, nos la hubieran mostrado, les habríamos dado la bienvenida.

—Sí. Seguro. Cuando el esclavo aprende a leer y a escribir deja de ser un puto esclavo humano y pasa a ser uno de los vuestros. ¿No?

—Ustedes no son esclavos.

—Así nos tratáis.

—¿Cómo puede decir eso? No es cierto. Os damos todo lo que necesitáis. Os damos más servicios de los que tenéis en la Tierra. Os tratamos bien.

—Tendríamos todo eso si nos levantarais el yugo de no poder viajar por el espacio. Si nos permitierais hacerlo, nuestra economía podría prosperar por sí sola. Bien o mal, pero prosperaría. Y así nuestro mundo sería mejor y no guardaríamos tantos sentimientos hacia vosotros que tú encuentras tan desagradables ahora que los conoces. Claro, nos tratáis bien, porque pensáis que al no poderos pensar no nos damos cuenta de cómo nos despreciáis. Jodéis nuestro mundo, jodéis nuestra cultura, os cargáis nuestro idioma tratando de sustituirlo por vuestro puto silencio, jodéis nuestras posibilidades de prosperar viajando al espacio, nos despreciáis en lo más profundo de vuestras conciencias, os pensáis los unos a los otros que nos lo dais todo cuando lo único que queremos es que nos dejéis libres.

—¿Para viajar al espacio? Pero eso no puede ser. Eso simplemente no puede ser.

—Vosotros lo hacéis.

—Pero no es igual. No es igual.

—No, claro, vosotros no sois unos putos humanos, ¿verdad?

—No es igual. No es la misma situación. Ustedes lo mezclan todo y han provocado un terremoto en nuestras dos sociedades. Los cambios no pueden hacerse así.

—Pero si tú mismo piensas que tu sociedad apesta, que ya no es como era antes.

—¡De acuerdo! ¡Pero no era necesario que asesinara a aquel aduanero, maldito sea!

—Ya. Bueno.

—Usted también pensó a su familia, ¿verdad?

—Sí. Bueno.

—Y ahora se irá a la tumba entre estas cuatro paredes acordándose del dolor que les ocasionó.

—Sí.

—¿Y? ¿Qué va a hacer al respecto? ¿Va a hacer algo como la almirante para conjurar la culpa que ella sentía, llevándole de la mano a la unimente?

—No sé. Morirme aquí dentro, supongo. Me quedan cuarenta años entre estas cuatro paredes. Eso debería ser suficiente. No puede haber nada más.

—Es usted un asesino. Que piense que lo que le hicimos a su raza justifica sus acciones, que asesinar a aquel pobre muchacho era un paso necesario para conseguir un fin mayor no lo hace menos horrible.

—Ey. Déjame con mis propios autoengaños, ¿vale?

—Todos nos autoengañamos al fin y al cabo, ¿verdad?

—Sí. Qué coño. Todos lo hacemos. ¿Ves? Nuestras razas no se diferencian tanto.

—Sí. Ya lo veo. He de irme. Puedo traerle algo.

—No.

—¿Quiere que le quite los grilletes?

—Eso estaría bien, sí.

—Se lo diré los milicianos.

—Gracias. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te vas a retirar como llevas pensando tanto tiempo?

—Supongo que sí. ¿Qué me queda si no? ¿Qué queda ahora, Kalle? ¿Qué queda ahora?

—No lo sé, condestable Rancor. En realidad no me importa. No me importa una mierda.

—¿Qué es lo que no le importa? ¿Pasar la vida en la cárcel? ¿Haber dinamitado las relaciones entre nuestros pueblos? ¿Haber matado a aquel aduanero? ¿Todo junto? Quiero comprenderle.

—Sí. En parte es todo eso. Eso es quién soy yo.

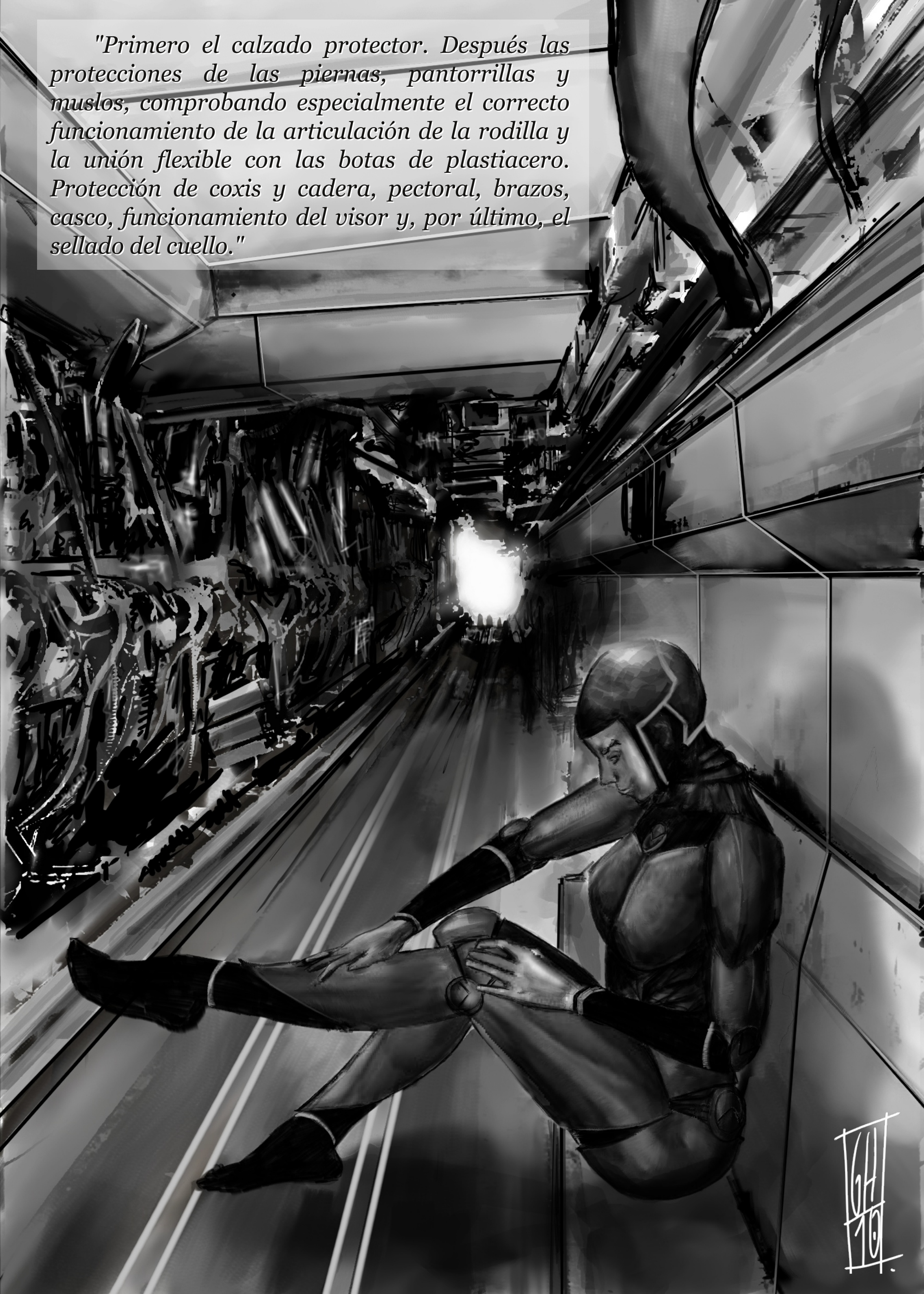
—Alguien a quien no le importa nada. Que solo busca algo que realmente dé sentido a una vida vacía, aunque le suponga la muerte. Eso es lo que todos los humanos buscáis: un sentido. Pues ya lo has encontrado. Pero no te engañes a ti mismo. No eres ningún héroe.

—Supongo que los héroes somos todos autodestructivos. Si no, no haríamos lo que hacemos. Pero como te digo, ya no me importa. No me importa en absoluto.

—¿El qué? ¿Qué es lo que no le importa?

—Lo que penséis de nosotros.

FIN


"Primero el calzado protector. Después las protecciones de las piernas, pantorrillas y muslos, comprobando especialmente el correcto funcionamiento de la articulación de la rodilla y la unión flexible con las botas de plastiacero. Protección de coxis y cadera, pectoral, brazos, casco, funcionamiento del visor y, por último, el sellado del cuello."

BALANCE DE PODER

Por J. J. Morillas

Ilustración de Ricardo García Hernanz

Siempre y en todo lugar hay que cultivar el deseo de tener superpoderes.

Eso al menos es lo que decía mi maestro. Según él, si dedicamos todos los días un rato a meditar en la idea de los superpoderes, si nos acostumbramos a tener esa sensación en la punta de los dedos, se llegará a convertir en algo natural que surgirá espontáneamente en los momentos de necesidad, y, sobre todo, durante el sueño. Este es el mejor modo de dejar de temer a las pesadillas. La idea es que, en mitad del sueño, acuda en nuestra ayuda este deseo y consigamos, efectivamente, disponer de estos poderes en ese Otro Mundo al que vamos mientras dormimos. Armados con ellos no tendremos nada que temer. La idea es atractiva, y debo decir que he llegado a conseguirlo. Cuando estoy en mitad de una pesadilla, descubro que puedo volar, o lanzar rayos por los ojos, y dejo de tener miedo. Incluso dejo de temer a las criaturas del agua. Su presencia es anunciada por un charco que los precede y sobre el que se mueven. En los peores sueños, se filtran por debajo de las puertas por cualquier rendija. Penetra el agua y detrás van ellos. No importa que sean más grandes que la abertura en cuestión: si el agua entra, ellos van detrás con sus cabezas brillantes y sus cuerpos de lagarto.

Ahora estoy en una taberna, tomando algo con mi extraña amiga. Es duro estar en la resistencia.

No tengo claro del todo de dónde viene. Apareció cerca del lago y muy desorientada. Es normal, el lago tiene ese efecto sobre las personas. Me encantan sus ojos grandes y sus pechos pequeños, y la manera que tiene de mirarlo todo con sorpresa, como si no reconociera nada.

Desde que llegó la estamos tratando con flores de Bach y productos homeopáticos, los restos de la Antigua Sabiduría que quedan en este planeta dejado de la mano de Dios. Un regalo del cielo para los mineros. La mejoría es lenta pero constante, cada día parece haberse habituado más a su entorno.

Estamos esperando precisamente a un tipo que pasa medicinas de contrabando. Últimamente parece que los hombres lagarto están especialmente nerviosos y cuesta más trabajo conseguir algunos ingredientes. Lo lógico hubiera sido haberla llevado al Viejo, pero ella no quiere saber nada de nuestros sacerdotes.

Pedimos algo de beber y nos sentamos al fondo, entre las sombras. La música suena un poco menos fuerte aquí, no hay altavoces en esta zona, pero aún así cuesta trabajo hacerse entender. Es viernes por la noche y los mineros están gastando su paga ruidosamente. Miro sus manos, son delicadas, esta chica no ha

tenido que hacer trabajos duros en su vida. Me pregunto a qué se dedicará.

—¿Sabes leer?

—¿Qué?

—Que si sabes leer.

—Sí —, me responde sin mirarme. Su mirada resbala sobre las cosas sin centrarse demasiado en nada desde que entramos en la taberna. No mira a la gente a los ojos, apenas unos segundos y retira la mirada en seguida. Ha debido de pasarlo mal, pero si sabe leer su vida no puede haber sido mala. Quizá sea escribiente, seguramente le ha pasado algo que la hace desconfiar. Todavía tengo muchas dudas que resolver respecto a ella, pero tengo tiempo, y bastante curiosidad. El Viejo dice que la memoria nos sirve de modos extraños, que en realidad no recordamos, sino que imaginamos los recuerdos. Yo no sé mucho de esto, pero supongo que cuando recupere los recuerdos, querrá volver a casa. Quizá la acompañe. Estoy cansado de todo esto, es posible que exista un lugar donde los hombres lagarto no vayan, algunos hablan de un lugar así. Pero nadie lo ha visto. Ratgeb me ha dicho que cuide de ella, y yo así lo hago.

Pasado un rato, aparece la persona que estábamos esperando. Es un tipo de mirada huidiza que llega mirando a todas partes. No le culpo, se sabe que algunos de nosotros pasan información a los hombres lagarto. Cualquiera puede ser un colaboracionista.

Pasos.

En la oscuridad de la cueva un grupo de guerreros se mueve en silencio. Al menos tres de ellos conocen bien el camino, no necesitan mucha luz para saber por dónde deben ir. De tanto en tanto marcas fosforescentes indican los posibles giros, las rutas que no hay que seguir. Voces de hombre.

—Maldita sea, no me gusta, no me gusta acercarme al lago. Salen cosas de allí cuando no brillan las paredes.

—Cállate de una vez, estás asustando a los demás.

—¿Acaso no puede decir un hombre lo que piensa en voz alta?

—Cállate o por Yonlenon que te hago callar yo.

—¿Qué es un Yonlenon?

Era una voz de mujer la que hacía la pregunta. Pertenecía a un cuerpo invisible envuelto en negro, un cuerpo que tropezaba con frecuencia, pero lo bastante ligero como para no hacer ruido.

—Yonlenon es un cuento, una leyenda.

—Un poco de respeto.

—Es una historia del pasado, de antes de los primeros padres, de cuando la fundación de la primera caverna y el sacrificio de los primeros Ancianos. Algunos dicen que más antigua incluso.

—Yonlenon era un hombre con la mirada de colores. Era un ser de luz al que mataron.

—¿Quién lo mató?

—Nadie lo sabe. Algunos dicen que los hombres lagarto. Otros dicen que vino antes que ellos, y que volverá para llevarnos a todos a la luz, cuando deje de quemar y se pueda estar fuera.

—Era el Hijo del Ello, el Increado.

—Yo de eso no sé nada, pero le rezo. No viene mal.

—¿Qué es rezar?

—Rezar es lo que haces cuando no puedes hacer otra cosa.

—No lo entiendo.

—En verdad eres una mujer diferente.

—¿Porque no rezo?

—Porque no te hace falta.

Samuel Reloj de Arena Hijodecarpintero era una de esas personas que se comunican a base de no decir nada.

Todo su flujo de información consiste en retransmitir obviedades. "Llueve", "hace frío", "acabas de pisar un charco", "hoy es jueves ya". A partir de esto construyen un armazón de hierba seca donde meten la convivencia y lo hacen rodar cuesta abajo por terreno yermo. Basta una chispa para que la esfera arda de golpe con un *flom* sordo que no desprende ni luz y solo deja cenizas y aire con olor a quemado.

Samuel era un hombre de todas las edades, letra infantil (demasiado grande), gestos de viejo, carácter cambiante entre la madurez y la infancia.

Había una gran expectación ese día. Esa noche toda la familia y algunos amigos irían con el Viejo al Pozo de las Estrellas. Dentro del complejo de las cavernas el Pozo era un lugar singular ya que era el único sitio desde el que se podía ver el cielo. Era una enorme caverna semicircular que podía albergar al Pueblo entero, y algunos caminaban muchas horas para poder llegar, dependiendo de lo lejos que estuviera su comunidad. Varios cientos de metros por encima del suelo había una abertura por la que se podían ver las estrellas de noche. De día, la luz abrasaba.

Esa noche a su hijo se le iba a dar un nombre. Irían todos a la caverna y el Viejo examinaría las estrellas, haría sus cálculos y daría al pequeño un nombre por el que todos le conocerían desde ese momento. Siendo la época del año que era, el niño sería Dragón, por regir esa constelación (él mismo era Reloj de Arena) y como su profesión era la de herrero, los apellidos del niño serían Dragón Hijodeherrero. Solo quedaba que el Viejo le diera al niño un nombre propio que unido a los otros dos le acompañaría hasta el día en el que su cuerpo dejara de funcionar y su energía regresara al Cosmos.

Hacía casi un año que no había nacido ningún niño. Las mujeres ya hablaban de amarres y males de ojo, pero un buen día su mujer le anunció que no le venía la sangre desde hacía dos meses y que notaba la Vida agitándose en sus entrañas. "Sus entrañas" fue el término que había utilizado. Es curiosa la influencia de las novelas. El Viejo confirmó el embarazo, hizo una consulta a las piedras, examinó la piel de un plátano y fijó la fecha del nacimiento. El parto se atrasó un par de días y casi le costó la vida a Mara, pero aparte de eso y gracias a los Ángeles Guardianes, todo fue bien y ella se recuperó de maravilla gracias a las hierbas que le dio el anciano y a los olores que el anciano le dijo que tenía que oler para calmar la sensación de desazón que le vino luego.

Él no había trabajado hoy. En el Nombramiento había demasiadas cosas que preparar.

Uro será su nombre, y su nombre será Uro. El Anciano pronunció la frase con solemnidad y todo el mundo aplaudió y vitoreó. Los padres se miraron y se abrazaron, muchos de los jóvenes gritaron contentos, sobre todo porque la ceremonia por fin terminaba y eso significaba que el banquete comenzaría en seguida. Muchos formaron con los dedos señales de bendición, para que los Guardianes del niño acudieran rápido a protegerlo. Los congregados comenzaron a dirigirse al lugar donde tendría lugar la celebración.

Se oyó un disparo. Gritos. Un alboroto al fondo, en la entrada de la caverna.

—¿Qué sucede?

—No lo sé, ¡corre!

Un grupo de hombres lagarto estaba entrando por el fondo, disparando al aire y agitando látigos neuronales. Solo tienen que tocarte una vez con ellos para que no olvides la experiencia en toda tu vida. Cundió el pánico y los invitados se dispersaron, las personas mayores eran ayudadas por sus familiares. Todos buscaban la salida de la caverna.

El anciano y su joven ayudante permanecían en pie junto al altar. La gente podía ver cómo esperaba investido de una tranquila dignidad. "Este hombre es un santo", pensó Samuel. Luego se marchó con su mujer y su hijo. Dos personas trataron de ayudar al viejo a salir del escenario elevado donde estaba el pequeño altar de piedra, pero este se negó con una sonrisa y les dijo que se fueran.

Los hombres lagarto consiguieron arrinconar a un grupo aterrorizado de unas doce personas. Uno de ellos plantó una caja en el suelo. De la caja partía un cable enrollado que terminaba en una especie de pastilla de jabón de color negro que se acercó a la boca. Empezó a hablar en su lengua siseante. De la caja en el suelo surgió una voz innatural que preguntaba por un hombre lagarto. La voz preguntaba si lo habían visto y qué habían hecho con él, y prometía castigos terribles para todos los habitantes del asentamiento si no colaboraban. Si colaboraban, en cambio, les aumentarían la asignación de pasta de proteína.

Comenzó el interrogatorio.

Samuel estaba en casa con otros vecinos y amigos, todos con las caras largas. Lo que

había sucedido era una desgracia, mucho peor porque había ocurrido en el Nombramiento de Uro, su pequeño. Reloj de Arena rogaba por que no fuera un mal augurio. Su mujer pedía a la Madre Celestial que protegiera a su hijo. Ninguno de ellos entendía lo que había sucedido. ¿Qué podrían saber ellos sobre ningún hombre lagarto perdido? ¿Sería acaso un criminal fugado? ¿Estaban en peligro? La idea de uno de ellos suelto por ahí, criminal hasta para los de su propia especie, les ponía los pelos de punta. Nadie recordaba que hubiera sucedido algo parecido antes, posiblemente esto era solo el principio de una historia funesta. Quizá nunca olvidaría nadie el nombramiento de Uro, que sería recordado acaso por ser el inicio de una nueva era de terror.

Gritos.

Son niños jugando. Dos días llevaba Lara entre aquella gente, oculta en las casas de las mismas personas que la encontraron, haciéndose pasar por la hija del pariente de uno de ellos que vivía en otro asentamiento. Lara se sentía como si estuviera en su laboratorio observando una colonia de microorganismos a través de sus máquinas. Sabía que eran seres humanos, pero al mismo tiempo aquellas gentes no se parecían en nada a las personas que ella conocía, desafiaban sus ideas acerca de lo que era una persona. Lo que más le fascinaba, por supuesto, eran los niños. Ella apenas había visto ninguno, solo cuando los llevaban al laboratorio para recibir alguna clase y que les hablaran a los pequeños iluminados sobre el tipo de cosas que se hacían allí. Sus caritas menudas y atentas, los ojos abiertos, el rostro inexpresivo, impasible, la cabeza ladeada absorbiendo cada palabra que les decían. Casi se podía escuchar el zumbido de sus cerebritos registrando y procesándolo todo. Aquí los niños eran algo diferente. Una manada de pequeños monstruitos gritando y persiguiéndose continuamente, incapaces de estarse quietos, aullando frases incomprensibles llenas de onomatopeyas y palabras inventadas, rodando por el suelo, llorando, riendo. Vivos. Parecía que en efecto se trataba de una especie diferente. La cabeza se le llenaba de diminutivos cuando les veía jugar.

Lara decidió que aquello le gustaba.

En la puerta de una casa un hombre modelaba un jarrón de barro mientras en el portal de al lado una mujer soldaba metales conformando una figura inútil. Tras un rato observándola y tratando de entender su función, Lara se atrevió a acercarse para preguntarle qué era. La mujer le contestó que era una figura que representaba la Noche, que crece en el interior de la Gran Caverna derramándose desde el techo. Lara no entendía, al principio pensó que se trataba de un mecanismo para controlar los ciclos bioluminiscentes de los hongos y lo miró muy interesada tratando de descubrir su funcionamiento y no hallando nada familiar en él.

Se sorprendió cuando se dio cuenta de que el objeto era lo que aquella persona llamaba "arte" a pesar de que en sí mismo no era esencialmente bello, ni tranquilizador, ni inspiraba sentimientos comunitarios o representaba un oficio útil, o una tarea nueva que había que emprender entre todos. Sintió ganas de seguir hablando con aquella mujer, pero en ese momento Ratgeb la vio, se acercó a ella y se la llevó aparte después de comprarle a aquella mujer un pequeño colgante con la forma de una bestia felina con alas de mariposa para distraer su atención. "No deberías ir por ahí mirándolo todo con la boca abierta". Lara no le prestaba atención, estaba mirando el colgante. Conocía a aquellos animales y sabía que hibridarlos era imposible, su genética era totalmente incompatible. Por otro lado había visto algún ejemplar de gato doméstico deambulando entre las viviendas (algunas edificaciones fabricadas con ladrillos de barro, otras simples oquedades en la pared de la cueva), pero ¿mariposas? Quizá hubiera algún tipo de polilla en los campos encargada de polinizar, pero dudaba mucho de que hubiera mariposas.

Estaba casi segura de que estas personas no habían visto una verdadera mariposa en su vida. ¿De dónde había llegado esa información? ¿Existía un vínculo entre la Ciudad y lo que pasaba fuera de ella más allá de la farsa de los hombres lagarto? ¿O quizá era solo la imaginación de la gente pintándole colores a la es-

peranza? Para Lara solo eran un ficha en la base de datos de MADRE. Recordaba cuando trabajaba en el departamento de fisiología humana, especializándose en flora intestinal antes de que le asignaran su nuevo destino trabajando con los hongos bioluminiscentes. Le encantaba emplear sus tiempos muertos después de la comida navegando por la base de datos de criaturas de MADRE. Su nivel en la jerarquía iluminada le daba acceso a cientos de miles de perfiles biológicos. Su nuevo destino le proporcionaba un acceso más limitado. Nunca le explicaron el motivo del cambio y ella sintió que la estaban castigando por algo. Quizá precisamente por su excesiva curiosidad, aunque sus actividades no estaban expresamente prohibidas. No hacía falta, a cada uno le daban acceso a determinados bancos de MADRE, se suponía que uno podía hacer lo que le dejaban hacer.

Miró de nuevo a su alrededor mientras Ratgeb la guiaba de nuevo a casa perorando sobre la necesidad de discreción. A pesar del atraso en el que vivían, parecían ser felices a su manera. Aparentemente solo el miedo a los hombres lagarto, que se llevaban periódicamente una parte importante de la cosecha, suponía una carga, un peso intangible con el que todos tenían que convivir. Parecía que la vida giraba alrededor de esa circunstancia, de ese peligro compartido. En cada familia había una historia horrible que contar relativa a ellos. Lara había conocido muy bien a un mirmidón de los encargados de tratar con los "primates". Sabía que los entrenaban para ser impacientes, para no tolerar el retraso. Podían vivir en sociedad solo gracias a su educación (hay que entender que la palabra "condicionamiento" no figuraba en su vocabulario en aquel entonces y con ese significado). De vuelta en casa trató de leer un poco a la escasa luz que proporcionaba una bombilla eléctrica, incandescente. Lo supo porque se quemó al tocarla. En la Ciudad las bombillas proporcionaban una luz más fría, más azul, y no desprendían calor. Le habían dejado un libro (una colección de hojas de papel encuadernadas de manera artesanal) sobre la influencia de las estrellas en la vida de la gente. Costaba trabajo creerlo: estas personas de verdad creían que esas pequeñas luces lejanas que se veían por la ventana de la caverna condicionaban sus vidas. En la Ciudad nunca le habían hablado de nada así. Le parecía imposible que ningún iluminado se hubiera dado cuenta de eso. Quizá fuera porque no se veían estrellas desde la Ciudad. Las estrellas habían sido otro descubrimiento (por eso le habían dejado el libro, con la mejor intención) aunque algunos mirmidones que conocía ya le habían hablado de ellas.

Quizá debiera hablar con algún iluminado a la vuelta, hacer pruebas. De todas formas, no veía de qué modo la posición de esas lucecitas podía afectar al carácter o incluso a los acontecimientos que podían suceder en la vida de la gente. Ella nunca había oído hablar de receptores en el cerebro sintonizados con su luz (y era su especialidad), ni sabía de mediciones de energía tomadas en la cueva y achacables a esas estrellas (aunque sí de los rayos cósmicos). Si su influencia era tan notable, sin duda alguien tendría que haber detectado algo. Si era posible que el cerebro fuera sensible a algo así (aunque los ojos desde luego eran sensibles a la energía, y los oídos y todos los sentidos, pero los ojos también detectan la posición de otros objetos y la vida no parece verse afectada por el lugar que ocupan los vasos en una mesa concreta el día del nacimiento de nadie y eso que tanto su gravedad como la cantidad de energía lumínica que reflejan son mayores que las de las estrellas si la habitación está suficientemente iluminada), quizá entonces también fuera cierto que podía leerse el pensamiento. Curiosamente esta gente creía que eso era posible, aunque nadie lo había verificado nunca en persona. Hablaban de los gemelos y de lo que sentían las mujeres respecto a sus hijos. Las madres, qué curioso concepto. En la Ciudad Solo estaba MADRE, todos los niños eran hermanos, todos eran hijos de la Ciudad. Para estas personas era admisible que algunos niños estuvieran mejor alimentados que otros, o que se dedicaran no a lo que les fuera más afín, sino a lo que se habían dedicado sus padres o, directamente, a lo que podían, cambiando de oficio a lo largo de su vida.

Como tantos otros, aquel día Lara se dirigió al vestuario para empezar su jornada.

En esa época estaba haciendo un estudio sobre los hongos bioluminiscentes de las cavernas. Al parecer se habían producido ciertas mutaciones interesantes, una adaptación a las zonas con poca humedad. Por casualidad había encontrado adheridas a los guantes de su traje unas pequeñas vejigas que contenían una especie de gel. Le había llevado tiempo identificar el origen de las vejigas, no aparecían organismos semejantes en las bases de datos de MADRE. Había tenido que hacer comparativas de la estructura de proteínas para darse cuenta de su similitud con la de los hongos luminosos. Al parecer, la vejiga era una adaptación desarrollada para poder colonizar las regiones menos húmedas de las cavernas, aunque todavía no podía descartar que en realidad se tratara de algún tipo de colaboración simbiótica que implicara otro tipo de organismo. Tendría que evaluar su potencial de aplicabilidad así como los posibles riesgos biológicos, infecciones y cruces no deseados con la especie dominante y cultivada. Una muy buena oportunidad para una joven iluminada como ella.

Tras el desayuno en la sala comunal y la ingesta ritual de los Fármacos Prescritos se dirigió al vestuario. Se puso el traje pieza a pieza usando solo la mitad de su atención. El hábito había automatizado sus acciones, pero cualquier error que permitiera el contacto con la atmósfera exterior podía ser fatal. Los gases afectaban el equilibrio químico del cerebro y conducían rápidamente a la locura de manera irreversible. Los Hermanos habían desarrollado algunos tratamientos, pero su eficacia era más que dudosa e implicaban largos periodos de internamiento.

Primero el calzado protector. Después las protecciones de las piernas, pantorrillas y muslos, comprobando especialmente el correcto funcionamiento de la articulación de la rodilla y la unión flexible con las botas de plastiacero. Protección de coxis y cadera, pectoral, brazos, casco, funcionamiento del visor y, por último, el sellado del cuello y el acoplamiento de las baterías y las unidades de soporte vital en la prolongación de la espalda formando el apéndice al que coloquialmente llamaban "cola". El conjunto parecía una especie de dragón sin alas o un hombre cocodrilo hecho de material bioplástico verdinegro con refuerzos metálicos de color bronce anaranjado.

Activó los lectores del visor y recibió los datos habituales. La habitación se convirtió en un espacio azul claro, las ropas que se había quitado relucían en el suelo en un color amarillo pálido virando al azul conforme iban perdiendo calor. Era como estar en el interior de la llama azul de un mechero de gas. La presión en el interior del traje era correcta según indicaba el parpadeo verde del indicador de integridad de sellado.

Ese día debía acompañarla Estela, otra iluminada con el entrenamiento recién terminado, pero no había acudido. Lara simplemente recibió la notificación de que ese día su compañera tenía una cita con su director espiritual. No le habían ordenado expresamente abortar su salida, en parte porque probablemente no habrían comprobado que ese día tenía prevista y autorizada un incursión en las cavernas, y en parte porque el protocolo indicaba de todas formas que había que salir siempre acompañado. Claro que esa orden existía claramente para protegerse de posibles ataques de los monos, esos seres subhumanos que tan útiles resultaban como mano de obra. Lara pensaba ir a una zona desierta donde los simios no tenían nada que hacer. No había comida ni lugares apropiados para la reproducción y cría. Ningún cultivo, y por tanto nada de vegetación. Además estaba bastante lejos de los lugares que solían frecuentar, así que no había ningún peligro de encontrarse con alguno de ellos. Además su salida estaba ya autorizada, podían pasar días o incluso semanas hasta que la autorizaran de nuevo y su trabajo no podía retrasarse tanto si quería presentar los resultados a tiempo de pedir la apertura de una línea de investigación prioritaria, con tiempo de laboratorio y de computación suficiente.

Una vez vestida se dirigió al tubo de lanzamiento. La forma de su traje estaba diseñada para encajar en las ranuras del tubo. Ella solo

tenía que arrodillarse en un arnés semirrígido dentro de la boquilla del tubo que basculaba hacia atrás al tiempo que apresaba su torso y sus brazos. Frente a su cabeza se situaba un mandril que saldría disparado con ella los primeros metros y que luego se recuperaría gracias a un cable de fibra plástica. Esto era una precaución para proteger su cabeza en caso de que hubiera algún tipo de obstáculo frente a la salida del tubo.

Así que siguió todos los procedimientos de seguridad indicados, se colocó en posición y esperó a quedar totalmente horizontal y conectada al dispositivo de aceleración. El indicador de llenado de la cámara fue ascendiendo lentamente hasta completar la última rayita de la columna. Luz verde.

No se dio cuenta de que algo iba mal hasta haber recorrido la mitad del tubo. Notaba un tirón, una cierta resistencia en la pierna derecha, pero no podía hacer nada conforme ganaba velocidad, ya había sido lanzada. Le entró el pánico, la deceleración podía pulverizarla al salir.

Llegó al final del tubo y salió disparada, pero en lugar de trazar una suave curva ascendente hacia la superficie del lago como debería suceder, se escoró fuertemente a la derecha, comenzó a frenarse rápidamente sintiendo cómo la tensión traccionaba las junturas del traje exigiéndoles el máximo. La vibración era terrible, en su cabeza se imaginaba hecha pedazos, sus restos flotando en el lago y devorados por los peces. Eran imágenes fugaces que se vieron sustituidas por una neblina roja. Lo último que vio fue el mandril que se dirigía contra su cabeza. Sintió un fuerte golpe en el casco y perdió el conocimiento.

Despertó pasado un tiempo indeterminado. Estaba tendida boca abajo en la orilla del lago. Se desvaneció de nuevo.

Todos los sistemas de soporte vital funcionaban correctamente. La prueba era que estaba viva, para empezar. El reloj marcaba en fósforo verde 6 horas tras el lanzamiento, pero el visor parpadeaba incontrolado, alternando entre una imagen de colores fríos que delimitaba la línea del agua en la orilla y el negro total, con una franja blanca de un tercio del ancho de la pantalla que se movía lentamente de derecha a izquierda. Era incómodo y limitaba seriamente su capacidad de visión, pero podría bastar hasta llegar a casa. Los sistemas de comunicación mostraban que no tenía cobertura, pero era imposible saber si esto era cierto o si estaban averiados.

Empezaba a lamentar haber salido sola ese día. Se incorporó lentamente. En su muslo derecho había adherida una banda metálica flexible, del grosor y el espesor de las bandas higiénicas de celulosa de los cuartos de baño. Estas bandas metálicas se usan para señalizar y marcar paquetes, cofres de equipo o incluso vehículos. NO VOLCAR, decía esta en particular. Qué gracioso. Debía de estar en el arnés basculante y cuando se arrodilló no la vio. Fue suficiente para arruinar su perfil hidrodinámico. De vuelta en las instalaciones pondría una queja. Qué demonios, buscaría personalmente al culpable y le haría saber su enfado. Soltó una blasfemia de la lista de imprecaciones permitidas y realizó la secuencia de respiradores del protocolo de autocontrol. Pasó a estudiar su situación con calma. Por lo que podía ver, la reserva de aire estaba en orden y tenía suficiente para el regreso si se apuraba. Luz roja. Maldición. La integridad del sellado se había visto comprometida, de hecho, sentía agua en su pantorrilla derecha; había una fisura en el aislamiento del traje. Su primer y peor miedo había sido que durante el tiempo que había estado inconsciente hubiera penetrado en su traje parte de la atmósfera de la caverna, y que estuviera en riesgo de volverse loca por la intoxicación provocada por la mezcla de gases. Este era el peligro sobre el que les advertían más seriamente en todos los entrenamientos, y se había hecho realidad. Aplicó un gel sellante en su corva derecha, pero probablemente el mal ya estaba hecho. Tenía que regresar a tiempo de que pudieran ponerla en tratamiento.

Continuó el chequeo. En su cola quedaba suficiente energía en las baterías para unas tres horas, y reservas alimenticias para administración intravenosa automática suficientes para un día. Lo único que tenía que hacer era caminar por la orilla del lago, llegar a un lugar con enlaces operativos y utilizar su comunicador para pedir ayuda. A estas alturas probablemente ya

habrían notado su ausencia y habría un par de mirmidones encargados de encontrarla. MADRE reaccionaba con rapidez en estos casos. Con un poco de suerte, el agua la habría protegido (al fin y al cabo tenía las piernas medio sumergidas cuando despertó) y quizá no llegara siquiera a experimentar síntomas. Esperaba que así fuera, pero decidió estar preparada ante cualquier perturbación de sus sentidos y su razón.

Tres horas después de haber comenzado su caminata, bastante mareada por el mal funcionamiento de su visor, escuchó por el sistema de sonido algo que la sobresaltó. Un pequeño desprendimiento de rocas por detrás y por encima de ella. Cuando miró, vio una huella amarillenta en el borde de la roca. Algo vivo había estado apoyado en ella.

—¿Hay alguien ahí?

No recibió ninguna respuesta. Se sintió terriblemente sola en la caverna gigante, junto a aquel enorme lago subterráneo que era un mar. Siguió caminando sin dejar de mirar a su espalda de tanto en tanto. Quizá todo era producto de su imaginación; al fin y al cabo había fallado la integridad del sellado. Quizá sí había respirado aire contaminado y estaba sintiendo los primeros efectos de la intoxicación. Sintió frío y el estómago endurecerse. Por primera vez empezó a temer por su cordura. Pero eso que acababa de escuchar volvía a ser piedras cayendo. Miró a su espalda. Nada. Volvió a girarse. Se sobresaltó. La pantalla averiada de su visor dejaba ver, a ambos lados de la línea blanca que se deslizaba por su visor, una silueta naranja y morada, encorvada y monstruosa. De repente vio su camino bloqueado. Había cinco figuras en total, sin traje y sin transpondedores, desnudas, atroces. Tenían que ser monos.

—¿Qué queréis? No tengáis miedo, no voy a haceros daño.

Lara habló sin pensar en que no podían entenderla. Lo único que recibió como respuesta fueron los acostumbrados gruñidos guturales sin sentido que emitían estos primates. Alargó su mano hacia el pequeño compartimento de almacenamiento de la espalda y sacó una fruta (un lujo, un placer privado que había decidido llevar en su excursión). Se la acercó alargando el brazo e inclinando un poco el cuerpo, tratando de no parecer amenazadora.

La primera piedra llegó sin previo aviso e impactó en el lateral derecho de su casco sin causarle ningún daño. La imagen de su visor dio un salto. Se puso blanca del todo y volvió a la franja que lo barría lentamente de derecha a izquierda. Otras piedras siguieron a la primera. Rebotaban en su traje sin mayores consecuencias, pero la cosa no pintaba bien, no tenía con qué defenderse y apenas los veía debido a los problemas con su visor. Cuatro de ellos se estaban acercando. Ella dio dos pasos atrás instintivamente para dejar la roca a su espalda y que no pudieran rodearla, obligándoles a acercarse de frente. Estaba atrapada. El defecto del visor era una desventaja adicional y muy importante: si se movían rápido podían estar junto a ella sin que pudiera verles siquiera. Era algo que no podía permitirse. Sopesó las posibilidades. Al fin y al cabo seguramente ya estaba infectada, el traje se había roto. Quizá pudiera quitarse el casco el tiempo suficiente y luego volvérselo a poner. Quizá terminara loca. De lo que estaba segura era de que si no se lo quitaba, sería peor. Estos simios eran animales fieros y podían hacer gala de una gran ferocidad si las historias que se contaban eran ciertas. En contra de todas las instrucciones que había recibido a lo largo de su vida, movió los dedos con rapidez y liberó las sujeciones del casco justo cuando se abalanzaban sobre ella. Golpeó en la cara al primero de ellos, que retrocedió llevándose las manos al rostro. Los que avanzaban por los flancos le hicieron un barrido golpeando la parte de atrás de sus rodillas y tirando a la vez cada uno de un brazo hacia atrás. El cuarto de ellos colocó sus rodillas sobre su pecho y la inmovilizó contra el suelo con el peso de su cuerpo. Su casco se le escapó y rodó. Ellos soltaron un grito ahogado, pero el que estaba sobre ella levantó una piedra con la intención de estampársela en la cara. Tuvo tiempo de sorprenderse antes y de cerrar los ojos anticipando el impacto sin creer lo que veía.

—¡Alto!

Era el quinto de los monos. Había hablado, había entendido lo que había dicho. Era imposible. Estaba loca.

El golpe no llegó a producirse. Volvió a abrir los ojos. Aquello no eran monos sino hombres; vestían de un modo extraño, pero eran humanos como ella. Esta increíble verdad se abría paso en su cerebro levantando nubes de interrogantes a su paso. La única explicación lógica que se le ocurría era que el aire contaminado había terminado por imponerse a su sistema nervioso y sus defensas mentales. A pesar de ello, se dio cuenta en un fogonazo de que estaba pensando racionalmente. ¿Era eso la locura? ¿Se podía estar loco y emplear la lógica?

—¡Quietos! ¡No le hagáis nada! Enamel, levanta. Tú, no hagas ninguna tontería.

Ellos estaban tan sorprendidos como ella. Dejaron que se pusiera en pie pero se mantuvieron cerca, rodeándola, y tocando su cuerpo con suspicacia.

—Su piel está fría.

—Es dura y suave.

La mujer estaba bloqueada. No entendía lo que sucedía. Si lo que siempre le habían dicho era cierto, tenía que haber enloquecido por culpa de los gases, estaba alucinando a todas esas personas y la conversación entera. En realidad estaba ante simios que simplemente gruñían, era su mente la que imaginaba las preguntas, las respuestas, las miradas de incredulidad de los medio primates. A lo peor se encontraba todavía en el agua, con el casco puesto, imaginándolo todo. Pero la riqueza de los detalles era increíble. Y coherente. No parecía que cambiasen en el tiempo, no percibía variaciones. La empuñadura del cuchillo que sobresalía del cinturón de uno de ellos era siempre la misma. La reconocía cada vez que aparecía. Y si eso era así, era porque la comparaba con una imagen de su mente. Y si era una imagen de su mente pero ella estaba loca, ¿notaría las incongruencias o la locura consistía precisamente en persuadirse de que un pedazo de irrealidad estaba encajando sin fisuras en la auténtica realidad? Solo lo real puede concebir la realidad. Pero lo real también concibe irrealidades. De hecho, es lo que sucede la mayor parte del tiempo, sin siquiera estar loco.

Lara hizo un movimiento, alargando el brazo hacia su casco, caído en el suelo a pocos metros. Uno de los hombres la golpeó por la espalda, haciendo que cayera de rodillas.

—¡He dicho que quietos! ¡Nadie se mueve si yo no lo digo!

—¿Me permites? No voy armada.

—¿Qué quieres hacer? No intentes nada raro o por el honor de mis muertos que te...

—Solo quiero coger eso y comprobar una cosa.

—Está bien, pero no intentes escapar o te mataremos. Quiero que entiendas tu situación con claridad: eres nuestra prisionera.

Las dudas se disiparon cuando le permitieron colocarse el casco de nuevo. Al ponérselo, comprobó que el visor seguía estropeado, y que le mostraba la imagen habitual del calor de los cuerpos, pero que los receptores de sonido alteraban las voces. Tras un par de pruebas se dio cuenta de que los sonidos de pasos o las piedras se escuchaban con normalidad, pero que no sucedía lo mismo con las voces. Eran modificadas, en lugar de voces humanas lo que se escuchaba eran los habituales gruñidos que siempre había atribuido a los simios. Se quitó el casco estupefacta y se lo alargó al hombre que había impedido que los otros usaran las piedras sobre su cráneo. El hombre lo miró con curiosidad y se lo puso con cierto temor en la mirada, pero con seguridad. Se lo sacó al instante y ella le animó a que se lo colocara de nuevo sin dejar de hablarle. Cuando se lo volvió a quitar simplemente le dijo que toda la vida le habían hecho creer que ellos eran animales.

—Toda la vida he creído que erais lagartos esclavistas procedentes de otro planeta. Tenemos que contarle todo esto a los Ancianos.

Lara también sentía que tenía algo que contar, pero primero quería saber más. No estaba segura de qué estaba pasando, de por qué los receptores de sonido tergiversaban las voces y solo las voces o por qué usaban visores que no proporcionaban una imagen real. Dudaba de que la dejaran salir, o preguntar. De repente tuvo miedo de los mirmidones que sin duda la buscaban.

—Ven con nosotros, no te pasará nada. Te lo prometo.

Lara asintió insegura. Estaba a punto de dar un paso que cambiaría su vida, tenía esa sensación en la boca del estómago.

—Pero antes tenemos que conseguirte algo de ropa normal. No queremos que nadie te apedree a primera vista. Los Ancianos sabrán lo que hay que hacer.

Juntos caminaron hacia lo que llamaban el Sector 3. Antes de llegar a la zona principal de cavernas esperaron escondidos mientras le traían algo de ropa. Lara se extrañó de estar ahí y de confiar en esa gente con tanta naturalidad. En realidad no veía más opciones. No podía olvidar lo que había descubierto; de algún modo, ese conocimiento había cambiado su existencia para siempre. Quizá de todas formas llevaba tiempo pensando que algo no encaba en su mundo y, por primera vez, tenía pruebas sólidas de que efectivamente algo se les estaba ocultando.

Ya disfrazada, se fue con Ratgeb a su casa. Ratgeb era el joven que la había defendido o, al menos, que había decidido con suficiente rapidez que valía la pena esperar a saber más antes de matarla.

Los edificios refulgían iluminando la plaza en mitad del ciclo diurno.

La ciudad tenía su propio cielo desplegado desde un horizonte situado en el suelo. Los ciudadanos se dirigían a sus quehaceres, imágenes sonrientes recorrían la superficie de los edificios a tamaño gigante distribuyendo la dosis de felicidad del mediodía. Mensajes motivacionales, referencias a lo buenos que son los fármacos de MADRE, noticias relacionadas con un nuevo tipo de cultivo rico en sales minerales, las excelencias de las nuevas lámparas de luz solar para interior. Sutiles referencias que abren el apetito, se acerca la hora de comer, que todo el mundo coma al mismo tiempo encierra grandes ventajas , la importancia de vivir según un horario amable y regular. Formas abstractas que se retuercen a lo largo de las fachadas, música insípida y agradable, fresca. Higiénica. Fuentes con surtidores de agua micronizada para refrescar el ambiente. Nadie sabe de dónde venía el agua, ni a dónde iba después; la curiosidad no era una característica que se fomentara en los ciudadanos. Orgullo por el trabajo bien hecho, placeres inocentes. La gente hablaba de las cosas que entendía, no sabían que quisieran cambiar nada. MADRE cuidaba de todos y las agujas de la catedral presidían las vistas desde cada plaza y cada avenida, con sus torres a medio construir. Las obras de la catedral no se acababan nunca, llevaba mil años creciendo de un modo orgánico y se discutía a menudo, constructivamente, sobre los nuevos añadidos y cómo debería ser el siguiente paso. Se retrocedía con frecuencia cuando había consenso y se deshacían partes para volverlas a construir. Era un trabajo comunitario y voluntario, los ciudadanos acudían con frecuencia para hacer ejercicio y conocer gente, era una buena forma de encontrar pareja.

El Hermano Albión tenía prisa. Cruzó la plaza sin mirar a los lados en dirección al edificio. Al entrar, respondió vagamente al saludo de los ciudadanos que estaban trabajando. Algunos artistas estaban atareados con las esculturas de la entrada. Habían liberado un tramo muy amplio de los bajorrelieves de la portada y estaban colocando planchas con otros nuevos. La catedral era un centro social, un lugar de reunión donde periódicamente un Hermano les daba pistas para entender su vida. Y siempre había alguien de guardia en caso de que alguien sintiera desasosiego y necesitara conversar. La felicidad era un derecho social y una responsabilidad de todos.

Albión atravesó la zona pública y se adentró en los corredores reservados solo a los Hermanos. Recorrió los pasillos, tomó el ascensor y llegó a su despacho en la planta 23. Su asistente le estaba esperando y se puso en pie en cuanto entró.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Ha comido ya? ¿Le puedo ofrecer un refrigerio?

—Cualquier cosa me valdrá.

—¿Ensalada de algas con queso de soja?

—Perfecto. ¿Se sabe algo de la mujer?

—Continúan con la búsqueda. Han encontrado una banda de señalización en una de las orillas del lago. Parece poco probable que haya llegado ahí por casualidad. Sospe-

chan que pudo encontrarse con alguno de los monos.

—¿Hay rastros de lucha?

—Es difícil saberlo. No hay restos de ella ni de su traje.

—¿El transpondedor?

—Apagado.

—¿Sabemos algo del Anciano de la colonia de Arcadia?

—Le hemos enviado un mensaje, no hemos recibido respuesta todavía.

Albión se sentó en su butaca y se conectó al terminal de MADRE.

—Avíseme si descubren algo nuevo, deje la comida sobre la mesa. Puede retirarse.

—Bien, si me necesita envíeme un mensaje por la mensajería instantánea.

En el principio fue el Huevo.

Él nunca conoció más padres que a los Hermanos.

Era hijo de dos ciudadanos modélicos, con genes de calidad. Los Hermanos solo elegían a los suyos de entre los genes más selectos, y siempre en función de sus necesidades. En la colonia habían resuelto hacía tiempo los problemas de estabilidad social. Los recursos estaban demasiado limitados, y la existencia era lo bastante precaria como para disipar energías y esfuerzo en competiciones internas. El contrato social aceptado en la Ciudad de Plata eliminaba la mayor parte de las tensiones anulando la paternidad. Ganarse el derecho a reproducirse era considerado el más alto honor, pero nadie sabía quién era hijo suyo. Investigar sobre la descendencia era una vergüenza. Y un delito.

Los hijos eran separados de los padres al nacer. A los siete meses y mediante operación quirúrgica indolora se extraía a la criatura del útero materno. Tratamientos hormonales eran aplicados a los padres para que no desarrollaran amor químico por sus hijos. La alegría de la concepción y los dolores y el triunfo del parto eran sustituidos por el prestigio y el reconocimiento social, y también por un leve incremento de las retribuciones. No existía diferencia de clases en origen. De hecho, no existían las clases sociales como tales. Igualdad de oportunidades absoluta. Las únicas diferencias eran genéticas (que no eran públicas) y educativas, pero no encasillaban al ciudadano en una clase que tuviera que competir con otra, simplemente orientaban su futuro y le colocaban en el camino de su desarrollo dentro de una de las Categorías. Al no existir la familia, no había problemas de herencias, ni privilegios heredados, ni conciencia de clase. Todo el mundo se dedicaba a desarrollarse en el ámbito para el que más aptitudes tenía, y la teoría decía que eso aseguraba la felicidad.

Los Iluminados eran los poseedores del conocimiento técnico. Química, ingeniería, biotecnología, procesos de fabricación, diseño de sistemas... Estos ciudadanos mantenían y recreaban continuamente la estructura material de la ciudad y todos sus sistemas. El transporte, la iluminación, el reciclado y los procesos que se llevaban a cabo en el Exterior. Los Elevados eran artistas. Se encargaban de dar placer a los sentidos. Se encargaban del arte, pero sobre todo del entretenimiento. Eran los que proporcionaban actividades para la relajación y el disfrute solo o en compañía, en actividades destinadas a estrechar las relaciones sociales. Música, espectáculo, imágenes, combinaciones creativas de sabor, de olor o de tacto, el sexo, los seriales de televisión, películas, exposiciones, exhibiciones, diseño de competiciones deportivas... de todo ello se encargaban, convenientemente aleccionados desde pequeños siempre con el objeto de crear comunidad.

Los Comerciantes se encargaban de llevar a cabo y regular todos los intercambios de bienes entre ciudadanos. El comercio y la procreación privada estaban prohibidos.

Los Mirmidones eran los responsables de mantener el orden y de proteger la Ciudad. Eran los únicos que sabían manejar armas, pero también eran los exploradores y los pilotos. Entre sus funciones estaba la de controlar a los primates para que realizaran su trabajo.

Eran estos, los primates, los monos, las bestias (se les conocía por diversos nombres), los encargados de las labores físicas como el cultivo o la minería. La fuerza de trabajo bruta

que realizaba las labores que no llevaban a cabo personas de verdad o robots. No formaban una categoría porque no eran personas. Habitaban fuera de la ciudad. No tenían acceso al interior del recinto, que se realizaba mediante túneles sumergidos muy por debajo de la superficie del lago. La ciudad estaba construida en una isla, y era inaccesible desde fuera.

Ninguna Categoría era mejor que otra, todas eran iguales y necesarias. Aunque una de ellas, por supuesto, era más igual que las otras.

Los Hermanos Oblatos se encargaban de la vida espiritual y social de los ciudadanos. Eran sus jardineros. Ellos controlaban la natalidad, eran los únicos que estudiaban las prohibidas ciencias sociales y los que diseñaban la convivencia y la política. Entre sus miembros había expertos adiestrados en las especialidades de las otras Categorías; era preciso conocerlas para un buen diseño de la sociedad. Claro que los expertos técnicos además lo eran en control y sistemas de comunicación, y las artes en el lenguaje de los Hermanos se llamaban propaganda.

Por supuesto, la arquitectura también era su competencia. Cada ciudadano vivía y existía en el espacio creado por ellos.

Los que se formaban con los Mirmidones después se convertían en sus mandos.

Las relaciones entre los ciudadanos eran totalmente libres, sin importar su sexo ni el número, ya que el objetivo de los emparejamientos era conseguir estabilidad emocional y felicidad, no reproducirse. No obstante, el mayor honor y máximo reconocimiento (no escrito) para un grupo de ciudadanos era saber que su hijo era un oblato. Este es el único dato que conocerían sobre él en toda su vida.

Así que el Hermano Albión era uno de los pocos elegidos para pertenecer a la Categoría más selecta que, aunque gobernaba al resto, siempre se presentaba a sí misma como servidora y no como rectora.

Es importante conocer estos detalles, si no para disculpar al Hermano Albión, al menos para entender por qué hizo lo que hizo. Pasó su infancia rodeado de seriedad y trascendencia, fue amaestrado en el ritual y el rigor. No recuerda mucho de sus juegos de infancia, salvo que siempre eran educativos. Le mostraron el Diseño, y cuanto mejor respondía y más perfeccionaba sus habilidades, mejor y más completa era la imagen que tenía del mundo que sus hermanos habían creado.

No fue educado intensivamente, aunque por supuesto los conocía, en los saberes particulares de las otras categorías. Él fue elegido para progresar en la Vía del Vacío, la médula del conocimiento secreto. Con los años fue ascendiendo dentro de los grados de la orden. A los treinta años formaba parte del Colegio de Primados. A los treinta y tres, era elegible para Patriarca. Nadie había estado nunca tan cerca de conseguir la Capela, el tocado distintivo para la cabeza que distinguía al Patriarca. Pero por supuesto, esos estúpidos eligieron a otro. Consideraban que todavía era demasiado joven y le sonrieron paternalmente para darle ánimos. Tenía que estar contento de haber llegado hasta ahí a su edad. Eso solo ya era suficientemente importante, tenía suficiente mérito. Los expertos en propaganda le explicaron que su juventud no casaba con la imagen de padre venerable que la gente esperaba de su patriarca; siempre habían asociado la sabiduría con las barbas. Tendría que esperar otros veinte o treinta años para tener de nuevo una oportunidad. Ese tiempo pasaba rápido, había mucho que hacer, todavía podía aprender más cosas para cuando le llegara el momento, que nadie ponía en duda.

Pero Albión a esas alturas ya conocía el Secreto Último, la Verdad Final de la Vía del Vacío, que no era otra que la de que la Historia era una gran mentira. La Humanidad podía tener una antigüedad de eras, pero la sociedad de la Caverna y la Ciudad de Plata tal y como la conocían no tenía más de doscientos años, por más que con el fin de proteger a los ciudadanos se les hiciera creer que eran los herederos de una forma de vida milenaria y que la Tradición, superviviente de los mares del tiempo, dirigía sus vidas. ¿Cómo podía ser así si la restauración humana apenas contaba con un par de generaciones de antigüedad? Al principio pensaron en llamarla la Vía Oscura, porque pretendía asegurar la sociedad mediante el secreto, pero luego se pensó que en una ciudad de luz la referencia a la oscuridad podría tener connotaciones negativas.

La información de la que disponía, y por tanto la Verdad, no iba mucho más allá de esa época. Al parecer, antes vivían en la superficie del planeta, quizá incluso en la de algún otro. Había habido algún tipo de cataclismo, una enfermedad, una guerra terrible, hambre, crímenes. Enfermedad y radiación. Cosas inconcebibles que las personas se hacían a sí mismas y a los otros luchando por el control de los recursos. Quizá escasearan por causa del cataclismo, quizá la lucha venía de antes y había sido su causa. La historia es confusa en los detalles que antecedieron a la Restauración. El caso es que sucedió algo terrible a escala global que dejó inhabitable su pequeño planeta, su antiguo hogar, que tanto les había costado colonizar. La cuestión es que alguien, un elegido por supuesto designio divino, un paranoico o simplemente alguien un poco más lúcido (los historiadores asignan estas categorías muchas veces dependiendo del resultado de los actos y no de las motivaciones), vio venir de algún modo el peligro que se avecinaba y decidió hacer algo para dar una segunda oportunidad a la humanidad. Esta persona, a la que llamaban Noé —aunque su nombre se confunde con el nombre de su proyecto—, diseñó un modo de sobrevivir al desastre y edificó en el centro de una isla, situada a su vez en el centro de un lago oculto en las profundidades de la tierra, una construcción indestructible de la que surgiría un nuevo orden.

Tenía la forma de una cúpula geodésica y estaba construida con plastiacero de alta resistencia. Era totalmente hermética, no entraba ni salía materia de ella. Únicamente intercambiaba información con el exterior mediante un sistema óptico enlazado con dispositivos detectores situados en las inmediaciones. Contaba con su propia fuente de energía (una pila de fusión) y estaba llena de máquinas.

Noé dejó un registro escrito de algunas de las causas que habían llevado a los hombres a su extinción, al menos su interpretación de los hechos, que por ser la única que se conservaba, también constituía La Verdad. Contenía esas palabras terribles cuyos significados se intuían pero que ni siquiera existían fuera del vocabulario de los Hermanos iniciados en la Vía del Vacío. Ningún otro ciudadano sabía lo que era una guerra ni había oído hablar de ella. Noé contó qué le había llevado a emprender el proyecto que hizo que las pocas personas que tuvieron conocimiento de él lo consideraran un loco. Quería salvar no solo a la humanidad, sino también a todas las especies animales dentro de su artefacto, al que llamó por algún motivo el Arca. Una copia de cada animal y de cada planta. Dedicó todos sus recursos a la solución de este problema. Pronto quedó claro que salvar físicamente a estas criaturas alojándolas en algún sitio quedaba descartado por cuestiones elementales de espacio, logística y variedad genética suficiente como para poder repoblar el mundo una vez el peligro hubiera pasado. Noé llegó a la conclusión de que la mejor manera de salvarlos era como información. El corazón de su creación albergaba una inmensa base de datos con el código genético de cada ser que poblaba la superficie (o al menos, de muchos, los Hermanos solo podían especular sobre este punto y sobre el resto a partir de la narración de Noé). Llamó a ese sistema de información MADRE: Matriz de Datos Relativos al Entorno.

La base de datos contenía también una compilación de saberes y el diseño de un buen número de máquinas. Dotó a su obra de pequeñas fábricas modulares, pequeños robots factoría móviles, tanques de crecimiento, nutrientes e invernaderos para el cultivo de los primeros alimentos. Los pequeños detectores exteriores fueron distribuidos por toda la caverna, diseñados para controlar un enorme rango de parámetros ambientales, bioquímicos y patológicos, y estaban orientados para transmitir por láser la información a un enorme procesador. Programó las máquinas para que ejecutaran ciertas rutinas cuando se cumplieran determinadas condiciones en el exterior y así, cuando estas se dieron, algo despertó en el interior del refugio, se cerraron los primeros circuitos, se encendieron las primeras luces, circularon los primeros fluidos. Era una gran apuesta a ciegas. Cuando todo estuvo maduro, un rayo de luz coherente de alta energía rompió el corazón del Refugio.

En el principio fue el Huevo, y de su interior surgieron los primeros Hermanos, decididos a

crear un mundo nuevo que no cayera en los viejos errores.

Albión sabía todo esto. Sabía que los Siete primeros se enfrentaron a la tarea de inventarse un mundo nuevo. Ellos diseñaron el sistema de Categorías, el control de la natalidad, la ausencia de familias. El sexo sería un placer al alcance de todos, era preciso anular los problemas derivados de los instintos biológicos en la medida de lo posible (aprendieron de los textos que cuando el cuerpo piensa, el cerebro se apaga, que la biología actúa siempre antes que el intelecto). La procreación sin permiso en cambio sería un delito, y un imposible: la dieta y los fármacos se encargarían de evitarlo. Dedicaron toda su vida al diseño de este nuevo mundo feliz.

La principal exigencia del nuevo mundo era el secreto sobre el pasado y las circunstancias de su nacimiento. Pronto llegaron a una paradoja de crecimiento. Por un lado necesitarían grandes superficies de cultivo y trabajadores para las minas. Por otro lado, necesitaban una sociedad controlable, reducida y en la que todo el mundo tuviera todo lo que deseara y deseara solo lo que ya tuviera. Cuando razonaron que también necesitarían un enemigo controlable, tras muchas discusiones y simulaciones llegaron a la idea de los simios, los hombres que harían esos trabajos fuera de la Ciudad de Plata, lugar en el que los verdaderos hombres podrían vivir en paz para siempre. Puede parecer absurdo e incluso infantil, pero estos siete sabios eran esencialmente inocentes, nunca habían experimentado la naturaleza humana en el entorno humano.

Para controlar a su vez a los monos, elaboraron la mentira de los hombres lagarto. Los excluidos tendrían a su alcance el conocimiento mínimo, la tecnología indispensable para realizar su trabajo y poco más. Nunca podrían ser una amenaza. En lugar de ciencia, les darían esoterismo. Se creó la Vía de la Bestia. Los monos tendrían sus propios sacerdotes (los Ancianos) para pacificar sus mentes. Estos hombres elegirían de tanto en tanto un bebé de su comunidad, preferiblemente con algún rasgo o marca de nacimiento que permitiera luego reconocerlo. Lo tomarían consigo y lo educarían. Llegado el momento y si el discípulo reunía las condiciones adecuadas, lo tomaban consigo y se lo llevaban de viaje para que conociera a los Ancianos, que siempre vivían en un lugar apartado e inaccesible, muy lejos de la comunidad. Un lugar secreto y terrible. Prohibido. En realidad lo llevaban consigo a la Ciudad de Plata para que fuera educado en la Vía de la Bestia, alteraban su mente y su cerebro con las técnicas que conocían y lo enviaban de nuevo a su comunidad pasado el tiempo para que ayudara al Anciano en las labores religiosas y, llegado el momento, lo sustituyera.

También se encargarían de proporcionarles cierta tecnología, lo básico para que pudieran llevar a cabo sus tareas y sus trabajos. Con el tiempo, los responsables de mantenimiento de los equipos se constituyeron en una especie de cofradía. Llevaban a cabo su tarea basándose en su relación directa con las máquinas, sin comprender los principios subyacentes. Mezclaban ritual con experiencia, no era raro que comenzaran su trabajo "despertando" al espíritu del motor con su bastón rúnico y que tras cambiar una pieza quemada por otra sacada de otra máquina ya rota, pasaran la noche velando junto al motor, sumidos en la contemplación y la acción de gracias.

Todo eso surgió del Huevo el día que el láser lo partió en dos. Surgió un plan, de la familia de los desesperados.

Lo más importante que hay que recordar para pasar por un hueco angosto es mantener la calma.

Si te pones nerviosa la cavidad del pecho se expande. Hay que mantener la calma, reducir el ritmo cardíaco, bajar la respiración hasta ese punto en el que casi te duermes y todo se relaja. Entonces puedes pasar.

Esto es lo que le explican a Lara los otros hombres, con su ayuda consigue atravesar la pequeña oquedad que les lleva a un corredor al otro lado.

Las paredes de la cueva se alzaban enclaustrándolos, el corredor no tendría más de

tres metros de ancho y las paredes eran bastante lisas. No había tierra por ningún lado, el camino lo podría haber abierto un gusano gigante que comiera roca. El grupo lo componían cuatro hombres además de la mujer. Anduvieron durante horas por un camino diferente al que siguieron la primera vez después de ver el milagro del cuerpo de mujer surgiendo del cuerpo del lagarto, días antes. No habían perdido el tiempo desde que consiguieron el dispositivo grabador: en cinco días habían registrado la vida cotidiana en el asentamiento, imágenes de niños corriendo y mujeres lavando la ropa o trabajando en las plantaciones. Esas escenas de la vida diaria serían lo más radical y revolucionario que se habría visto nunca en la Ciudad de Plata cuando Lara las insertara en el sistema común de difusión de imágenes. Los detalles concretos de cómo se haría esto eran confusos, pero tenían tiempo; todos asumían que lo que fuera a ocurrir podría tardar años, lo importante era hacerlo bien y a la primera, no habría segundas oportunidades. Repartido en las mochilas iba el traje de Lara. Se dirigían a un punto discreto en la orilla del lago. El plan era que Lara se pondría el traje y avanzaría hacia la isla nadando ayudada por unos sacos rellenos de restos vegetales de las plantaciones. No habían podido reponer la reserva de aire y la recarga de las baterías había sido precaria, ya que no había más electricidad que la disponible en el tendido común de iluminación del asentamiento. Habían tratado de construir un transformador primitivo con ayuda de un mecánico al que no le dieron demasiados detalles. Lara entendía algo del tema, pero no era su especialidad. Las baterías tenían una carga mínima, la mujer sabía que la medición que indicaba el sistema del traje no era fiable.

Por eso no iba a tratar de volver utilizando los impulsores; la idea era flotar con la madera y no sumergirse hasta el final. Contaba con ser capaz de aguantar hasta llegar a la boca del tubo de lanzamiento. Una vez allí, esperaba que su presencia fuera detectada, y que alguien acudiría a por ella, posiblemente mirmidones.

Tenía preparada una historia de amnesia y desorientación, diría que pasó esos días escondida, no mencionaría a los monos. Lara no veía ningún motivo para que no la creyeran. Ratgeb no lo tenía tan claro, su visión de los "hombres lagarto" era bien distinta a la de ella.

El hongo bioluminiscente de las paredes comenzaba a brillar débilmente iniciando su ciclo de luz cuando llegaron al lago. Estaban en una pequeña cala que el agua oscura y aceitosa lamía despacio desprendiendo un resplandor verdoso al reflejar la luz de las paredes. El silencio resonaba en los oídos como cuando te tapas las orejas con la palma de la mano hueca, roto rítmicamente por el sonido de las pequeñas olas al restregar los guijarros. La voz del agua era hipnótica, esa pequeña zona de la caverna de techo bajo y tan cerrada al agua tenía una cualidad uterina y a Lara le recordó las salas de maduración de los fetos en su última fase de desarrollo.

Dejaron los módulos en el suelo y Lara comenzó a vestirse ante la mirada fascinada de sus compañeros. Ratgeb la miraba con una intensidad sexual, imposible saber en lo que estaba pensando mientras la veía convertirse en el enemigo. Primer problema: las baterías estaban descargadas o algo le había sucedido al traje puesto que no respondía ni se encendía ningún indicador. Estaba muerto. En esas condiciones la misión se volvía imposiblemente arriesgada. Con el traje inútil solo contaría con el aire atrapado dentro. Contar con la escasa provisión de los depósitos casi vacíos era apurar mucho, pero sin energía para hacer circular el aire y activar los reguladores no tenía casi ninguna posibilidad. Tendría que encontrar la manera de respirar hasta llegar a los tubos, ponerse el casco agarrada a los sacos llenos de restos vegetales, conseguir un buen cierre sin ponerse nerviosa y luego bajar hasta el tubo y aguantar hasta que llegaran a por ella. Era un suicidio. Ratgeb parecía entender las implicaciones, no hizo falta decir nada tras darse por vencidos y comprobar que no había respuesta.

—Vas a bailar un swing. Lo conseguirás, creo que eres una persona con suerte.

—La suerte es solo un modo de describir el resultado de una acción, y suele depender de que te guste el resultado. No sé si quiero morir por esto, quizá debería dejar simplemente que los mirmidones me encuentren, llamar su atención de algún modo.

—¿Y cómo les dirás que has sobrevivido todo este tiempo sin agua ni comida?

—El mismo problema tendré a la vuelta si funciona el plan. Puedo decir que me adorasteis y que me alimentasteis.

—La reserva de aire no te hubiera durado cinco días y nuestra gente ha dicho que no te conocían cuando les han interrogado. Eso es cierto, solo nosotros sabemos quién eres, pero si te hubiéramos "adorado" como dices (cuando lo lógico hubiese sido matarte) la gente tendría que haberlo sabido. Habrá represalias si ellos creen que les ocultamos algo.

—No las habrá, al fin y al cabo me mantuvisteis con vida.

—No conoces a tu gente.

—Te recuerdo que soy una de ellos.

—Por lo que me has contado tu trabajo no incluía tratar con personas de fuera. Perdón, primates.

Esto último lo dijo con sarcasmo, la cara formando una mueca desencajada. Lara percibió claramente la carga de odio. Lo que les había contado les había hecho mirarse con los ojos de "ellos", del pueblo de Lara. Ella se había visto como el otro, la bestia, el temor que asusta a los niños para que no se escapen y se terminen la cena u obedezcan a sus padres. Por lo que había visto en el asentamiento, el miedo formaba la base del sistema educativo. Por eso las pulseras y los amuletos, y las creencias en los poderes invisibles.

—Como ya te he contado, nosotros no tenemos padres como los tenéis vosotros. Estamos libres de eso, nos debemos solo a la ciudad.

—Lo dices como si fuera algo bueno.

Ukk les interrumpió.

—Lara, tengo para ti una pulsera con un símbolo de orientación que evitará que te pierdas y un amuleto que quita el hambre, era de mi padre, de cuando salía a cazar por las cavernas interiores.

—No creo que un símbolo dibujado en una pulsera afecte a mi metabolismo.

—Vosotros no sabéis nada, creéis que lo abarcáis todo con vuestra ciencia, pero no tenéis ni idea de lo que sucede en realidad. El miedo es real, y la fe ¿has medido moléculas de fe alguna vez con alguno de tus aparatos?

—Si me encuentran las pulseras tendré que dar muchas explicaciones.

Estaba claro que no quería discutir. Ukk la miró hosco y se dio la vuelta murmurando sobre vacíos interiores.

—No entiendo esas tonterías.

No recibió respuesta, el propio Ratgeb llevaba al cuello un talismán contra las maldiciones.

—Era de su padre, probablemente sea uno de los objetos que Ukk más valore.

—¿En serio crees que alguien te puede destruir con una palabra? —le había dicho Lara durante la cena.

—Puedo asegurarte que si me pongo en pie ahora mismo y les digo quién eres no llegarás viva a mañana.

—Pero...

—Y vamos a cambiar el mundo con un puñado de imágenes. Si tenemos fe. Si no metemos la pata. Si los dioses así lo quieren. La información es poder, pero dime, ¿por qué nos ayudas?

—La idea de que simplemente por ser quien soy y vivir en la isla implica que vosotros tenéis que estar aquí, sin nada de lo que yo tengo, sin poder dedicar vuestro tiempo a algo que os haga felices me hace sentir mal.

—Tú al menos no vienes aquí con los látigos.

—No, alguien lo hace por mí. No puedo estar allí y mantener mi independencia de lo que pasa aquí. En realidad no tengo opción. En realidad sí que vengo con el látigo.

Tras un momento de silencio Ratgeb le hurtó la mirada y dijo cortante:

—No le digas eso a los otros. Creo que no lo entenderían —y acabaron de cenar en silencio.

Ahora volvían a mirarse. Ese momento se había ido, el ahora consistía en unas baterías descargadas.

—Entonces ¿qué les vas a decir cuando te encuentren?

—Que estuve sola. Que se estropeó mi traje. Que he respirado el aire venenoso y que estoy enferma, y que no he comido nada en estos días salvo lo que había en mi traje. Me harán análisis, cuento con usar algunas hormonas del soporte vital para alterar los resultados. —Sonrió— mi especialidad son esas cosas ¿recuerdas? De todas formas ahora hay que pensar otra cosa, sin las baterías no podré hacerlo.

—¿Qué te harán por lo del aire?

—Me internarán un tiempo, supongo Me tendrán en observación. Repetiré sus canciones y diré lo que quieren oír, y con el tiempo me sacarán. Espero que no mucho. Esconderé la grabación en mi cuerpo para que no la encuentren cuando llegue, después la pondré en un lugar seguro hasta que pueda difundirla.

—Te matarán.

—No lo creo. Les he costado muchos recursos, no creo que me eliminen si me creen sincera. ¿Por qué iban a hacerlo si no he descubierto nada? Yo misma me reconozco afectada por el aire. Además, no creo que mucha gente sepa la verdad, me tratarán como un caso más, y si la cosa llega hasta alguien que lo sepa, bueno, como te he dicho no he descubierto oficialmente nada. Y nunca nadie ha matado a nadie en la Ciudad de Plata.

—Ellos nunca necesitan un motivo. Te matarán.

—El terror es un instrumento. Los mirmidones controlan sus emociones, lo sé. Mi vida estuvo ligada un tiempo a la de uno de ellos.

No pudieron seguir hablando, algo estaba saliendo del agua.

Era una figura negra y verde, una inconfundible cabeza de lagarto. Les habían encontrado en el peor momento. Lara se deslizó por detrás de las rocas y se sumergió a oscuras y sin hacer ruido. Desapareció, para el hombre lagarto probablemente nunca había estado ahí. Lo que los hombres veían ante sí era un ser de metal duro sobre el que se escurría el agua desprendiendo destellos fosforescentes.

El circuito de voz comenzó a funcionar, la voz sibilante y reptiliana les ordenó estarse quietos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? Deberíais estar en vuestra cueva, durmiendo con vuestras hermanas.

Lentamente desenroscó el látigo, se escuchó un leve zumbido cuando lo puso en marcha. Los hombres estaban inmóviles en diferentes posturas, Ratgeb miraba por encima del hombro, medio de espaldas. Les estaba haciendo con la mano extendida la señal de que se estuvieran quietos.

Se acercó un par de pasos.

—Yo os enseñaré lo importante que es cumplir con el horario.

Alzó el brazo y lo dejó caer restallando el látigo. Ratgeb se dobló de dolor y soltó un grito. En ese momento, Lara salió del agua con una piedra. Alzó ambas manos por encima de su cabeza y trato de darle con todas sus fuerzas intentando acertar en una especie de saliente prismático de la base del cráneo. El hombre lagarto cayó al suelo y desde allí le lanzó un latigazo a ciegas que se enroscó alrededor del antebrazo del traje de Lara. Ella sintió el dolor de la descarga a pesar del aislamiento, pero para él era tarde, se habían echado encima de él con más piedras. Los esclavos que pierden el miedo ya no son esclavos nunca más.

Cuando todo terminó Lara Solo dijo una cosa tras el primer asesinato en la historia de la Ciudad de Plata:

—Usaremos sus baterías.

Hay algo que tengo dentro, que está dentro de mí y no es mi amigo,

una discordancia que subyace tras toda música y toda pretensión de discurso coherente.

Estaba sentado frente a su mesa esperando a que de un momento a otro su secretario le trajera la comida. Revisaba informes consultando algunos datos con Madre y rellenando huecos en su esquema de actividades. Alguien llamó a la puerta y tras escuchar un sucinto "pase", su secretario entró sin hacer ruido portando una bandeja con un par de emparedados y una taza de café humeante. Albión comió con bocados espaciados mientras se informaba de las últimas noticias, sin mirar la comida. Al terminar pulsó un botón y sobre su mesa se desparramó una marea de microbots de limpieza. Cada unidad era de color negro, tenía la forma de una lenteja y el tamaño de un grano de sal gruesa. Se extendieron por la superficie cubriéndolo todo con un movimiento semejante al de una ola que se retira, y casi igual de rápido. Al llegar al borde de la mesa se arrojaron al suelo formando una cascada de color teflón que al chocar con las rodillas de Albión se

abría en dos chorros. Las pequeñas unidades que aterrizaban en su túnica rápidamente resbalaban hacia el suelo, donde se reunían con las otras y se dirigían juntas a una abertura en la pared a la altura del suelo. La mesa quedó limpia de migas y restos de café. Él no levantó la vista de lo que estaba leyendo ni por un momento. Todo sucedió en silencio.

Albión dejó de leer. Hizo una pausa reflexiva, abrió sus archivos personales y continuó la escritura en el punto en el que la había dejado. Le gustaba dejarse una línea como cebo para seguir a partir de ahí, le permitía enlazar con el flujo de ideas anterior. Era una especie de testamento lo que escribía.

Esta idea me ha atormentado durante muchas noches. Los Padres crearon un mundo feliz "donde todo el mundo tiene lo que quiere y no desea lo que no puede tener". Un mundo perfectamente ordenado, sin diferencias. Por otro lado, yo sé, y este saber en sí mismo es una diferencia insalvable, atroz. Contribuyo a dirigir un mundo al que no pertenezco, formo parte de una hermandad de personas mejor informadas que la mayoría, pero que desconoce la Verdad a la que solo tenemos acceso tres personas. Tres personas y el Patriarca, claro. Esos idiotas prefirieron elegir a otro, alguien con más edad, les parezco demasiado joven. Argumentan que la gente está condicionada para aceptar a un Patriarca con determinado aspecto, venerable, mayor (pero no demasiado). Alguien que les inspire "confianza". Son paparruchas, claro. Lo que sucede es que me tienen miedo. Llevamos años seleccionando a los mejores, prefiriendo ciertos rasgos sobre otros, y cuando aparece alguien con las mejores cualidades, se acobardan.

Tengo que dejar claro que lo único que he querido con mi acción es atraer el cambio, abrir una grieta para un poco de caos. No pretendo nada radical, solo crearme una oportunidad; no pienso esperar treinta años a que mi ilustre colega decida morir y dejar el cargo. Por eso he elegido a esa chica para mi pequeño experimento. Nada aparatoso, un pequeño accidente. Espero... la verdad es que no sé lo que estoy esperando. Espero que suceda Algo, cualquier cosa. Cuando suceda, estaré preparado, la Estructura es tan rígida que con un poco de suerte no lo resistirá. Y ahí estaré yo.

Llaman a la puerta.

—¿Sí?

—La hemos encontrado. Ha conseguido llegar a uno de los tubos de salida.

—Trátenla con delicadeza, y prepárenla para un pequeño interrogatorio.

Rompimiento de gloria.

Y hasta aquí la reconstrucción de lo que sucedió en los Días de la Caverna. El resto de la historia es de sobra conocido. Hemos querido con esta dramatización, elaborada a partir de los pocos restos que han sobrevivido hasta nuestros días, ofrecer una imagen plausible de los hechos, abierta por supuesto a futuras reinterpretaciones si en algún momento aparecen nuevos datos. No queremos, eso sí, dar por finalizado este trabajo sin presentar un documento hasta ahora inédito: un pequeño texto escrito por la persona que se llamaba a sí misma Lara que ha aparecido entre los documentos de Albión. Se trata de unas pocas líneas que al parecer no guardan relación directa con los hechos que dieron lugar a la historia, pero que nos parece relevante aportar como apunte de la personalidad de dicha persona.

[Hoy por la noche]

Recuerdo cuando me sentaba aquí, hace tanto tiempo. La luz de la lámpara me deslumbraba igualmente al mirar la pantalla del ordenador. Yo solía taparla con un trapito, un pañuelo rojo que me dieron las mujeres con las que pasé unos días oculta en el pueblo antes de volver. Teñía levemente la habitación con un tono rojo. Le daba un color íntimo de prostíbulo improvisado. Solo la luz. Aquí nadie sabe lo que es un prostíbulo de todas formas.

Recuerdo pasar horas mirando el vacío de la pantalla, los millones de posibilidades.

La más terrible soledad. Sí, de eso quería hablar. De la soledad. Y de que creo que nunca

volveré a hablar de ella. Tengo que decidirlo. Quizá le eche valor y lo decida hoy. Por un lado, no hay un máximo a superar. Hay un máximo global a lo que el ser humano... Mejor será dejar de hablar del ser humano. Hay un límite a lo que yo creo que soy capaz de sentir. Hay días mejores que otros, y hay veces que te parece tocar un techo —o un suelo— de dolor que no sabías que existía, pero que estaba ahí. Lo peor que te puede pasar es lo peor que te ha pasado. Cualquier cosa que no te ha pasado no existe. Es así de sencillo. Si nunca te ha pasado nada, si fueras una especie de rata de laboratorio perfectamente cuidada, y un día se te rompiera una uña, sería un drama que te llevaría a escribir cosas terribles. O peor aún: a enseñárselas a los demás. Mira cómo sufro, dirías. Como Esa Gente.

Pero tiene que haber un tope. Ni siquiera comparas, no hay una memoria consciente que contraponga este momento a uno del pasado y te indique, con precisión matemática, si debes sentirte mejor o peor. No existe tal cosa. Cada drama es siempre el más terrible, o no sería un drama. Lo vi en los asentamientos, el tiempo que pasé con las personas que me abrieron los ojos. Lo he visto en la ciudad, los pequeños dramas cuando cualquier pequeño detalle de la vida cotidiana no estaba en su sitio, cuando algún meanismo decidía ir mal, mis alegres conciudadanos, ignorantes de las comodidades en las que desarrollan su vida. Muchos de ellos se vendrían abajo si al abrir el grifo no saliera agua caliene. La frustración es un demonio que exige ser dominado. Todos somos hermanos en eso.

No es el dolor lo que te lleva a hacerlo. Es la desesperación, el no ser capaz de imaginar la vida de otra forma, o cómo era antes (ya que el pasado, como el futuro, tampoco existe).

La desesperación y la lógica si estás enfermo, o mal informado. La lógica que recorta los bordes, que elimina las otras posibilidades, que te pone delante de la cara las cosas claras: esto es así. Y así va a seguir siendo. Esto es así, y tú ya no tienes forma de cambiarlo. Esto es así, y no lo intentes porque no merece la pena.

Esto es así. Ellos no dejarán que sea de otra forma, me decían en las cavernas. Esto es así, la gente es débil. La gente es avariciosa. La gente es cobarde. La gente miente. Estos eran los argumentos que me dieron los Hermanos, cuando me hablaban de los que viven fuera, pasando calamidades.

Tú eres gente, como los demás. Tan simple y tan revolucionario como eso.

Esto es así. Tanto como un escroto de un cadáver del tamaño de un balón de fútbol tras tres meses de descomposición. Varón.

En los meses que siguieron a la emisión de la cinta, aparecieron cadáveres flotando en el lago. Nunca creí que las cosas llegarían tan lejos.

Toda esa desesperación, toda esa lógica aplastante —porque-te-aplasta— son ruedecitas y poleas y planos inclinados de la mente. En algún momento quizá te hagan más fuerte o te permitan sobrevivir, o librarte del mamut o de la guerra o te ayudan a reproducirte. Pero Solo formando parte de un esquema más grande.

El juego es así. Más te vale no olvidar que es un juego, porque eso elimina muchas figuras del esquema, y deja a las ruedecitas y a las poleas y a los planos inclinados mucho espacio para funcionar mal, y llevarte, cogido del corazón, a donde no querrías ver nunca a nadie amado.

La comodidad es enemiga del hombre. La perfección es enemiga del hombre.

Parece que el hombre tiene pocos amigos.

Algo habrá hecho.

FIN


TAXI

VISIONES

Ilustración de Ricardo García Hernanz

Visiones, versiones, espejismos de una misma historia, un mismo tema. Un mismo héroe, villano, protagonista. La idea de realizar relatos sobre un tema común dejando a la creatividad el espacio que necesita.

Michael Moorcock y su personaje Jerry Cornelius se encuentran agazapados bajo estas visiones. Son la inspiración directa de esta sección de la revista. Moorcock animó a otros autores a trabajar con Jerry Cornelius, a expandir su universo de historias, a crear un mundo compartido de ideas usando a Cornelius como elemento común que a duras penas fuera el cemento que uniera esos mundos. Una idea fértil que dio diversos resultados. Moorcock escribió cuatro novelas a cual más dispar que actuaban como una metaficción con un personaje como nexo de unión. Pero ni tan siquiera en estas novelas del propio autor se dota a Cornelius de un mundo con una coherencia interna.

El personaje sería revisado por otros autores como Moebius en su *Garaje hermético*, Grant Morrison en *Sebastian O* y *Los invisibles*. Ha inspirado obras como *Las aventuras de Luther Arkwright* de Brian Talbot. Incluso la letra de la canción *Veteran of the psychic wars*, escrita por el propio Moorcock, se podría entender como narrada en primera persona por el propio Cornelius.

Y así presentamos estas "Visiones", una excusa para desarrollar mundos compartidos, historias comunes o simplemente trabajar sobre un tema que al autor se le impone desde fuera como ejercicio de estilo. Cada vez con una visión diferente, una faceta del cristal en la que se reflejan diferentes aspectos. Unas historias que esperemos les gusten.

Y en este número solo una profesión como nexo común. El taxista espacial. Tengan cuidado con la bajada de bandera.

El editor.

CONOCER LA VERDAD
por Antonio Morera

—Creo que usted y yo nos vamos a llevar bien. Jajajaja.

El taxista terminó su apretada carcajada con un extraño sonido nasal. Parecía un amago de sonarse los mocos sin ponerse un pañuelo delante de la cara, como si quisiera asustar a su interlocutor con la imagen anticipatoria de un reguero de saliva y mocos empapando el magro bigote y la elongadísima barba; y en el último momento dijera: “Que no tonto, que es broma, que no voy a soltar los mocos al aire para que se queden flotando por aquí”. Así que se giró y llevó la mano hasta el taxímetro.

—Usted me dira dónde vamos jefe.

—Eh. Ah. Al centro del universo, por favor.

—¡Yujuuuuuuuuuuuu! La verdad es que nunca me he acercado por ahí. Se merece usted un abrazo por descubrirme nuevos caminos. Pues allá que vamos. ¿Tiene alguna preferencia en cuanto a la ruta? ¿no quiere que le dé un abrazo?

—Eh. Ah. Oh. No. Vaya por donde usted quiera, pero no me toque.

—Bueno, pues si le parece, me voy a saltar el agujero de gusano, porque yo no sé usted, pero a mí, la verdad, es que me toca un poco los cojones pagarle peaje a Ruíz Gallardón. Y más aquí.

—Eh. Oh. Vale, vale.

El taxista activó el taxímetro y la propulsión iónica con el mismo gesto enérgico. La mano se movió con tanta brusquedad que agitó el aire de la atmósfera artificial, removiendo el olor a pino artificial que impregnaba el exiguo interior del vehículo.

—Eh. Oh. Perdone, pero, ¿por qué ha dicho antes que nos íbamos a llevar bien?

—Por las barbas, amigo, por las barbas.

El rabino se recostó en el asiento trasero del taxi espacial y pensó que sí, que en eso tenía razón. El taxista tenía una barba erizada, de pelo duro y densísimo, de color castaño un tanto rojizo, que le cubría la panza como una manta abrigada. La dureza del pelo era tal que apenas flotaba en ausencia de gravedad. Y contrastaba con la delgadez del bigote, con algunos pelos rubios, y con la escasez del pelo del cráneo, rapado muy corto. El taxista fijó sus ojos azules en los ojos del rabino, también azules, mientras este miraba, en cambio, su propia barba, negra esta vez. Una de esas barbas que son casi inexistentes entre el labio inferior y la barbilla, y que luego surgen hacia el pecho como si tuvieran un objetivo concreto. Bajo el sombrero negro de ala ancha, los tirabuzones postizos flotaban libremente en ausencia de gravedad.

—No le ha molestado lo que he dicho de las barbas, ¿verdad?

—Eh. Ah. No, no. En absoluto, en absoluto.

—Perdone la curiosidad, pero ¿es usted rabino?

—¿Cómo se ha dado cuenta?

—Jajajajajajaja —el taxista hizo otra vez su peculiar sonido nasal—. Bueno, yo soy taxista, como verá. Me llamo Sánchez. Joss Sánchez. Pero usted puede llamarme pichafloja.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Por qué?

—¿Por qué soy taxista o por qué puede llamarme pichafloja? ¿Quiere que le dé un abrazo?

El rabino se tapó la cara con las manos, con ganas de frotarse los ojos, pero sin atreverse a ello por miedo a clavarse las lentillas. No había nada peor que tener que cambiarse las lentillas en medio de la gravedad cero. Y sería todavía peor dentro de aquel apestoso taxi. Temía que el olor a pino le entrara por los ojos y se quedara alojado en su cerebro.

Cuaderno de bitácora.
Fecha estelar: 05072010.

¡Al fin! ¡Al fin me han dado permiso de mi misión de conquista y destrucción del planeta Tierra! ¡Al fin puedo retornar a los tentáculos de mi amada, y dormir arrullado por sus ronquidos!

La verdad es que me hacía falta un descanso. Después de la última bronca que me

han echado los mendrugos de Inteligencia de la Flota, a punto he estado de desertar. ¡¿Pues no se han atrevido a regañarme por nosequé mutilaciones de ganado y nosecuántas abducciones de animadoras de instituto?!

Quiero que quede constancia en este diario privado —que será leído por todo el público, o no me conozco las filtraciones del servicio— que encuentro insoportable la cretinez conspicua de la gente de Inteligencia de la Flota. Si el almirantazgo es incapaz de levantar su implante peniano sin recurrir a los arbotantes de su señora es su problema, pero los agentes de campo no tenemos por qué tener que aguantarnos las ganas de aliviar nuestros impulsos genésicos como si fuéramos seres humanos de torcidas costumbres alimenticias y sexuales. ¿Acaso quieren que nos sujetemos los tentáculos al cuerpo con una frazada hasta que a los señoritos les convenga arrasar la Tierra? Esa no es forma de tratar a un ñagarái, no señor.

Ya es bastante malo tener que estar aquí metido, dentro de las tripas de un huésped humano, dominando su mente, ocultándome de sus congéneres y flotando en sus digestiones.

Es muy estresante. Sus fantasías son tan sórdidas como su dieta. Menos mal que no me tengo que preocupar por sus congéneres, pues no tiene amigos.

Estoy deseando llegar a casa a palpar a mi señora con los palpos. De hecho, creo que debería coger un taxi. Así llegaría antes. Además, he salido del planeta de forma un tanto precipitada. Tenía tantas ganas de cogerme un permiso que se me ha ido el santo al cielo y hasta se me ha olvidado coger un traje espacial.

Y ahora resulta que el mendrugo de mi huésped está empezando a sangrar por los ojos.

—Jefe. Voy a tener que parar si no le importa.

—¿Eh? ¿Ah? ¿Por qué?

—Para recoger al colega este.

—¡¿Qué?! Pero ¡¿por qué?!

—Porque me obliga el Ayuntamiento. A mí, la verdad sea dicha, me toca un poco el pie tener que pararme en cualquier asteroide a pillar a la peña, porque luego es un follón para que me paguen las carreras, pero qué quiere que le diga.

—Qué barbaridad. Qué barbaridad. Ni que estuviéramos en Cuba.

—Jajajajajaja. No se preocupe, rabino, que no será para tanto—. El taxista juntó, esta vez, su peculiar sonido nasal, con un silbido agudo lanzado hacia su próximo cliente. Contra todo pronóstico de las normas físicas del espacio conocido, el humano calvo, gordopilo y que sangraba por los ojos poniendo perdido el asteroide sobre el cual se erguía, fue capaz de escuchar dicho silbido. —Venga, sube, pichafloja.

Las barbas. Se parecían en las barbas. El rabino entendió perfectamente lo que quiso decir el taxista cuando el calvo gordopilo abrió la puerta del taxi y las barbas del taxista y el rabino hicieron lo imposible para acompañar a la atmósfera con olor a pino hacia el espacio exterior. El calvo acomodó su orondo cuerpo en el asiento trasero y cerró la puerta de golpe. El taxista, cuyas venas empezaban a hincharse bajo su piel, se dirigió al cliente con las últimas reservas de aire que le quedaban en los pulmones.

—Por favor, ¿podría cerrar más despacio la puerta? Y si no le importa, ¿puede volverla a abrir, para que entre otra vez la atmósfera, y después cierre si quiere, pero despacio? Si lo hace le doy un abrazo.

El calvo miró al taxista con ojos empapados en sangre. Pero no le vio. No obstante, hizo lo que le pedían. Mientras la atmósfera con olor a pino volvía a entrar en el taxi, el rabino reflexionó sobre las leyendas que se contaban de los taxistas espaciales, como que eran capaces de insultar a gritos incluso a través del vacío del espacio.

—Buenas.

—Buenas. Oiga, ¿usted no es del todo humano, verdad?

—No. ¿Cómo se ha dado cuenta?

—Por lo que le ha hecho usted a la po-

bre atmósfera nada más entrar. Se huele desde aquí. Ustedes los ñagarái siempre hacen lo mismo. Siempre se cogen un cuerpo huésped humano, se le meten por los intestinos y se quedan ahí, disponiendo de su cuerpo a placer. Casi diría que son ustedes un poquito julandrones.

—Oiga, sin faltar.

—Bueno, ¿dónde vamos?

—Pues mire, estoy de permiso, así que primero vamos a ir a Vulcano, y en llegando a la luna, sale de curvatura, se mete a la derecha y va por...

—Ya. Ya sé dónde va. Anda, mariconzón, que te quieres ir de putas.

—Usted no lo entiende. Yo le dedico las palabras más bonitas en mi diario. Pero vea, vea su foto.

—¡Zape, zape! Si a mí me da igual. Mientras no me llame pichafloja.

—¿Qué? ¿Eh? ¿Ah? ¿Cómo? ¿De putas? —el rabino empezo a manotear el aire a su alrededor intentando colocarse las barbas en su sitio, que continuaban escoradas hacia la puerta del taxi—. ¡Pero oiga! ¡Oiga! ¡Eso es pecado!

Cuaderno de bitácora.

Anexo.

He podido coger un taxi pero, desafortunadamente, he de compartirlo con un ser humano que insiste en sus condicionantes morales para dictar el devenir genésico de mi especie. Sus dicterios reprobando mi posicionamiento anatómico dentro del íleon del señor, por alopécico que sea, se mezclan con las más profundas disquisiciones intelectuales sobre la naturaleza de la virtud y las restricciones que para la libertad individual derivan de degradar la santa institución del matrimonio.

Yo he intentado explicarle que a mi señora le soy fiel. Que su belleza es como las de las florecillas del campo a los pies de los caballos. Y que a mí no me llama desviado ni mi padre, que es lo que más respeto en el mundo. Que desde que he dominado la mente del humano que me sirve de huésped, he hecho lo imposible porque siga siendo virgen, pero el cura insiste, horrorizado, en que ha estudiado biología y que los espermatozoides solo se encuentran con caca y nosequé del Gobierno.

Y encima el muy jeta tiene los santos cojones de soltarme todo esto cuando él va al centro del universo. ¡Será posible! Al centro del universo. Como si no supiéramos todos lo que pasa ahí, en el centro del universo.

Drojaíno, metijón, degenerao, vicioso, trolo, so quinqui, desgraciao. ¡Piazo cura!

—¡Eh! ¡Oh! ¿Cómo que cura? ¡Oiga, oiga! ¡Sin faltar! Pero ¿qué impertinencia es esta? Que yo no soy de esos tocaniños.

—Jajajajajaja. Bueno, bueno, rabino, no se me mosquee con el pobre hombre este, que bastante tiene con lo que tiene. Y usted. No, usted no. El otro usted. El usted que está dentro de usted aunque usted no lo sepa. Haga el favor de no insultar a mi clientela, a ver si van a haber aquí hondonadas de hostias, ¿estamos?

—¡Oh! ¡Oh! ¡Ah! Es indignante. ¿Falta mucho para el centro del universo?

—Pues estoy un poquitín perdido. No sé si tengo que girar por aquí.

—¡Ah! ¡Oh! ¡El meteoro! ¡El meteoro!

—Uuuuuuups.

—Gireeeee, Sáaaaanchez.

—¡Ah! ¡Oh! ¡El volante! ¡No suelte el volante!

—¡Animal! ¡Se conduce con las manos! ¡Con las dos manos!

El taxi se deslizó por la curvatura del espacio tiempo como por cualquier otro socavón, mientras las bacterias de salmonela que viajaban montadas en el meteorito contra el que casi se estampaban le hacían la peineta. En unos cuantos millones de años llegarían a un planeta y evolucionarían hasta formar una civilización del cagarse, para luego exterminarse las unas a las otras en accidentes de tráfico. El rabino pensó que no era un mal guión para una película de Hollywood. En un futuro, los vehículos se movían con reactores de fusión. Pero un accidente múltiple producido en las cercanías

del Bernabéu amenazaba con provocar una reacción en cadena y destruir la Tierra.

—Pffffffff. Qué quiere que le diga, rabino. Cosas peores se han visto.

—¡Eh! ¡Oh! Oiga, ¿hay aquí instalado un aparato de telepatía?

—Nos ha jodido mayo con las flores. ¡Que este taxi es híbrido!

Cuaderno de bitácora.
Suplemento.

Llegados al centro del universo, casi hay que sujetar al rabino para que no se bajara del taxi sin traje astronáutico. Qué ganas de pillar tiene este hombre. Esta mal, mal, pero mal de verdad.

El taxista aparca en el horizonte de sucesos. Dice que de ahí no pasa. Que en cuanto mete el taxi en un área donde el tiempo se dilata, automáticamente los de la Mutua le suben el seguro porque dicen que el coche tiene más de diez años en el universo relativista.

El olor a pino de la atmósfera artificial nos persigue en cuanto bajamos del taxi. Pero enseguida se congela el ambientador, que además se pone verde, y no sé si es por la radiación cósmica o porque le echan alguna mierda química. El rabino está mal, pero mal, mal de verdad. Y lo de no poder respirar dice que es lo que peor le pone. Pero el taxista se estira y nos deja unos trajes astronáuticos que tiene en el maletero, volviendo enseguida a recogerse los brazos hasta su tamaño normal. Insiste en darnos un abrazo especial para asegurarse de que queramos volver. Ninguno quiere.

He tenido que ayudar al rabino a ponerse el traje. Porque está mal, mal, pero mal de verdad. Yo creo que se le va a deformar el fieltro del sombrero si lo tiene mucho rato en la escafandra, pero él insiste que si no los tirabuzones postizos se le caen. Yo le digo que le pongo un poco de salivilla, como a los niños en el flequillo, y se le tienen en el sitio. Y él dice que no, que no, que le da asco.

Se nota mucho el cambio de pasar de la atmósfera con olor a pino del taxi a la atmósfera con olor a humanidad del traje. Es un cambio tan agradable que uno empieza a respirar por la boca, de puro ansia de oxígeno.

Nos acercamos al centro del universo y presionamos el timbre de la puerta romboide de la valla del chalet. Nos abre un menosmola de tres por tres —parsecs—, que dice que qué queremos. Yo no quiero nada y el rabino solo quiere ver algo por la escafandra. El menosmola nos dice “poneos en esa cola” y nos situamos detrás de una plétora de lo más granado de la intelectualidad universal, desde liberales con cara de no haber logrado, a base de insultos, que papá Estado les limpiara la caquita del culito, hasta keynesianos con las venas resecas de tanto pincharse inyecciones de liquidez, entremezclados con antiguos diputados marxistas reconvertidos a la extrema derecha, historiadores neofranquistas, socialdemócratas magufos, contertulios de tarifa plana, gentes que gracias al terrorismo pueden presumir de demócratas y, en general, todos los cretinos que en este universo abren la bocaza para rebuznar y encuentran un auditorio receptivo a su halitosis. Todos buscando pasar como fuera el fin de ciclo.

Después de un buen rato llegamos a las segundas puertas romboides. Se abren las puertas romboides y pasa primero el menosmola de tres por tres, que va ciego, bailando al son de tres perroflautas. Se cierran las puertas romboides. Luego pasamos por un escudo deflector. Luego por las baterías láser. Luego por una cortina de abalorios y ya llegamos, auténticamente, al centro del universo.

Donde está Dios.

—Eh. Ah. Oh, señor, señor. No soy digno de que entres en mi... en mi... en mi casa, pero una palabra tuya... bastará para sanarme.

La voz del rabino resonó como un trueno cuando habló, con humildad, al cuello de su escafandra. La voz de la oración rebotaba contra la tecnología de la que el hombre había rodeado su vida y no era lo

suficientemente potente como para alcanzar a Dios.

—Oh. Ah. Oh, señor, señor. Yo solo imploro conocer la Verdad.

Pero Dios es omnipotente, omnipresente y omnisciente, por lo que conoce todos los pensamientos y sentimientos de los seres humanos, hasta los más íntimos y recónditos, hasta aquellos de los que los hombres no son conscientes, y escucha todas las oraciones a él dirigidas, hasta las que rebotan contra escafandras recubiertas de esputos. Sí, incluso las que pronuncian los fariseos, con sus tirabuzones de moralidad.

Dios, con su divina gracia, escuchó y atendió la oración del rabino, como hace con todos sus hijos que ponen en Dios su fe y sus esperanzas y solo ansían buscar la Verdad. Pues solo la Verdad los hará libres.

Y en verdad, en verdad os digo, que con una uña larga y mugrienta del dedo meñique, cogió un gramito de Verdad y lo pesó en la balanza.

—¿Qué? ¿Ya tiene lo que buscaba, rabino?

El rabino y el humano gordopilo se quitaron los trajes astronáuticos en medio del taxi, con el carajal de atmósferas consiguiente. Los pocos cristales con olor a pino que aún no se habían derretido, se evaporaron de repente en una nube de humanidad, y llenaron por completo la atmósfera del taxi, como todos los gases nobles, solo para ser exterminados por gente que huele a hombre, como todos los nobles.

Las hediondeces que surgían de lo más profundo del humano gordopilo amenazaban con alcanzar una cadencia africana, por lo que el taxista se limitó a juntar los labios y enarcar las cejas con cara de pasmo, con cara de no sé si darte un beso por sorpresa o sorprenderte con esta cara de pasmo.

Acto seguido, el taxista fijó sus ojos azules en el azul vidrioso del rabino, cuya mirada se había perdido dentro de su plácida faz, relajada y feliz, despeinada de falsedades. De sus labios surgía un hilo de voz.

—Elói, Elói. ¿Lámah sabájtani?

El taxista depositó de nuevo su mirada azul en el humano gordopilo, mientras se carcajeaba con toda la cara.

—Jajajajajaja. Te tiro a ti primero y a este me lo llevo al kelo, porque vaya viaje que me lleva el notas.

Por toda respuesta, el parásito ñagarái que habitaba en el interior del recto del humano gordopilo se revolcó en sus entrañas, lo que motivó una nueva agresión a la atmósfera del taxi. El taxista se repantingó en su butacón, limpió el volante con la barba y volvió a hacer aquel sonido suyo, tan característico, como si fuera a sonarse sin ponerse un pañuelo delante de la cara y en el último minuto se arrepintiera y pensara, “si hombre, contigo voy a compartir yo mis mocos, que son míos”.

—Bueno. Mientras no me llame pichafloja. ¡Y usted rabino! ¡Anime esa cara hombre! ¡Venga aquí y deme un abrazo! ¡Piense que YO soy el camino, la verdad y la vida, pues el camino que te muestra el GPS no es el auténtico camino! ¡¡¡Yuuuuuuuuuuuuuuuu!!!

***

TANATOTAXIA
por Jacobo Peña Conversa

La oscuridad le resultaba cómoda al principio, cuando entraba en ella cansado del anterior ciclo y deseando descansar, pero no tardaba en volverse no ya monótona sino alienante, diluyendo percepción y recuerdos en un mismo torrente. Recordar su propio nombre, de dónde venía, cuántas veces había pasado por este proceso en su búsqueda era difícil en ese momento. Por eso, cuando empezó a sentir el aire, que no podía ser llamado así en sentido estricto,

enfriarse poco a poco y la total oscuridad ir degradándose a tonos de gris que acabarían estallando en un brillo de alumbramiento, se sintió aliviado ante el fin de este ciclo y el comienzo del siguiente.

Deambula mirándolo todo con el mismo gesto de ira refrenada con el que le había conocido. Pese a que su aspecto se ha degradado, mantiene una pose digna que en contraste con su facha le hacen parecer un loco peligroso. Joshsh decide acercársele, a pesar del mal recuerdo que tiene del anterior encuentro.

—¡Eh! ¿Sarabuus, verdad? ¿Me recuerdas?— le grita desde la ventanilla, deteniendo el taxi a su altura. El tipo se vuelve y responde con una mirada rencorosa; vaya si le recuerda.

—¿Quieres comer algo? ¿Tienes hambre?— Abriendo la puerta del acompañante, el taxista le muestra un sándwich de hofcha encurtida.

No le recomendaría hacer esto ni el más arrojado de sus compañeros de profesión pero el peatón aligera un poco la expresión al ver la tregua ofrecida. Entra en el taxi y cierra despacio. Aún exhibe cautela pero acepta el bocado y come en silencio, dándole a Joshsh unos minutos para recordar su primer y único viaje juntos, dos semanas antes.

Cuando se acercó entonces a la parada, le notó la abundante vellosidad corporal muy decolorada, señal de vejez en casi todas las especies de la galaxia. No había visto antes esta raza: la nasalidad arrugada y prominente, las piernas cortas y masivas como dos bloques de cemento, torso de barril, brazos fuertes. Tampoco era normal ver tetrápodos bípedos en esta zona del brazo espiral.

“A quién le importa. Tengo mampara de traducción, el depósito está lleno” pensó. Anticipaba una buena carrera. Al escuchar la puerta cerrarse detrás le echó otro vistazo a la imagen del retrovisor. Ojos pequeños, huidizos y oscuros, el cuello nervudo y ancho.

—¿Dónde vamos?

El pasajero parecía intentar recordar un dato remoto. Al hablar, su idioma sonó complejo y lleno de guturales sordas. La mampara entre ambos crepitó y lapseó un poco antes de traducir la respuesta.

—Alpha 1450 Omega 7409, órbita Kochah 3.

A veces, con esos lenguajes de periferia, la mampara producía errores. Mejor sería asegurarse, pensó Joshsh.

—¿Kochah 3? Eso está donde Thnord perdió el casco. Tres horas de hiper no nos las quita nadie. ¿Lo sabe?

—Tengo prisa.

—Pues vamos.— Encogiéndose de hombros, encendió el motor de maniobra y comenzó el despegue.

Joshsh recuerda que era jueves, día autorizado para expulsar gases industriales, y la capa atmosférica mostraba un bonito color naranja. Su Mercedes-Wagen Barnard zumbó fisionando en primera y diez minutos después alcanzaron las cien gravedades necesarias para el salto. Activó el reactor de tránsito y conforme a normativa, avisó: “entramos en el hiperespacio”.

La luz de las estrellas cayó a sus espaldas y el firmamento frontal se fue volviendo progresivamente más gris a medida que aceleraban, hasta quedar del todo iluminado. El parabrisas reaccionó tintándose para evitarle conducir con la galaxia brillándole en los ojos.

El pasajero iba callado y concentrado en examinarse los cuatro dedos de cada mano. Había que intentar una conversación, siempre es más entretenido.

—Eh... me llamo Joshsh, por cierto.

El pasajero se volvió a mirarle pero no contestó.

—Son unas horillas de viaje y... — antes de terminar la frase el pasajero comenzó a mover la boca. Joshsh esperó la traducción de la respuesta.

—Sarabuus.

—¿Sarabuus? ¿Así se llama?

El otro asintió, meneando aquella gran nariz peluda, casi probóscide, arriba y abajo.

—Y, ¿a trabajar o de vacaciones?

—Estoy de paso. En proceso de ascensión.

—Vale. ¿Ascensión, dice?

—Sí.

—Parece interesante.

—Es importante.

—Ah. Ya imagino. Y... ¿le espera alguien allí para recibirle? No sé si se lo han dicho pero Kochah 3 es una bola de barro y hielo de uso industrial recién colonizada.

—Tengo prisa, por favor.

Suficiente. No es que en el hiperespacio se pueda modificar la velocidad, así que Joshsh entendió la indirecta tan claramente como si la mampara hubiera traducido "llevo un humor más desagradable que un saard manglio y no tengo intención de mantener esta conversación".

Las horas se dividieron en minutos y segundos y terminaron por crear un zumbido sordo de tiempo sin referencias que por fin podía ser ignorado. Aquella ruta se usaba apenas nada y no merecía la pena llenarla con publicidad; solo dejaron atrás un par de anuncios de colonia barata y pasada de moda.

Salir del hiperespacio al espacio normal fue como abandonar un largo túnel dentro del cual le obligasen a uno a escuchar música de ascensor. Solo el rebullir del pasajero en su asiento, desperezándose groseramente para otear el horizonte del sistema, le animó a hablar.

—Hemos llegado. ¿Había estado aquí antes?

Como quiera que Sarabuus no respondía y miraba en todas direcciones, el conductor señaló un cuerpo celeste cercano, un planeta de tamaño mediano y color pardo que orbitaba alrededor de la estrella y dijo: "ese es Kochah 3".

—No, esto no es.

—¿Que no es? Sí, hombre, es justo donde me dijo.

—Me equivoqué. Me han dado una dirección equivocada. Tengo otra. Lléveme a otro sitio.

—¿A otro sitio? No se ofenda pero va a ser mejor que comprobemos primero que tiene con qué pagarme esta carrera.

—¿Cómo?

—Dinero. Pagar. Pague este viaje y le llevo donde quiera.

Desde luego, Joshsh no tenía pensado entrar en ninguna atmósfera hasta que aquel tipo aflojase la pasta. Por fortuna el pasajero, que parecía haber estado meditándolo, sacó de lo que parecía una poco higiénica bolsa orgánica alojada más o menos donde en un humano estarían las gónadas, una tarjeta de pago. TauCeti Redcross. La entregaban en Servicios Sociales a gente desahuciada o desplazada por una guerra o la destrucción de su planeta para que empezasen una nueva vida. Podía habérselo imaginado. Con gestos impacientes, Joshsh le indicó cómo introducirla en la ranura de pago mientras murmuraba sobre los jodidos paletos venidos del borde espiral. La confirmación de que el precio de la carrera se había descontado de la cuenta llegó en seguida.

—Vale.— dijo suspirando —¿Ahora, dónde?

Esta vez las instrucciones fueron largas y complejas, con muchos gestos para añadir información a la explicación de la trayectoria. La mampara consiguió reunir los datos en un todo coherente que resultase en una dirección; una enana blanca en un subsector vacío del área Cygnus, dentro del Cúmulo Abierto 103. Joshsh entrecerró los ojos y se lamió los labios, valorando, evaluando a Sarabuus. No parecía un bromista, solo perdido. Pero tampoco era una buena persona, no. Tenía olfato para calar a cabrones así, gente impaciente y caprichosa a la que no le importan los demás y que antes de haber caído en su situación actual, acostumbraría a ser obedecido en sus deseos o a conseguirlos por la vía directa.

—Eso no solo está lejos.— comenzó a responderle —No sólo está en la otra punta de la galaxia y en una zona despoblada. Es que es una estrella camino de agujero negro, sin planetas ni planetoides, sin anillo

de asteroides, sin base de exploración, sin nada ni nadie. ¿Qué vamos, a disfrutar de las vistas?

Su pasajero arrugó el entrecejo. No parecía complacido pero algo en su interior reaccionaba, elucubraba. Respondió despacio y mirándole a los ojos.

—Yo soy el cliente. Yo pago. Con una buena propina. Vamos.

“A la mierda”, pensó Joshsh antes de volverse sin responder y arrancar, lanzándose hacia Kochah 3. Usó la gravedad del planeta para girar y apuntar hacia el exterior. Iba a llevar a este gilipollas por la ruta larga, a dejarle sin un crédito en la tarjeta de beneficiencia; y si no le gustaba, que se jodiera.

Diez horas. Una jornada completa de trabajo entre los dos viajes y aún le quedaba la vuelta. De memoria, calculó dónde podría meterse a descansar que no fuese una base comercial mugrienta donde le cobrasen la bebida a precio de agua sin reciclar y se le ofrecieran prostitutas polimorfas de dudosa higiene. Añadía mentalmente suplementos inventados a la tarifa conforme se acercaban al destino.

Al salir del hiperespacio la estrella moribunda teñía su atmósfera magnética de tonos que iban del ámbar a la carne cruda. Por el retrovisor, Joshsh vigilaba la reacción del pasajero. Pero Sarabuus, tras mirar de nuevo el espacio cercano inquisitivo y localizar un par de referencias con el dedo índice resbalando por la ventanilla, se giró y mostró algo parecido a la satisfacción en el rostro. Asintió y dijo: “Es aquí. Gracias. Le pago”.

—¿Seguro? ¿No prefiere que le cobre todo al volver?

—No vuelvo. Usted me deja aquí.

—Ahá. ¿Y dónde?

—Aquí.— repitió arrugando el entrecejo y volviéndose hacia la manilla de apertura de la compuerta más cercana. La agarró a la vez que tendía de nuevo su pringosa y dilapidada tarjeta a la ranura de pago. Joshsh, que sabía que el sistema de presurización la mantendría cerrada incluso si el fortachón intentaba abrirla, se confirmó a sí mismo lo que llevaba un tiempo temiendo: circulaba con un idiota o un loco a bordo que además de ignorar las consecuencias de darse un paseo por el vacío, estaba dispuesto a gastar el dinero que le quedaba para hacerlo.

El resto de la discusión no salió muy bien. Joshsh insistía en explicarle la situación y el otro decía estar justo donde quería. Le preguntó por el nombre de la empresa, hotel o persona a la que iba a visitar por si eso sirviese de algo pero esto solo empeoró la comunicación, ya que el batiburrillo de palabras que ambos generaban empezaban a resultar intraducible para la mampara.

Sarabuus golpeó la puerta, el cristal. “Eso sí que es el límite de los límites” se dijo Joshsh. Dando un tirón a la palanca de cambios, giró el vehículo y buscó y programó una ruta hacia la base militar de exploración más cercana.

—Lo siento mucho, pero si venía usted a que le suelten para morir en el vacío, eso no puedo hacerlo.

Superponiendo sus gritos a las razones del taxista, Sarabuus seguía sin escucharle; cuando estuvo claro que iban a entrar de nuevo en el hiperespacio redobló sus intentos de salir. No era tan fuerte que pudiera romper el casco de un taxi, claro, aunque llegó provocarse heridas en los nudillos, dejando una sangre negra como la tinta impregnada en los cristales.

Ya en el hiperespacio, los golpes fueron bajando su intensidad y el pasajero pasó de forma progresiva a una suerte de catatonia, limitándose a mirar al suelo con las manos enlazadas entre las piernas. Joshsh decidió no darle más combustible y se mantuvo callado durante la hora larga que tardaron en llegar a la base que orbitaba en misión de vigilancia sobre un planeta recién salido de su quinta guerra civil.

Al recibirles en el hangar los soldados se quedaron pasmados viendo llegar un taxi en lugar del habitual vehículo oficial y más con la explicación adelantada por radio acerca de su cliente. Se congregaron alrede-

dor del vehículo por si aquel se mostraba violento. Al abrirse la compuerta y salir de allí Sarabuus, con el rostro cansado y sucio de sudor, se escuchó una exclamación y uno de los militares se adelantó un paso.

—Joder, yo conozco a este tipo. ¡Eh, Yak!— llamó. —¡Mira a quién tenemos aquí! ¡El polizón imposible!

Sarabuus se dejó escoltar con amabilidad a una celda, mientras otros acompañaban a Joshsh a una sala de descanso y le contaban la parte que conocían de la historia en que estaba implicado por accidente.

Aquel desconocido había aparecido sin más en una nave de exploración que patrullaba el mismo subsector vacío de donde acababan de llegar. Le encontraron en un compartimento de carga sellado donde debería haberle sido imposible entrar. Tuvieron que atribuir a la suerte no haberle encontrado antes, ya que entrar de polizón sin ser advertido con tantos sistemas de control era difícil. Pero allí estaba, desnudo y aterido de frío como si hubiera estado oculto en los congeladores de alimento. Le delató la alarma de "presencia extraña" que debía haber sabido esquivar desde el despegue, semanas atrás. Las cámaras de videovigilancia había quedado cegadas por un fogonazo de luz justo antes de que Sarabuus apareciese en la bodega; la hipótesis era que lo había provocado el propio polizón para que no le viesen salir de donde quiera que estuviese escondido. No se le encontraron, sin embargo, materiales para provocar aquel estallido.

Tras tomarle muestras de ADN, interrogarle sin obtener nada más que la misma jerigonza religiosa sobre ascensión, reencarnaciones y destino que Joshsh había escuchado, contactaron con Servicios Sociales, le gestionaron una tarjeta de beneficencia y una filiación temporal para terminar por deportarle al mismo planeta de mala muerte donde Joshsh le había recogido.

—En realidad debería llevarle a la policía, nosotros no nos podemos encargar. Pero como todo parece una confusión y el tipo le pagó casi toda la carrera, ahórrese problemas y déjelo donde le encontró, ¿no cree? Es un pobre desubicado.

Le dejaron descansar un ciclo de sueño entero, pero pasó gran parte de él en vela con la cabeza llena de pensamientos recurrentes sobre Sarabuus y su historia sin sentido. Después del sueño se dirigió al taxi; Sarabuus ya estaba allí, mucho más tranquilo e incluso su postura tenía algo de marcial flanqueado por los militares, como si hubiese pertenecido a un ejército en el pasado.

—Se ha dejado traer sin problemas. Creo que tiene asumido que se trata todo de un error. Le hemos dicho que le lleva de vuelta a donde le encontró y parece conforme.— le dijeron.

Una vez dentro del taxi miró al pasajero en el retrovisor varios segundos. Este, hosco, con más razón que antes para estar poco dispuesto al diálogo, se limitaba a esperar del taxista que cumpliese su trabajo. Joshsh se lamió los labios y volviéndose al teniente que esperaba de pie junto al coche, asintió. Puso música y aunque le parecía grosero, se sintió tentado de oscurecer el cristal de la mampara que le separaba del vagabundo.

El regreso lo hicieron encerrados de nuevo en el silencio; en esa ocasión el conductor hasta pagaría dinero por sentirse solo en el vehículo. Quizá por eso la salida a espacio normal se le hizo tan repentina; viró de inmediato hacia la capital del subsistema y aterrizaron en la misma parada donde había cargado muchas horas antes. No tuvo que decir nada: Sarabuus salió dando un portazo y se perdió pronto en la multitud.

Ahora, Joshsh le mira terminar su sándwich con atención y algo que decir en la punta de los labios. Cuando termina, Sarabuus hace ademán de salir pero le detiene la mano del taxista en el hombro. Es la primera vez que se tocan. Joshsh le hace gestos para que vaya a la parte trasera del coche, señalando el micrófono del traductor. El vagabundo entiende, sale y hace lo que le piden.

—Oiga... ¿Por qué es importante para

usted, bueno, salir al espacio, al vacío? ¿Sabe que se mataría?— dice Joshsh.

—No. No estaría muerto. Iría arriba.

—¿Arriba? Joder. La mampara debe estar fallando otra vez. ¿Dónde es arriba?

—Arriba. Ascensión. Un lugar superior. Muerto no, voy a otro sitio. Estoy de paso, hasta que llegue arriba del todo.

—Sí. A mí también me gustaría pensar que al morir voy a otro sitio mejor. Pero, y no te molestes, sólo quienes apenas habéis abandonado vuestra atmósfera seguís pensando en esas cosas. Los que vivimos en el espacio sabemos que esto es todo lo que hay. Como dice el clásico, "no veo a dios aquí arriba"

—No le entiendo. Yo necesito ir allí. Por favor.

Es la primera vez que el rostro de Sarabuus muestra desesperanza y tristeza, más que impotencia o ira. Por primera vez un sentimiento de fragilidad. En realidad, Joshsh está tentado de hacerlo. Se trata de asistir a un suicida, ¿verdad? Es ilegal, pero tampoco es que tenga que descubrirlo nadie. Sarabuus apenas existe para el gobierno, ni por iniciativa de este ni por la del propio viajero. También está la cuestión ética, pero, ¿la de quién? Su pasajero parece saber exactamente lo que hace; es taxista, no neuratra, pero su instinto se lo dice. También puede simular que va a ayudarle y una vez allí intentar razonar con él para que cambie de idea. Hacer una buena obra.

—Venga— dice, tras un minuto de mutuas miradas.

Aunque sorprendido y paralizado al sentir arrancarse el taxi sin previo aviso, la sonrisa cómplice que le dedica Joshsh anima a Sarabuus de nuevo. Al entrar una vez más juntos en el hiperespacio, esta vez desde una órbita rápida, el ambiente se llena de cosas que decir que nunca se dirán, silencios con significado y conversaciones de pequeños gestos esquivos al retrovisor; es su cuarto viaje en silencio, lo que lo convierte casi en una tradición.

De nuevo en el espacio normal, horas más tarde, Sarabuus mira alrededor y asiente satisfecho. Esta vez procura que sus movimientos sean más cautelosos. Acerca su mano a la puerta, mirando los ojos de su chófer en busca de una confirmación.

—Gracias—, dice.

—Espera— dice Joshsh, —No, no te asustes. No te estoy tomando el pelo, es que me preocupo por ti. Vas a saltar al vacío y morir. No sé dónde crees que vas a ir después de la muerte y te advierto: solo te he traído porque te reconozco la diminuta posibilidad, en este amplio universo, de que no seas simplemente otro caso de polizón chalado. Desde ese punto de vista te entiendo. Pero es que además la forma de morir no sería nada agradable, ¿sabes? El cambio de presión te dañará los órganos y eso será muy doloroso. Imagina tus órganos inflamándose mientras te asfixias intentando retener el poco aire que te quede. Serán los, no sé, quince o veinte segundos más largos de tu vida antes de que caigas inconsciente. Solo quería decírtelo. Violaría la ley por hacerte este favor pero no me gusta hacerlo. ¿Lo entiendes? Querría que te lo pensases. ¿De dónde eres? Estoy dispuesto a ayudarte si decides volver a casa.

Sarabuus solo le devuelve de nuevo una sonrisa. Mueve la manilla de apertura; la puerta no reacciona. Mira a Joshsh. Este baja la mirada, busca el botón que desbloquea los cierres traseros y tras soplar, lamerse los labios y tener un pensamiento sobre el libre albedrío que después no recordará pero que le sirve ahora como justificación, lo aprieta.

El sonido de la puerta al abrirse, el aire siseando de golpe, una espiración mortecina seguida de silencio. Al darse cuenta de que en le retrovisor no ve lo que está pasando atrás, Joshsh se gira en el asiento. La puerta abierta le tapa parcialmente el cuerpo de Sarabuus que flota laxo junto a ella, alejándose del vehículo hacia una zona sobre el techo del mismo. Aún se mueve, no han pasado ni cinco segundos. Joshsh hace cerrarse la puerta y ahora puede ver el rostro del viajero: serenos los ojos pero tenso el cuello y la mandíbula, señal de la asfixia y quizá de dolor. En un segundo desapare-

cerá flotando tras el bulto del vehículo.

El taxista aferra los mandos evaluando si pesa más su morboso deseo de contemplar el final de la historia o el de otorgar intimidad al pasajero. No ha tomado la decisión cuando llega el fogonazo, aunque él lo siente más como varios segundos de intensa blancura en los que no es capaz de moverse. La luz entra por las ventanillas y su sombra viene de arriba, de la dirección en que se había marchado el suicida flotando.

Tan pronto se desvanece el brillo, da un volantazo para poner el taxi proa al cuerpo de Sarabuus. Allí encuentra solo el espacio vacío. Sigue buscando, oscilando sobre su eje y pidiendo al ordenador revisar la superficie en busca de objetos adheridos hasta convencerse de que el cuerpo, o se ha alejado tanto que ya no puede distinguirlo contra el horizonte o esa idea arrinconada en el cerebro y cuyo acceso desata demasiados problemas para las respuestas que podría otorgar, esa imposibilidad, ha sido posible.

Tarda unos minutos en recuperar el control de su pensamiento lo suficiente para animarse a arrancar de vuelta a casa. De camino reflexiona sobre el concepto de servicio al cliente, de caridad y compasión, retribución y sabiduría. Aunque no demasiado; no siente que merezca la pena. No cree, en realidad, que Sarabuus piense que merezca la pena. Un tipo como aquel le diría que dejase de preocuparse.

—Ah, cabrón— dice de repente golpeando el volante. —Esta carrera tampoco me la has pagado.

En esta ocasión la oscuridad tenía un tacto acuoso y su temperatura era mayor que nunca. Cambiaba cada vez, así que procuró adaptarse. Se imaginó a sí mismo de vuelta en el útero materno y aunque eso no cambiara el paisaje, cerró los ojos para intentar dormir un tiempo, satisfecho de estar de nuevo en el camino.

***

PRIMERA VENIDA
por J. J. Morillas

—Permanezcan todos en sus asientos, no hay motivo para alarmarse. La reentrada se ha efectuado con normalidad.

Lo cierto es que todo el mundo andaba gritando de acá para allá, empujándose y derribando a quien pillaba por delante.

Recuerdo el bingo mientras viajábamos por el no-tiempo. Yo me mantuve al margen, no creo en los juegos de azar (es estrictamente recíproco).

Tras el momento de la reentrada en el tiempo, cuando las imágenes deformadas de nosotros mismos se reajustaron de nuevo (cosas de la inercia temporal), y el número 23 que había salido en la bola volvió a ser un 23 normal en lugar de un largo borrón de color negro, alguien tuvo tiempo de gritar "bingo" antes de que sonaran las alarmas y se encendieran las luces rojas. La voz de los altavoces sonaba tranquilizadora. Normal: es solo una grabación preparada de antemano para estos casos. Acabo de ser aplastado por un gordo que ha tropezado y se ha caído de boca entre dos asientos. Llego con calma a la cabina, inserto la moneda, espero a que la mascarilla caiga del techo, me la coloco con tranquilidad y saco la pistola. Es la única manera de que nadie se pase de listo y me la intente quitar. Si alguno de estos mamones se acerca a mí, bueno, deseará no haberlo hecho y punto.

Tras un periodo de tiempo más o menos largo, todos los pasajeros estamos tranquilos respirando oxígeno con algún otro gas tranquilizante de esos que añaden para darle sabor, tú me entiendes. En mi caso, a menta.

"No vuelvo a viajar con Liam-Ail".

—La Compañía Liam-Ail les agradece que nos hayan elegido. Rogamos permanezcan con las redes de inercia conectadas y con las mascarillas colocadas mientras terminamos la maniobra de amarre. Bienvenido a la Estación Espacial Thermidor. El

pasajero propietario del cartón premiado en el sorteo del bingo tenga la bondad de dirigirse al personal de cabina y se le hará entrega de un pasaje con destino abierto a cualquier lugar dentro de este sistema solar. Tenga cuidado de no olvidar sus pertenencias personales. El mono amaestrado les conducirá a la cinta de recuperación de equipajes, podrán reclamar por la pérdida de cualquier maleta en la misma sala. La temperatura es de unos agradables 24 grados durante el sector diurno y de unos refrescantes 17 durante las horas de iluminación atenuada. Que tengan un buen día, piensen en nosotros para su viaje de vuelta".

El ambiente en la zona comercial de la Estación Espacial Thermidor (homenaje al diseñador del genoma de un artrópodo marino delicioso, habitual en la dieta de los abuelos) era frenético. El aire estaba saturado de humo y aromas de comida. Sospecho que la Autoridad disminuye a propósito la potencia de los recicladores de aire para mantener el clima pintoresco, abrir los apetitos e incitar al consumo. Los registros dicen que en el pasado la cosa era así al aire libre, los cabrones están jugando a invocar el atavismo para fomentar el comercio. O quieren ahorrar. El *atrezzo* se completa con un colorido abigarrado y delirante que recuerda a Calcuta (el planeta, no la tecnoartista).

Maniobré con pericia intentando minimizar el contacto humano y conseguí llegar al puesto de comida rápida apenas empapado en sudor ajeno. Thermidor es como un supermercado para pescadores, el lugar al que vas cuando quieres fingir que has cruzado el universo y necesitas comprar cosas para poder demostrarlo. Una especie de Isla Tortuga fenicia donde la piratería no existe por la simple razón de que es legal y paga impuestos.

Mi misión exige discreción. Es por eso que no se me ha proporcionado un pasaje directo en una línea regular de transporte de las de verdad. He viajado haciendo escalas y rebajado el nivel de la clase de mis billetes hasta llegar a lo más bajo: Liam-Ail y la EE Thermidor. Así se quemen todos sus turborreactores en la noche de San Juan. Se supone que aquí conseguiré un piloto y una nave para el tramo final de mi viaje. La Agencia ha dedicado 3 años de trabajo a conseguirme una identidad falsa, entraré en R'lyeh 7 como un vulgar representante comercial de una Casa menor, encargado de buscar contactos para la importación de bloques de reciclado doméstico. Una vez allí debo liberar una cepa de cierto virus responsable del Síndrome de Machado-Miyazaki. Se trata de un virus estético, la Agencia espera que se produzca un cambio social que favorezca el resultado de ciertas negociaciones.

¡Cuidado!

A partir de aquí todo se vuelve terriblemente futurista y como de ciencia ficción.

Lo primero que hay que saber es dónde te estás metiendo. En el caso de la Thermidor la respuesta es: no lo sabes. Esta colonia espacial es una mezcla gloriosa de seres escapados de los sistemas cercanos más la graciosa fauna local, que nunca ha salido de aquí y que a veces muestra un interés y una persistencia envidiables por conseguir que tú salgas, pero que tus pertenencias permanezcan.

Camino del hotel me cruzo con un grupo de tres jóvenes xarkos reunidos alrededor de sus bideslizadores fumando pitillos de nicocaína. Algunos tienen el grisáceo torso desnudo, otros llevan camisetas blancas de tirantes; todos lucen una especie de tupé negro y gafas de espejo. Intento esquivarlos pero uno de ellos gesticula de repente y no puedo evitar chocar con su brazo y que mi gabardina roce su piel. Los xarkos tienen el ADN modificado (una de las formas favoritas de "arte" que se practica en la EE, compitiendo quizá con la verruguización). Su piel tiene unas pequeñas lascas que la hacen muy cortante a contrapelo. En mi pueblo los usarían para pulir suelos, aquí están en su casa y paso de discutir por mi gabardina rajada. Sobre todo porque están hablando de pegarles una paliza a los

tipos de otra banda, unos jóvenes que visten como los albinos de Necrón V. Son muy originales.

En primavera liberan el órgano sexual y lo llevan a la vista. El pene les crece al final de la espalda, las hembras se acoplan con los machos desde atrás. El acto dura poco, pero permite a los machos liberarse de la enorme tensión que les mantiene inactivos, con el cerebro prácticamente en blanco durante el resto del año.

Esta postura, sin embargo, no favorece la comunicación.

La mala noticia es que el tipo con el que he chocado parece que se siente terriblemente ofendido. Saco la pistola y pulso el botón "acoplar misil rompeculos", un pequeño brazo metálico efectúa el enganche elegantemente en menos de un segundo. Se forma un círculo alrededor.

—Abuelo, estás a escasos segundos de recibir una paliza— (esto lo traduzco yo mentalmente, él ha dicho algo como "eh, tú, cabrónido, te vamos a fratasar").

Mientras apunto al que habla con el arma, saco un espray y rocío al que se acercaba por detrás con montmoriespumita; la nube se endurece alrededor de su cuerpo dejando libre sólo la cabeza atrapada en un prisma de aspecto rocoso. Debería haberle llenado la boca también, qué lenguaje, dios ¿qué les enseñan en el cole hoy día?

—Qué mono, parece que está en un baño turco.

No es momento de explicar qué tiene de malo ser un bocazas, estoy en un problema. Mientras estaba ocupado haciéndome el macho, un xarko recién llegado se me ha acercado sin que me diera cuenta dándome un golpe hacia arriba en el bíceps con su antebrazo. El resultado es sangre y la perspectiva de saber lo que se siente cuando te meten un rompeculos por el recto. Doy un paso atrás, otro. El círculo de gente se abre repelido por la fuerza del campo bipolar de mierda que acabo de crear a mi alrededor: quieren mirar, no quieren mancharse la ropa. El equilibrio los mantiene apretados a la distancia adecuada. Los tres xarkos se acercan a mi sonriendo, mostrando los dientes propios de una presidenta autonómica (me refiero a las colonias, claro). Sigo retrocediendo hundiéndome en la gente que se separa manteniendo el pasillo abierto, la física de los campos de mierda tiene algunas singularidades interesantes.

En ese momento se escuchan unos gritos aterrados que vienen de su amigo el busto parlante. A su lado hay un tipo inmenso y muy muy peludo. Tiene una larga melena y una poblada y muy voluminosa barba castaña que brota de su cuello y mejillas como una cascada y está vertiendo tranquilamente sobre la cabeza del xarko algo que parece claramente combustible mientras muerde la punta de un cigarro, sonriente.

—Disculpad ¿cómo os gusta el pescado? ¿Muy hecho o tostadito por fuera pero jugosete por dentro? —el xarko agita su empapado tupé frenéticamente. Juraría que se ha meado ahí dentro.

—¿Necesita un transporte?

—Estaba pensando volver a casa andando, pero creo que tengo flato. Me vendría de perlas.

Los xarkos no saben qué hacer, no impiden que me colque tras el hombretón que señala la puerta abierta de un pequeño vehículo amarillo.

—Suba.

Recojo mi pistola y avanzo de espaldas, cubriéndole, hacia lo que parece una pequeña nave de color amarillo con la vaga forma de un huevo. El tipo hace un reguero con lo que queda de la botella que baja desde el pelo del chaval hasta el suelo, y camina también de espaldas extendiéndolo en dirección al vehículo. Se sube, el xarko atrapado le está llamando de todo. El tipo sonríe, saca la mano por la ventanilla con el resto del puro y lo lanza al aire, la colilla gira como una nave espacial, como un hueso arrojado al cielo por un mono y cae en un charquito al pie del monolito.

No sucede nada.

—Lo apagué al subir, **snort**, no se puede fumar aquí dentro —cómo sonreía el muy cabrón.

Nos elevamos entre el rugido de los xar-

kos y salimos de allí cagando leches.

—Bienvenido al Emporio de Servicios Espaciotranstemporales del Honrado Señor Taksi. Soy Joss, gracias por utilizar mi vehículo ¿dónde puedo llevarle?

***

EL COCHERO
por Josué Insua

El coche de caballos se detiene por alguna razón desconocida. Fuera, el viento ulula entre los árboles con violencia. El padre Wheelock frunce el ceño con preocupación, y luego lleva con dulzura el dorso de su mano hasta la frente húmeda por el sudor del niño que se agita, envuelto en terribles sueños, sobre el asiento de cuero del carruaje. El sacerdote sacude la cabeza, desalentado y frustrado. Abre la puerta a la oscuridad.

—¿Qué ocurre?— pregunta —¿Hay algún problema?

—Me temo que sí— responde la voz del cochero. —Tenemos un problema.

El padre Wheelock sopesa sus opciones, angustiado. El niño no resistirá mucho más.

—¿Qué es lo que ocurre?— pregunta nuevamente, y sale del carruaje.

—Esto— dice el cochero mientras le revienta por sorpresa el cráneo con lo que parece ser una pesada barra de hierro. El cuerpo del padre Wheelock cae sobre el barro oscuro del camino. El cochero lo mira con satisfacción y luego empuja la puerta y observa al niño, que ha comenzado a sufrir ligeras convulsiones.

La historia no comienza ni acaba aquí.

...

Habían oído hablar de él y le rogaron que acudiese. Lo hicieron por medio de un enviado rudo y poco comunicativo, poseído por la urgencia de la necesidad de su presencia en la desconocida aldea de la que había partido tres días atrás. El padre Wheelock intentó pacientemente conseguir algún tipo de información, pero del casi incomprensible dialecto del torvo mensajero sólo pudo descifrar un par de palabras. Tampoco el antes tranquilo grupo con el que el padre Wheelock cenaba entendió más, aunque esas dos palabras bastaron para helar toda conversación y hacerles retroceder unos pasos como si temiesen un contagio. El padre Wheelock, tras meditarlo unos instantes, se disculpó y despidió tensamente del grupo y salió a recoger sus escasas pertenencias mientras le conseguían un carruaje.

El siniestro enviado había desaparecido ya cuando desde la oscuridad de uno de los sombríos callejones de la ahora silenciosa ciudad se acercó el coche tirado por cuatro caballos negros cuyas riendas descansaban en las manos de un cochero de ojos azules y dividida perilla luciferina. El padre Wheelock y él intercambiaron una mirada —hasta que el cochero la apartó, repentinamente perturbado— y ninguna palabra. Con una premura solo posible en las narraciones, el carruaje se puso en marcha, los caballos aterrorizados por la crudeza del golpe del látigo. Cuando en el interior del lúgubre coche el sacerdote logró conservar cierto equilibrio y deslizó la apolillada cortinilla para que el aire de la noche entrase y ventilase el mohoso interior ya cruzaban los bosques cercanos.

Dejaron los bosques atrás y entraron en otros nuevos. Atravesaron los campos de cereal, dirigiéndose hacia las fuentes del Olt. Recorrieron en quebrada trayectoria Ardeal, adentrándose en las montañas. Durante las escasas y breves paradas los caballos seguían pareciendo víctimas del frenesí, y solo el trato brutal del cochero impedía que arrastrasen en una nueva carrera sin control hacia el vacío al coche y a sus ocupantes. El padre Wheelock sabía que ningún caballo podía soportar este trato mucho tiempo, y que los animales

morirían de mantener el ritmo. Pero no murieron.

Y el coche, rechinando como si fuese a romperse de un momento a otro, ascendió las montañas y atravesó los siete puentes. En muchas ocasiones el camino parecía no existir, y el padre Wheelock, en la penumbra del interior, pensaba en las dos palabras que el mensajero le había dicho. A su izquierda descansaba la ajada Biblia. El padre Wheelock, aunque en momentos la observó con vítrea fijeza, no la abrió. Pero pasó sus dedos sobre ella, perdido en sus meditaciones, como si quisiese quitarle el polvo.

Llegaron a la aldea al fin, y fue durante la noche y todo estaba oscuro. Era luna nueva.

Casi una veintena de personas le esperaban. Inmóviles en la oscuridad, como si llevasen allí desde que el mensajero partiera a encontrarle. Hombres y mujeres y niños. Aldeanos, separados desde siempre de lo que entendemos por mundo.

Un hombre se acercó. Sucio, barbado, ansioso. Su mujer esperaba detrás.

Le señalaron una de las cabañas. Cerca, pero fuera del pueblo. Sin ventanas. La puerta asegurada por un terrible tocón. El padre Wheelock dudó, y luego cogió su Biblia. Los aldeanos la miraron suspicaces. Retiraron el tronco y empujaron la puerta: solo parecía haber oscuridad. Del interior de la cabaña no salió ningún sonido. Del exterior ninguno respondió, tampoco. El sacerdote pensó en las dos palabras que le habían traído hasta aquí y buscó la mirada del hombre que le había recibido. El hombre hizo una señal hacia el interior.

—Dentro —dijo—. El demonio.

—¿En la cabaña?— preguntó Wheelock.

—En la niña— respondió el hombre.

El padre Wheelock dió un paso hacia la choza pero volvió a detenerse y se giró hacia el hombre.

—¿Su hija?— preguntó.

El hombre asintió con un gesto. La mujer, detrás, retorció con fuerza su mandil.

—El demonio —repitió el hombre con ansiedad, urgiéndolo a entrar—. Poderoso.

Y todo era verdad. En el interior de la cabaña. En el interior de la niña. Más poderoso de lo que el padre Wheelock había encontrado nunca.

Durante dos noches lucharon el demonio y el sacerdote en las tinieblas de la pequeña habitación. Fuera, los aldeanos esperaban, interpretando en silencio cualquiera de los horripilantes sonidos que provenían del interior de la choza. Un poco más allá, la silueta del coche de caballos esperaba también el desenlace. El padre Wheelock salió en una sola ocasión, agotado, y le tendieron una escudilla de caldo caliente que él miró sin ver durante un tiempo. Luego se sentó, cubrió el rostro con las manos e intentó meditar. Por fin se dirigió a los padres, que permanecian atentos con inmóvil expectación.

—El demonio es fuerte— dijo al fin.

—¿Y la niña?— preguntó con voz ronca su padre.

El sacerdote negó con la cabeza.

—No sobrevivirá— les dijo. —Necesitamos otro recipiente.

Los padres tenían un hijo también, y lo trajeron a presencia del padre Wheelock, y el sacerdote introdujo el demonio en el interior de su cuerpo joven y fuerte. El demonio comenzó a devorarlo desde dentro en ese mismo momento, pero nada pudo hacer para evitar la prórroga que su tiempo de cautiverio había sufrido. El padre Wheelock pagó a los padres más de lo que esperaban por su generosidad, más del precio que hacía tiempo habían estipulado, y estos parecieron satisfechos aunque, a la vez, algo desesperados. Envolvieron en una mugrienta sábana el cuerpo del niño y lo ataron luego, y lo transportaron hasta el carruaje donde esperaba el cochero. El padre Wheelock observó su figura, intentando adivinar sus pensamientos, pero él, desde el pescante, apartó la mirada, azorado nuevamente. El padre Wheelock creyó comprender sus razones. Entró en el interior del carruaje, y cerró la puerta. El cochero lanzó su látigo sobre los caballos, que fueron tragados con voracidad por las sombras.

Sobre el inmóvil grupo de aldeanos que observaron la partida, bajo las nubes que cubrían las estrellas, se oyó un lamento

sofocado y luego volvió el silencio.

La historia no comienza ni acaba aquí.

...

El cochero se inclinará sobre el cuerpo febril del niño, desatará la tela que sujeta su mandíbula y, con suavidad, buscará en su boca algo que sabe que está ahí. No tendrá duda de lo que hacer con lo que encuentre. Conoce con bastante detalle los modos de aquellos como el padre Wheelock: sabe de su incesante búsqueda de demonios, del horripilante uso al que los destinan una vez atados, de su inestable cautiverio encerrados en los cuerpos de los infortunados utilizados como anclas provisionales y destinados a un atroz destino. Quizá los recuerdos le hagan pasar las yemas de sus dedos sobre su corazón, donde sus cicatrices aún no se han cerrado. También él fue sometido a un endorcismo, y abandonado cuando el demonio no tuvo nada más que corroer para alimentarse. Pero sobrevivió, aún a pesar de todo aquello que perdió en el proceso. No sin secuelas, por supuesto.

El mundo se ha vuelto extraño desde entonces, pensará, o quizá siempre lo fue. El tiempo, el espacio... ¿Cuántas vidas ha vivido ya? ¿En qué lugares? ¿En qué futuros y pasados?

El cochero observará con sus ojos azules el pequeño objeto todavía cubierto con la saliva del niño que comienza a sanar en ese mismo momento y volverá a sentir hambre y una alegría malsana.

—Es hora de ver quién devora a quién —dirá con la esperanza de que el demonio pueda oírlo.

Algunas estrellas comenzarán a aparecer liberadas del asfixiante ceñidor de las nubes.

FIN

"Parecía que abandonase una habitación de hotel, abandonado a la tranquilidad de saberse libre, no como si no hubiera vivido allí varios años dejando dentro tantas cosas que le ligasen a la estación orbital. Llevaba una maleta, imaginaba el observador por su tamaño que con la ropa justa y suficiente para el viaje y, por supuesto, su maletín de color blanco metacrilato donde guardaba todo lo que para él era importante ahora."



MEMORIAS DEL VACÍO

Por Jacobo Peña Conversa

Ilustración de Aitor Moreno Melcón

Capítulo uno:
Un hombre salió de su casa.

[Grabación de la lectura reglamentaria que hace el agente Loid Clar al denunciante respecto de la declaración anexa a la denuncia presentada por Dobn Hoevel en la comisaría del espaciopuerto de Encélado el día-tierra 14 de la rotación solar 12 del año 2189]

—Señor Hoevel, déjeme que lo repasemos antes de imprimirlo. Salió de su apartamento en la estación orbital Caduceo, órbita de Mercurio. No tenía prisa pero ansiaba dejar atrás la base porque, cito literalmente le habían "roto el corazón". En el equipaje llevaba pocas mudas y la caja de metracrilato con una selección de memorias virtuales que venían a resumir su carrera profesional en un proyecto gubernamental, según usted, importante y secreto. ¿Hasta aquí todo correcto? Solo para estar seguros de que he transcrito bien lo que me ha contado. Bien. Sigo.

—Un transbordador interior de línea regular le trasladó a tiempo a la Tierra para enlazar con un crucero de lujo que había reservado para dos personas pero que iba a aprovechar usted en solitario.

El policía hizo una pausa. Vio como el denunciante asentía de nuevo y le animaba a proseguir. Pero sonreía. Si era una broma, si toda aquella historia solo servía para reírse de las autoridades, mandaría al muy idiota a picar hielo.

—Así que, como decía, dijo adiós a, vuelvo a leer de su declaración, "las calles humeantes y en penumbra de Caduceo con cierto alivio y esperanza". Semanas después llegó a la Tierra y tras resolver toda la burocracia necesaria, hizo turismo por allí, visitó a la familia. Luego, embarcó en la PSS Sirio IV, de la compañía OverXpress. Tras un par de giros alrededor del planeta, marcharon hacia Marte.

—Durante la visita a las instalaciones del crucero, se fijó en una mujer que también viajaba sola y que también se fijaba en usted. Entendiendo que como ya no dependía sentimentalmente de nadie y no le importaba probar suerte, podía desprenderse del pasado con facilidad y decidió conocerla. Entablaron conversación y se citaron primero para tomar un cafeinado y luego para cenar. Llegaron a Marte con lo que parecía una amistad en la mano. A la mañana siguiente y mientras usted desayunaba, alguien debió entrar en su camarote, dado que encontró este abierto y

sus cosas revueltas. No le habían robado nada, pero temió usted por la seguridad de sus memorias. De ahí pasó a extrañarse de lo rápido que aquella mujer, Joanna Sun, había querido entablar amistad, siendo como es ella una mujer de gran belleza y aparente independencia. Incluso albergando ciertas sospechas indefinidas, a la mañana siguiente acudió a su cita en el desembarco y juntos acompañaron al resto de su grupo de referencia a visitar Marte. Pasearon por sus cañones terraformados y visitaron las atracciones. Hacia el final de la visita, ella recibió un mensaje, supone usted que desde la Tierra. De repente, su actitud cambió. Parecía hasta recelosa. La relación entre ustedes se enfrió de inmediato y antes de regresar a la Sirio ella había desaparecido entre el resto del pasaje por lo que ni siquiera llegaron a hablar del mensaje o su actitud. Aquella noche tuvo sueños, dice usted, "llenos de paranoia y de desencuentro conmigo mismo". ¿Seguro que quiere mantener esto en la declaración? No creo que vaya a ser tenido en cuenta, sinceramente. Como usted prefiera.

—En fin, el trayecto hacia Júpiter era largo y tuvo usted muchas oportunidades para observar sombras que le acechaban desde un pasillo o para comprobar si la cerradura del camarote había sido forzada por segunda vez. Avisó usted al responsable de la seguridad en la nave, sin obtener respuestas satisfactorias. Luego hablaremos de eso. Sí, ya sé que usted desconfiaba de asistentes de a bordo, técnicos y pasajeros y sobre todo de aquella mujer, que le esquivaba tanto como usted a ella y que se limitaba a hacer una vida social discreta y tranquila.

—Durante el tránsito a Europa, al principio no quiso usted salir del camarote; "lleno de vergüenza", dice, simuló estar enfermo para encerrarse. Pero antes de llegar a Europa decidió ser más proactivo y salir, a la vez que vigilaba su camarote y sus pertenencias. En un momento dado, llegó a encontrarse de nuevo con la señorita Sun y grabar de forma irregular una conversación con ella. En esta grabación habría indicios de la conspiración de la que nos está informando, pero fue requisada por el personal de seguridad de la nave cuando acudió usted a informar de ella y se le pidió que olvidase el asunto. Sí, hablaremos con ellos, no se preocupe. Su persistente inacción le llevó a pensamientos de mayor sospecha.

—Por fin, la nave llegó a Europa. Debió de ser duro para usted volver de uno de los paseos programados y tras ver a alguien a quien no logró identificar marcharse corriendo de su camarote, encontrar este desvalijado. De inmediato pudo sentir algo de alivio al ver el maletín de sus secretos movido de su sitio pero sin que faltase nada en ellos. Imagino que debió sentirse muy contrariado. Esta vez hizo acusaciones bastante menos discretas a los oficiales, pero no hubo forma de demostrar la culpabilidad de la señorita Sun. Le prometieron buscar al culpable entre los tripulantes, cosa que a usted le pareció menos pérdida de tiempo que la vez anterior.

—Con esta ligera satisfacción en la que de todas formas decía no confiar del todo se decidió a bajar a ver los bosques y jardines. Yo también hice un viaje a Europa en mi luna de miel, es cierto que merece la pena.

—Ya en el trayecto entre Europa y Titán fue requerido por el oficial al mando de la seguridad de la nave. Le comunicó que habían capturado al delincuente, un pasajero que había sido hallado en posesión de lo robado en su camarote. Aunque piense usted que esto fue una maniobra de distracción orquestada para apartarle del asunto, ya le confirmo que tenemos en comisaría a un pasajero de la Sirio a la espera de interrogatorio. Hemos podido comprobar que su identidad coincide con la de un militar terráqueo buscado por homicidio.

—El resto del viaje fue para usted aburrido y tenso a la vez. Procuró no encontrarse con Joanna y ella hizo lo propio y esperó pacientemente a llegar a Encélado, donde suponía podría poner a salvo sus memorias en su hogar alquilado y contactar con agentes de la ley más eficaces, verbigracia, nosotros. La última noche del viaje, tras abandonar Titán en el breve salto hacia Encélado, volvió al camarote satisfecho y se tumbó un rato a esperar el atraque. Se quedó dormido y aquella siesta fue la vez que más y mejor descansó en todo el

viaje, tanto que hubieron de despertarlo porque ya había llegado al destino. Comprobó que era de los últimos en desembarcar. Llegó, de hecho, el último a la pasarela por buscar a su antigua amiga en la cubierta de desembarco sin éxito, con la idea de mantenerla vigilada y asegurarse de que cogía un taxi antes que usted. Bajó a la terminal y fue un momento al cuarto de baño. Y allí fue donde de repente se encontró frente al cañón de un arma.

Capítulo dos:
Caduceo, órbita de Mercurio.

[Fragmento perteneciente a la novela de género biofake "Las horas perdidas".
Por Imon Jonan]

"Dedicado a Mat Obrain, cuyas historias de largas guardias frente al monitor han inspirado este libro".

La luz roja encendiéndose en uno de los monitores le avisó de la activación del detector de movimiento. No era un motivo de alarma y no era obligatorio tenerlo conectado: solo en sitios clave y por cuestiones de seguridad las cámaras de vigilancia advertían del movimiento bajo ellas. Había otros parpadeando en ese mismo instante con el movimiento de los habitantes más madrugadores de la base que se dedicaban precisamente a esas tareas que requerían vigilancia intensiva. La verdadera utilidad de los detectores era ayudar en caso de una evacuación o descompresiones provocadas para detener un fuego, casos en los que es necesario saber dónde está todo el mundo, qué salas están vacías y qué salas no.

Pero en este caso la cámara cuyo detector el vigilante había decidido encender en ese turno enfocaba un pasillo de acceso a simples residencias. Aun así estuvo atento, porque era el pasillo de Dobn Hoevel. Dobn, el de Dobn y Danalee, el despechado, la comidilla de la base en estos días. Dobn, que salía del apartamento con su renuncia recién enviada y aún caliente en la bandeja de entrada del supervisor, con todo su pesar y su desgracia a hombros, abandonando un trabajo tan irrisorio como su físico, mezcla de torpeza adolescente, desesperanza cuarentona (su edad real) y parsimonia de anciano.

El hombre dejó que la puerta se cerrase sola tras de sí. Incluso sin que la cámara transmitiese sonido, quien le vigilaba imaginó el chasquido hidráulico como el único sonido que habría a esa hora en el pasillo. Dobn se alejaba en dirección al corredor principal donde desembocaba este, intentando no hacer ruido pero ligero; parecía que abandonase una habitación de hotel, con la tranquilidad de saberse libre, no como si no hubiera vivido allí varios años dejando dentro tantas cosas que le ligasen a la estación orbital. Llevaba una maleta, imaginaba el observador por su tamaño que con la ropa justa y suficiente para el viaje, y, por supuesto, su maletín de color blanco metacrilato donde guardaba todo lo que para él era importante ahora, un centenar de memorias seriales almacenadas en orden cronológico. Todos en la base sabían de la obsesión que mostraba Dobn por la seguridad de esa información, el trabajo de toda su vida aunque baldío e innecesario desde hacía medio siglo.

Su caminar ligero se truncó un poco más allá y pareció recordar algo. Se tocó el dedo anular de la mano derecha y por su gesto a punto estuvo de volverse. Atravesó su rostro en blanco y negro, distorsionado por la lente de la cámara, un gesto de pesadez, de hartazgo. En realidad, pensó el controlador, si Dobn se dejaba algo enviarían a un operario de limpieza (recordó al desagradable alienado que cultivaba su propio licor de restos en un semisótano y que limpiaba precisamente aquel pasillo) a recoger sus cosas para enviárselas a través del sistema solar hasta su nueva ubicación en algún lugar de Encélado aunque la dirección exacta, le había comentado una chica de administración que no sabía estarse callada, aún no la habían comunicado.

Dobn por fin reanudó la marcha sobre el alfombrado adherente, probablemente sin escuchar más susurro que sus propios pasos. Además de servir a la seguridad en caso de

que la rotación de la base se detuviese, la superficie ayudaba a la privacidad, tapando con su blandura los pasos que podrían haber molestado a quien durmiese tras de esas paredes demasiado ligeras que separaban unos espacios de otros. El madrugador analista pasó frente a un buen número de puertas tras de las que sus vecinos y compañeros de trabajo aún debían dormir. Por eso quienes andaban interesados por el jugoso cotilleo que llegaba a su fin le habían encargado al controlador estar atento a la marcha de Dobn; preguntarían a lo largo del día si le vio detenerse o no frente al apartamento de Danalee y llamar para despedirse, si montó una escena, si la insultó, si soltó uno de esos dardos que se meditan durante toda la noche hasta encontrar el mejor, si intentó terminar la relación como amigos o cualquier otro intercambio final. También, si lloró durante su marcha, si golpeó una pared o se miró en un espejo y lanzó una mirada acusándose de cobardía por huir.

Pero Dobn no se detuvo ante puerta alguna. El vigilante chasqueó la lengua frustrado sin saber que su pequeño esfuerzo habría sido de todas formas en vano; Danalee dormía esa noche en el sofá de una compañera de datos en un pasillo diametralmente opuesto que daba acceso a un módulo exterior más privilegiado, con mejor gravedad de rotación.

Salió al pasillo principal, una avenida desierta y lo bastante ancha para que la luz de los focos nocturnos no llegase a todos los rincones, evitando desvelar lo que hubiera tras del aparataje de servicio y control que corría por los muros. Tuberías untosas que se retorcían para evitar tableros de mandos y conmutadores protegidos por cristales con clave, extractores de dióxido pintados de color rojo y expulsores de oxígeno que, a esta hora en que la calefacción aún se mantenía baja, creaban una ligera neblina.

Ya era habitual atravesar la base entera en hora punta sin encontrarse más que a media docena de personas, por lo que, tan temprano, ser el único peatón no causaba asombro a nadie. Siguió adelante sin pararse a observar su soledad o espantar el miedo a ella vigilando los rincones opacos; la escasez de contacto era algo con lo que vivir allí y los grupos de compañeros, más que algo buscado o encontrado con base en la afinidad personal, eran una circunstancia de los muchos empleos necesarios para hacer funcionar la base y darle una utilidad.

En Caduceo viven unas 4.000 personas entre expertos en análisis, científicos de distintas disciplinas, técnicos industriales, personal de limpieza, abastecimiento, seguridad y servicio. No es la base orbital más grande del sistema, pero sí una de las mayores y la dotada con mejores instrumentos de computación para el estudio de fenómenos espaciales. Computación, que no observación, ya que la órbita de Mercurio es solo el lugar ideal para mirar al Sol, el cuerpo del sistema que más carga de datos aportaba y que justificaba el gasto en este aspecto que se podía permitir la base. Mientras el vigilante iba cambiando de cámara para seguirle hacia el área de ascensores, su forma de moverse le recordaba al día en que llegó a Caduceo, estando también él de guardia. Ansioso pero de paso ligero, llegaba para ocuparse del proyecto SETI para la localización de señales de vida extraterrestre, el cual, cumplidos doscientos años desde su fundación, se había reducido al trabajo de un solo hombre. La ciencia de nuestro siglo, preocupada como siempre en lo práctico y perentorio, se dividía entre quienes creían imposible contactar con habitantes más allá del sistema solar por cuestiones de pura pragmática física y entre quienes no le veían sentido a intentarlo, ya que después de haber logrado salir del planeta Tierra y colonizado marginalmente algunos de los demás trozos de terreno que flotaban alrededor del Sol, se había calculado que abandonar la influencia magnética del astro y someterse a la radiación y las distancias del espacio profundo requería un esfuerzo mayor del que la raza humana podría realizar sin extinguirse antes. Los recursos y el tiempo necesarios se habían destinado a la terraformación de nuevos entornos del sistema y acortar los tiempos de viaje entre ellos. El SETI se dejó como un proyecto residual y así siguió durante los quince años en los que Dobn había sido el único responsable de recopilar y analizar en los ordenadores de Caduceo la información sobre señales que le

llegaba desde las zonas marginales de la heliosfera.

Hacía solo seis meses empezó el desmantelamiento final e inexorable de lo poco que quedaba del SETI. Las cartas animando a Dobn a donar su trabajo a un museo y aceptar la recolocación que le ofrecían en otros puestos llegaron a un ritmo regular hasta hacerse impertinentes, según protestaba el analista ante quien quisiera escucharle. Para él se estaba haciendo un daño irreparable a la humanidad dejando de escuchar al exterior, pero cuando se le pedía explicarse solo daba respuestas esquivas que parecían indicar que tenía la esperanza de que algo ocurriese en breve o que sabía algo que no quería contar. Al final de tanto hacerse el interesante acabó por quemar la paciencia de sus oyentes, quienes decidieron que Dobn solo estaba defendiendo su orgullo y no algo más real.

Por entonces Danalee y él eran pareja y ella le apoyaba con medida condescendencia, como una madre que espera a que se le pase el disgusto a un niño. Sin embargo, también fue su presencia la que más pesó en la decisión de aceptar por fin el cierre de su labor. Un martes de primavera presentó su dimisión pulcramente escrita y la carta de aceptación del nuevo puesto de analista de plutoides en Encélado; dos horas después le pidió matrimonio al motivo de su renuncia. Ella aceptó sin la menor sorpresa, también como la madre que sabe que su hijo finalmente cederá. Si para Dobn fue una huida hacia delante o una forma romántica de que gastar el cheque de indemnización por los servicios prestados es algo que nadie llegó a preguntarle. Encargó un anillo de compromiso en las factorías flotantes de Venus y fijaron una fecha. El viaje de novios sería también el de traslado a Encélado, en un crucero de lujo. Ella no se despediría hasta una semana antes del viaje con objeto de ahorrar todo lo posible de cara a su nueva vida en el satélite saturniano.

En la base les llamaban DobleD, como el refresco, ya desde antes de ennoviar. Una broma que empezó el supervisor de ella tras coincidir la futura pareja tres días seguidos a la misma hora para tomar café en la misma mesa, cosa estadísticamente irrelevante pero suficiente en un entorno pequeño y cerrado como la base para crear un mote. En el fondo nunca salimos del colegio, dicen. Ellos, que seguramente ya se habían fijado el uno en el otro, decidieron convertir la broma en una costumbre y empezar a prepararse los cafés, hasta que de los sorbos y la conversación se pasó a las confidencias, de las confidencias a la intimidad, de ahí a los besos y al permiso oficial para mantener una relación en un entorno laboral orbital, que les fue concedido por el mismo supervisor de Danalee, encantado de comentarle a todo el mundo cómo su chiste había germinado hasta ese punto.

Saltando de cámara en cámara el vigilante continuó tras la imagen de Dobn por el pasillo hasta una sala circular mejor iluminada. Dobn levantó la mirada, sorprendido del cambio de luz que le sustrajo de sus pensamientos. Allí estaban los ascensores que subían y bajaban desde el núcleo central hacia las distintas plantas de la rueda de la estación. Es una estancia de buen tamaño, una de las cuatro iguales y equidistantes que hay en la base de la base donde uno puede esperar encontrarse con alguien a esas horas y así era: tres mujeres charlaban frente a la puerta de una de las puertas y un hombre esperaba cerca de otra, solo, fumando algo que exhalaba humo azulado, probablemente menta marciana. Dobn prefirió permanecer apartado de todos y esperar al que se abriese primero. Ambos ascensores lo hicieron a la vez pero el espiado se metió en el que ocupaba el caballero, que era el único que bajaba.

Pasó a la imagen del interior del ascensor por si comenzaba alguna conversación interesante. Los ocupantes de la cabina no parecían reconocerse. El otro hombre tenía una placa que le identificaba como técnico, un “mascador de aluminio” al que habrían llamado para alguna reparación temprana abajo. Se bajó en su planta deseando a Dobn un buen ciclo y el ascensor continuó hacia el exterior de la base.

Las puertas se abrieron directamente en la sala de embarque, sencilla y construida a lo largo de un recorrido de doscientos metros de la cubierta exterior, jalonado por los accesos numerados a las mangas de embarque. Solo uno de ellos estaba abierto: le esperaban a él.

Los otros dos pasajeros, quizá nerviosos por el salto, habían madrugado aún más que Dobn y estaban dentro de la pinaza que debía llevarles a la Tierra, donde enlazarían con el crucero de lujo Sirio IV, el mismo viaje que habían contratado juntos Dobn y Danalee para su "luna de miel".

El vigilante pensó en ese término obsoleto que Dobn usaba cuando se le preguntaba por el viaje, haciendo gala de su fama de hombre excéntrico en su lenguaje en general y en particular demasiado romántico. A nadie le extrañó que habiendo sido desmantelado su trabajo y abandonado por su prometida tres días antes de la boda lo aprovechase igualmente para hacer el traslado definitivo. Es más, los compañeros hasta le insinuaban que sería lo mejor para él marcharse pronto, como si ya hubieran elegido bando y prefiriesen, de largo, que la mucho más sociable Danalee fuera la que se quedase en la estación espacial. Dobn, después de todo, no haría otra cosa que atosigarles con comentarios sarcásticos sobre el amor, declamaciones sobre esperanzas perdidas y otros comentarios similares intercalados en sus largos silencios. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era mejor que tuviera un sitio propio y lejano donde seguir mostrando su tragedia.

Dobn apenas se detuvo unos segundos frente a la exclusa para transferir al terminal de acceso y de ahí al ordenador de a bordo su documentación de embarque. Saludó a la asistente que le entregaba una USB publicitaria con toda la información sobre el trayecto y las líneas Translander. El iris de acceso se abrió y Dobn abandonó Caduceo con un solo paso.

El controlador, que había sido trabajador del sistema de correo transorbital, conocía bien el vehículo: una pinaza rápida que se componía solo de puente de mando, cinco cabinas privadas para el pasaje, otra común para la tripulación y una sala comedor, además del compartimento de carga y la computadora-correo con que están todas las naves obligadas a dotarse para llevar información de un punto a otro en memorias de alquiler. Algún día lograrán o naves más rápidas que la luz o un sistema fiable que transmita mensajes luminosos verdaderamente seguros que permitan emitir otra cosa que no sean canales de televisión pública. Hasta entonces el correo tradicional en discos duros transportados bajo sello seguirá siendo lo más seguro.

El vigilante apagó el monitor y suspiró. Nada jugoso que contar. Que le veía deprimido, diría. Que seguía amarrado a su maletín de memorias del SETI como si le fuese la vida en ello. Quizá inventaría que casi pierde el vuelo. Anécdotas de segunda clase.

Capítulo tres: Tierra, espaciopuerto.

[Fragmento del registro-declaración jurada del preso J-89006-TI. Relativo a acontecimientos previos al delito: hurto sin agravantes. Caso 02-J-89006. Confesión válida ante un futuro comité para la revisión de su condena en este delito y en el delito previo mencionado en este mismo informe: homicidio con agravantes. Caso 01-J-890006.]

No, nada de "Shak". Ni tampoco Shackary. Para ti soy el señor DePalma. Qué coño, sargento DePalma. Y yo no entré en el ejército manchándome de barro, sino de alférez universitario, así que no me trates como a un idiota. Exacto, lo has pillado, tú no me puedes tutear, yo a ti sí. Te puedo tutear y putear, los dos somos funcionarios pero ahora estoy a tu cargo, pago mis impuestos y con ellos tu puto sueldo. Así que toma nota y calla, loquero.

Vale. La decisión la tomé durante el final del embarque, ya en la nave, pero se fue fraguando en la terminal del espaciopuerto, en la Tierra. Ya sabe cómo es: a cada poco tiempo las cintas automáticas van dejándote con los demás pasajeros frente a puertas de acceso que dan paso al siguiente sector. Hay que realizar un total de quince trámites burocráticos distintos para poder embarcar en un vuelo transplanetario, incluyendo comprobación de identidad, de billetes, seguro de vida, escáneres corporales y de equipaje, cuestionario de preferencias alimentarias y sanitarias y consentimiento de gestión publicitaria de todos los datos obtenidos.

Recuerdo que estaba un poco agobiado; toda esa gente de paso, de enlace a alguna otra parte sin tiempo para visitar el planeta, tensos, pendientes solo de la documentación y el proceso de embarque. Tampoco es que se fuesen a perder mucho por no visitar la ciudad. ¿Conoces Chicago-Diageo? Un cementerio bullicioso, un ordenado maremágnum de actividades controladas, encauzadas, anatema de la espontaneidad, con sus bosques replantados, las autopistas donde murmuran columnas automáticas de vehículos conectando todas las ciudades del planeta a través de montañas, mares y desiertos, ciudades que se parecen todas entre sí, financiadas y reducidos sus impuestos en cada calle, en cada parque y hasta en el nombre con la presencia publicitaria de una industria u otra. Quería salir de allí. No solo por que el planeta me resultase angustioso y cerrado sobre sí mismo. Ya había matado a mi superior y me estaba preguntando si no tendría que matar también a una segunda persona, allí mismo, en la cola de embarque...

Sí, me refiero a él. ¿Cómo me ha dicho que se llamaba? ¿Hoevel? Me tenía verdaderamente cabreado. Yo estaba observando la publicidad para distraerme, esos paneles, ya sabes, de colores suaves que cambian para transformarse en imágenes dulcificadas y retocadas de los principales atractivos del, dígase con tono ceremonioso, "planeta origen de la especie". La monumental Comunidad Europea, nación de servicios, estatuas y excursiones con París como clásico inevitable, los edificios del gobierno en América y algunos retazos de aventuras exóticas a lugares despoblados y aún en recuperación de Asia y África; Australia y Oceanía, que se muestran poco, son sitios para trabajar, no para el turismo.

Al grano. Fue delante de uno de estos carteles cuando me aparecieron las ganas homicidas. Yo me había fijado en la chica, y quién no; nos habíamos cruzado antes en las expendedoras de billetes con reserva. Pues allí en la cola la mujer parece lanzarme una mirada de esas escrutadoras, de arriba abajo. Pero de inmediato, siguiéndoles la línea de tiro a las pupilas, concluyo que no me mira a mí, sino al otro tipo, al del maletín, a ese calvo de paseo aparatoso sin carne ni gracia que estaba montando el atasco en la fila delante. El muy capullo se estaba haciendo un lío con la documentación que le pedían sin que él acertase nunca a la primera. Intenté cruzar la mirada con ella para hacerle ver que pensábamos lo mismo de ese inútil. ¿Para qué una mujer como esa iba a prestarle atención a un hombrecillo tan gris, escueto, sin importancia, si no era para reírse?

Ay, amigo, menuda hembra. Llevaba unos pantalones de corte masculino y esa chaqueta *vintage* vaquera en cuya espalda se había grabado el sol naciente japonés como si fuese una macarra de aerociclo. Aun así, resultaba femenina en cada paso que daba, haciendo bailar un tango lento a su espalda con la melena, un poco rizada, muy cobriza, larga hasta media columna. El rostro, sereno y moreno, apostaría a que acostumbra a disfrutar del aire libre. Como todos, había recibido un poco de tratamiento estético pero se había dejado adrede algunas marcas de edad, ese tipo de gesto intelectual, maduro, que refleja suficiencia. Yo diría que era una cuarentona, pero bien conservada. Antes de fijarse en ese capullo había lanzado miradas intensas al exterior a través de los ventanales mientras fumaba cigarrillos de fresa o mora, no sé. Viajaba sola: podría ser una ejecutiva de las poderosas compañías metalúrgicas, alguien de mente abierta y alma imaginativa pero corazón de tiburón capaz de hacer bromas sobre el accidente industrial del 2118 en Ceres mientras te comunicaba que te despedía por bajo rendimiento. Sería un viaje para descansar ordenado por el médico; mucho estrés, una mujer con poder, acostumbrada a depredar, que pasaría las noches sola en el bar de la nave, las mañanas durmiendo y las tardes en el gimnasio. La combinación de figura esbelta, cabellera roja, estandarte nipón, pose salvaje, humo exhalado y alma darwiniana me hizo pensar en un dragón.

Esperaba su turno en la fila inmediata y paralela a la nuestra. Hoevel no se fijó en ella hasta que quedamos a la misma altura en la fila. La mujer dragón le miró directamente a los ojos y él le devolvió la mirada con una sonrisa boba. Pensé, qué idiota, no se da

cuenta, está dormido, cree que han cruzado la mirada por azar. Dios le da cebo a quien no tiene anzuelo. Para mayor fastidio mío, ella le devolvió la sonrisa. Ni siquiera así se enteró el hombre de su falta de inteligencia y devolvió una sonrisa aún más estúpida, educada, para volverse a mirar la fila y pensar en sus cosas. Vaya desplante. De verdad, de no haber tenido que ser prudente, le habría enseñado a ese pelele cómo se ha de devolver la sonrisa de una mujer así.

La prudencia, por desgracia, era muy necesaria. No había elegido este viaje por ser de placer o por tener a mucha gente a mi alrededor entre la que camuflarme. En la Tierra hay casi doce mil millones de habitantes y cualquier persona que pasa temporalmente por tu vida desaparecerá para siempre a los dos minutos de habértela cruzado, por lo que para mí la cola del espaciopuerto era una cárcel ambulante en la que no estaba preso pero podría llegar a estarlo si el cadáver de mi teniente era encontrado y la orden de captura se emitía antes de que pudiese embarcar bajo nombre falso, cosa que empezaba a parecerme cada vez más cercana cuanto más retrasaba el imbécil sin carisma la entrega de sus papeles. En realidad había elegido ese viaje porque era el primero en salir que llevase tan lejos, no me importaba lo que hubiera que pagar y entre tanto pasajero acaudalado encontraría a quien hacer compartir mi desgracia robándole la identidad.

Impaciente pero impotente, me dediqué a mirar de nuevo a la pelirroja e imaginar historias en las que entablábamos conversación y yo la animaba a tomar una copa. Ella, cuando la acompañase a la puerta del camarote me pediría que le contase mi vida y yo sellaría sus labios con un fuerte beso para dejar claro que hay asuntos sobre mí que una mujer de buena familia como ella no debería saber. Ya, es un tópico, pero soñar no cuesta nada y es agradable.

Pasamos por fin el último control y accedimos al muelle. Aún teníamos que caminar casi un centenar de metros por su estructura transparente hasta la nave. Se sentía uno pequeño y abandonado en medio de la pista de despegue y frente a la mole que nos esperaba. Medio kilómetro de altura colocada en vertical, pintada de azul y verde, los colores de la línea OverXpress, y rodeada de operarios, camiones, furgonetas trayendo el equipaje, cintas de transporte con el aprovisionamiento y mangueras de combustible.

Busqué la fila correspondiente al ascensor de mi cubierta, segregada por el coste del billete, y allí dejé de verla. Mientras recorría el fuselaje hacia arriba, el ascensor lanzaba un mensaje de despedida grabado que debía parecernos simpático. Algo así como "ahora que dejan el suelo de la Tierra hacia otros mundos de mierda aún a medio terminar, permitan que en nombre del Gobierno corrupto, su Ministerio de Turismo y sus prostitutas les agradezcamos las visitas que hayan realizado y expresemos nuestro deseo de volver a verles a ustedes y su dinero pronto". Algo así.

Me bajé en mi cubierta para sumergirme en un mundo de sonrisas profesionales y luz agradable, tan regulada como el disfrute del lujo estratificado por clases del que dispondríamos durante el viaje. Me proporcionaron medicamentos para la pérdida muscular del vacío y me adjudicaron un camarote al que decidí no acudir de inmediato. Les pedí que llevasen mis maletas adentro y me eché sobre una de las tumbonas con vista panorámica de la borda acristalada para ver el despegue. Sentí el tirón de la gravedad quedándose allí abajo; a medida que el peso del mundo y de un cadáver reciente oculto en la habitación de un motel fueron desapareciendo, mis náuseas mejoraron.

Me olvidé en ese instante de mi teniente, de sus insinuaciones asquerosas y de la trampa que le tendí para hacerle pagar por todas esas noches de guardia extra. De la cara que puso cuando entró en la habitación y no solo me encontró vestido, al contrario de lo prometido en mi nota, sino con un arma en la mano. "Debería darle vergüenza" le dije justo antes de evaporarle la cara de un disparo. "Es usted una mujer casada". Y cuando conseguí olvidarme de todo eso tomé la decisión de empezar mi nueva vida en Encélado con la documentación y el dinero de aquel pobre imbécil.

Capítulo cuatro: En ruta a Marte.

[Mensaje personal del agente de seguridad Ablo Aranjo a bordo de la PSS Sirio IV a su novia en GMadrid, Tierra.]

Hola, de nuevo, amor.

¿Todo bien? Nos escribimos tan a menudo que no sé ya qué preguntarte. Por eso también me lees mencionando cosas tan triviales de mi trabajo. No, no te asombre que sepa tanto de temas técnicos de la nave. Verás, con la Sirio se tardan casi dos días en llegar desde la Tierra a Marte. Es el salto interplanetario más pequeño de los que damos, 120 millones de kilómetros en esta oposición, por lo que tan pronto pasa un tiempo prudencial para que los pasajeros se sientan mejor del mareo, cubierta por cubierta les vamos dando un paseo turístico por las entrañas de la nave.

Yo tengo que acompañar al grupo en la visita de presentación para asegurarme de que ningún pasajero se queda rezagado o hace el tonto con el material, se mira pero no se toca, y he llegado a aprenderme de memoria el texto de tantas veces como lo he escuchado: "La nave mide noventa y cinco metros de manga máxima, cuatrocientos cincuenta metros de eslora máxima y el registro bruto es de doscientas trece mil toneladas de desplazamiento. Fabricado por la empresa terráquea Echo Yards, tiene capacidad para más de cuatro mil quinientos pasajeros a bordo, divididos en seis cubiertas. En el comedor de tres niveles pueden sentarse dos mil quinientos pasajeros simultáneamente. En sus miradores de borda hay más de mil quinientos asientos y un gimnasio con tecnología magnética que mide más de mil metros cuadrados sin contar los casi mil más en salas especiales para practicar distintos deportes".

Perdona si te aburro. Quería contar algo que pasó el otro día, durante esta visita guiada precisamente. Justo después de que el monitor soltase todos esos datos que te acabo de transcribir, llegamos a las puertas marcadas con el distintivo amarillo que significa "pase solo con personal autorizado". Estas se abren cuando paso mi tarjeta y les invito a entrar en la sección de ingeniería. Espero a que todo el mundo haya entrado, me aseguro de ello, en realidad, y entro también.

"Y este es el motor de tránsito, la joya de nuestro sistema de desplazamiento interplanetario". Ahí suele elevar el tono de voz para darle resonancia e importancia al momento, aprovechando también que estamos bajo una cúpula de silicio donde se encierra el motor principal de la nave. Suelos esterilizados, ingenieros y operarios vestidos con uniformes sin una pizca de grasa yendo y viniendo, flotando libres por el aire o agarrados a cables de transporte. "Como ven, por su tamaño, aquí es más práctico no usar el adherente o el magnetismo para mantenerse en el suelo y los trabajadores aprovechan la ausencia de gravedad para trabajar con más libertad y acceder rápidamente a toda partes. Por supuesto, son expertos acróbatas antes que ingenieros".

Ahí sonarán algunas risas mientras los pasajeros admiran la estructura. Como te hice confundirme con un cerebro privilegiado con ello en mi anterior mensaje, deja que ahonde en tu error con más detalles. El motor de tránsito de una nave como la nuestra es una masa de metales ligeros conectados en oblicuo por tuberías al suelo y por un cableado brillante y bien aislado a los sistemas de control del techo, sobre el que se sitúa una sala de mando que puede verse a través de la cúpula. Medirá más de ocho metros de alto por doce de diámetro y en su interior se ve pulsar el circuito de hadrones que permite crear la energía suficiente para que los impulsores, distribuidos alrededor del casco de la nave, la deslicen a una velocidad lo bastante cercana a la de la luz como para permitir llegar en tan poco tiempo a la órbita exterior del sistema. "Calculen que por efecto de la relatividad, para cuando regresen a casa tendrán unas semanas más, pero para sus familiares planetarios habrán pasado unos dos años. Qué envidia les tendrán, ¿verdad?". Más risas. Es un buen profesional, años después sigue pareciendo espontáneo y hasta lo hace parecer deseable. Por favor, amor, sigue trabajando en el espacio hasta que nos jubilemos los dos; no soportaría que la diferencia de edad nos separase.

En este momento el guía comienza a explicar detalles históricos de la PSS Sirio IV, salpicando su discurso con profusión de anécdotas sobre famosos músicos, actores, exploradores y científicos que han disfrutado de este y sus anteriores cruceros Sirio gemelos desde que hace setenta años la OverXpress pusiera en marcha este proyecto, inspirándose en otros visionarios como los que fundaron los míticos Orient Express, Freedom of the Seas y Atlante en siglos pasados. Sí, es una sobredosis de orgullo pero estamos hablando de la nave de mayor tamaño del sistema solar, sin contar las bases espaciales.

De todas formas no te quería hablar de la nave ni de la visita, sino de algo que vi durante ella y me hizo recordar el día que nos conocimos. ¿Te acuerdas? Pasaste a mi lado distraída, me golpeaste en ese hueco estúpidamente diseñado por la naturaleza entre el húmero y el radio y yo solté un bufido de dolor. Según tú un accidente así era signo de buena suerte. "¿Y he tenido suerte?" te pregunté. "Si quieres, podrías tener mucha" me respondiste. Aún estoy pendiente de que confieses: lo hiciste adrede, estoy seguro.

Pues a bordo pasó algo parecido e intuyo que a ella también le guiaba la intención, buena o mala, de conocerle. Era una pelirroja desencuadrada con el resto de pasajeros, falta de esa abulia que les tiene a todos cogidos por las gónadas y que nace del dinero, la fama o el poder que acumulan. Pasó a su lado, distraída, y le tocó el codo pidiéndole espacio con un exceso de confianza. Estaban cerca de mí, así que su perfume sintético oriental, estupendo complemento para una cazadora estampada con el sol naciente en la espalda, me dio tan de lleno como a él. Al pasar le miró apartándose de los ojos, con cálculo perfecto, la melena rojiza. Él se volvió con una sonrisa de leve cortesía en los labios y con intención de retornar a sus pensamientos de inmediato, pero hubiera sido descortés hacerlo: ella no seguía su camino, se detuvo junto a él y clavó los ojos, pardos y apostaría que clareados con nanocosmética, en los suyos. Seguía sonriendo, sin apartar la mirada.

—Tú también te has cansado de escucharlo, ¿verdad? —le susurró ella, sin mostrar complicidad en los gestos ni con la expresión de la cara, pero sí con el tono—. Te llevo viendo un rato aquí atrás y me has dado la idea; venirme aquí y hacer como que escucho. ¿Te importa?

Él negó con la cabeza y susurró una respuesta, pero el megáfono del guía la ocultó y el grupo comenzó a moverse de nuevo hacia las escaleras, rumbo a la terraza de ese mismo nivel para un refrigerio. Esta es la parte más aburrida del recorrido, ver cómo las clases altas del sistema abordan los canapés como niños en una fiesta de cumpleaños. Me dije que sería más entretenido escuchar la conversación de estos dos porque estaba claro que algo quería ella y no podía ser un romance, no con aquel tipo. Antes de que me digas que yo no sé lo que una mujer busca, recuerda cómo te la he descrito a ella y espera a que te hable de él.

Lo primero que piensas al verle es que es un hombre triste. Ni presta atención a lo que pasa ni parece que su imaginación discurra por recuerdos que merezcan la pena. Uno diría por la expresión arrugada del rostro que es de los que se regodean en recordar lo amargo de su paso por la vida. Camina doblado sobre el pecho, los brazos a los costados, siempre examinando el suelo desde la ventana de sus gafas y peinándose hacia atrás un cabello corto y seco, sin lustre, para ocultar el incipiente descubierto de la coronilla. La piel tan pálida que las venas sobresalen más violetas que azules y los ojos inyectados de cansancio. Delgaducho, blando, arrastrado y mal vestido. Al menos en eso destaca; como ella, no parece uno más del grupo de nuevos ricos que viaja en la Sirio. Pero a diferencia de ella, cuyas prendas demuestran calidad y un falso desaliño comercial, el atuendo de él, falto de originalidad y de ajustes a medida, parece sacado de una tienda orbital. Parecía el hombre más inofensivo del mundo. Ella fue la que retomó la conversación. Intentaré transcribirte lo que recuerdo, pero sé indulgente si me dejo cosas y luego no sé aclarártelas.

—¿También viajas solo? No sé por qué la gente se empeña en viajar acompañada siempre, especialmente cuando es por placer. ¿Qué mayor placer puede haber que perderse?

—¿Eh? Sí. Bueno, yo viajo más o menos por trabajo.

—¿Y por trabajo te subes a un crucero?

—Bueno...

—No me lo cuentes si no quieres.

—No pasa nada. Estoy haciendo mi traslado a Encélado.

—¿Trasladarte? ¿Te mudas?

—Sí, y cambio de empleo. Este viaje iba a ser de placer y compartido pero la otra persona decidió no venir.

Ella sonrió y asintió callada, como si ya lo supiera todo de él con esta conversación. Yo tuve que moverme cerca del guía para dar una sensación corporativa en el discurso final y les dejé allí atrás.

El discurso consiste en decirles algo bastante estúpido, una anécdota que ahora no recuerdo, cuando llegan a la terraza y ante la contemplación del espacio moviéndose suavemente alrededor. Todos ríen por lo que debe tener gracia aunque para mí la haya perdido. A ella la vi soltar solo una sonrisa irónica vuelta hacia a él para hacerle partícipe, doblando una ceja, de que el chiste le parecía también un poco soso.

Bueno o malo, el chiste es la señal para que yo pulse el mando ambiental y cambie las luces de las paredes a un tono anaranjado, con veteado verde: los colores de la bandera marciana. El guía anuncia que eso significaba que ya estamos a menos de la mitad de camino del planeta y se despide del grupo con algo de prisa por pasar al siguiente dejándoles allí disfrutando del refrigerio.

Como mi papel pasa a ser el de esperar a que vayan saliendo poco a poco todos y la sala quede vacía para el siguiente turno de turistas, volví a la parte de atrás y a una altura en que podía escucharles de nuevo. Ella bostezó. Les ofrecieron algo de beber.

—Voy a echarme pronto, quiero estar fresca para la visita. ¿Te veo mañana en el desembarco?— le dijo ella al alargar la mano para presentarse. —Me llamo Joanna Sun. Jo.

—Dobn Hoevel.—se presentó a su vez.

“Jo” se marchó de allí, dejándole una sonrisa a él y muchas dudas a ambos. Siempre he dicho que nuestro primer encuentro fue planeado, que me sorprendiste con tu descaro y que todo parecía preparado de antemano, como si tuvieses un plan y el destino te hubiera avisado para ponerlo en marcha justo conmigo. Siempre has dicho que son imaginaciones mías, que nadie haría algo así y aquí tienes, un encuentro muy parecido al nuestro y apostaría que también planeado por ella. ¿Qué opinas? Intentaré hablarte de cosas más personales la próxima vez pero me exigiste un mensaje diario y hay poco con lo que sorprenderte en este viaje. Por muy fascinante que pueda parecer un crucero por el sistema, está lejos de ser la fantasía romántica que esperas.

Capítulo cinco: Marte, superficie.

[Diario de Joanna Sun. Entrada del ciclo 8 de la rotación 11 del 2189]

Querido Diario,

Marte es un parque de atracciones. No en un sentido figurado, sino literal. Había oído hablar de la enorme extensión de zonas recreativas, tanto que lo convierten en el lugar turístico más importante del sistema, pero verlo de cerca te hace consciente de las verdaderas dimensiones intelectuales de dedicar un mundo entero al servicio del ocio. Para casi cualquiera que salga de la Tierra, no tiene sentido otro viaje que no sea ir a Marte, los demás están demasiado lejos y tienen poco que ofrecer. Solo los ricos o los que tienen mucho tiempo, situaciones que suelen ser coincidentes, realizan travesías más largas.

Así, tenemos un planeta casi del todo terraformado, en el que algunas formas de vegetación se reproducen sin ayuda humana y el clima ha pasado de catástrofe constante a problema con el que lidiar, un problema que al menos en las zonas donde se instalan las atracciones es menor. La población residente aún no pasa de los ochenta y cinco millones de personas; lo cual no está mal y da una cierta esperanza a la sobresaturada Tierra. Se empiezan a ver las caras de nietos nacidos aquí con ayuda de la medicación y la terapia

genética que les adapta a la menor gravedad y presión sin necesidad de trajes lastrados, complementos hormonales y respiradores, que es el pack básico que nos proporcionaron a todos los pasajeros de la Sirio al aterrizar.

Me encontré con mi objetivo, como habíamos acordado durante la visita a la nave, en el ascensor de desembarco. Nos saludamos con una sonrisa y nos unimos al grupo de turistas conversando sobre alguna nadería. Dobn parecía chispeante, casi diría que flirteaba conmigo, así que el trabajo parecía medio hecho.

Nos dejaron a la entrada del más grande de los parques temáticos: Viajes Fantásticos. Un camino de baldosas amarillas bajo el cielo cobrizo circulaba entre campos de hierba dura y filosa. Prohibido tocar sin guantes, por las alergias. Los flashes de las cámaras inundaron la ruta. El camino nos llevaba hasta un palacio verde esmeralda sobre el que volaba en ciclos exactos una nave automática que venía a ser un cruce entre la bala lunar y el *Nautilus* de Julio Verne. A las puertas del palacio, agentes turísticos vestidos como los orgoides de Páramo Andrómeda, la novela de ficción que anticipó los motores de hadrón, nos entregaban tarjetas de presentación que podíamos leer en nuestras pulseras.

En un capítulo de Páramo Andrómeda, el protagonista está invitado a una fiesta en la catedral civil flotante de Orgon, embajada temporal del desvencijado imperio terráqueo que acaba de descubrir que no está solo en el universo. Le ofrecen una habitación con caja fuerte para guardar su maleta si lo desea y poder pasar allí la noche antes de su vuelta a Andrómeda. Pero cuando terminada la fiesta regresa, encuentra la puerta de la habitación entornada. En un principio está seguro de que se trata de un robo, pero no le falta nada. Temeroso de que se haya copiado información importante de los informes que lleva consigo, el protagonista, que tiene el pomposo nombre de Misha Starmann, redacta una protesta formal con la que queda en ridículo cuando se le hace notar que el servicio de limpieza orgoide tiene por costumbre tradicional dejar las puertas entornadas como señal de confianza y de su paso por la habitación. La novela, que hoy día resulta poco comprensible para los escolares obligados a leerla, pertenece a una época en la que este tipo de confusiones sociales eran tan celebradas y emocionantes en las historias de ficción como antiguamente lo eran las persecuciones y combates viriles u hoy las tragedias basadas en las paradojas étnicas. Dobn me ha comentado que la atracción le recordaba ese momento de la novela porque, decía, acababa de vivir algo muy parecido, esa misma mañana. Me he dado cuenta entonces de que lo que yo había tomado por galantería y flirteo arrojado era nerviosismo, tensión emocional fruto de un disgusto reciente.

—¿Es que te han robado? —le he dicho. Él ha movido la cabeza en un gesto ambiguo—. ¿Lo has denunciado?

Al volver de desayunar la puerta de su camarote, en efecto, estaba entreabierta, me ha explicado. Si se trataba del servicio de limpieza, se habían adelantado mucho a su horario. ¿Quizá hoy había alguna razón técnica para empezar a limpiar por su zona? Pero al abrir la puerta encontró la cama tan desecha como antes y las toallas sin reponer. Se preocupó, claro: por primera vez desde que salió de Caduceo había dejado su maletín de trabajo en el cuarto. No, no ha dicho “maletín de trabajo” sino “memorias de trabajo”; ha sido después cuando me ha explicado que estaban en un maletín. Le he preguntado si no había encerrado el maletín en la caja fuerte que, como el protagonista de la novela, cada pasajero tenía a su disposición en el camarote. No, él, “idiota, idiota”, se decía, lo había dejado en el armario, junto con la ropa y el calzado y los amarillentos trozos de la tela adhesiva de emergencia.

Examinó el maletín en busca de rasguños, golpes nuevos o señales de haber sido forzado no visibles a simple vista. Pero nada. Las memorias estaban al completo. La cerradura, intacta. La mente, en cambio, bien abierta y desbocada hacia la angustia y el temor. Pero ya estaba, todo había pasado. “Habrá sido mi imaginación”, le intentaba quitar importancia; se debió dejar él mismo la puerta abierta. Además, le habrían robado, de tener alguien interés, el reloj, un regalo bastante caro, importado de la Tierra. O la cartera con la tarje-

ta de efectivo. Pero no un maletín portamemorias viejo que a simple vista debía estar lleno de recuerdos y fotos. No, para robarle el maletín habría que saber que había algo importante en él y buscarlo a propósito. Ahí fue donde volví a notar otro matiz en su ansiedad; me estaba contando todo esto con el tono de voz que se utiliza para narrar algo que la otra persona ya debería saber. ¡Como si creyese, tal cual, que yo podía tener algo que ver con todo esto! Sus últimas frases desechando la posibilidad de un robo, llenas de matiz irónico, parecían una advertencia hacia mí. Pero yo soy una profesional y no me arredro por la imaginación sin domar de un cuarentón lamentable.

—Veo que es realmente importante para ti —saqué yo el tema mientras paseábamos por la cubierta de un Argos construido con madera marciana, unos pasos retrasados respecto del grupo.

—Es todo mi trabajo. Toda mi vida.

Su respuesta sonó más seca de lo necesario. No quería decirme nada más, pero sí me había contado aquello por un motivo muy concreto. Escrutaba mi rostro, buscaba algo en él. Me reí, como si su comentario sobre la importancia del trabajo hubiera sido una exageración innecesaria de la que ambos fuésemos conscientes pero al no secundarme él, callé y procuré excusarme o quizá excusarle.

—No es para ponerse así; haz con tus cosas lo que quieras. Te entiendo. Yo he tenido toda la vida una pasión tremenda por las chaquetas de tela estampada. Llevaba una el día que nos vimos en la cola del embarque. ¿No te acuerdas? Venga, te pillé mirándome.

Salíamos en ese momento de la atracción y delante estaban las indicaciones para dirigirse a las siguientes, entre las que podíamos elegir. El guía nos dio un mapa con un punto de cita para media hora después y los visitantes empezamos a dispersarnos en grupos pequeños. Le acerqué el documento a Dobn y le dije que quería ver la dedicada a Crónicas Marcianas. Me respondió que conocía el libro pero no le gustaba; en su opinión era una simple recopilación de historias que habían sido escritas por separado y unidas en su momento por puro interés comercial. Podían tener el mismo tema, pero la falta de cohesión le ponía nervioso. Aun así se resignó a mi entusiasmo y me siguió hacia allí junto con una cuarta parte del grupo, que habían tomado la misma decisión.

En una explanada de varias hectáreas habían recreado el paisaje marciano tal y como lo inventó Bradbury, una casa familiar marciana, la nave terráquea junto al río en cuyas aguas se miraban androides decorativos. Más allá el falso pueblo americano y hasta la casa *Usher II*, el colmo de la recurrencia. Por supuesto, quise entrar a ver justo esta a pesar de que la idea de visitar un homenaje apilado sobre otro parecía marear a Dobn; incapaz de simplemente disfrutar, lo miraba todo con disgusto y hacía comentarios sarcásticos. Le dije que el problema no es que fuera una mala idea, sino que él no la entendía.

—Las buenas o malas ideas lo son en función de su equilibrio y calidad; pueden ser medidas.

—Ya no sé si eres un romántico irremediable o justo lo contrario.

Le obligué de todas formas a adelantarnos a todos y entramos en la casa los primeros. La atracción era en realidad el colmo de la sencillez y el cliché. Un pasillo central a cuyos lados se iban alternado salas de exposición con escenas en holografía barata representando momentos de la obra de Poe. Unas aparecían en el cuento de Bradbury y otras no lo hacían, como si el autor de la atracción hubiera querido no ya carecer, sino presumir de carencia de criterio, sumando al homenaje del homenaje un tercero. A mi pesar, empezaba a entender a Dobn.

El corredor se hacía más oscuro a medida que avanzábamos hacia la salida, cegada por una puerta tan falsa en su antigüedad como todo lo demás. Yo parloteaba sin vergüenza describiendo en voz alta lo que veíamos con mi entusiasmo de aficionada y sin dirigirme a Dobn en particular. A veces necesito expresar mis pensamientos en voz alta, ya sabes. Le pillé un par de veces mirando atrás y preocuparse porque nadie nos siguiera de cerca. ¿Qué pensaría que iba a hacerle allí, en un sitio público? ¿Besarle por sorpresa? ¿Arrinconarle y sacarle la ropa a tirones como si él

fuese un irresistible Vanburen, recién llegado sudoroso y triunfal de la pacificación venusiana? No soy ese tipo de profesional burdo y falto de clase. ¿O de verdad se creía víctima de un intento de robo y me tenía en mente como sospechosa?

Cuanto más permanecíamos en la oscuridad más aumentaba su aprensión, la respiración ahogada, incluso un rictus de miedo. Reconozco que lo disfruté un poco. Hay personas que necesitan la luz para ser valientes y dejarse llevar por el instinto y quienes necesitan la sombra para lo mismo. Dobn no es de ninguno de los dos tipos, ya te lo digo yo.

Bueno, me decidí a acabar con su suplicio, viniera de donde viniera. Aceleré el paso y abrí las puertas de salida con un solo empellón. No se lo esperaba: la luz le dio en el rostro por sorpresa. Me reí. Me gusta escuchar mi risa porque no es de esas cristalinas, chillonas, sino brava, sincera, llena de autosatisfacción; así la veo yo al menos. Aunque no siempre resulta ideal en mi trabajo, tanto jefes como clientes prefieren que una mujer resulte femenina, por muy duro que sea su oficio.

—¿Te ha gustado? La atracción, digo. No, ¿verdad? Al final ibas muy callado.

De nuevo a la fresca luz del sol, el rostro de Dobn se llenó del gesto habitual, mezclando miedos y esperanzas. Nos encontrábamos en un terreno abierto, frente a la atracción dedicada a los cazadores de asteroides de Yves Harris; en mi opinión, a la altura literaria de Bradbury, aunque con esa vertiente de fuerte sociología que había dado sentido de comunidad los trabajadores orbitales hasta el punto de reactivar los sindicatos. Dejó que le guiase directo al punto de encuentro, donde llegamos los primeros.

Los demás turistas del grupo fueron apareciendo poco a poco procedentes cada uno de sus atracciones favoritas. El guía sumaba cabezas para saber quién le faltaba cuando un oficinista del parque se le acercó con un sobre rígido en la mano. Le preguntó algo, nuestro cicerone asintió y se volvió hacia el grupo. Yo estaba en ese momento sacando una foto por lo que tardé un poco en darme cuenta de que voceaba mi nombre.

Mi agencia paga un precio astronómico para que pueda recibir cables rápidos en lanzadera. Era difícil no ver algunos gestos envidiosos admirando discretos la talla de los lujos que podía yo permitirme mientras recogía el sobre y me volvía hacia el parque de arbustos iánidos para leer en privado la memoria que se deslizó en mi mano al abrir el envío.

El mensaje era breve y claro; me cortó la respiración. Cerré la agenda y miré a Dobn. Me acerqué a él meditando a cada paso. ¿Cómo podía haberme confundido de forma tan absurda? Me le quedé mirando a la distancia de un abrazo y dejé inserto un silencio. En ese momento podría haberle confesado cualquier cosa y con mi rostro quería dejárselo claro: “puedes hablar, la tensión ha pasado, hay algo que ha cambiado y ya no me importa la regla que me obligaba a ocultar mis intenciones. En realidad, me caes bien, te lo habría dicho antes”.

Pero el momento pasó. Musité una excusa para buscar el cuarto de baño y lo cierto es que conseguí no volverle a ver hasta esa noche, en la cola para acceder de nuevo a la nave, muy por delante de mí. Solo una vez miró hacia atrás y pudo atisbarme entrando con el resto del grupo. Su cara era a la vez cenicienta y Cenicienta. No procuró esperarme por lo que no me hizo falta esquivarle al entrar. Fui directa a mi dormitorio y hasta aquí que te he abierto y me he puesto a escribir. No sé cómo se van a tomar esto mis jefes ni cómo me las voy a apañar con este hombre a bordo hasta el final del viaje.

Capítulo seis: En ruta a Europa.

[Diario del Tercer Oficial Berri Lerman, en tránsito Marte-Europa, 8r11 del 2189.]

...y entrando en asuntos de seguridad, el señor Dobn Hoevel de la C2b ha venido a mi oficina esta noche afirmando haber estado bajo vigilancia de una o más personas durante lo que llevamos de trayecto y está seguro de

poder identificar a una de ellas, cierta pasajera con la que, no oculta, había entablado lo que creía era una sincera relación amistosa. Dicha pasajera es la señora Joanna Sun de la cubierta 2a, quien también hace el viaje completo y que tiene ya reservado un billete de vuelta con nuestra compañía, aunque no en clase crucero.

Según el señor Dobn, trabaron amistad de forma falsamente azarosa: los acontecimientos le han llevado a pensar que no había casualidad en tales encuentros sino un motivo muy concreto, que algo necesitaba ella de él. Al preguntarle si consideraba que algo le hiciese digno de vigilancia, habló de unas memorias virtuales que transporta en el viaje, según él de un gran valor científico "por determinar". Hago constar que a pesar de esta información ninguna agencia pública o empresa ha pedido reforzar la seguridad de su persona.

La misma mañana de la llegada a Marte el señor Hoevel detectó, afirma, un intento de allanamiento en su camarote, cuestión que no quiso denunciar en ese momento. He recalcado que considero tal silencio una imprudencia por su parte pero le he rogado continuar con la descripción de los hechos. Desde el momento del posible allanamiento, el señor Dobn afirma haber empezado a sospechar de la señora Sun, cuyo interés en su persona se le antojaba ahora repentino y poco natural. Sin embargo, durante la visita a Marte ocurrió algo que le hizo pensar que, si bien dicha pasajera está en el crucero en busca de algo o alguien importante, el interés por Hoevel se debía más a una confusión y no a algo más consistente. La señora Sun recibió un mensaje privado durante la visita a las atracciones y a raíz de él perdió de forma brusca el interés en nuestro denunciante. Según el pasajero, ella le habría evitado en el embarque, en la posterior cena y en la fiesta de "Despedida a Marte". Aun así, nos sugiere mantener una vigilancia discreta sobre ella en previsión de que pueda causar un daño físico o en los bienes de otro pasajero que sí esté en el punto de mira de sus intereses.

Sin duda se trata de graves acusaciones y aunque exageradas por lo que calificaría, tras mi conversación con él, como un espíritu excitable, ninguna de ellas, de ser ciertos los acontecimientos relatados, deja de tener algo de fundamento. Es por ello que he decidido investigarlas en la justa medida para no comprometer ni la seguridad ni la honra de pasajero alguno hasta comprobar o descartar la hipótesis que nos ha presentado el señor Hoevel.

[Diario del Tercer Oficial Berri Lerman, en tránsito Marte-Europa, 10r11 del 2189.]

Me he dirigido al señor Hoevel para preguntarle cómo se encuentra. La pregunta no parece haberle gustado, como si supusiera que se la hago pendiente más de su nerviosismo que de la veracidad de su denuncia de días atrás. Aun así me comunica que tras una primera noche inquieto preguntándose por los verdaderos motivos de esta mujer, por qué cosas la habrían llevado a confundirse, esta noche sí ha dormido bien. Quede claro que es opinión de este oficial que toda la historia de conspiración y acecho podría, y creo que es así, no estar más que en la mente del caballero, pues hemos seguido discretamente a la señora Sun dos días y su comportamiento no podría ser más normal.

Esa primera noche en blanco que afirma Hoevel haber pasado preocupado me parece más el fruto de su ego maltratado, puesto en la esperanza fallida de ser, aunque por un motivo erróneo, una persona del interés de esta dama, quien, he de decir en otro apunte personal, es lógico que resulte interesante para casi cualquier caballero.

[Diario del Tercer Oficial Berri Lerman, en tránsito Marte-Europa, 13r11 del 2189.]

De nuevo he querido dirigirme al señor Hoevel para comprobar su estado de ánimo y comunicarle que hemos decidido cesar en nuestra vigilancia de la señora Sun. Afirma haberse empezado a sentir deprimido, lleno de inacción tras pasar dos días enteros casi recluido viendo viejos vídeos de películas de Frenk Man y Zábita Oster con un generoso vaso de licor en una mano y un hidrillo humeando en la otra, haciéndose llevar los al-

muerzos a la cama y saliendo a pasear por cubierta en horarios extraños, en plena noche o buscando las zonas opuestas a aquellas por las que desde la borda se podía ver el paso de algún cometa importante; su intención es evitar a los demás pasajeros y en particular a la señora Sun.

Este comportamiento vagabundo no me había pasado desapercibido en realidad; una de esas noches, estando de guardia, le observé un rato, tumbado en una hamaca y haciéndose servir fermentos, por miedo a que se pusiera a sí mismo en una situación embarazosa. Para los demás pasajeros era fácil evitarle dado que se limita a sentarse tranquilo, sin atraer las miradas, casi ni la de viandantes ocasionales. No hubo ocasión de reprocharle nada y solo espero que recupere los ánimos lo antes posible y disfrute del crucero.

[Diario del Tercer Oficial Berri Lerman, en tránsito Marte —Europa, 4r12 del 2189.]

Me he encontrado por casualidad con el señor Hoevel, el caballero deprimido por el asunto de su relación fallida o hipotético allanamiento de su camarote la pasada rotación. Días después de nuestro último encuentro y manteniendo con él una conversación intrascendente, he encontrado a su otrora humor esquivo y cerrado derivando hacia una irritación sin objeto definido. Al menos eso le ha llevado a tomar la determinación de no seguir encerrándose a sí mismo. Ha empezado a salir a comer y ciertamente le he visto pasear con la barbilla algo más alta y la maleta semitransparente, descrita el día de su denuncia como la de sus memorias laborales, siempre a mano.

Me dice también que vigila la puerta del camarote, la posición de sus cosas en la habitación, el sonido de pasos enmoquetados tras de las esquinas. Especula con que todo lo ocurrido podía haber sido una confusión, sí, pero también, una distracción. La supuesta espía, ladrona o quién sabe qué otras teóricas y malevolentes profesiones, se podría haber enviado un falso mensaje a sí misma para distraer la atención del señor Hoevel.

Con tono claro y firme le he recordado que ni él ni nuestras pesquisas han arrojado la más mínima causa de duda acerca de la señora Sun y nos sorprendería y entristecería tener que avisar a un pasajero acerca de su comportamiento para con cualquier otro ocupante de este crucero. Creo que nos hemos entendido y se ha despedido con cordialidad.

[Diario del Tercer Oficial Berri Lerman, en trayecto Marte-Europa, 7r12 del 2189.]

Es necesario tomar alguna determinación acerca del asunto del señor Hoevel. Hoy ha sido él quien se ha presentado en mi despacho. En la mano traía una memoria nueva de las que venden en la tienda de la nave. Me ha dicho que contenía grabada una conversación mantenida con la señora Sun. Le he reconvenido severamente pero me ha interrumpido con explicaciones salpicadas de gestos extravagantes, tics nerviosos varios de los que he inferido un estado mental cada vez más deteriorado.

Según él hasta hoy no había vuelto a ver a Joanna Sun. La Sirio IV está atravesando en este momento el cinturón de asteroides y el espectáculo de observar a distancia las grandes masas rocosas salpicadas por breves destellos láser con que los mineros les abren las entrañas en busca de metal y agua atrae a los demás pasajeros a los ventanales de estribor, quedando la zona de babor apetecible para un paseo en calma.

Se encontraron a la vuelta de una curva amplia sin tiempo para cambiar de dirección y evitarse discretamente. Quedaron enfrentados en silencio unos segundos antes de empezar a hablar. He renovado mis protestas pero Hoevel ha insistido en poner la grabación antes de responder a preguntas muy lógicas: cómo es que llevaba una grabadora preparada, cómo es que decidió grabar la conversación, que este acto en sí delata que este encuentro no habría sido tan fortuito como dice. Al final de nuestra reunión confisqué al señor Hoevel la memoria, por lo que puedo reproducirla aquí, advirtiendo a los oficiales en prácticas o autoridades que pudieran leer este diario la ausencia de consentimiento por parte de sus protagonistas para ser reproducidas públicamente. La primera frase de la grabación pertenece a la señora Sun.

—Igual ya hemos hecho demasiado el idiota.

—Yo estaba esperando una explicación tuya.

—Mira... no creo que te la vaya a dar. Digamos que me he equivocado, que buscaba a alguien y no lo he encontrado.

—¿Que me has confundido con otro? ¿Qué estabas buscando en realidad?

—No, Dobn, no vamos a hablar de esto. Si de verdad no puedes pasar sin preguntármelo, terminamos aquí la conversación y no te vuelvo a molestar. Pero si te da igual el porqué y estás dispuesto a empezar de cero, yo también.

—Me vas a decir que podemos ser amigos. No digas eso, es un tópico.

—Si no quieres, no.

—Lo que de verdad me va a exasperar durante las próximas semanas no es saber por qué dejaste por las buenas de hablarme, porque sobre eso al menos tengo un motivo, que no conozco pero estaría en la carta que recibiste.

[Aquí se produce un silencio de varios segundos antes de que Hoevel vuelva a hablar]

—Cuéntame solo una cosa: por qué te acercaste en un principio a mí.

—Me pareciste simpático.

—Vamos.

—Está bien. Piensa que miento. Que me acerqué a ti por interés y que he descubierto que ese interés ya no lo tengo. Incluso si fuese así, ¿no podemos ser amigos?

—¿Ves? Ya lo has dicho.

—Tú me has obligado.

La descripción del señor Dobn de esta conversación es bastante confusa incluyendo los motivos para desconectar el micrófono en ese preciso momento. Según él, el subtexto indica algo similar a una confesión sobre intereses turbios. Por supuesto, no le doy crédito y dudo que nadie que lea esta transcripción vea algo más que la confesión de un interés romántico malogrado sobre el que ella no desea hablar.

Nuestro pasajero afirma no ver reducida del todo su inquietud respecto de la señora Sun pero de todas formas y sin gustarle el acuerdo de tregua propuesto por ella, estaba dispuesto a respetarlo. La invitó a comer ese mismo día y no protestó cuando la señora Sun dijo que era demasiado pronto para invitaciones. Se acercaron juntos a ver alejarse el cinturón de asteroides cuando apenas quedaba nadie interesado y esta noche han acudido a la proyección de una película en la cubierta de recreo; ambos consideraron que el manejo de los efectos de distorsión mareaban y que la inmersión en la trama no era total por culpa de ello y que los actores, en cambio, estaban logrados. Tomo nota de cara a la programación de proyecciones en el viaje de vuelta.

Se sentaron a tomar algo en la barra por iniciativa de él y también por la de él más tarde cenaron separados, él en su camarote y ella con unas personas a las que encontró y que resultaron socios de un socio. Tras la cena, Hoevel decidió venir a verme.

He procurado entresacar de esta reunión lo más positivo para felicitar al pasajero por aquellos puntos en los que ha mostrado caballerosidad y serenidad. He recalcado que deseo que este asunto quede olvidado lo antes posible y su relación con la señora Sun sea cordial. Nuestra tranquilidad es la de nuestros clientes y en este sentido nos alegra no haber recibido queja alguna de la pasajera; y, he terminado, estamos seguros de no ir a tenerla. No obstante, y por cuestiones de privacidad y legalidad, le he requerido la grabación que él ha accedido a darme sin más. Se ha marchado, si bien no bruscamente, con cierta frialdad en el saludo.

Como digo, incluso con esta finalización del encuentro creo que ha llegado el momento de decidir si se informa a la señora Sun de nuestra preocupación para ponernos a su disposición si en algo ha sido molestada. Consultaré la cuestión con el capitán.

[Diario del Tercer Oficial Berri Lerman, en Puerto Europa, 10r12 del 2189.]

Respecto del asunto de seguridad y relaciones entre pasajeros que nos ha estado ocupando desde nuestra salida de Marte, he vuelto a recibir una visita del señor Hoevel, quien ha retomado el asunto primigenio denunciando un nuevo intento de robo en su ca-

marote. Aunque fue mi impulso inicial despacharle y solicitar una evaluación psicológica por parte del médico de a bordo, en esta ocasión nuestro pasajero quería hacer una denuncia en firme de los hechos.

Estos eran: que tras el almuerzo temático en Puerto Europa y la visita submarina a las praderas de ferrófilas prefirió no quedarse a la cena y espectáculo sobre hielo y solicitó regresar a la nave en la lanzadera más temprana. Que la señora Sun, clave en la historia del señor Hoevel hasta ahora, sí prefirió quedarse en el satélite hasta más tarde. Que al llegar al pasillo correspondiente a su camarote pudo ver una figura doblar la esquina opuesta del distribuidor y marcharse corriendo. Que no pudo reconocer a tal persona pero juraría que se trataba de un caballero. Que de inmediato puso sus ojos sobre la puerta del camarote y la encontró abierta. Que salió corriendo tras del posible intruso, dando de inmediato por esa ruta con la cubierta panorámica de estribor de ese nivel. Que allí no había nadie en ese momento y no le era posible determinar la dirección en que habría huido el allanador, por lo que prefirió regresar a su habitación. Que en un registro rápido del mismo echó en falta un reloj de cierto valor, un portátil de bolsillo de símil-titanio y su documentación. Que el maletín con sus memoria de trabajo había sido sacado de su sitio pero no abierto.

De ser cierto todo este suceso y no hay motivos para creer otra cosa, el ladrón podría haber sido sorprendido por el regreso prematuro de Hoevel y haber huido con lo poco que había encontrado hasta ese momento. No sin reticencia, el pasajero reconoció que lo robado parecía indicar que no eran las memorias el objeto del allanamiento.

"O al menos, que si el ladrón quería las memorias, hizo mal en entretenerse en sacar otros beneficios". La frase literal es del denunciante, quien se obstina en no renunciar a su primera hipótesis.

Por supuesto, he ordenado una investigación intensa. El primer resultado, la confirmación por parte del detective de la nave de que la puerta fue forzada por alguien con conocimientos para ello, aleja nuestros pasos del interrogatorio del personal de a bordo, ya que para ellos sería sencillo abrir con una llave maestra, pero nos lleva a requerir de inmediato su colaboración para la discreta vigilancia de los pasajeros, en especial durante la limpieza de las habitaciones.

[Diario del Tercer Oficial Berri Lerman, en tránsito a Titán, 12r12 del 2189.]

Y en un apunte final sobre seguridad, el asunto Hoevel parece haberse zanjado. Esta mañana una camarera de piso ha encontrado entre las pertenencias de un pasajero de la C3a los bienes sustraídos al denunciante. El pasajero ha sido confinado en un camarote hasta nuestra llegada a Titán y los objetos devueltos. El señor Hoevel parecía extrañado y hasta receloso de aceptar la buena noticia. Me ha parecido que insinuase la necesidad de investigar una relación de complicidad entre la señorita Sun y el delincuente pero no le he dejado continuar por esa línea y tras despedirle he llamado al jefe de personal para pedirle que me informe de cualquier actitud molesta que aprecie en adelante en este pasajero.

Capítulo siete: Encélado.

[Grabación de origen desconocido. Probable registro mental residual adherido al paraespacio de la heliosfera y detectado por nuestra sonda de exploración 01011-101 en ruta por el sistema de la estrella moribunda 0111-011-110. Se adjunta a este informe por su relación directa con el resto de la documentación encontrada.]

Cuando piso Encélado por primera vez y noto su escasa gravedad mal compensada con el traje plomado siento un inmediato mareo. Hay cola, de hecho, para llegar a los lavabos más cercanos; uno de cada diez pasajeros que desembarcan conmigo han de ir a vomitar o al menos a retener las ganas en un sitio donde perder las formas no sea tan vergonzante y público.

Aunque no me vendría mal entrar también, sé que habrá muchos más baños en el espaciopuerto y no hay necesidad de entrar en los primeros que encuentre. En efecto, más allá, cuando me he separado de quienes se dirigen a la recogida de equipajes, veo otro cartel indicando los baños. Como esperaba, los encuentro vacíos.

O eso parecía. Mientras me lavo las manos escucho a mi espalda abrirse la puerta de un retrete. Veo el arma por primera vez en el espejo. Me vuelvo y enfrento una máscara de plástico facial que deforma los rasgos del portador, el tipo de máscara que llevan los atracadores de autobancos en las películas. Luego, no puedo hacer otra cosa que mirar la pistola.

Una pistola es un punto de atracción por su influencia en la biografía de quien la enfrenta. Te dice que es el final o que es el principio, que se acabó o que habrá mucho por delante. Cualquier tiempo después de estar a punto de morir es mucho tiempo y se agradece como si te diesen una nueva vida.

Pienso: Encélado es un lugar pequeño, apenas cinco millones de habitantes. No obstante, ya tiene el tamaño necesario para poder esconderse, desaparecer y tener posibilidades de no ser encontrado e identificado de inmediato. No son cinco millones distribuidos en aldeas sino concentrados en Argifia, su capital y núcleo bioindustrial. Es la población suficiente para la aparición de la violencia como medio para un fin. Y aun así, aunque Encélado está terraformando a buen ritmo y la atmósfera es casi estable, aún se necesita a todo el mundo. Los jubilados suelen volver a sus planetas de origen, los niños estudian para una labor que ya tienen asegurada pero todos los adultos están aquí porque se precisa de su trabajo. Y si este deja de ser necesario suelen haber ganado lo suficiente, los sueldos son altos, para volverse a casa. No, no puede ser un atraco normal. Son muchas cosas para pensarse en un segundo, pero me llegan a la cabeza sin poder detenerlas.

Mi asaltante es un manojo de nervios. Puede que sea la primera vez que lo hace; no importa, estamos hermanados en esto, es la primera vez que me atracan. Para alguien que ha vivido siempre en el espacio, donde cada persona es necesaria y se respira precaución y control en cada acto porque todo obedece a un motivo vital, el mismo concepto de violencia por dinero me resulta aterrador, imposible.

No, no puede ser un ladrón vulgar. Yo no soy un pasajero cualquiera, una oveja al azar. ¿Quién iba a robar en un espaciopuerto, quién iba a pagar un billete entero para acceder a la sala de embarque y arriesgarse en una maniobra cuyos beneficios podrían no superar los gastos? No. En todo caso, hago lo que la supervivencia me pide que haga.

—Lléveselo. Una jugada maestra de sus jefes, por cierto. —Dejo el maletín a mis pies y lo empujo de una patada. Se desliza chirriando con el pulido suelo hasta las puntas de sus zapatos de obrero. Electricista, probablemente.

El hombre lo mira extrañado. Hace un gesto hacia abajo con la mano a punto de agarrar el maletín hasta que repara en su transparencia. Echa un buen vistazo a su interior.

—¿Qué es esto?

—Las memorias.

—¿Qué memorias? ¿Hay tarjetas de dinero ahí?

—¿Qué? No.

—¡El dinero, joder, rápido!

Menea la pistola como un mal actor.

—Sí, sí, claro.

Le alargo la cartera, la coge, la abre rápidamente y se asegura con el índice de que haya plástico en ella. Y sale corriendo. Llego a apuntar con la mano hacia la maleta allí tirada, a punto de pedirle que se la lleve también, de advertirle que se la está olvidando en el suelo y a sus jefes no les gustaría que perdiese allí el premio gordo.

Pero sale en estampida dejando que la puerta dé un golpe contra la pared. Entonces caigo de verdad en lo nervioso que yo estaba, hasta qué punto mis actos han sido reflejo de un imaginario de expectativas sobre cómo se comportaría uno en esta situación si se la encontrase un día. Pero estas no se respaldan por auténtica valentía: se me doblan las rodillas y quedo en el suelo apoyado contra un lavabo. La tensión lo invade todo y anula cualquier percepción. Ni siquiera soy capaz de escucharme respirar. Tengo la cabeza hincha-

da de sangre, llenando cada cavidad incluyendo los oídos; no veo, no oigo, el calor me sofoca, la garganta está inflamada, la boca abierta pero boqueando, no logra hacer pasar el aire.

Soy un científico y decido actuar como tal. Si logro comprender lo que ha pasado y doblegarlo a una descripción de consecuencias y pasos que seguir todo irá mejor. Me ha dejado sin documentación, por lo que habré de acudir a una embajada. Estaré obligado a permanecer varado en Encélado hasta que logre renovarla. Aunque ese fuera mi plan, trasladarme a vivir aquí, si ahora quisiese viajar, escapar, hasta que comprueben quién soy, eso les bastará. Sí, así ha de ser el plan, el motivo para un robo absurdo, comprobar mi identidad, no dar más pasos en falso como el de Joanna. Comprobar que soy quien creen, el custodio de la única información fiable sobre civilizaciones extrasolares, científica y económicamente valiosa. Imagino a un grupo de coleccionistas privados pujando por este material, sin pretender darle uso nunca pero deseando enseñárselo a sus amigos, un pedazo de historia original de nuestra civilización que los científicos desdeñaron. Debo protegerme. La primera vez no denuncié y la segunda solo ha servido para ponerles sobre aviso. He de acudir a autoridades competentes que gestionen mi traslado urgente o la protección de mi legado intelectual. Ahora sí se darán cuenta de su importancia.

Recojo el maletín del suelo y lo abrazo. Me levanto despacio y pruebo a caminar hasta la puerta. Me asomo con cuidado. La vida hormigueante de la terminal transcurre al otro lado con aparente normalidad. Salgo y me dirijo al pasillo que comunica con la sala de recogida de equipajes. Empiezan a llegar los pasajeros mareados que pararon a visitar el primer baño. Me uno a ellos, mezclándome con su grupo; estoy más seguro rodeado de gente.

Espero a que recojan su equipaje, agarro el mío justo a la vez que una familia y les sigo hacia la puerta que nos expulsa al área de recepción de pasajeros. Me deslumbra la intermitencia de los flashes que disparan compulsivamente fotógrafos aficionados a todo el que sale, en busca de salvar la primera imagen del familiar al que esperan o del famoso que les interesa; vienen varios en este crucero. Pero el bosque me deja ver el árbol; tras las luces distingo su figura esbelta, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás haciendo que el pelo le baje de la cintura, las manos extendidas hacia el cuerpo ajeno, Joanna encontrándose con alguien en el bar del espaciopuerto.

Él es un hombre de aspecto más sencillo de lo que esperaría para una mujer tal. Su chaqueta parece la de un profesor universitario caduco aunque juraría que tiene la misma edad que Jo. Se saludan con afecto. Un cómplice o un jefe. Estarán hablando de mí, poniéndose al día, planeando.

Me estoy poniendo nervioso. Busco y encuentro un policía portuario. Le pido que me lleve a comisaría. Quiero hacer una declaración. Me pregunta por el motivo. Robo industrial es lo más parecido que se me ocurre decirle. Mientras le acompaño, vuelvo de nuevo la vista hacia Jo y su desconocido compañero. Han pedido una bebida. Si creen que tienen algo por lo que brindar, van a sorprenderse. Encontraré a alguien que me escuche, a un funcionario de verdad eficiente. Voy a ir a por vosotros. A por todos vosotros.

Capítulo ocho: Un bar.

[De la tableta de notas de Nazan Alphauar, agente comercial de DrimIn, empresa especializada en la simulación de romance, amistad y familia. Incluye texto insertado y sonido grabado en el espaciopuerto de Encélado.]

Idea para para la reunión: pedirle que acepte pagar parte de los gastos de su error o será despedida. Se lo diré en la cafetería. Lugar público, mucha gente de paso, poco probable me monte escena. Allí la veo llegar. Se ha teñido, pelirroja. Despampanante, se la ve segura de sí misma. Pongo a grabar conversación; precaución en caso denuncia a sindicato.

—Tienes que perdonarme. De verdad que te entendí 6 de r11.

—De r12, ya lo ves.

—¿El cliente está cabreado?

—Bastante. Le hemos devuelto el dinero, claro, pero saldrá en parte de tu comisión, así que este año tendrás que hacer extras. Está, sobre todo, decepcionado. Le hemos convencido de volver a hacerlo en el viaje de vuelta. Salís en un par de semanas.

—¿Quieres que le contacte primero aquí en Encélado, que me vaya dejando ver?

—No, eso rompería un poco la magia. Nos paga para que parezca un romance ocasional. Y respecto del otro, el tipo de la confusión, joder, ¿de verdad se parecen tanto?

—De verdad. Cuando me dijo su nombre, pensé, “otro que me da un nombre falso por pura paranoia. Pensará que no tengo nada mejor que hacer que ir a contárselo a su mujer”.

—Esa forma de pensar es normal en este trabajo, vete acostumbrando.

—Ya. Oye, perdona, pero tengo que ir al baño. ¿Me esperas un minuto y hablamos?

Nuestros servicios son caros. Simulamos romance espontáneo, límite legal del proxenetismo. Problema aquí: alguien recibe un servicio de falso romance por error. Cuando informo del error, romance se rompe sin informar a falso cliente. Este busca explicaciones imposibles, persigue a nuestra empleada. Parece mala comedia romántica de enredo para la XBS o la XFV, horario mínima audiencia.

Cliente erróneo es pobre desgraciado; no puede pagar un servicio así. Reflexión: un hombre sale de su casa, hace viaje largo, es confundido por otro. Ahora parece mala historia espías. Historia barata, bajo presupuesto. Actores normalmente secundarios pero bien valorados. Festivales independientes. En cualquier caso: ¿no ha tenido de todas formas historia ficticia emocionante? ¿No ha recibido igualmente servicio? Proponer este servicio a dirección: “Aventura Simulada”.

—Uf. Ya estoy más relajada. Bueno, ¿dónde me alojo mientras llega el cliente?

—Aquí, en el Sera-Tong del espaciopuerto. Ahora vamos.

—Vale. Joder, espero que el tipo del error no se aloje también allí. ¡Ja, ja, ja! Menuda casualidad. Pobre hombre, qué mala suerte.

—La que todo el mundo. A lo largo de un día nos cruzamos con muchas casualidades que pasan desapercibidas. Cuando se le pase el estupor del engaño, descubrirá que con esta por lo menos se ha divertido.

—Una diversión cara.

—Para él no.

—Nos consolaremos en cabeza ajena.

[Sonido de cristal entrechocando.]

Capítulo nueve:
0111-011-110.

[Conclusión del informe: con base en la documentación recogida de los restos de la civilización autodemoninada humana y en concreto a los informes sobre el desarrollo y descubrimientos de su programa SETI y al no haber registros posteriores a los del presente informe que hagan referencia a ello, podemos concluir que esta civilización nunca llegó a detectar ninguna de las emisiones exteriores de ningún miembro de la Confederación Espiral. El caso pasa por tanto al departamento de arqueología espacial para su análisis y posterior reciclaje en actividades museísticas y educativas.

Fin del informe.]

FIN

"Ada abandona una noche de descanso, se despereza mientras se dirige a la cocina. Los rayos de luz de la estrella alrededor de la que la Tierra gira son los que, iluminando quizá a través de un cristal a nuestra protagonista durmiente, la han arrancado del sueño."



CLAUSURA DEL CONTINENTE SILENCIOSO

Por Josué Insua

Ilustración de Ricardo García Hernanz

ADA

El sol despierta a Ada, que se desprende poco a poco del sueño y desayuna *coq au vin*.

Ada encontraría chocante, si pudiese conocerlo, lo que nosotros imaginamos cuando leemos la frase anterior: que Ada abandona una noche de descanso, que se despereza mientras se dirige a la cocina, que, por alguna razón que nos produce cierta sorpresa, abre su mañana con un estofado. Que ese estofado contiene restos de algún animal muerto. Que los rayos de luz de la estrella alrededor de la que la Tierra gira son los que, iluminando quizá a través de un cristal a nuestra protagonista durmiente, la han arrancado del sueño. Sin embargo, la forma de las palabras permanece mientras su significado cambia, y es así como Ada describiría el comienzo de su día, una vez hecha la traducción más tosca, y por lo tanto eso es lo que ha ocurrido.

Ada acaba de terminar su desayuno. El que le guste con tanta pasión el *coq au vin* es un toque más que dibuja su original diferencia, un guiño al pasado. Esa semilla de originalidad hace que Ada sea importante en aquellas tareas que forman parte de su empleo.

El empleo de Ada es nada menos que ayudar a parir visiones con la pericia de una partera. Visiones religiosas, antiguas, de un Dios —como decían antes— celoso. Un ojo llameante que escruta el alma del reverendo Reinhold Newt buscando el más nímio rastro de lujuria, de codicia o de orgullo, por ejemplo. Un dedo que vuelva a señalar, cargado de las acusaciones de siempre, la memoria del momento en que Reinhold deja caer, rendido y atormentado desde incluso ese mismo instante, su rostro sobre la suavidad de los desnudos pechos de Catherina, y levante la costra de una falta que no debe cicatrizar nunca. Y luego sobre cada uno de sus momentos de debilidad, repetidos como una letanía que crece día a día pese a la morosa reticencia del reverendo, cuando le pide entre lágrimas a Dios una dispensa a la trascendental misión que recae sobre sus hombros, o cuando el orgullo de ser el elegido por la Divina Gracia le cierra la garganta y le impide hablar o tragar. Y, por fin, una mano que lo levante del suelo con el cuidado que un padre tendría con su hijo y, limpiándole el polvo y las lágrimas, lo coloque sobre el púlpito desde el que pueda mirar ya a su congregación con una mirada limpia y un odio por el pecado tan puro como un cristal fundido que sale en ese mismo instante de los fuegos del horno. A Ada no se le dan mal las reconciliaciones con lo divino, pero es en lo que se refiere a las escenas de culpa donde se puede decir que está su punto fuerte. Tiene facilidad para los montajes en los que la tensión se acumula como una carga creciente de electricidad estática antes de que todo se dispare. Además, le fascinan las imágenes divinas: el ojo en el triángulo, claro, y el pantócrator sobre todo. Y el resto, pero debe limitarse en su uso a las del cristianismo, sea cual sea la era, o a las de su propia invención. Las trabaja con tanto mimo que a ella misma le sorprende al contemplar

el resultado final. Es difícil creer que puedan haber salido de su esfuerzo. Y hasta para ella ejercen cierta fascinación detrás de la cual se oculta algo a lo que no sabe poner nombre —un sentimiento extraño en ella dado el tiempo que lleva haciéndolo y más teniendo en cuenta la facilidad con la que su interés por aquello que le llama la atención se marchita.

Además se siente cómoda con la presencia del reverendo Reinhold Newt. Al principio, por supuesto, le dio asco; una sensación que, sorprendentemente, es más difícil de dejar de arrastrar desde el mundo de la manifestación corporal que el amor o la tristeza. El reverendo es un hombre del pasado, con todo lo que ello conlleva: carne, pelo en el cuerpo, uñas en los dedos, saliva en su boca, restos de alimentos procesados entre sus dientes, mocos, comida fermentando en su estómago, excremento recorriendo sus intestinos. Un corazón latiendo debajo de las costillas. Huesos para mantenerlo todo en su sitio. Huesos humanos: cuando uno lo piensa resulta bastante inquietante.

Ada observó al reverendo con cuidado casi entomológico durante un tiempo, desde la distancia, antes de comenzar a trabajar con él, porque para el trabajo que Ada desarrolla no basta con recordar el trazo de su vida y pensamiento —si fuera así, cualquiera podría hacerlo igual de bien, y es un hecho que no todo el mundo puede. Y así descubrió que podía vivir con ese hombre en su mente como el reverendo con la pitón que poseía en el fondo de su pequeña capilla particular: manteniendo una cierta distancia sobre la incomodidad que su naturaleza le producía y usando su imagen como un recordatorio de lo que ambos podrían estar de acuerdo en definir como el infierno de la carne. Por ello, a veces el trabajo de Ada es una pesadilla —en el más literal de los sentidos— pero incluso entonces el vínculo no se rompe.

No ha pasado mucho tiempo desde el desayuno cuando Ada comienza a sentirse saturada por el contacto social y vuelve al *cock au vin* de nuevo. La gente sigue estando ahí, por supuesto, pero su agenda no le permite plantearse una desconexión hasta dentro de horas, lo que significa que el principal descanso que puede permitirse es la inclusión de nuevos estímulos que atenúen los actuales. El *cock au vin* funciona casi siempre, aunque otras veces es más efectivo algo aversivo que ocupe la mayor parte posible de la ventana de su atención. Ada elige pensar en otras posibilidades durante un instante —quizá se le haya ocurrido algo nuevo— pero no hay suerte. Vuelve al estofado. Ignora hasta un cierto nivel las tentativas de exploraciones sociales de sus contactos. No sabe si se dan cuenta de ello, pero ahora no le importa. Decide pasear y se sumerge en las profundidades marinas, entre peces gigantescos. Sobrevuela la tierra. Se plantea dirigirse hacia alguna estrella cercana, pero acaba de aburrirse de nuevo y lo deja. Vuelve a prestar atención completa al mundo, a la gente: en los minutos en los que ha estado ausente ha pasado todo y no ha pasado nada. Se pone al día y luego la tranquilidad del eterno movimiento sin fin de la existencia vuelve a hacerla sentir harta. Es hora de olvidar esa desazón, así que lo hace. Volverá a estar ahí en cuanto la recuerde, pero entonces habrá pasado una parte de su jornada. Por alguna razón que no logra entender —tener innumerables explicaciones es no tener ninguna— cada vez le es más complicado dejar transcurrir su fase de ocio de una forma constructiva. Hoy no se encuentra en buena forma, piensa. Es la desventaja de ser humano.

Ada estuvo enferma. Es muy probable que lo siga estando. Es por ello que en su agenda queda meridianamente claro que no puede recordar la desconexión hasta que no haya agotado la práctica totalidad de su ocio diario. No se lo prohíbe porque incluso esos minutos de desconexión mejoran la calidad de su trabajo. Siete minutos, por ejemplo. Tres incluso. Los que sean. Si tras salir de ese vacío que la limpia por completo cierra los ojos, se duerme y comienza a trabajar, la calidad de las visiones es mucho mayor. Le ocurre a algunos; ella conoce a varios. No es normal que se convierta en una adicción —como le ocurrió a Ada—, pero es común que la desconexión tenga efectos beneficiosos entre la gente con la que se codea. No en la inmensa mayoría de la población, claro está, que está compuesta casi homogéneamente de alérgicos a la experiencia o, como poco, susceptibles de desarrollar problemas mentales graves.

Ada levanta los ojos, mira directamente al sol y constata que le quedan exactamente seis

horas, diecisiete minutos y treinta y dos segundos de vigilia antes de que pueda ponerse a trabajar de nuevo. Cinco horas, cincuenta y siete minutos y treinta y dos segundos hasta que pueda recordar la desconexión, piensa luego, y siente una indefinible comezón. Ada salta con fuerza y aterriza en una playa de arena tan blanca que lastima la mirada. Vuelve a saltar hasta la selva, al lugar donde luchó contra la pantera. Sus contactos continúan vertiendo sobre ella información con la lentitud de hilos de miel cayendo desde una cuchara. Ella intenta ignorarlos. Salta hasta alcanzar la isla volante, y luego vuelve a saltar.

JOHNNY

El señor H. pregunta:

—¿Fuera? ¿En carne? (sorpresa, desdén x 3)

Y Johnny responde, fingiendo dificultad:

—Y hueso. En carne y hueso, ya sabe. Los dos, cara a cara. Ahí fuera, hombre, sí. En cualquier sitio.

La falta de expresividad de Johnny lleva un rato poniendo nervioso al señor H.

Johnny es semejante al reverendo Reinhold Newt en que ambos son hombres del pasado y es diferente en que lo son de pasados distintos. El pasado de Johnny es, en realidad, un antiguo futuro que nunca existió, un tiempo que imagina románticamente lleno de luces de neón, cromo y penumbra. Johnny mide algo más de dos metros, sin contar su cresta de polímero. Es un hombre fuerte y masivo, aunque ninguno de sus músculos logra definirse gracias a la inserción genética de una capa pseudolipídica subcutánea. Su brazo derecho es cibernético y él se ocupa de que nadie pueda, ni siquiera por despiste, ignorarlo, aún a pesar de que ese tipo de miembros ha estado y dejado de estar de moda tantas veces que ya nunca volverá a estarlo. Cuero artificial. Una cadena colgando de su cadera. Música ELOARC sonando sin pausa en sus oídos. El nombre de Johnny elegido por simpatía hacia el desgraciado personaje de un antiguo relato.

Johnny vaga en soledad por la gigantesca ciudad. Fuera de los enclaves no hay apenas seres humanos. Una vez sale de los cauces que conducen en estos tiempos a los humanos de un lugar a otro, Johnny recorre el paisaje desierto como si fuese el último hombre vivo en la Tierra. Tiene la convicción de que eso le convierte en alguien especial, en alguien que merece la pena; no por los peligros que acechan fuera —que siempre los hay, él es uno de ellos— sino porque no hacerlo es muy fácil: solo hay que dejarse llevar. En cuanto uno acepta adoptar un papel pasivo, el pecho repleto de ocio que es el logro supremo de la raza humana se acerca con dulzura hasta sus labios y comienza a nutrirlo y educarlo en sus maneras. Quedarse fuera es quedarse fuera del mundo, del centro donde suceden las cosas. Y Johnny evita ese centro y se sigue moviendo, pese a todo. Se mueve con lentitud en un mundo en apariencia inmóvil, aunque sabe que es una cosa de la perspectiva, y que de la misma manera que él es invisible, el resto de la humanidad es invisible para él.

La soledad le hace bien.

A su alrededor se mueven máquinas, transportes automáticos. Johnny los sigue, los esquiva, estudia sus trayectorias. La ciudad nunca deja de mutar, cambiando su apariencia y su forma. No hace mucho, en el mismo lugar que ahora atraviesa se extendía una plaza de varios kilómetros cuadrados, sobrecogedoramente vacía. Ahora se encuentra ocupado por una serie de construcciones poligonales de casi una decena de metros de altura, cuya misión le resulta tan desconocida como si las hubiesen levantado seres de otro planeta. No le queda mucho para alcanzar su destino por fin, físicamente lejos del lugar donde se puso en contacto con el señor H. Mucho más lejos de lo que la mayoría se desplazará durante toda su vida.

Johnny se prepara durante la noche. En el cubículo en el que ha establecido su taller provisional le espera una larga tarea. Si algo sale mal en algún momento del futuro próximo Johnny no podrá contarlo porque lo matarán. No tiene ninguna duda. Es posible incluso que lo maten si todo sale bien, pero —piensa— eso ya no está en sus manos. Revisa su equipo, y luego sigue con la puesta a punto de su propio cuerpo: lo tiende boca abajo con cuidado, comprueba el recorrido de las articulaciones. Arregla con delicadeza su cresta de polímero y se aleja para comprobar el resultado. Luego se pone con el trabajo pesado, y corta y encaja y recarga. Los

músculos, las armas, las magias, todo ha de funcionar a la perfección.

Mucho tiempo después se toma un descanso. Fuma —¡fuma!— mientras observa su cuerpo yaciendo en la semioscuridad. La luna lo ilumina intermitentemente. Las nubes se retuercen a la misma velocidad a la que la ciudad destruye y vuelve a construir. Es un buen cuerpo, piensa con satisfacción. Reprime un repentino deseo de acercarse a él y levantarlo, y sentir su peso y el calor de su sangre, y el latido de su corazón. Sigue fumando. Vuelve su mirada hacia la intermitente luna sucia y desvaída y ambos se observan mutuamente durante minutos. Se siente lleno de una tranquila expectación. Extrae por fin de su escondite la memoria-enlace cuya presencia no ha olvidado en ningún momento, la acerca a sus ojos y la hace girar entre sus dedos, observándola.

Todo va a cambiar. Para bien o para mal.

Johnny está preparado.

REINHOLD NEWT

—¿En qué año estamos?— pregunta el reverendo.

—¿Qué?— le responde Tullia Anna, sorprendida

—El año actual —clarifica el reverendo con paciencia—, el que estamos viviendo. ¿Sabes en qué año vivimos?

—¿Según quién? —Tullia Anna intenta ganar tiempo.

Esa es la cuestión, piensa el reverendo, y se aleja un par de pasos de la mujer, que todavía parpadea confusa.

La cuestión no es algo que pueda ser aprehendido en un instante por cualquiera al que se le exponga el hecho, a pesar de los deseos de Reinhold Newt. Al mismo reverendo le llevó mucho tiempo ir dibujando, trazo tras trazo, las formas que se escondían detrás del movimiento del mundo actual. Las respuestas, como siempre, le llegaron cargadas de nuevas preguntas, y también de un cierto conocimiento. La cuestión es múltiple. Su forma está compuesta de una miríada de diferentes sombras, autónomas pero relacionadas. No infinitas, aunque, mientras permanecen indefinidas, lo parecen.

El reverendo habla de Dios, y Tullia Anna y el resto escuchan. No dice nada nuevo porque no quiere decirlo. Esa es la intención de su discurso: no decir nada nuevo, no añadir un giro sorprendente en la relación de la humanidad con el Creador. No habla de las sombras. O, al menos, no directamente.

El reverendo Reinhold Newt es inteligente y disciplinado. Es importante entender cuánto: es un hombre al que Dios habla y que aún así se esfuerza cada día por seguir pensando con rígida determinación, desbrozando con lenta meticulosidad sus pensamientos. Es disciplinado a la antigua manera, y cree que pensar le ayudará a llegar a algunas verdades que, o bien esperan olvidadas o no descubiertas en las lindes de los caminos de pensamiento que tantos han hollado, o bien han sido ocultadas cuidadosamente en un punto ciego de las mentes. En este último caso, el reverendo mantiene una serie de hipótesis sobre la naturaleza del ocultador; el que no se haya decidido por una respuesta obvia, fácil, permite ver el rigor intelectual al que el reverendo aspira.

En parte, sabe que una de las cabezas principales de la hidra es el número. El Número, para escribir con propiedad. No la cantidad de sombras que amenazan su alma —que no son más que manifestaciones aparentemente diferentes de un número que presupone sorprendentemente limitado de procesos o voluntades—, sino a la Cantidad, a la invasión de lo que en un tiempo fue una útil herramienta para el ser humano y ahora ha invertido la relación de servidumbre y lo ha doblegado —o, al menos, a su parte mas sagrada— hasta convertirlo a su vez en una herramienta suya. Esa es una parte fundamental de la cuestión; fundamental en el sentido de que es una de sus bases —aunque invisible como tal— y madre de infinitud de consecuencias visibles.

Alguna vez lo explicó de la siguiente manera llena de sustantivos en mayúscula: donde el Hombre utilizó en su día el Número para entender la Realidad, el Número creció hasta crear su propia Realidad. En un principio, el ganadero necesitó contar sus animales. Al final —ahora— esa herramienta que fueron los números se ha desatado y desvinculado por completo del ser humano, y sus semillas han dado a luz plantas

tan monstruosas que desafían cualquier taxonomía. El reverendo entiende con cierta dificultad que todos los frutos de la tecnología, incluidos los fantasmales mundos —que no duda que sean, como le han asegurado aunque siempre se ha negado a experimentar en persona, en muchas facetas mucho más reales que este que él entiende como físico— en los que nace toda la experiencia de una parte importante de la población, tienen su raíz en el número, pero tiene claro también que lo que fue una disciplina comprensible en un momento dado es ahora tan abstrusa para la razón que es imposible de entender a partir de cierto nivel, incluso para aquellas que en su día, y siéndolo de la raza humana, eran las mentes más brillantes de la Creación. Hay partes no humanas detrás del Número, partes que son opacas para nuestra visión. Partes que han comenzado a moverse ya bajo la dirección de una intención desconocida. Ya no nos pertecen. Necesitaríamos comenzar desde cero, utilizar una nueva matemática que explicase lo que ahora el consenso mayoritario entiende por "Mundo". El Número lo borra todo y lo construye de nuevo a su imagen y semejanza, y debajo no hay ya nada humano. El reverendo Reinhold Newt está convencido de que en esa profundidad se mueve ahora una naturaleza hostil a la de lo que él entiende que es la de los hombres.

JOHNNY II

Incluso a esta altura, el único movimiento apreciable del aire es el que el incesante flujo de calor lanza contra la cara de Johnny, que mira hacia abajo, hacia la lejanía. Las luces brillan en lo más profundo de la distancia sin lograr definir nada más que un patrón titilante: ninguna forma sólida entre ellas, solo la oscuridad, un reflejo en un espejo con un retraso de décadas de un cielo antaño lleno de estrellas. Si se detiene uno a pensarlo, la dirección que el sentido común indica para la caída sería hacia arriba. El aire caliente hace elevarse restos de desechos plásticos que apuntalan esa sensación. Johnny nota la piel de su rostro cubierta de un polvo microscópico, seca y tirante. Se la frota con la palma de una mano rígida como el cuero, intentando espantar el cansancio. Luego vuelve a mirar al vacío, y a esperar. Intenta escuchar los movimientos de su invitado, varios niveles más abajo. Nada.

Sabe, sin embargo, que está ahí. Lo oyó llegar hace casi diez minutos, y luego detenerse. ¿A recuperar el aliento?, se pregunta Johnny. ¿Ha subido a pie? Es posible, piensa. Y ahora espera en la oscuridad. ¿Haciendo qué? No lo sabe. Pero Johnny está jugando a un juego en el que no puede permitirse bajar y preguntarlo. No hay lugar para la improvisación, y el plan —si puede llamarse plan— que ha urdido tiene lugar en este escenario exacto, sobre este suelo metálico, entre las barandillas cubiertas de polvo, sobre la altura de la torre. Está en juego mucho más de lo que nunca ha tenido entre manos. No se siente nervioso, y los indicadores internos le informan de que todavía no hay modificaciones hormonales a su estado psicofísico. Aun así lanza un par de golpes al aire. Le gustaría dar unos cuantos pasos de baile —es un consumado bailarín—, pero el movimiento podría ser visto como inquietud por su silencioso visitante, así que vuelve a apoyarse sobre la barandilla y a mirar al vacío, dando la espalda al lugar por el que hará su aparición el otro. No deja de vigilarlo, por supuesto: tiene sus magias.

No espera mucho más: abajo se oyen pasos por fin. Suben las escaleras con la cadencia de un metrónomo. El visitante se detiene detrás de Johnny y Johnny no se gira. Pasan segundos que parecen años, y por fin el otro habla.

—¿Johnny? —dice.

Johnny deja caer los hombros en un gesto estudiado de cansancio, suspira y escupe con fuerza sobre el vacío antes de girarse; su saliva asciende tras él mientras lo hace, elevada por el aire caliente. Apoya la zona lumbar en la polvorienta barandilla, detrás de la cual esperan casi dos kilómetros de caída.

—Johnny —confirma Johnny.

Su interlocutor es más alto que él, más voluminoso, vestido con traje, un cuerpo de primera. En perfecto estado, piensa Johnny. Sus magias lo analizan, y está seguro de que las del otro hacen lo mismo con él. Les llevará un rato a ambos estar seguros, y aún entonces Johnny espera haber dado lecturas falsas y se

preguntará sobre la veracidad de las obtenidas por él.

—Soy Alfredo, asistente de Terentius Nicholas Darko —informa a Johnny. Los músculos de su cara tienen la falta de fluidez de aquellos que los utilizan poco, pero precisamente por eso dejan más al descubierto sus emociones y pensamientos—. Antes de nada, me gustaría dejar las cosas claras.

Johnny lo mira. Si comparamos las figuras de ambos, Johnny parece frágil y pobre.

—Usted ha conseguido una información que interesa a Terentius Nicholas Darko. Una información que nunca debería haber conseguido, ni usted ni nadie, porque es confidencial y propiedad de nuestra Iglesia, y de esta manera protegida por las leyes. Usted lo sabe, y ofrece a nuestra Iglesia la posiblidad de comprar esa información, evitando de esta manera que se divulgue, por un precio todavía por determinar y que es uno de los puntos para discutir en la reunión por la que hemos acudido a este lugar. Usted tiene esa información en una memoria-enlace que ha traído hasta aquí. Usted quería hablar con Terentius Nicholas Darko o, de no poder ser y tal y como ha sido el caso, con alguien que tenga poder para negociar: ese soy yo.

Johnny esperaba algo más sutil. El resumen está tan fuera de lugar que por un momento se pregunta si no se estará registrando de alguna manera para, quizá, ser utilizado como prueba después. Johnny no mueve ni un músculo, y observa fascinado a Alfredo. Alfredo continúa con voz monótona.

—El trato consistiría, por su parte, en la entrega de la memoria-enlace para que podamos estudiarla, y por la nuestra en una compensación adecuada por ello. Usted tiene esa memoria-enlace en el bolsillo superior de su chaqueta o a altura de su pantorrilla, si es que la ha traído con usted como debería haber hecho.

Johnny se incorpora, molesto. Tuerce la cabeza, al parecer examinando a Alfredo con más detenimiento.

—Me hubiera gustado hablar con Darko, la verdad —le informa.

—Hay un problema en el que supongo que ha pensado —prosigue Alfredo sin dar la impresión de haber oído sus palabras—. Un obstáculo que no es posible evitar, teniendo en cuenta la forma en que usted ha llevado este asunto: la seguridad que usted pueda ofrecernos de que la información que está en esa memoria-enlace no ha sido duplicada y que, una vez que cerremos nuestro trato, no tengamos que volver a encontrarnos para una nueva negociación y así sucesivamente. El dilema se puede plantear de esta manera: lo único que necesitamos nosotros de esa información que ya poseemos es que no sea conocida por terceras partes. Y le confieso que no hemos podido encontrar más que una manera de asegurarnos.

Johnny se tensa y deja que se note esa tensión. El otro, sin embargo, no se inmuta.

—¿Es eso una amenaza? —pregunta Johnny, combativo.

—Espero que no —responde Alfredo—. Hubiésemos deseado discutir este tema con algo más de profundidad antes de encontrarnos así, en carne y hueso —el tono de Alfredo cambia al decir esas últimas palabras—, y despejar cualquier duda, pero usted no nos dió ninguna opción. Por lo tanto, estamos seguros de que usted tiene una solución aceptable tanto para usted como para nosotros, y estoy deseando oírla.

—Me gustaría hablar en persona con Terentius Nicholas Darko —responde Johnny

—Me temo que eso no va a ser posible —responde Alfredo.

—¿Dónde está escondido? —pregunta Johnny.

—Señor Johnny, no se nos ocurre ninguna manera de que usted nos dé la seguridad de que la memoria-enlace ha no sido duplicada y que pueda ser utilizada en nuestra contra en un futuro. Ninguna más que su eliminación. La de usted, me refiero. Es la constatación de un hecho.

—Eso es una amenaza —aventura de nuevo Johnny. Pero no está seguro.

—No me gustaría que lo fuese —dice Alfredo—, y de verdad deseo que, habiendo llevado este asunto de una forma tan poco habitual y, si me permite decirlo, extravagante, tenga usted la manera de darnos esa seguridad. Por lo que a mí concierne, estoy seguro de que la tiene. Entiéndame bien, apostaría por ello, si mi Iglesia me lo permitiera y si sabe lo que quiero decir. Porque usted es un hombre inteligente, y tiene usted claro que de no hacerlo la opción obvia

pasaría por su muerte, señor Johnny. Y, aun con las leyes de nuestra parte, no nos gusta esa idea. La muerte de un hombre es algo serio para nuestra Iglesia, señor Johnny, aunque quizá le cueste creerlo. Así pues, habiendo dejado las cosas claras, me gustaría oír por fin su propuesta. Ha sido muy amable escuchándome hasta ahora.

—No hablaré más que con Darko —dice Johnny—. ¿Dónde está?

—No podrá verlo, pero eso da igual. Hable conmigo. Le aseguro que puedo negociar. Arreglémoslo. Dígame: "Si me matan, la información será pública". ¿Es así? Era la solución tópica en estas situaciones, ¿no? Hágame saber su plan. Sé que lo tiene.

—¿Cómo estás tan seguro, idiota? —pregunta Johnny irritado.

—Porque, de otra manera, no me habría traído aquí. ¿Para qué encontrarnos de esta manera, cuando podríamos haber negociado de forma muchísimo más simple? ¿Y porqué en este lugar? Porque estoy seguro de que no ignora qué lugar es éste. Usted tiene un plan, algo inteligente con lo que amenazarnos o con lo que darnos la seguridad que pedimos. Dígame, señor Johnny. Estoy escuchando.

En parte tiene razón, claro. Johnny tiene un plan, pero no sobre cómo darles seguridades ni nada parecido. Este tío es tonto, piensa y, luego, exasperado, se mueve a una velocidad que lo hace casi invisible, esquiva un golpe probable que nunca llega, arrastrando a Alfredo con una empujón calculado, y alcanza el borde de la plataforma. Y entonces se impulsa y, llevándolo consigo, se lanza hacia el vacío. Toda esa cháchara le ha cansado. La intimidación es más su elemento.

Tiene algo más de kilómetro y medio de caída para sonsacarle la forma de encontrar a Terentius Nicholas Darko.

TERENTIUS NICHOLAS DARKO

El temor de muchos no ha tomado forma todavía, y es posible que nunca la tome. La emergencia de consciencias no humanas superiores nunca significó la lucha por el nicho que ocupaba el hombre. No hubo guerra alguna contra máquinas conquistadoras ni robots celosos de sus creadores. Nada parecido ocurrió tampoco desde el terreno de la biotecnología, o desde cualquiera de las otras estructuras que se suponen alcanzaron una consciencia —no la humana, por supuesto, sino la inclusión en un grupo teórico creciente de elementos que pueden ser clasificados taxonómicamente como "consciencia" por nuestra raza. Mientras era el único señor de la creación, el hombre consideró sin dudarlo ocupar la totalidad de la realidad. El advenimiento de la singularidad —de las singularidades, teorizan muchos postulando que una vez alcanzada la primera, fuera la que fuese, otras acontecieron también, animadas de alguna forma todavía incomprendida como un reflejo de la primera— no trajo más que la constatación de que el espacio que ocupábamos no era sino una única faceta de entre incontables e inimaginables, atrapada en un punto que llamamos Tierra —microscópico por comparación— en el espacio infinito. Nadie intentó invadirnos porque lo que el ser humano llamaba Realidad y que consideraba todo el espacio no era más que una diminuta pecera donde nada que creciera a la velocidad a la que se desarrollaban las jóvenes existencias que se enlazaban sobre nuestras cabezas como una inimaginable tela de araña podría hacer más que languidecer y estancarse.

Y así, el espacio humano había permanecido intacto. No por completo, claro. En cierto modo había sido desarticulado, su movimiento y el motor del cambio eviscerado y apartado de nuestra especie y ensamblado en algo inconcebiblemente mayor. Pero había una parte —la parte que importaba, pensaba Terentius Nicholas Darko— que permanecía inmaculada. Un espacio sagrado. Un camino que retrocedía hacia un pasado que se alejaba cada vez con la misma aceleración con la que nos hundíamos en el futuro. Un viaje hacia un Dios que daba sentido a una realidad que se disolvía. Lo que había ocurrido era para bien. El orgullo del hombre, la torre de Babel que trabajosamente había construído alejándose del Creador, le había sido arrebatado de sus manos como un juguete de las de un niño que hubiese sido sorprendido en posesión de un arma cargada. El falso ídolo se había revelado en

esa falsedad; la idea perversa de que le era posible impulsar por medio de la razón a la raza humana hasta cimas más altas había demostrado no ser más que una falacia cuando los hijos más queridos de la ciencia se habían soltado de las manos de sus padres y los habían dejado atrás sin remordimientos. El Paraíso había demostrado no estar en un futuro cada vez menos de su propiedad, así que el único camino que le quedaba a la raza humana era el verdaderamente connatural a su condición: el retorno a los brazos de un Creador que le esperaba con tranquila aceptación y el perdón de un padre. Es el momento de comenzar a andar, de iniciar el regreso. Los que no lo hagan se perderán en un futuro en el que cada vez serán más irrelevantes. La Iglesia —su Iglesia— está aquí para señalar ese retorno salvífico.

Todo eso piensa Terentius Nicholas Darko, pero solo hasta cierto punto. En la penumbra de su habitación, los objetos iluminados por el fulgor de productos tecnológicos que siente como decepcionantes y futiles —a pesar de su utilidad— por no ser más que lo que son, Darko comprende sin asomo de duda que hasta él ha sido infectado por la corrupción de los Últimos Tiempos: el meta-análisis intelectual y el relativismo. En lo más profundo de su ser anhela que aquello que cree sea verdad, pero en esa fe hay una falta, un componente adulterado. Es posible, se dice con fría lógica, que sus creencias no sean más que una ilusión colectiva, un engaño llevado a cabo durante siglos. Sí, es posible, se responde, pero en ese caso prefiere la aniquilación propia y la de sus hermanos, la extinción completa del ser humano. A manera de la apuesta de Pascal, Terentius Nicholas Darko sabe que no tiene más opción que jugarse todo a una carta, e intenta hacerlo con la máxima competencia.

No solo eso, sino que ha descubierto que, aunque él es incapaz de creer sin fisuras, esto no es así para sus discípulos, para el rebaño que él conduce a través de un desierto cada vez más peligroso. La mayor parte cree de verdad. Son capaces de dar ese salto de fe que a él le resultaría ya imposible, y, cuando se encuentra entre ellos, hasta él es capaz de creer, momentaneamente, sin duda alguna. Sin embargo, sabe también que esta retroalimentación no sería posible sin Reinhold Newt: el reverendo es verdaderamente un iluminado, el motor de ese movimiento hacia el Edén perdido.

El reverendo es un hombre más inteligente que Darko, y aún así tiene una fe inquebrantable. Darko es indudablemente más astuto, pero no es envidioso. Admira a Newt de corazón, y lo considera lo que él querría, con todas sus fuerzas, ser. Pero para que el reverendo alcance esa altura y desde allí sirva de guía y de ejemplo, es necesario que Darko haga el trabajo sucio. El reverendo puede ver a Dios cara a cara, Darko se ocupa de ello. La falta de conocimientos técnicos de Newt no le dejan intuir que esos arrebatamientos nacen de las directrices del mismo Darko y de la pericia de NyaVärldar, una de las empresas con más habilidad en la creación de todo tipo de mundos y experiencias. Ada le fue enviada por ellos, y resultó ser una elección adecuada. Terentius Nicholas Darko habla con Ada a través de ese fantasmagórico *dopplengänger* que es la representación de aquellos que ya no viven más que en el tenebroso vientre virtual de las máquinas (su cuerpo real —real, piensa Darko— inerte y mantenido con vida en la oscuridad de una habitación no más grande que un nicho), y ella prepara las escenas que, convenientemente filtradas, son vertidas con devoción y sigilo sobre la consciencia del reverendo tras la inducción de un trance pseudoepiléptico. Y Reinhold Newt ve al Dios que Terentius Nicholas Darko ha preparado, y cree en Él, y esta creencia Lo convierte en verdadero. El reverendo cruza el abismo sin sospechar siquiera que existe, y vuelve a esta orilla con un alimento espiritual que es verdaderamente nutritivo, y todos lo prueban y son salvados. Terentius Nicholas Darko es un instrumento divino en esa transustanciación. Aun en la sombra, es ese Moisés que guía a todo un pueblo en el destierro auque, al igual que él, sabe que no le estará permitido poner un pie sobre la Tierra Prometida. Lo acepta y lo comprende. Lo hizo desde el principio, cuando se encontró con que la única opción en la que podía pensar era la de engañar al reverendo Newt, con todo lo que implicaba. Lo hizo: trabajó en una imagen de Dios, encontró a quien pudiese darle vida, contrató —para eliminar la mayor parte de las sospechas— a gente que declaró que las visiones de

Newt eran una farsa y que apoyaban estas afirmaciones con pruebas tan ridículas que nadie podría decir lo mismo sin sentirse avergonzado. Recorrió todo el camino, y entonces supo que aún no había hecho ni la mitad.

Desde entonces, Terentius Nicholas Darko no ha conseguido poco. Juega a su favor el nuevo florecimiento al que, paradójicamente para los que esperaban que el paso del tiempo y la fricción cada vez más violenta con el conocimiento científico las fuese erosionando hasta hacerlas desaparecer, la llegada de la singularidad ha traído a cualquier tipo de manifestación religiosa. Las razones sean probablemente muchas e interrelacionadas —entre ellas se han propuesto la inseguridad ocasionada por la pérdida de foco en lo relacionado con lo humano en el devenir de los acontecimientos, el deseo de explicar la emergencia de las teóricas consciencias no humanas de una manera engañosamente comprensible o la inyección de un capital cada vez mayor en uno de los pocos negocios que no ha sufrido más que una fragmentación en sus ofertas pero en ningún caso una merma de los beneficios obtenidos. El caso es que la iglesia de la que el reverendo Reinhold Newt es la cabeza y Terentius Nicholas Darko el motor y estratega invisible ha ido creciendo de una forma constante hasta encontrarse en la cúspide de la oferta judeocristiana y, con ello, a situarse por encima de religiones alimentadas con inversiones centenares de veces superiores, estudiadas desde todos los puntos de vista relevantes para las estrategias de mercado y con equipos de publicistas y caras públicas a su disposición más allá de cualquier comparación con ella. Sus acciones en bolsa no han dejado de subir en ningún momento ni su congregación de incrementarse. En ocasiones sus fieles se ven acusados de carecer de la sofisticación de otras religiones y en eso Darko no tiene inconveniente en darles la razón. Es más, es algo que, en un mundo infectado por la fiebre de lo nuevo, considera positivo. La fuerza de su iglesia se encuentra en el carisma del reverendo Reinhold Newt, en su ardiente sinceridad y en su fe inquebrantable. Terentius Nicholas Darko se humilla sin envidia y permanece en las sombras —un asistente personal capaz y astuto, un organizador productivo y sagaz, un cercano amigo del Reinhold Newt— y haciéndolo permite que el reverendo brille.

Los sermones de este último no pretenden iluminar la relación del ser humano con Dios con una luz nueva, sino hacer ver que lo importante ya estaba dicho, y que no se debe olvidar o, en el caso de haberlo hecho, volver a aprenderlo. Todo cambia menos esto, dice el reverendo. Todo es mutable. Solo la Palabra permanece. Y los creyentes lo oyen y saben que es verdad.

JOHNNY III (DESENCADENADO)

Justo en este momento no, pero como regla en la que solo existe esta excepción, el primer paso para acercarse físicamente a Terentius Nicholas Darko pasa por encontrarse con sus tres guardaespaldas que nunca descansan. Llevan con él ya casi seis años, desde que su decisión de intentar escribir recto con renglones torcidos le predispuso a sufrir cierto grado de paranoia. No son del todo humanos, pero quién lo es en estos días. Sus nombres son Rama, Lucius y Agrona. No se dejan ver demasiado porque los consumidores de la religión del reverendo Reinhold Newt —a los que Darko está convencido de controlar a pesar de mostrarse solo como una humilde pieza del Templo— tienen prejuicios sobre las modificaciones tanto genéticas como farmaceuticas o cibernéticas a partir de un cierto límite, y sus prejuicios mueven los valores de las acciones que, aunque fuera en su día desagradable reconocerlo, hoy son más necesarios para alcanzar la salvación que el inconmensurable Espíritu Divino. Rama, Lucius y Agrona nunca manifestaron malestar por esta falta de protagonismo, ni dejaron por ninguna razón, salvo en este momento, de proteger a Terentius Nicholas Darko y, aunque el reverendo no lo sepa, al mismo Reinhold Newt. Y no hubiesen cejado en su empeño si hubiesen podido evitarlo, si no se encontrasen en el estado en el que están en este mismo instante: reventados por la acción de las incontables microexplosiones desatadas por sorpresa por Johnny.

Johnny tampoco está en muy buen estado, pero al menos no está muerto. Deja caer la parte posterior de la cabeza sobre los afilados trozos de plástico destrozado sobre los que está tumbado y trata de concentrarse mientras sus sistemas hacen lo que pueden con sus heridas. No había esperado resistencia después de haber desencadenado su ataque, pero, dado que lo suyo es jugar con la sorpresa, tampoco se siente obligado a analizar las causas de esta contingencia; una vez que se desencadenan los acontecimientos ya no es de mucha utilidad pensar sobre ellos. Algo cálido y húmedo descansa bajo sus dedos, y Johnny lo levanta, lo observa y lo vuelve a dejar caer, desanimado. Todo está cubierto de sangre y restos orgánicos. Johnny tose.

Llegan los refuerzos. No para Johnny, claro. Suspira y se incorpora con aparatosidad, dejando para dentro de muy poco las exhibiciones físicas. Intenta calibrar los daños. Rama ha resultado ser más duro o tener más suerte de lo que había previsto. Termina de erguirse y comprueba que todo lo medianamente importante parece mantenerse en su sitio, a pesar de los destrozos obvios en su anatomía.

Una magia le dice que suben cuatro personas. En la habitación hay pocos lugares donde esconderse, sobre todo ahora. Es posible que no tengan intención de acabar con él sin intentar interrogarlo. Nunca lo sabrá. Carga con alacridad hacia la rampa y se sumerge en la penumbra en completo silencio. Casi en la oscuridad, choca con los guardias. Tres de ellos mueren antes de tocar el suelo. Johnny es muy rápido: sus reflejos naturales han dado cuenta de uno, los otros dos han caído por obra de su genio, el metaprograma que controla aquellas partes de su cuerpo sobre las que su voluntad no muestra especial interés en cada momento. Uno de los atacantes que todavía sigue en pie consigue incrustar al menos una decena de balas en el abdomen de Johnny. Johnny, mientras trata de alcanzar al último que aún no ha caído intenta recordar qué órganos importantes había colocado en la zona más castigada de su vientre. ¿Ha habido suerte? Nota que algo se desgarra —¿una parte de su intestino?— y cae con un sonido acuoso sobre el suelo, y luego sus rodillas ceden, así que la respuesta parece ser que no. Johnny no puede más que abrazarse al último guardia y caer con él. Ruedan por los escalones, dejando un rastro líquido en el que la parte más importante es sangre. Al llegar al final el guardia está muerto y Johnny no puede mover las piernas.

La habitación en la que ha terminado está brillantemente iluminada, y en ella hay más gente. Parecen guardias. Alguien le apunta con un arma de gran calibre a diez centímetros de la cara. Johnny lanza el dorso de su mano para apartarla, pero su velocidad no es la que debería y llega tarde. El disparo le destroza la cara y una parte importante del cráneo, a pesar de su blindaje.

Segundos más tarde, Johnny —aturdido, sordo, ciego— tiene al fin la posibilidad de comprender la gravedad de su situación. Sin embargo, lo único que se le viene a la cabeza es una queja: "A la mierda unos ojos de cientro treinta y tres mil clicks".

EL MUNDO

No es tarde todavía para explicar cómo funciona el mundo. Hagámoslo ahora, porque muy pronto será imposible.

Comencemos diciendo que: como siempre, han pasado muchas cosas desde entonces hasta ahora, para casi cualquier "entonces" en el que pueda usted pensar. Pero si hay que poner el dedo sobre el hecho fundamental más reciente de la Historia no podemos sino hacerlo sobre el advenimiento de la Singularidad.

A diferencia de lo que se esperaba desde que se le dio ese nombre, no fue la tecnología la primera en dejarnos atrás; la Historia de los hombres comenzó por fin a escaparse de las manos humanas en primer lugar en el plano económico. La inclusión de sucesivas capas, la recursividad de las operaciones y el aumento de la complejidad de los mercados financieros dejaron claro durante los inicios del presente milenio que la economía había rebasado su confinamiento pasado, dejando de ser un curioso objeto que podía estudiarse con el microscopio adecuado para convertirse en una marea creciente que fue cubriendo cada faceta en la que antes simplemente participaba. Los mercados financieros se convirtieron así en entidades

submarinas, en el principal medio de comunicación con algo que definitivamente no era humano y que nos había por fin engullido. No algo consciente, sino un nuevo medio al que teníamos que aprender a adaptarnos. Un fenómeno parecido a la meteorología, estudiable tan solo estadísticamente, con sus propias y emergentes normas. La ilusión de control desapareció primero en los que se encontraban en los puestos más altos, los que hasta entonces habían sido gurús económicos; la bestia a la que montaban y cuya dirección podían hasta cierto punto controlar había dejado de responder a orden alguna. Una presión creciente fue erosionando los más altos estratos de los gobiernos y de los imperios económicos. Pero no solo no los destruyó, sino que los fortaleció y los hizo llegar a lugares a los que antes tenía vetado el acceso, aunque convirtió a los que antes eran capitanes en simples pasajeros de su antiguo bote.

A partir de ese momento, el ser humano tiene plena conciencia de haber sido desplazado del vértice superior de la pirámide que había luchado por ocupar desde que hizo su aparición. Cuánto, cada vez lo sabe menos. No hay ninguna manera de que pueda medir la complejidad de los sistemas que, teóricamente con mayor rapidez, se multiplican y se relacionan sobre su cabeza. Ninguna manera humana, al menos. Entra dentro de lo concebible que alguna de las probables conciencias —si pueden llamarse así— que posiblemente hayan emergido de ese caldo primitivo en el que los seres humanos tomaban, forzando una analogía, el lugar de las primeras moléculas orgánicas individuales pudiese hacer una descripción —necesariamente efímera— de la totalidad de capas de realidad que, superpuestas, constituirían un mapa que se acerque razonablemente a describir lo que es en la actualidad la existencia que tiene su centro en el planeta Tierra. Sin embargo, nadie ha se ha puesto en contacto desde allá arriba con los hombres. Si alguna inteligencia superior se ha tomado el trabajo de dibujar ese cuadro no lo ha hecho de comunicárselo al que fue un día se consideró el dueño de todo. Y es triste y amenazante pensar que, incluso de existir ese benefactor sobrehumano, nuestra raza fuese muy probablemente incapaz de entender lo que quiera que se nos explicase.

Y en esto estamos. El ser humano ha dejado de competir en la categoría de señor de la creación. Ni siquiera sabe qué o quién participa ahora en esa carrera, y si hay más de un contendiente o si los distintos patrones de acciones en que se pueden agrupar las modificaciones de las condiciones de vida perceptible para los humanos son fruto de una lucha, de un movimiento coordinado o del ajuste entre distintos subsistemas pertenecientes a una única entidad aún más compleja. La ciencia hizo primero caer a unos dioses y aupó luego a otros. No podía hacer otra cosa. Una multinacional quiebra, y ni siquiera los más altos cargos conocen la razón. La conducción hídrica de un enclave humano aumenta sus niveles de toxicidad hasta un límite en que se convierte en mortal y nueve de cada diez personas mueren: no hay culpables, no es una noticia. Las leyes ya no pertenecen a los humanos y cambian fuera de la vista de estos: no parecen hacerlo buscando un fin comprensible, sino de una manera similar a como se producen los fenómenos meteorológicos. A cada interacción humana de una cierta complejidad se han acoplado una serie de funciones que se extienden mucho más allá de lo visible. Una relación simbiótica con algo tan grande que no es posible entenderlo: y decimos simbiosis porque si lo definiésemos como parasitismo, no podríamos más que reconocer que somos nosotros los que ahora vivimos alimentándonos del cuerpo de un huésped inhumano e invisible. No hay en esta invisibilidad ninguna intención de secreto, sino lo que parece una falta de interés como, por poner un ejemplo, la que tendría el propietario de un zoológico en que los distintos animales entendiesen las razones —económicas, culturales, científicas— que les hacen estar en el lugar en el que están.

Desde cierto punto de vista, la pérdida de la supremacía no fue catastrófica para la raza humana. Acostumbrados al pensamiento de que nada cambiaría hasta la llegada de la Utopía o del Apocalipsis, la gradual merma de control sobre su destino y el del resto de las cosas resultó ser un tranquilo anticlímax. Nadie vino a acabar con ella. Nadie a explicarle el nuevo paradigma. Nadie a consolarla por haber sido desplazada del puesto que hasta entonces ocupaba por una serie de corredores cada vez más in-

comprensiblemente veloces. La sensación fue la de convertirse en un apéndice evolutivamente obsoleto de una nueva especie. Si uno lo intentaba podía olvidarse de ello: al fin y al cabo, la mayor parte de la humanidad nunca tuvo ninguna posibilidad de control sobre la sociedad en la que vivía, y uno podía seguir siendo un receptor pasivo de los cambios que estructuras superiores establecían y adaptarse a ellos. Porque, ¿realmente era importante? ¿Escaseaba el alimento, el ocio, el contacto con otros humanos? ¿Habían desaparecido las desigualdades? ¿Había manifestado el nuevo señor de la casa su descontento con los antiguos inquilinos? Hasta donde se podía comprobar, todo resultaba ser lo mismo o, si no lo era, al menos no cambiaba con una velocidad que diese vértigo. Nadie vino a destruir la sociedad humana. Nadie a reemplazarla. En realidad, daba la impresión de que el puesto que esta ocupaba no hubiese tenido nunca más que una importancia marginal.

Y todo eso ocurrió ayer.

DARKO + JOHNNY (a)

Una vez que es informado de que es seguro entrar en la habitación, Terentius Nicholas Darko avanza entre restos destrozados hacia el lugar donde se encuentran sus hombres, que forman un círculo alrededor de lo que queda de Johnny.

—¿Cómo está? —pregunta a Murtada, el coordinador del grupo— ¿Vivo o muerto?

—Cincuenta cincuenta —responde Murtada. Luego vuelve a mirar los restos pulposos a los que distintos procesos coagulativos automáticos ennegrecen a sus pies, los empuja tentativamente con una bota y rectifica:— Veinticinco setenta y cinco.

Los guardias se apartan y Darko se acuclilla en la brecha que le dejan. Intenta encontrar un rostro con el que encararse, pero ya no hay ninguno. Suprime un gesto de repugnancia. Tiene claro que —hablando como lo habría hecho un niño— esta pelea la había empezado Johnny, pero aún así no le resulta agradable verlo en ese estado.

—¿Johnny? —pregunta Terentius Nicholas Darko.

Un silencio incómodo le responde.

—No puede oirle, señor— responde Murtada

Darko se incorpora.

—Pero, ¿está consciente?— pregunta

—Sí. Bueno, todavía sí, más o menos —responde Murtada—. El tipo se ha encargado de distribuir bien su consciencia. Hay partes que han caído, pero...

—¿Sería posible darle acceso a un sensorio común externo?— pregunta Darko.

Murtada se pone a la defensiva inmediatamente.

—No es apropiado... —comienza.

Darko explica pacientemente:

—Necesito hablar con él. Me ofrecería yo mismo, pero, como sabe, no puede ser.

Murtada lo mira enfadado.

—Necesito hablar con él, Murtada. Necesito un sensorio externo abierto para que pueda asomarse. —argumenta Darko.

—De eso nada —responde Murtada, hosco. Echa una ojeada a sus hombres y señala a uno con un manotazo—. Tú, abre una jaula.

El elegido se demora unos segundos, cerrando los flujos de atención compartidos y chequeando todo de nuevo para no dejar a la vista nada inapropiado y tener que avergonzarse luego. Luego inspira y busca a Johnny. Encontrarlo es fácil, su consciencia da la impresión de derramarse en la jaula que acaba de abrir.

—Por fin nos encontramos —dice torpemente Johnny por la boca del guardia, en cuanto consigue entrar en ella.

—Hola, Johnny —responde Terentius Nicholas Darko.

—¿Quién es? —pregunta Johnny, que pierde la apariencia de control con la pregunta y demuestra su confusión.

Darko se lo dice.

—Terentius Nicholas Darko —dice Johnny—, por fin nos encontramos.

—Así es —responde Darko.

Y luego nadie dice nada durante unos largos segundos. Darko espera. Johnny puede ver los restos sanguinolentos a sus pies.

—Jojó, a ese le han dado bien —se burla por fin, aunque no queda claro si sabe que se trata de su cuerpo o no.

—Johnny —llama Darko. El guardia fija su

vista en Darko, y así Johnny lo hace también.

—Terentius Nicholas Darko —dice Johnny.

—Sí— responde Darko

—Por fin nos encontramos —dice Johnny.

—Así es —repite también Darko mientras entorna los ojos y se frota el puente de la nariz.

Johnny intenta levantar una mano y señalarle con un dedo, sonreír socarronamente, acercarse rodeado de una promesa de violencia, pero todas sus intenciones no pasan de ser más que eso: no tiene privilegios. Ni siquiera magias que puedan explorar posibles debilidades de la jaula para terminar confirmándole que no tiene posibilidades de éxito. Pero puede echar una ojeada a la habitación.

—He montado una buena, ¿no? —pregunta Johnny— De las mejores que recordáis, ¿eh?

—¿Por qué, Johnny? —le pregunta Darko.

Johnny cree erróneamente encoger los hombros en un gesto de falta de interés.

—¿Por qué no? —pregunta Johnny.

Darko, a estas alturas, no tiene interés en competir dialécticamente. Así que solo insiste.

—¿Por qué? ¿Quién te ha enviado aquí a hacer esto?

—Acércate —dice Johnny usando un tono más suave en la voz que el guardia le está prestando—, voy a decírtelo.

Terentius Nicholas Darko da dos pasos hasta él sin mostrar ninguna duda, acercándose hasta escasos centímetros. Durante unos segundos no ocurre nada, y luego la voz del guardia vuelve a hablar. Pero esta vez no es Johnny sino el mismo guardia.

—Señor, está intentando matarlo... como poco —su voz suena llena de matices al lado de aquella que usa Johnny.

Lo que dice el guardia es cierto. Es casi un movimiento reflejo general en la conducta de Johnny: ofrecer un cebo, golpear con toda la fuerza cuando alguien lo muerde. Pero esta vez el cebo es tosco y predecible, y todos sus esfuerzos por desencadenar una respuesta violenta fallan: cortes, cabezazos, perforaciones con unos dedos rígidos como el metal que ya han dejado de ser suyos, magias de combate... Sus intenciones no logran siquiera mover un dedo del cuerpo que lo hospeda. El guardia lo presencia todo.

Darko permanece inmóvil en su lugar ante la revelación, y Johnny siente frustración y furia.

—¿Quieres saber quién me dijo que viniese aquí e hiciese esto, Darko? —pregunta retóricamente Johnny— Te lo diré, escucha: fue tu propio jefe.

Terentius Nicholas Darko examina los restos de la destrucción, piensa en el reverendo Reinhold Newt y concluye que no tiene sentido.

—No puedes engañarme en eso, Johnny. Reinhold Newt es un buen hombre. Todo esto, como poco, le disgustaría profundamente.

Johnny ríe con una carcajada hueca que no es capaz de matizar, como sería su deseo, con la alegría malévola que siente debido a su limitadísimo acceso a los circuitos de expresiones emocionales.

—No entiendes nada, Darko —le dice Johnny—. Eres un estúpido.

Darko ignora sus insultos. Se decide a mostrar sus cartas.

—Ya que no hablas, te diré lo que yo creo —responde Darko—. Creo que esta no es la primera vez que intentáis acabar con el reverendo Reinhold. Y creo que todo esto está relacionado de alguna manera con la última visión recibida por Reinhold...

EL SUEÑO

El reverendo sabe que, aunque sus rebaños y pastores se alejen de él al otro lado del río, no está solo. La partida de sus acompañantes —¿quiénes eran? No importa— no hace más que acrecentar la numinosa sensación de que el Espíritu se está haciendo denso como un líquido a su alrededor, y que, cuando desaparezcan de su vista por completo, Dios podrá manifestarse al fin. ¿Siguen ahí? No, ya no están: el barullo de las ovejas y la charla de sus guías se han apagado, dejando sentir solo una presión en los oídos que parece hacerse cada vez más fuerte y tragarse todo sonido. El viento mueve las arenas del desierto hacia las márgenes del río, pero el reverendo sabe también que no es el viento ni es la arena. La presencia de Dios lo engulle y lo penetra todo. En el cielo se ven tantas estrellas que da la impresión de que la luna estuviese desangrándose.

A su lado hay una mujer.

La mujer es extraña porque no tiene alas

aunque debiera tenerlas; el reverendo está convencido con la seguridad que solo se consigue en los sueños. La mujer es bella también, y es difícil saber si es un hombre o una mujer, a pesar de que está desnuda. El reverendo la ve levantar un brazo y señalar hacia la otra orilla del río, al lugar donde desaparecieron los suyos. La respiración se le corta por la ansiedad porque sabe que tiene que partir, así que agarra el brazo del ángel y desde allí desliza su presa hacia su cuerpo desnudo y lo rodea en un abrazo violento, apoyando su cara sobre su pecho con la misma anticipación insoportable con la que un día la apoyó sobre el pecho de Catherina, aunque en este caso el contacto solo le devuelve limpieza y una sensación de gozo y de perdón. Intenta empujar a la mujer y derribarla sobre el polvo del desierto pero no lo consigue. Forcejea. Es como si su adversaria fuese una escultura de madera.

A pesar de la tensión, la escena permanece invariada durante un tiempo indefinido. Entonces, al fin, la mujer se mueve con rapidez y apresa con destreza al reverendo. Lo levanta del suelo y lo desequilibra, pero el reverendo se retuerce con fiereza y no cae, aunque trastabilla y se apoya en el otro para mantenerse sobre sus pies. Los dos cuerpos se entrelazan con fuerza. Tras varios intentos más, vuelven a quedarse inmóviles, los músculos tensos, a punto de romperse.

La luna sigue su trayecto entre las estrellas que siguen su trayecto en la oscuridad.

¿Cuánto tiempo transcurre? El reverendo no puede ceder, sabe que en cuanto sea vencido deberá abandonar a su contrincante y atravesar el río. Las arenas parecen moverse orgánicamente. Este lugar es terrible, piensa el reverendo, pero no es otra cosa que la casa de Dios y la puerta del Cielo. Le duelen los músculos como si estuvieran a punto de romperse.

No puede vencer así. El ángel es joven y fuerte. Reinhold no sabe cómo ha logrado aguantar tanto. Intenta cambiar de postura, y en cuando gira un talón el ángel le aventaja y concentra su fuerza en un instante, súbitamente, y lo empuja con éxito. El reverendo pierde el equilibrio e intenta volver a recuperarlo, pero las piernas del ángel están entre las suyas, así que la única opción que tiene es aferrarse al cuerpo de su contrincante y arrastrarlo con él en la caída. Los dos ruedan entre el polvo. El ángel intenta zafarse, pero el reverendo aprieta su presa con todas las fuerzas que puede encontrar y, tras minutos de forcejeo, el cuerpo del ángel vuelve a caer sobre el suyo sin fuerza. El reverendo lo abraza con el gozo de un amante. Aprovecha para recuperar el aliento.

—Déjame ir —dice el ángel sin mover los labios—, está a punto de amanecer.

Y es verdad. A lo lejos, sobre las montañas, el reflejo de la tenue claridad se hace visible.

—Dime tu nombre. Jacob no te dejó ir hasta recibir Tu bendición, y yo tampoco lo haré— responde el reverendo.

—Paga, entonces, su precio —dice el ángel, y le golpea con el puño en la parte derecha de la cadera. El dolor sube por su tronco en un destello congelado, ajeno, como si perteneciese a otro, hasta que llega a su cerebro y lo hace pedazos. Es tan fuerte que queda más allá del la capacidad de la sensación humana, y solo resultan visibles sus consecuencias: el reverendo se ve desalojado de su propio cuerpo, empujado hacia una oscuridad sin fondo en la que él es lo menos real. En un segundo se ve atravesado por presencias, hecho pedazos por un conocimiento que se desintegra y se volatiliza dejando atrás solo fragmentos que se irán decantando con el tiempo y haciéndose visibles.

El dolor entra en el rango de la sensación humana por la parte superior del espectro, y el reverendo vuelve a caer a su cuerpo, hacia una quemadura que lo deja sin palabras y sin respiración. Se retuerce por el polvo sin saber que lo está haciendo. Luego, lentamente, el dolor se apaga y se diluye, aunque su recuerdo sea tan terrible como el propio dolor. El reverendo levanta su cara manchada de la tierra. No puede mover la pierna. El ángel está lejos ya, siguiendo a la noche que huye. Antes de desaparecer se da la vuelta y lo mira:

—No olvides —le aconseja el ángel—. Recuerda.

El reverendo vuelve a dejar caer la frente sobre el polvo, cierra los ojos con fuerza y busca en su memoria, y asiste desesperado a un espectáculo de imágenes que se apagan y desaparecen como los sueños justo después de despertar. Sus lágrimas se convierten en barro. Con esfuerzo, se levanta y mira hacia el hori-

zonte. La primera luz del sol de la mañana ilumina las aguas del río, y él sabe que debe cruzarlo. Renqueando, se pone en camino, con la sensación de que lo ha perdido todo, pero que lo ha hecho para dejar un espacio en la que la semilla divina que acaba de serle entregada tenga espacio para crecer.

El reverendo cruza por fin el río.

DARKO + JOHNNY (b)

—...una visión en la que alguien introdujo con habilidad datos disarmónicos, ruido para acabar con el reverendo Reinhold Newt. Información que intentaba infectarle. Un ataque contra nuestra Iglesia —termina Darko.

—Jajaja —ríe Johnny sin conseguir mostrar alegría o desprecio.

—Pero no funcionó, y ahora has sido enviado para intentarlo tú. Matándolo, quizá. O entregándole la copia de las visiones que has utilizado como señuelo, y acabando así con su fe. Y con nuestra congregación.

—Jajaja —vuelve a reír Johnny con más fuerza y la misma falta de sentimiento.

—Es un acto malvado, Johnny. Puede que eso no te importe, pero lo es. No solo egoista y equivocado —moraliza Darko.

—Terentius Nicholas Darko —dice Johnny con voz maquinal—, tú eres el equivocado y el hijo de puta. Quieres darme lecciones, como si fueras mejor que yo, y no eres más que un fantoche que se arrastra vendiendo mentiras y veneno. ¿Quieres saber algo? He sido enviado para decirte que te has olvidado de a quién sirves. Te dije antes que era tu jefe el que me había ordenado llegar hasta aquí y tú no has sido capaz más que de pensar en el reverendo Reinhold. Darko, escucha cuánto te has alejado de lo correcto: mi misión me ha sido encargada por Dios.

Darko frunce el ceño y, justo entonces, lo comprende casi todo. Palidece y se separa un par de pasos.

—Por Dios, el jefe de todo, que se sienta en la gloria y que se va a sentar muy pronto sobre tu cara por hijo de puta —termina Johnny con cierta confusión teológica.

—Johnny, eres un pobre desgraciado, engañado y manipulado —responde Darko con una aparente tranquilidad que no logra enmascarar el temblor de su voz—, y doy gracias a Dios de que no hayas conseguido llegar hasta el reverendo.

—Jajaja —ríe de nuevo Johnny a través de la voz del guarda. Y algo de lo que resuena en esa voz hace comprender el resto a Darko: Johnny no pretendía llegar hasta donde se encontraba el reverendo cuando lo descubrieron, sino escapar después de hacerlo.

Terentius Nicholas Darko se marea, pero no hace más que alejarse del guarda que les sirve de intermediario. Mira, sin conseguir pensar en nada, en los despojos del antiguo cuerpo de Johnny. La risa hueca de Johnny le hace sentir enfermo.

—¿Acabamos con él? —pregunta Murtada.

En un futuro, Johnny recordará su respuesta muchas veces sin entenderla.

—No —dice Terentius Nicholas Darko—, no es correcto tomar la vida de un hombre si no es estrictamente necesario.

Darko siente un terrible peso sobre sus hombros. Sabe que ha de llegar hasta Reinhold cuanto antes.

—Acompañadme arriba —dice a los guardias.

LA CLAUSURA DEL CONTINENTE SILENCIOSO

El río ha quedado atrás. Ante el reverendo se encuentra de nuevo el ángel. El ángel se acerca.

—Ada —le confiesa—. Me llaman Ada.

Su voz suena clara y distinta.

—Ada —dice el reverendo.

El reverendo cojea todavía. Fuera del tiempo sagrado han pasado varios días, pero el dolor no ha remitido por completo.

El sol brilla con tanta fuerza que quema todos los colores. El mundo entero arde.

—Nos encontramos por fin— dice Newt.

—Así es —dice ella.

Ada sigue acercándose hasta llegar a una distancia donde, si alargase el brazo, podría tocar la cara del reverendo. Y eso es lo que hace. Él se tensa inmediatamente, pero permanece inmóvil. Ada sonríe y vuelve a dejar caer su mano.

—¿Esa eres tú? —pregunta el reverendo— ¿Es esa tu verdadera forma?

Ada duda.

—Sí —aventura, y luego se contradice—... No. Reinhold, aquí no tiene sentido hablar de una forma verdadera.

Él lo comprende a duras penas, pero le resulta difícil pensar en esos términos. Ada considera durante un instante aclarárselo, pero desde hace mucho siente una fuerte desazón al pensar en la carcasa de carne en la que nació, y no lo hace. Pero ambos se dan cuenta de que no es lo importante ahora.

—Entendí tu mensaje —confiesa Reinhold—, pero fue doloroso y difícil para mí. Los datos me fueron apareciendo poco a poco en sueños, y no estaba seguro de cuál era una parte de tu mensaje y cuál no. Y todos los símbolos, y las referencias... ¿Era necesario hacerlo de esa manera?

—Terentius Nicholas Darko filtra todas mis escenas —dice Ada—. Las presentaciones son mías, pero todas ellas han de pasar por el control de su equipo. Cada una ha sido revisada meticulosamente para que no hubiese posibilidad de error o influencias externas. Si no hubiese sido tan críptico, el mensaje habría sido eliminado y no me hubiesen permitido volver a tener contacto contigo. Era necesario que solo pudieses entenderlo tú.

—Darko... —piensa en voz alta el reverendo Reinhold Newt, con un deje de tristeza.

—Nunca ha habido una conexión directa entre tú y yo, Reinhold, solo escenas semidirigidas donde no había verdaderamente una comunicación bidireccional. Nada más que representaciones semiarticuladas pregrabadas, que se te volcaban y se desplegaban diferencialmente dependiendo de tus respuestas. A veces has notado cierta falta de coherencia, Reinhold, y viene de la relativa rigidez de los escenarios preparados. Esta es la primera vez que nos encontramos cara a cara.

Reinhold Newt levanta la vista hacia el sol.

—¿Podemos pasear? —pregunta.

El viento borra las huellas de sus pasos segundos después de que las dejen atrás. Durante un rato los acompaña el silencio.

—¿Estás enfadado? —pregunta Ada con curiosidad.

—No —dice el reverendo.

—¿Ni siquiera con Darko?

—Con Darko tampoco —asegura

—¿Después de lo que ha pasado?

El reverendo suspira.

—¿Qué ha pasado? Todavía no lo sé.

—¿Quieres apoyarte en mí? —pregunta Ada después de unos largos segundos en silencio.

Reinhold Newt, a pesar de su cojera, niega con la cabeza.

Siguen andando. Cuando el silencio vuelve a ser incómodo, Ada se ve obligada a hablar.

—Es justo que seas tú esta vez el que escuche una confesión, aunque sé que hay cosas que ya sabes —le prepara Ada. Luego mira hacia donde el invisible horizonte debería encontrarse y continúa: Terentius Nicholas Darko me contrató para trabajar en las visiones religiosas que luego vertían en ti. Supongo que la parte técnica no te interesa. No sé la razón, aunque lo obvio es pensar que el fin era incrementar el valor de las acciones de vuestra iglesia. Darko me indicaba los temas, yo los ejecutaba y se los enviaba y su equipo los volcaba en ti. Sin que lo sospechases.

La mirada del reverendo Reinhold Newt es paralela a la de Ada.

—Hasta que empezaste a hacerlo —sigue Ada.

—Ahora sí quiero apoyarme —dice el reverendo con voz suave. Ada le tiende su brazo y él lo sujeta.

—Hay cosas que no había manera que supieses sobre mí —declara el reverendo.

Ada niega con la cabeza.

—Es verdad. Tú mismo las añadías. A pesar de que me estaba vedado asistir personalmente al momento en que te invadían, las escenas no son rígidas. Están construidas con cierto grado de espacio y sensibilidad como para admitir tus proyecciones. Y Terentius Nicholas Darko me proporcionó más información de la que te puedes imaginar. Yo misma conseguí el resto.

La mano de Reinhold Newt es ligera como un pájaro sobre la piel de Ada. Ella continúa.

—Pero, a pesar de mi habilidad y de la ayuda con la que contaba, hubo veces en las que llegaste más allá de lo que habíamos previsto. Viviste momentos que no encajaban, lo sé.

La mirada del reverendo es vidriosa.

—Tú ya sospechabas todo esto —le dice Ada.

—Sí —responde Reinhold Newt—, aunque

no me resulta menos terrible.

—Estoy segura —dice Ada. Y luego:— Lo siento.

—¿Cómo es posible que estemos hablando ahora? —el reverendo ignora sus disculpas esta vez— Sé que Terentius no lo ha autorizado.

—No, no lo ha hecho —informa Ada—. Pero tú encontraste las pistas que te dejé en nuestro anterior encuentro y seguiste las instrucciones, y al hacerlo conseguiste la memoria-enlace gracias a la cual hemos podido encontrarnos cara a cara. El ambulante que antes te la entregó se ocupó de transportarla hasta ti; no había ninguna manera de hacerlo desde fuera del mundo físico. El nombre del ambulante es Johnny, aunque quizá él ya se haya presentado. Entró a robar cerca de Las Cubas y pude infectarle. Con visiones divinas, mi especialidad. Él se encargó de encontrar a Darko, tentándolo con las grabaciones de tus visiones, y después a ti. Resultó mucho más capaz de lo que esperaba, aunque un poco impredecible y con ciertas manías personales incómodas. Pero hizo su trabajo.

El viento levanta remolinos de arena.

—Estoy cansado —dice el reverendo—. Descansemos un momento. Podemos hacerlo en aquellas rocas.

Ada no ha terminado de explicarse. Siente una urgente necesidad de hablar, de que Reinhold Newt entienda. Continúa mientras avanzan hacia el descanso.

—Me gustaban las conversaciones que teníamos, Reinhold. Me gustan los símbolos. Recogía los resultados de los volcados que el equipo de Darko realizaba sobre ti y los estudiaba con interés. He aprendido muchas cosas. Y, cuando empezaste a sospechar, creí que tenía que hacer lo que estoy haciendo ahora: contarte la verdad.

Llegan a las piedras. Ada ayuda al reverendo a sentarse, y luego se acuclilla a sus pies.

Permanecen en silencio durante mucho tiempo, pero el sol está inmóvil en lo más alto del cielo. Nada cambia. El viento mueve los cabellos de Ada.

—Hay algo más —dice por fin el reverendo—. Sé que sabes que lo sé.

Ada no levanta su mirada. El reverendo continúa:

—Algo que te sobrepasaba. Que me sobrepasaba a mí. A cualquier cosa. Más allá de sentimientos, de pensamientos. Un soplo de Dios.

Ada niega con un gesto triste.

—Un murmullo de lo increado —termina el reverendo.

Ada se siente obligada a responder.

—No son más que ecos de la desconexión. Hace tiempo fui adicta a la experiencia, si puede llamarse así, aunque ahora tengo guardianes que me controlan —el esfuerzo de Ada para emplear palabras que él pueda entender hace que hable con lentitud, y le da la impresión de ser pomposa y anticuada—. La desconexión es la muerte, Reinhold. No quiero engañarte. Es apagarlo todo. Quiero decir todo. Del todo. A algunos nos ayuda a conseguir plasmar lo que no somos capaces de hacer. Yo siempre he trabajado en tus escenas después de mi periodo de desconexión.

El reverendo parece tranquilo. Con timidez acerca la palma de la mano a los cabellos de Ada, y los acaricia como si se tratase de una niña.

—Un reflejo de Dios —dice Reinhold.

—Un reflejo de la Nada —dice Ada—. Un lugar donde todo se lava de su forma.

Los dos vuelven al silencio. Ada conoce lo sufientemente bien al reverendo como para saber lo que viene ahora, y siente tristeza porque se sabe responsable: el cebo que utilizó para cegarle ha resultado ser demasiado poderoso, y ya no es posible apartarlo de la mente de Reinhold. Por una parte lo entiende, a ella le ocurrió lo mismo. Pero para el reverendo, sin implante alguno que pueda rescatarlo, no habrá vuelta atrás. Nada que lo despierte del sueño de la muerte. Se sumergirá buscando los centelleos de transcendencia que Ada utilizó para cegarle y engañarle, y no volverá a salir.

El sol parece hacerse más grande y ocupar todo el cielo. Ada se pregunta cuánto tiempo tardarán Darko y sus hombres en aparecer. ¿Qué importará todo? ¿Era así como tenía que terminar todo? Supone que sí.

—Pongámonos en pie —le dice a Reinhold Newt—. Todavía nos queda una parte del camino por recorrer.

FIN

RETAZOS DE UN FUTURO INCIERTO

Por Ricardo García Hernanz

Zen y el arte del mantenimiento de la prótesis

Las prótesis mecánicas dejaron de usarse y fueron rápidamente sustituidas por la biomecánica, la electrónica y la ingeniería genética.

En un principio se usaban para paliar la pérdida o amputación de un miembro, en sustitución de órganos o reparación de tejido dañado. Poco a poco pasaron por moda y llegaron al consumo de masas.

Con la proliferación del compuesto ZN-23 se paliaron en gran medida los efectos de rechazo que este tipo de trasplantes-implantes producían. Habíamos conquistado los mecanismos que unían nuestras células, anulábamos la compatibilidad haciendo que todo nuestro cuerpo aceptara cualquier elemento extraño como compatible.

Pero esto tenía sus pegas: ¿que ocurre cuando se te mete una mota de polvo en el ojo... y el ojo no la detecta como extraña?

Al ZN-23 le siguieron los compuestos de 3.ª generación. Inhibidores específicos para materiales concretos, lo que hizo que la especificación en estos materiales y las operaciones diversificara el mercado de los implantes en un laberinto de corporaciones, mercados y clínicas. Con la proliferación económica surgió inevitablemente un mercado negro, que abarataba costes y utilizaba inhibidores de baja calidad, los llamados inhibidores de 4.ª generación.

Con el auge de las clínicas piratas y los inhibidores de baja calidad se creó un caldo de cultivo en el que empezaron a surgir los primeros brotes de llamada psicosis de inhibición. Los pacientes parecían sufrir todos los síntomas psicológicos de un rechazo al implante con la peculiaridad de que los inhibidores impedían este rechazo. El cerebro del paciente se emborrachaba de adrenalina y se producía un aumento irregular de las secreciones de serotonina, lo que hacía que el paciente se mostrase irascible y desinhibido. La consecuencia directa era un brote psicótico en el que el usuario entraba en un estado violento sin precedentes en la historia medica. Parecía que apagase su consciencia y actuase en modo automático.

Entre los usuarios de implantes surgieron movimientos inspirados en el pensamiento oriental que proponían técnicas milenarias para intentar controlar estos desajustes cerebrales.

Los técnicos se juntaron con místicos y diseñaron periféricos para la meditación. Surgieron las comunidades virtuales de implantados, sujetos que se enlazaban a través de una red local y compartían sensaciones. Se abandonaron los viejos protocolos y se crearon unos nuevos más adecuados a las necesidades de estas comunidades. Ls interfaces de estos usuarios se basaban en sensaciones de tipo químico en lugar de estímulos de los sentidos.

Un nuevo lenguaje bioquímico surgió entre ellos.

Un nuevo credo.

Y todo credo necesita su sacrificio de sangre, su buda, su Cristo en la cruz, su Odín en el roble.





“Los relatos individuales de la ciencia ficción pueden parecer triviales como siempre a los críticos y filósofos más ciegos de la actualidad. Pero el núcleo de la ciencia ficción, su esencia, se ha convertido en algo crucial para nuestra salvación... si es que nos salvamos.”

Isaac Asimov